JUAN YUBERO

LA CAJA DE CRISTAL

EL PASADO NUNCA QUEDA ENTERRADO

Contents

Contents

Antetítulo
Título
Copyright
Dedicatoria
Cita
Intro
1
2
3
Cinco años antes
4
5
6
7
Cinco años antes
8
9
10
11
12
Cuatro años antes
13
14
15
Cuatro años antes
16
17
18
Cuatro años antes
19
20
21

22
Tres años antes
23
Menos de dos años antes
24
Siete años antes
25
Días antes...
26
27
28
Un mes antes...
29
Unos días después...
30
31
32
33
El día de...
34
35
36
Dos días después de...
37
38
39
40
Momentos antes...
41
42
Al día siguiente de...
43
44
Epílogo
Agradecimientos

Sobre el autor

LA CAJA DE CRISTAL

LA CAJA
DE CRISTAL

JUAN YUBERO

Copyright © 2022 JUAN YUBERO
Todos los derechos reservados.

Para Carol,
Por ser el faro que ilumina mi camino

Los recuerdos se almacenan muy cerca del alma,
donde nadie puede destruirlos.
Atacan con furia al ser amenazados
para no ser devorados por las llamas.
Se esconden cuando ruge la voz de su conciencia
y el pasado viene a cobrar su precio.
Mantienen la calma con el paso del tiempo
al sentir que su penitencia ya ha sido pagada.
Esperan a que la vida decida cuándo han de extinguirse
y buscan en el infinito con la esperanza de mantenerse vivos.
Permanecen ocultos en la noche
con la meta de encontrar otro día
y resurgen de la memoria
cuando la tibieza se adueña de su destino.
Calman la sed de venganza al ser enterrados por los años
y luchan contra su memoria
cuando las olas escupen sus secretos.

Los rayos del sol penetraban por las grietas de la madera. Eran muy intensos y se desvanecían de golpe como si se hubieran fundido a negro. De nuevo, sentía la luz cegando sus ojos y percibía que cambiaba la dirección, como si alguien lo estuviera manejando. En ese momento, se dio cuenta de que no se trataba del sol, sino de una linterna.

No era capaz de recordar cómo había ido a parar a ese lugar. Intentó incorporarse, pero no había suficiente espacio. Solo podía mover los brazos con cierta dificultad.

Palpó con la punta de los dedos, descubriendo que sobraban pocos centímetros entre su cuerpo y los lados del cubículo.

Respiró hondo y esperó a que la luz volviera a penetrar por las grietas para girar la cabeza y ver dónde se encontraba. Se le cortó la respiración, como si hubiera colapsado por un ataque de la glotis. Estaba encerrado en una caja de madera. Golpeó la tapa con toda la fuerza que pudo y sintió que era demasiado estrecha como para imprimirle la presión necesaria. El siguiente impulso acompañó los golpes de un grito desgarrador.

En ese momento, un golpe seco provocó el silencio. La tierra se colaba por las grietas como un reloj de arena que le indicaba que se le acababa el tiempo. Se cubrió la cara con la mano derecha para evitar que penetrara en sus ojos y golpeó una y otra vez la tapa con la izquierda, comprobando que era inútil. Aun así, su instinto actuaba por él.

Jamás había sentido una angustia parecida. El corazón se le había disparado y no conseguía controlar la respiración. Los golpes se sucedían y se hizo la oscuridad por completo. El hilo de arena iba siendo cada vez más fino y, a los pocos segundos, sólo escuchaba su propia respiración en el vacío. El vacío más absoluto.

Surgió un recuerdo entre el desconcierto. Por fin, era capaz de rescatar el momento en el que fue agredido. No podía creerlo. En realidad, no estaba seguro de que le hubieran golpeado, pero consiguió que su mano palpara la herida que chorreaba sangre por la parte posterior de su cabeza, muy cerca de la coronilla. La última

imagen que recordaba se hizo nítida en su mente. Iba paseando y… nada.

Comenzó a llorar. Poco a poco, fue percibiendo que había pasado por varias etapas. La terrible angustia que generaba su mente por sentirse encerrado, habiendo perdido la capacidad de pararse a pensar con calma para no reaccionar impulsivamente; la sensación de que le quedaban pocos minutos de vida; el efecto enlatado de su respiración. Por último, la locura. Volvió a gritar, vaciando sus pulmones, y sus lágrimas se mezclaron con la arena. Evitó abrir los ojos, entre otras razones, porque la oscuridad se había adueñado de ese lugar.

Antes de rendirse por completo, asestó el penúltimo golpe y notó cómo cedía la madera. No le dio tiempo a sentir ni una pizca de esperanza, puesto que cogió aire como si acabara de salir del agua una fracción de segundo antes de ahogarse. La arena se introdujo en su boca provocando un ardor intenso. Intentó expulsarla, a la vez que asestaba un nuevo golpe y la tapa se abría. Intentó incorporarse apoyando sus manos, pero sintió un fuerte golpe en la cabeza que le hizo retroceder. La tapa volvió a cubrir la caja y la falta de respiración que le provocaba la arena, junto al crecimiento abrupto de la ansiedad, provocó que volviera a aporrear la caja como si se hubiera vuelto loco. Vio que se movía con más facilidad y se agarró a la esperanza con mayor fuerza. Escuchó un ruido y sintió que un clavo enorme atravesaba la tapa por uno de los laterales. Luego otro, y otro más. Se clavaban a una velocidad de vértigo, e intuyó que se trataba de una pistola de clavos. Los golpes no tenían el efecto logrado hacía tan sólo unos segundos, pero lo peor estaba aún por llegar. Sintió un dolor intenso al notar desgarrarse la carne de la mano cuando fue atravesada por uno de los clavos. Tiró de ella hacia abajo con fuerza y consiguió despegarla de la tapa. Ya no importaba el dolor que le provocara. Había perdido la capacidad de sentir. Continuó empujando la caja sin obtener resultado y volvió a notar que la arena caía en su cara. Cerró los ojos de nuevo y dejó de empujar. Estaba agotado y los brazos le pesaban. No era capaz de moverse. Esperó a que el cubículo se llenara de arena. Ya no penetraba con la misma fuerza y aunque no lo pensaba en ese momento, era una señal de que salir de allí se complicaba un poco más.

Sólo quedaba rendirse al destino y esperar a que se consumiera el oxígeno, pero no pudo evitar dirigirle las últimas palabras.

Colocó una mano sobre su boca.

—¿Por qué lo hacéis? Déjame salir, por favor.

No sabía si le estaban escuchando, pero lo volvió a intentar. No tenía muchas opciones.

—¡Déjame explicarme! Te lo ruego. Estoy seguro de que todo se puede arreglar.

No escuchó a nadie. Dudaba si seguían allí y, en el caso de que no se hubieran marchado, estaba seguro de que sus palabras no tendrían el efecto deseado.

Supo al instante que todo se había acabado, pero no se iba a marchar sin dejar un mensaje. Elevó el brazo derecho con dificultad. Clavó las uñas en la madera confiando en que pudiera entenderse. El dolor le hizo plantearse parar de escribir. Negó para sí mismo y continuó haciéndolo. Gritó durante algunos segundos seguidos para mitigar el dolor y, cuando terminó de hacerlo, supo que no debía rendirse. No era una opción.

1
¿Está bien?

Diez años después

Tan sólo llevaba unos minutos en la cama y sonó el teléfono. Carla se incorporó para coger el móvil de su mesilla y atender la llamada. Todavía recordaba los sobresaltos que había sufrido en su primer caso relevante, al escuchar la melodía de *Thunder* de *Imagine Dragons* y notar cómo se le aceleraba el corazón. Lo había sustituido por los violines de *Whatever*. Uno de sus temas preferidos de Oasis.

Esperaba que no acabara pasando lo mismo y le recordara a un momento de su vida que le gustaría olvidar, pero tenía un mal presentimiento.

No dio oportunidad a que pasaran más de dos segundos y descolgó.

—Dime, Bruno.

—Perdona, Carla. ¿Estabas dormida?

—No te preocupes. Estaba a punto. ¿Qué pasa?

Notó su cuerpo en tensión y el segundo que tardó en recibir una respuesta de su jefe le pareció un minuto.

—Se trata de Sebas.

Carla se incorporó al instante. Percibió en su tono de voz que se iba a confirmar lo que llevaba pensando dos días. Aun así, no pudo evitar preguntar lo que pareció un deseo más que una realidad.

—¿Está bien? —el silencio corroboró la sensación que recorría su cuerpo—. Dime qué pasa.

—Lo han encontrado. Lo siento mucho.

Carla se echó las manos a la cara y le costó preguntar. Se rehízo de la mejor forma que pudo y se armó de valor para hacerlo.

—¿Dónde estaba?

—En Miraveche.

—No sé dónde está eso.

—A poco más de sesenta kilómetros de Burgos.

Todavía se quedó más confundida. Parecía una distancia más que considerable y no le veía el sentido.

—¿Qué hacía allí? No entiendo nada.

—No lo sé. Por ahora no te puedo decir mucho más. Acabo de recibir la noticia.

De nuevo preguntó, creyendo saber la respuesta.

—¿Lo han matado?

Bruno realizó una pausa para pensar la mejor manera de decirlo, aunque no encontraba una buena forma de hacerlo.

—Es algo un poco extraño. Quiero que te prepares para escuchar lo que te voy a decir porque no va a ser fácil asimilarlo.

Carla agitó la cabeza ante tanta expectación.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo. No espero nada bueno.

—Está bien. Entiende que tampoco es fácil para mí. Lo han encontrado en una caja. Parece que todavía estaba con vida cuando lo metieron ahí.

Un sentimiento de angustia y de pena a partes iguales invadió a Carla. Intentó mantenerse fuerte.

—¿Cómo sabes que seguía con vida?

—Es lo que me han dicho. Hay señales para que lo crean. Ya te contaré cuando tengamos más detalles.

Evitó seguir por el mismo camino y esperar a tener datos más concretos.

—¿Quién lo ha encontrado?

Bruno sabía que era mejor hablarlo en persona y no quiso continuar.

—Mañana te lo cuento todo. Intenta descansar.

—Pero…

Bruno interrumpió.

—Ya no se puede hacer nada. Lo siento tanto como tú.

Su jefe fue a colgar, pero Carla no le dio opción.

—No me dejes así. ¿Dónde se lo han llevado?

—Todavía sigue allí. Lo van a traer a Burgos y la noche será larga. Vete a descansar.

Carla realizó un giro completo de cabeza, negando rotundamente mientras cogía aire antes de responder.

—Ni de coña. Voy para allá.

—El caso no lo vamos a llevar nosotros. Era tu compañero.

—Estoy harta de esas tonterías. ¿Quién mejor para hacerlo?

—Sabes cómo funciona esto. Tendrán que investigar lo ocurrido y su compañera no es la persona más indicada.

—¿Quién lo va a llevar, entonces?

—Ahora mismo se habrá desplazado hasta allí la Policía Judicial y un equipo de la Guardia Civil. No lo puede llevar el mismo cuerpo de Policía en el que trabajaba un miembro implicado.

—No me dejes fuera, por favor.

—Yo no te dejo fuera de nada. Son los protocolos y yo no decido nada en todo esto. Por mucho que te moleste, sabes que no es posible.

—Me da igual. Quiero ir.

Bruno se quedó callado durante unos segundos pensando cómo

convencerla. Sabía que no era tarea fácil y que lo único que podía ocurrir es que no pasaran del cordón policial y tuvieran que volver a casa. Si seguían discutiendo, sólo iba a alargar el momento en que acudieran a la zona del crimen.

—Está bien. Paso a buscarte en veinte minutos. Te llamo cuando llegue. Por favor, cálmate e intenta sentarte un rato.

Carla asintió para sí misma.

—Gracias, Bruno.

Colgó.

Carla se echó a llorar. Tardó unos minutos en volver a coger el teléfono. No se sentía con fuerzas para hablar y al mismo tiempo necesitaba soltar la angustia que llevaba dentro.

—Hola. ¿Podemos hablar?

—¿Qué pasa, Carla? ¿Estás llorando?

Llevaba saliendo con Guillermo poco más de tres meses y fue la única persona que le vino a la cabeza en ese momento. No lo pensó demasiado y evitó darle importancia a ese dato para hacer lo que le pedía el cuerpo.

—Han matado a mi compañero.

Guillermo no supo reaccionar y comenzó a tartamudear. No importaba el tiempo que llevaran juntos. Se habría comportado de la misma forma con cualquiera que sufriera algo parecido.

—Pero… ¿Cómo?...

—No me han dado detalles. No sé ni por qué te he llamado. Lo siento. No llevamos tanto tiempo como para que te moleste con mis cosas.

—No seas tonta. Claro que podemos hablar y quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites. ¿Quieres que me pase por tu casa y hablamos?

—No. Va a venir mi jefe a buscarme. Vamos al lugar donde ha ocurrido.

—Como quieras. No sé qué decirte. Dime cómo puedo ayudarte.

—Me gustaría que no fuera verdad. Llevo dos días sin saber de él. Sabía que era una posibilidad y que no se habría largado sin decir nada. Está muerto.

Enlazó varias frases seguidas con parones bruscos como si intentara asimilarlo.

Rompió a llorar de nuevo. Todavía no podía creerlo. Desde que se marchó Gonzalo de Burgos y de la comisaría, le había costado encontrar su sitio y su nuevo compañero le había brindado una nueva etapa mucho más tranquila.

Guillermo esperó a que se calmara para volver a intervenir.

—Tendré el teléfono disponible toda la noche. Si necesitas hablar… me llamas, ¿vale?

—Vale. Te lo agradezco de verdad, pero vete a dormir. Te llamaré mañana por la mañana.

Colgó sin esperar a la respuesta de Guillermo y se echó en la cama con las piernas en alto. En un momento así, no ayudaba estar sola y parecía que se le iba a caer la casa encima. Aunque no hubiera podido ir a ver a Sebas, habría hecho cualquier otra cosa con tal de respirar aire fresco y salir de allí. Esperó a que llamara Bruno y salió corriendo por las escaleras del edificio para marcharse lo antes posible.

Se introdujo en el coche y permanecieron en silencio unos minutos hasta que bruno decidió romperlo.

—Lo siento de verdad —dijo Bruno, con cara de pena—. Sé que te llevabas bien con él.

—Era un buen tipo.

—¿Sabes si estaba metido en algo?

La pregunta le extrañó. Giró la cabeza con cara de no entender a qué venía.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Algo que no me hayáis contado, por ejemplo. Ya hubo algo de eso con Gonzalo y sé que eres fiel a tus compañeros.

Bruno no sólo era Inspector Jefe. Era un amigo y, en algún momento, había sabido que Carla no había sido del todo sincera con él. No porque quisiera ocultarle algo, sino porque las circunstancias al tener al lado a su antiguo compañero le hubieran llevado a tomar malas decisiones basadas en el respeto y admiración que sentía hacia él.

Carla sonrió, entendiendo sus dudas.

—Sebas era muy distinto a él. No le he llegado a conocer tanto como a Gonzalo, pero no te he escondido nada. Puedes creerme.

La pregunta hizo que pensara en Gonzalo. Le echaba de menos cada día, y mucho más tratándose de una situación tan difícil. Desde que se marchó, no había sentido lo mismo hacia su nuevo compañero. Había llegado a tomarlo cariño y hasta pensaba que se trataba de un amigo. No de los que llamaría para irse a tomar unas cañas, pero sí uno con el que podía contar si llegaba el momento en el que lo necesitara.

—Está bien.

Bruno supo que decía la verdad y se quedó más tranquilo.

—¿Sabes algo nuevo? —insistió Carla, acompañando la pregunta con un hundimiento de hombros.

—No he vuelto a hablar con nadie y no creo que les guste que aparezcamos por allí. Espero que, si nos dicen que nos marchemos, no montemos ninguna escena y hagamos lo que debemos hacer. Entiendo lo que sientes y no tengo intención de ser policía contigo. Sólo digo

que no nos conviene tocar mucho las narices, si queremos que nos tengan al tanto de lo que ha ocurrido.

—Me da igual que no les guste. Estoy en todo mi derecho.

Bruno intentó mantener el tono para no alterarla.

—Piensa con la cabeza y no con el corazón.

No le escuchó. Seguía flotando en su mundo.

—¿Me vas a decir por qué piensan que estaba vivo cuando lo metieron en la caja?

Bruno sabía que no iba a parar y que podría ser buena idea que no se encontrara todo de sopetón al ver la escena.

—Por lo visto, había algo escrito en la caja.

Carla no entendió a qué se refería.

—¿Algo escrito? ¿Quién lo escribió?

—Se supone que fue Sebas. Estaba escrito por dentro. En la tapa superior. Es la razón por la que creen que estaba vivo cuando lo metieron en la caja, pero como te he dicho, son elucubraciones y hay que esperar a que puedan determinar si están en lo cierto.

Carla no paraba de preguntar como si hubiera comenzado su investigación y notaba que Bruno respondía a pesar de no querer hacerlo.

—¿Qué es lo que escribió para que crean que lo hizo él? Puede que lo escribiera otra persona, o que ya estuviera escrito con antelación.

—Un número. Más bien varios.

—¿Unos números? Puede que sean los números de la caja. Qué se yo… un código de barras.

La veía fuera de sí. No razonaba y buscaba explicaciones absurdas sin escuchar todo lo que debía saber.

—No es un código de barras. Puedes estar segura.

De pronto saltó.

—¿Me lo vas a decir ya?

La miró con gesto serio. Fue a elevar la voz y se desinfló al pensar que ella no podía evitar hablarle así.

—152458.

—¿Y qué significa?

—Es pronto para saberlo. Por ahora sólo son números.

—¿Cómo los escribió? ¿Tenía algo con lo que pintar?

Colocó las manos sobre sus hombros y la miró como un padre mira a su hija. De forma muy calmada, elevó sus manos y las colocó entre el cuello y la cara. Pareció surtir efecto y Carla dejó de hablar. Su gesto cambió por completo y pasó a expresar todo el dolor que llevaba dentro, dejando escapar una lágrima. Bruno la secó y le dio un abrazo. Se separó lentamente y volvió a colocar sus manos en el rostro de Carla para que le mirara a los ojos.

—Escribió esos números con sus propias uñas.

2
¿Cuánto tiempo lleva muerto?

Cuando llegaron, pasaban tres minutos de la una de la madrugada. Carla salió del coche a toda prisa y cruzó el cordón policial enseñando la placa. Un policía la paró en seco y ella esperó a que llegara Bruno para no empezar con mal pie.

Volvió a enseñar la placa y el agente agitó la cabeza de un lado a otro mientras mantenía la mano en alto.

—Lo siento, pero no podéis pasar.

—Era mi compañero.

Bruno no tenía esperanzas de que les dejaran acceder y se acercó al agente, buscando su lado empático.

—Te gustaría que hicieran lo mismo por ti. Sólo serán unos segundos y todos somos policías. Es importante para ella.

—Sabes que no puedo —adoptó el mismo tono que Bruno, para que entendiera su situación—. Tengo un deber que cumplir.

Carla volvió a intervenir.

—No te estoy pidiendo que nos dejes participar. Es lo mismo que si viene un familiar y quiere ver a su hijo, por ejemplo. ¿No le dejarías pasar?

La cara de angustia de Carla causó efecto. El agente miró a Bruno y, con un nuevo gesto, les indicó que le acompañaran.

—Conmigo, pero sin tocar nada. ¿De acuerdo?

—Claro. Sólo quiero ver lo que le ha pasado —aseguró Carla, no pudiendo evitar una sonrisa apagada.

Caminaron hacia el lugar donde había ocurrido todo. No estaba demasiado alejado de un camino de tierra.

—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó Carla, con gesto de sorpresa—. No lo entiendo.

—Lo ha encontrado un guarda forestal. La caja estaba tal como la estáis viendo. No quiso tocar nada y avisó a la Policía. Se ven las marcas de unas ruedas. Es posible que lo trasladaran en una carretilla de gran tamaño o algo parecido.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí?

—El guarda suele hacer ese camino todos los días, por lo que ha debido ser en el día de hoy, pero por ahora no podemos asegurar nada.

—¿Y cuánto tiempo lleva muerto?

Carla no paraba de preguntar, sabiendo que no había pasado el

tiempo suficiente como para que le pudieran ofrecer respuestas demasiado concretas.

—No puedo deciros mucho. Por ahora, es todo lo que sabemos. Hasta que no venga el juez a levantar el cadáver, no podrán comenzar con el trabajo.

Bruno cubrió a Carla con su abrigo. Había salido a toda prisa del coche y se lo había dejado en el asiento de atrás.

—Hace frío esta noche. Póntelo.

Carla le sonrió. Se acercó a la caja y vio la tapa en el lado derecho con los números marcados con las uñas. Después, miró dentro y respiró hondo al ver el cadáver. Le creó una impresión que supo, en ese momento, que no olvidaría nunca.

—Carla, vámonos —le dijo Bruno con delicadeza, al verla temblar—. No vamos a sacar nada en claro y necesitas descansar.

Carla hizo como si no hubiera escuchado nada y comenzó a escrutar la zona, buscando algo que le diera alguna pista. Bruno permaneció inmóvil, esperando a que tomara la decisión de marcharse.

—Aparcó ahí —dijo Carla en voz alta, señalando a la zona donde habían estacionado—. Arrastró la caja y lo llevó hasta allí —cambió la dirección de su mano al lugar donde se encontraba Sebas—. Si estáis en lo cierto, estaba con vida cuando lo metieron en la caja, pero eso no significa que pasara en este lugar. Puede que lo metiera dentro antes y esperara a que se ahogara en su interior. Ahora que lo pienso, ¿puede ahogarse alguien en una caja como esta?

El agente se encogió de hombros.

—No lo creo —respondió Bruno—. Igual lo envolvieron en plástico o en cualquier otra cosa para que se ahogara.

Carla asintió.

—Tendría más sentido, pero si fuera así, lo haría en otro lugar y lo traería cuando se hubiera asfixiado.

El agente intervino.

—No lo hemos sacado de la caja. Puede que lo matara antes de meterlo allí.

Carla se acordó de Gonzalo al escuchar al agente. Jamás hubiera dicho semejante tontería.

—Ha escrito unos números con las uñas. Sólo se puede hacer si estás dentro antes de morir.

Le dejó sin palabras y el hombre miró hacia arriba, como cuando te preguntan en el colegio y no sabes qué responder. Lo siguiente que ocurrió era lo lógico. El agente se sintió ofendido y dio por terminada la visita.

—Ya os he dejado pasar. Ahora os tenéis que marchar —miró a Carla, enojado—. Adiós.

—Deja de hacerte preguntas —intervino Bruno—. El forense despejará todas las que tengamos.

Carla comenzó a caminar hacia el coche, abrió la puerta y se sentó, esperando a que Bruno la siguiera. Vio cómo se despedía del agente y volvía al coche.

—¿Nos vamos?

Bruno no estaba convencido si había tenido suficiente y quiso asegurarse.

—Arranca —permaneció pensativa por un instante—. ¿Has visto su mano?

—¿A qué te refieres?

—La tenía ensangrentada.

—No me he acercado demasiado.

—Me ha dado la sensación de que le habían clavado algo. Tenía un agujero, aunque no se veía muy bien. Era la mano izquierda.

—No lo he visto —insistió.

Carla seguía dando vueltas a la cabeza y pasaba de un dato a otro, buscando algún sentido a lo ocurrido.

—¿Qué crees que significan esos números?

—De verdad que no lo sé. Tienes que dejar la mente en blanco. Ya la pondrás a funcionar cuando nos den algo con lo que trabajar.

—Me has dicho que no nos van a dejar llevarlo. ¿Cómo vamos a trabajar con nada?

—Van a necesitar nuestra colaboración para saber detalles que les puedan dar pistas. Te mantendré informada.

—Tienes que hablar con el Comisario y que nos asignen el caso. Tiene que entenderlo.

—¿Preguntar a Ituarte? No intentes chocar con ese muro. No te va a servir de nada.

—Tienes que intentarlo.

Bruno no respondió.

—Quiero que me lo prometas. Que nos lo asignen o que nos dejen participar. Me da igual, pero no me voy a quedar quieta.

—Está bien. Lo preguntaré, pero ya sabes cuál va a ser la respuesta.

Bruno dejó a Carla en su casa y esperó a verla entrar en el portal. Eran más de las dos y media de la madrugada. Cogió el teléfono móvil y miró al techo antes de comenzar a escribir por wasap. Finalmente se decidió. Antes de arrancar el coche, recibió una llamada.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —preguntó Bruno, sorprendido con la premura con la que había recibido su respuesta—. Te he escrito porque pensaba que estarías doblado. Al fin y al cabo,

eres un hombre con una vida tranquila. ¡Quién lo iba a decir!

—Más de lo que me gustaría —Gonzalo suspiró, como si estuviera hastiado—, pero no lo cambiaría por nada. Aquí estaba, viendo una peli de polis. Mañana no tengo que llevar a mi hijo al cole.

—¿Qué tal andas con tu hijo? ¿Todo sigue bien?

—Mejor que nunca. Viene a mi casa los fines de semana. Así su madre puede hacer su vida.

—¿Y tu vida? —se interesó bruno—. ¿Algo nuevo que quepa destacar?

—Llevan tiempo tentándome. Un tío que conocí en Salamanca hace unos años dirige una unidad de la UDEV, pero no lo tengo claro.

—¿Cómo se llama? Igual lo conozco.

—Se llama Saúl Ros. Un tío majete, pero un poco soso. ¿Lo conoces?

—De oídas. Algo me ha contado Ituarte.

—¡No jodas! Yo creo que le avisó Itu de que estaba en Madrid. Me llamó al poco tiempo y le pregunté de dónde había sacado mi teléfono, pero sólo me dijo que todo el mundo sabía quién era. No me extraña.

—Eso, tirando de humildad. Como siempre.

—Bueno, dime qué pasa.

Bruno tardó en arrancar.

—Han matado a Sebas.

Dudó si Gonzalo sabía de quién se trataba. Era muy malo para los nombres y además no prestaba mucha atención a lo que no le interesaba, pero sabía que Carla y él mismo le habían hablado de Sebastián.

—¿El compañero de Carla?

—Sí. Está derrumbada.

—¡Joder! ¿Qué ha pasado?

—No lo sabemos todavía. Lo han encontrado hoy, muerto y en una caja.

—Qué suerte tiene con los compañeros —se dio cuenta de que no era el momento de una broma como esa—. Perdona.

—Tranquilo. A mí no me sorprende tu humor negro, pero no le digas algo así a Carla. Está muy afectada.

—Sí, me dijo que era un buen tío. Vaya putada.

—Estaba pensando que podrías hacerle una visita. Puede que le venga bien. ¿Cómo lo tienes?

—Tengo la semana libre, pero espero que sólo me llames para eso.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien. ¿Cuántas veces me has pedido que vuelva?

Bruno sonrió.

—Sólo quiero que la des una sorpresa. Ella ha hecho mucho por ti.

Esperaba tener que rogarle, pero reaccionó rápido.

—Mañana por la mañana salgo para Burgos.

—Gracias. No diré nada. Le he pedido que mañana no venga a trabajar.

Gonzalo soltó una carcajada.

—Pareces nuevo. A esta chica no le frena ni un tren de mercancías. Es igual de testaruda que yo, aunque con un carácter más difícil.

Bruno soltó un "ja". Por mucho que supiera de su humor ácido, no entendía ni que lo dijera en broma.

—Duele escuchar de ti que alguien tenga peor carácter que tú. Estás en la cima.

Gonzalo sonrió para sí mismo.

— Me pasaré por Comisaría. Seguro que la encuentro allí. Mañana te llamo.

—Me alegra hablar contigo. Podrías quedarte en mi casa y cenar con nosotros.

Según lo dijo, sospechó que la respuesta iba a ser negativa. No veía a Gonzalo quedarse en casa de nadie y tampoco creía que podría aguantarle durante mucho tiempo entre los mismos muros.

—Llevo queriendo entrar en mi casa unos meses. Me quedo en la mía, pero acepto la cena. Llamaré a alguien para que la limpie y esté impoluta cuando vaya a dormir.

—Gracias otra vez. Hasta mañana.

Gonzalo quiso agradecerle el gesto.

—No te ofendas. No te imaginas lo que echo de menos entrar en ese salón. Poner la chimenea y sentarme en mi sofá mientras me tomo una copita de vino. ¡Buah!

Bruno no pudo evitar sonreír al escuchar la morriña que sentía por volver a su casa.

—Tranquilo. Lo entiendo.

—Una cosa más —hizo un silencio y Bruno permaneció a la espera—. ¿Qué tal Itu?

La pregunta le dejó descolocado.

—¿Te interesas por Ituarte? ¡Qué sorpresa!

—Se portó bien conmigo con todo lo que ocurrió. ¿De qué te extrañas?

—Sólo que lo preguntes me dice que tu hijo te ha cambiado un poquito. Me parece bien.

—Es tarde y me has jodido la película. Te dejo.

Bruno entendió que había cruzado el límite de su amabilidad y no quería demostrar que era de carne y hueso. Para despedirse,

bromeó con la película que estaba viendo Gonzalo antes de que le llamara.

—Los buenos son los que ganan. No te pierdes nada.

Gonzalo le quiso avisar antes de terminar la conversación.

—Recuerda, sólo de visita.

—Entendido.

3
¿Nos tomamos un café?

Había sido una noche larga. Carla no había sido capaz de conciliar el sueño hasta pasadas las cinco de la madrugada. Se incorporó para mirar la hora. Las nueve y media. Al menos había descansado, aunque le habría gustado levantarse un poco antes. En los dos últimos años, había vivido situaciones muy complicadas, pero nunca había sentido una sensación parecida. La tristeza le había atrapado por completo y no sabía cómo debía reaccionar.

No pudo ni tomar un café. Tenía el estómago cerrado y ganas de vomitar.

Se dio una ducha rápida y se vistió para marcharse cuanto antes a comisaría. Bruno le había dejado claro que no quería verla por allí hasta que hubiera ordenado sus ideas, pero estaba segura de que no le iba a sorprender cuando apareciera.

Las primeras miradas de sus compañeros iban acompañadas de un gesto de cabeza. Nadie decía nada. Molina se levantó y fue directo hacia ella para darle un fuerte abrazo. A continuación, aparecieron todos para repetir la escena. Bruno esperó en la puerta de su despacho a que hubieran acabado, se acercó a ella y la cogió de la mano para que le acompañara.

—¿Cómo has dormido?

Carla elevó los hombros, con cara de no haber reaccionado.

—Me costó bastante, pero al final caí de puro cansancio. Supongo que la tensión me dejó para el arrastre.

—Hoy tendrías que haberte quedado en casa.

—¿Tú lo habrías hecho? —se quedó mirándolo, esperando una respuesta que no llegó—. Me lo imaginaba.

Se abrió la puerta del despacho de Bruno y sonó el toc toc de unos nudillos.

—¿Es buen momento?

Bruno miró a Carla, para que fuera ella quien lo decidiera.

—Pasa, Comisario.

Ituarte se acercó y puso una mano en la mejilla de Carla para darle su pésame.

—Siento mucho lo que ha ocurrido. Era un buen tipo y un buen policía. Todos estamos muy afectados. Yo el primero, te lo aseguro.

Carla asintió y fue directa al grano.

—Quiero llevar el caso.

Ituarte miró a Bruno y después ladeó la cabeza.

—No es nuestra zona y era tu compañero. No es la forma correcta de actuar y no depende ni de ti ni de mí.

Fue muy taxativo y a Carla le costó reaccionar.

—No conozco la zona donde ha ocurrido, pero seguro que no tienen agentes que investiguen este tipo de casos. Por no decir que estoy segura de que nos corresponde.

—No depende de mí. Te lo vuelvo a decir.

—Sabes que sí. Jon —era la primera vez que le llamaba por su nombre y el Comisario se sorprendió—, necesito hacerlo, y lo haré de forma muy profesional, como si se tratara de cualquier otro caso.

Ituarte se quedó pensando, sin saber qué decir.

Bruno le hizo un gesto para que, al menos, lo pudiera contemplar.

—Déjame que vea cómo están las cosas, pero puedo decirte con mucha certeza que no va a ser posible. Intentaré que nos tengan informados y que puedas ayudar, aunque vas a ser la primera persona a la que pregunten.

Le sorprendió su respuesta. No esperaba que Ituarte se planteara siquiera intentarlo. Aunque le hubiera dejado claro que iba a ser casi imposible, no era normal en él. Aunque se empeñara en negarlo, era muy difícil que ocurriera.

No le dio mucha importancia y se centró en lo que acababa de decirle.

—¿A mí? ¿Por qué me tienen que preguntar?

—Es el protocolo. Necesitan respuestas y eras su compañera. Serían muy malos investigadores si no lo hicieran.

—Me temo que no voy a poder ayudar mucho.

—Eso es todo.

Carla no quería rendirse, pero no abrió la boca.

Ituarte abrió la puerta y le hizo un hueco a Gonzalo al encontrarlo en la puerta.

—¡Pero bueno! Gonzalo Ulloa parte dos —sonrió—. ¿Qué tal te va todo? No he recibido una sola llamada desde que te marchaste.

Gonzalo respondió, devolviendo la pulla.

—Es curioso. Yo tampoco recuerdo haber visto ninguna llamada perdida tuya desde que me marché.

Ituarte no entró al trapo.

—¿Todo bien por Madrid?

—No me puedo quejar. ¿Todo bien por aquí? —Se dio cuenta de que no había estado muy acertado, teniendo en cuenta que había muerto un compañero—. Me refiero a la comisaría.

Ituarte entendió lo que había querido decir.

—Tranquilo. Todo bien. Te veo luego, si sigues por aquí.

Cerró al salir.

—Hola, Carla.

A ella se le iluminaron los ojos al ver a Gonzalo en la puerta y, nada más terminar la conversación con su jefe, se lanzó corriendo a darle un abrazo.

—¡Madre mía! No me abraza así ni mi hijo —Gonzalo cambió el tono, para que Carla sintiera que entendía lo que estaba pasando en un momento tan complicado—. Lo siento mucho. ¿Qué tal estás?

Carla se secó las lágrimas y se separó de él.

—Todo esto es una mierda.

—Lo sé. Bruno me llamó ayer por la noche y me pidió que viniera. No habría hecho falta, porque sabes que siempre estaré contigo en momentos jodidos.

Le sacó una sonrisa que se mezcló con las lágrimas.

—¿Qué tal va todo? Hace dos meses que no sé nada de ti.

Mientras se lo echaba en cara, Carla le dio un golpecito en el brazo como si estuviera enfadada.

—Claro que lo sabes. No seas melodramática.

—El wasap no cuenta. Podrías coger el teléfono de vez en cuando.

—Estoy muy ocupado y soy un tío. Esas cosas se dan por sentadas.

Carla soltó una carcajada forzada.

—Eres un jubileta que no llega a los cincuenta. Seguro que te aburres como una ostra.

Gonzalo giró la muñeca varias veces para expresar que le faltaba algo sin trabajar.

—En fin, ¿nos tomamos un café?

Bruno sabía que sobraba y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Os dejo. Tendréis mucho que contaros.

Carla lo paró en seco.

—Espera. ¿Qué ha querido decir Ituarte? ¿Lo ves imposible?

Gonzalo miró a Bruno.

—¿Qué me he perdido?

—Nada. Carla quiere el caso.

Gonzalo supo al instante que no le darían ninguna opción.

—Vete quitando esa idea de la cabeza. Los protocolos son muy claros e Ituarte nunca se los salta.

—¿Ni por su compañera?

—Precisamente por eso. Recuerda que a mí no me dieron el caso de mi madre. No te hagas ilusiones por algo que es imposible.

—Ya lo veremos.

Sonrió al ver que Carla era aún más testaruda que un tiempo atrás, cuando comenzaron a trabajar juntos.

Cinco minutos más tarde, volvían al bar donde solían ir a desayunar tiempo atrás.

—Año y medio —dijo Carla, con la sorpresa típica de lo rápido que pasa el tiempo—. No me lo creo.

—Dímelo a mí. He vuelto tan sólo un par de veces desde entonces.

—Estás aquí al lado. No creo que te guste tanto Madrid como para que no puedas escaparte más a menudo a ver a tus amigos.

—No empecemos otra vez. Necesitaba espacio tras todo lo que ocurrió, y necesitaba dedicar todo el tiempo posible a mi hijo.

—¿Todo bien?

—Más que bien. Recuperando el tiempo perdido.

—Me alegro mucho. ¿Tu ex?

—Nunca nos hemos llevado tan bien. No me puedo quejar de nada, excepto…

No hacía falta decir que echaba de menos el trabajo. Gonzalo era una de esas personas que disfrutaba con lo que hacía. Carla recordó que cuando llegó a la comisaría por primera vez, le dijeron que él trabajaba por placer. Había heredado una importante cantidad de dinero de su padre como para no tener que volver a sudar nunca más.

—Te falta algo, ¿verdad? No eres capaz de estarte quieto y seguro que te aburres.

—No se puede tener todo —gesticuló.

—No importa. Lo único que debe preocuparte es tener una familia. El resto ya llegará. ¿Cómo vas de chicas? ¿Sigues espantando a todas?

—No te sorprenderá la respuesta. Por mucho que cambie, tengo mi esencia. Eso no se pierde. Ligo menos que el abuelo de Heidi.

Carla se partió de risa.

—Me recuerdas mucho a él. Igual acabas viviendo en la montaña con una barba blanca y sustituyes tu chupa de cuero por un jersey de punto.

—Muy graciosa. Me alegra que me apoyes de esa manera. ¿Y tú?

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Tienes alguna historia?

Carla se puso roja y Gonzalo supo que había dado en el clavo.

—Algo hay.

—Estaba claro que, si no estoy cerca, nadie te espanta a los tíos. Tienes que agradecérmelo.

—¡Cállate ya!

—Luego dices que no te llamo para contarte cosas. ¿Cuánto llevas con él?

—Tres meses, más o menos.

—¡No me jodas! Hablamos hace dos meses y no me dijiste nada.

—Todavía no ha pasado el tiempo suficiente para que lo vaya contando a todo el mundo. A ver cómo va todo, pero por ahora estoy contenta.

—No creo ser todo el mundo, y esta vez lo digo sin prepotencia. Hemos pasado mucho juntos.

—Eso es verdad, pero ya lo sabes. Deja de atosigarme.

—Me alegra mucho. ¿Es poli?

—No. Es un amigo de Irene.

—¿Nuestra Irene Cabañas? ¿Tu compañera?

—Esa misma. Desde que no estás, he salido con los compañeros de comisaría. Un día, ella se trajo a unos amigos y nos fuimos conociendo. Se llama Guillermo y es organizador de eventos.

—¡Organizador de eventos! —exclamó, con sorna—. Ten cuidado porque esos salen mucho. No, en serio, espero que os vaya bien. Me lo tienes que presentar.

—Me da miedo hacerlo. Es un tío muy normal.

—Como yo. No tienes que preocuparte de nada.

—Justo. No tengo que preocuparme. No lo vas a conocer hasta que vea que es algo serio.

—Pues nada. Tú misma. Eso es confianza.

Los dos sonrieron al mismo tiempo.

—¿Cuánto te vas a quedar? —preguntó, intrigada.

—Dos o tres días. He venido a verte y aprovecharé para cenar con Bruno y su familia. Poco más.

Carla lo miró como si fuera un océano en medio del desierto. No tenía con nadie la confianza que había alcanzado con Gonzalo, aunque hubiera sido a base de tortazos.

—Gracias por haber venido. No te imaginas lo que significa para mí.

Gonzalo arrugó el labio.

—Los amigos están para eso. No importa que no hables o no te veas a menudo. Lo importante es lo importante.

Carla no dejó pasar la oportunidad para meterse con él.

—Los amigos no sólo hacen eso. También llaman para preocuparse, pero lo dejaré pasar. Con que hayas venido para estar conmigo me basta. Te echaba de menos.

—Me alegra oír eso.

Carla lo miró sintiendo que Gonzalo estaba a punto de derramar una lágrima. Al menos notaba el brillo en sus ojos. Por otro lado, sabía que se escondía tras ese muro que le prohibía expresarse. Ella ya lo había conseguido derribar en otras ocasiones.

Siguieron hablando durante un rato para ponerse al día. Carla

percibía que su día había mejorado, hasta el punto de olvidarse por unos minutos de todo lo que había ocurrido la noche anterior. Se sentía de nuevo con fuerzas y con la sensación de que nada había cambiado, aunque pronto volvería a darse cuenta de que no era cierto.

Cinco años antes

Caía la noche y Jorge se disponía a salir de casa para reunirse con sus amigos. Subió a su coche, aunque a su padre no le gustaba que lo hiciera por la noche. Había cumplido dieciocho años apenas unos meses antes y tenía el permiso de conducir desde hacía tan sólo un par de ellos. Antes de salir por la puerta, le prometió que si bebía no volvería conduciendo, pero no fue una respuesta que le tranquilizara.

Comenzó la noche en un bar céntrico de Burgos y sus amigos le animaron a tomarse unos chupitos. Miró el reloj y asintió al ver que todavía era pronto. Era un chico responsable, pero nunca se había tenido que enfrentar a la situación de tener que decidir como un adulto en un asunto como ese. Tenía la sensación de que tendría que dejar el coche y volver a por él al día siguiente. Sin embargo, había una chica que le gustaba y pensó que le daría la impresión de ser mayor si le veía conducir.

Una hora más tarde, la chica se acercó a él.

—Hola, Cristina —se sintió estúpido por la forma de saludar.

—Nos vamos a ir a un descampado a hacer un botellón. ¿Qué te parece?

Jorge se quedó paralizado al verla sonreírle. Tardó unos segundos en responder, mientras ella le miraba fijamente esperando a que contestara.

—Genial. ¿Vamos en mi coche?

En ese momento, sonrió para sí mismo, sintiéndose agrandado por la situación. Se bebió el último chupito y salió del bar.

Su situación mejoraba por momentos y la chica se subió en el asiento del copiloto. Ni siquiera se dio cuenta de que en la parte trasera estaban dos de sus amigos.

Arrancó y puso la música. Ella le cogió el móvil y la cambió para que sonara Platero y tú.

—¿Te gustan? —preguntó ella.

—Claro —respondió, afinando el oído.

La chica agitó la cabeza al ritmo de *Voy a acabar borracho*.

—Lo escucha mucho mi padre. Este es uno de mis temas favoritos.

Jorge no sabía que la canción que estaba sonando era de Platero, pero quiso ser partícipe de la conversación y soltó lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿De qué disco es? Con Spotify ya no lo tengo claro.

Ella se dio cuenta al instante de que había reconocido la voz, pero no sabía lo que estaba escuchando.

—No es Fito. Es el grupo que tenía cuando era joven. La verdad es que me gusta más.

Salió como pudo de la metedura de pata, aunque se le notaba que estaba nervioso.

—Ya lo sé —cambió de tema lo más rápido que pudo e intentando no cruzar la mirada—. ¿Dónde vamos?

Ella le guio hasta llegar al descampado. Había mucha gente, con un coche poniendo música a todo volumen y botellas por todos los lados. La chica lo cogió de la mano y Jorge se marchó con ella sin esperar a sus amigos. Se sentaron alrededor de una hoguera y ella saludó.

—Os presento a Jorge. Estos son mis amigos.

Todos levantaron los minis y siguieron hablando.

Se sentía fuera de lugar. Se sirvió una copa sin saber si debía pagar algo, pero nadie dijo nada. De pronto, sintió la mano de Cristina sobre su pierna. Se colocó encima de él y se metió una pastilla en la boca. El corazón le latía cada vez más fuerte. Ella se acercó y comenzó a besarlo para pasarle la pastilla. No sabía qué hacer, pero no dijo nada y permaneció con la pastilla en la boca. En ese momento, sus neuronas habían dejado de funcionar y lo único que sentía era un estado de emoción que no había experimentado antes.

—¿Lo habías probado? —preguntó Cristina, acercándose un poco más.

—Claro.

De nuevo, su respuesta vacilante le delató y Cristina sonrió como si le atrajera su inocencia.

—Te va a gustar —le susurró, sabiendo que no estaba diciendo la verdad—. Ven conmigo.

Se puso en pie y le ayudó a levantarse. Se alejaron para tumbarse debajo de un árbol, volvió a ponerse encima de él y siguió donde lo había dejado. En ese momento, Jorge no era consciente de lo que estaba haciendo y sólo era capaz de dejarse llevar. Nunca había tomado drogas y no tenía la intención de hacerlo, pero no podía resistirse al magnetismo que le despertaba esa chica.

Vio a sus amigos a lo lejos mientras ella le marcaba cada movimiento y comenzaba a sentir los efectos de la pastilla. Nunca había vivido nada parecido y había perdido el poder de reaccionar. Uno de sus amigos le vio a lo lejos y se echó una mano a la cara. Jorge era un chico muy cortado y en ese momento no se inmutó ante su mirada mientras lo hacía con aquella chica.

Cuando terminaron, volvieron a la hoguera, pero sentía que le pasaba algo extraño. Como si estuviera fuera de su cuerpo. Le

pusieron otra copa en la mano y se la bebió de golpe ante la insistencia de los que se encontraban allí. Las imágenes se tornaron confusas. Recordaba las películas en las que todo se ve doble y pasa a cámara lenta. Había dejado de disfrutar y había perdido de vista a Cristina. Lo siguiente de lo que tuvo consciencia fue al levantarse en su cama con un dolor de cabeza indescriptible y sin saber cómo había llegado hasta allí. Cogió el móvil y llamó a uno de sus amigos.

—¿Jorge? La que liaste ayer, macho.

Tenía miedo a preguntar, y aún más a saber si su padre se había enterado de lo que había hecho.

—¿Cómo llegué a casa?

—Te llevé yo. Te vi con esa tía y estabas a tope. La siguiente vez que te vi estabas tronchado en el césped y pensamos que te iba a dar algo. Te hicimos vomitar y te llevamos a casa.

—¿Dónde se fue Cristina?

—No lo sé. No la vi más. Estabas sólo.

La siguiente pregunta era la que realmente le intimidaba.

—¿Me vio mi padre?

—No había nadie en casa. Tuviste suerte. Cogí tus llaves y te metí en la cama. Polvo y tus padres no estaban en casa. Fue tu noche.

No dijo que había tomado una pastilla. Ninguno de sus amigos lo hacían y estaba convencido de que le iban a pegar una bronca por haberse dejado llevar. Decidió callarse.

—Claro. Intentaré beber menos la próxima vez. Gracias, tío. Te debo una.

—Para eso estamos. Tómate algo para la cabeza. Luego hablamos.

4
Tengo una vida

A primera hora de la tarde, Ituarte se reunía con Carla y Bruno. Deseaban escuchar de su jefe que tendrían la posibilidad de investigar el caso de Sebas. Carla fue la última en pasar a su despacho, y se sentó con gesto serio.

—He estado moviendo hilos —dijo Ituarte.

Carla se levantó, sorprendida.

—¿Estás diciendo que podemos llevar el caso?

Su alegría duró unos segundos.

—Estoy diciendo que lo he intentado, pero la respuesta ha sido un no rotundo. Lo siento.

En ese momento, Carla lo habría matado. Le había dado esperanzas para nada.

—Gracias.

El tono no había sido de agradecimiento ni de lejos. Ituarte permaneció con gesto serio durante un instante, pero comprendió la reacción y lo dejó pasar.

Bruno intentó mediar.

—Esta noche cena Gonzalo en mi casa. ¿Crees que, si vuelve, le darían el caso? —preguntó, mirando a Ituarte.

—No sólo es porque Sebas fuera el compañero de Carla. Además, era de nuestra comisaría.

—Pero Gonzalo no pertenece a esta comisaría —rebatió.

—Está de excedencia, pero pertenece a esta comisaría, y a nadie le haría gracia que alguien que lleva un año y medio sin trabajar lleve el caso. Dalo por descartado.

Carla negó con la cabeza.

—Será mejor que no se inmiscuya en este tema. No quiero ser yo quien le ponga entre la espada y la pared.

Ituarte pensó que no lo había transmitido con suficiente claridad.

—No depende de lo que piense Carla, o lo que piense Bruno, o lo que piense yo. Hay unos protocolos, y punto. Nunca he sido un fan de Gonzalo, pero aun sabiendo que sería la mejor opción, no es posible.

—Está bien —dijo Carla, a regañadientes—. Al menos nos irás informando de lo que vayas sabiendo.

Ituarte cambió la cara. Los dos se dieron cuenta de que había algo que no les estaba contando y Carla le preguntó de forma muy clara.

—Entiendo que no podamos participar —Ituarte la miró sorprendido—, pero te pido que no nos mientas. ¿Qué ocurre?

Jon agachó la cabeza.

—Déjalo así. Ya sabrás los detalles cuando pueda darte más información.

No quedó convencida e incidió, rebajando el tono.

—Por favor. Necesito saber lo que ha ocurrido.

El Comisario agachó la cabeza de nuevo y la elevó, dejando caer con su gesto que estaba dispuesto a hablar.

—Está bien. No todo son malas noticias —la expresión de Ituarte no acompañaba a sus palabras.

Carla lo miró sin entender nada.

—¿A qué te refieres?

—Puede que tengan algo.

—Dímelo ya. Si has dicho eso, es porque sabes más datos.

—Parece que el caso está muy cerca de llegar a su fin y he conseguido que nos dejen ver al hombre que lo mató, pero no quería deciros nada hasta tener la confirmación.

Carla se quedó sorprendida.

—¿Al hombre que lo mató? ¿Por qué no habías dicho nada antes?

Ahora quedaba muy claro que estaba enfadada.

—Han encontrado al tipo que lo hizo. Le tomarán declaración y luego te dejarán hacer una visita, si te sientes preparada. Creo que eso es todo lo que puedes pedir. El caso pasará directamente a disposición judicial.

—¿Quién ha sido? —preguntó Carla, con los ojos muy abiertos.

—No puedo daros más información hasta que lo hayan interrogado. Lo siento.

—Casi hubiera preferido que no me dijeras nada, si me ibas a dejar así.

—Has sido tú la que has insistido. No sé a qué viene esto ahora.

—Lo que quiero decir es que, ya que has empezado a contarnos, podrías acabarlo.

Carla lo miró a los ojos ladeando la cabeza e Ituarte vio la desesperación inyectada en ellos.

—Sentaos. Os pondré al día. Va a ser difícil de asimilar.

5
¿Cenamos?

Gonzalo apareció en casa de Bruno pasadas las nueve de la noche. Tenía la sensación de que le iba a pedir que volviera, e iba preparado para no darle opción. Tenía muy calado a su amigo, pero no iba a ser el primero que abriera fuego.

—¿Qué pasa, chaval? Cuánto tiempo.

El hijo de Bruno le dio un abrazo. Era su padrino, aunque llevaba mucho tiempo sin verle.

—Sí. Mucho.

—Te veo muy grande. Siento no haber venido antes. Llevo un tiempo fuera.

Apareció de pronto la mujer de Bruno.

—Dichosos los ojos. Ya no te quedan marcas en la cara después de la paliza que te pegaron. Te veo guapo.

Se tocó la cara recordando lo que le ocurrió y sonrió.

—Más que tu marido. Le vendría bien algún arreglo.

Bruno había ido a por un par de cervezas a la cocina y se escuchó su risa desde allí.

—Ve a la cocina y ponte cómodo. En la cena me cuentas cómo te va la vida.

Gonzalo se acercó a Bruno, cogió una cerveza y le miró fijamente.

—¿Todo bien?

—Iba a esperar a la cena, pero puede que sea mejor que lo hablemos antes.

Gonzalo le iba a dar un trago a la cerveza y despegó sus labios de la boca del botellín.

—Lo sabía.

—¿Qué sabías?

—No voy a ponértelo fácil.

—He propuesto que te dieran el caso, pero me han dado una patada en el culo.

—¿Esperabas que me lo dieran a mí? Creía que me ibas a plantear que volviera, pero no te consideraba tan estúpido como para creer que me iban a dar nada.

Bruno sacó el dedo corazón a pasear.

—Si quieres cenar, te recomiendo que te ahorres los insultos, papanatas.

Gonzalo sonrió.

—Quiero cenar y no quiero volver. Tengo una vida. Tengo un hijo que no entendería que lo dejara tirado una vez más. ¿No lo comprendes?

—No lo dejarías tirado. Tu vida está aquí y podrías ir a Madrid los fines de semana, pero no quiero que vuelvas por este caso. Quiero que lo hagas porque somos amigos y porque no puedes disfrutar sin trabajar.

—¡Hombre, gracias! Es todo un detalle. Me dejarías ir los fines de semana. Ahora todo suena mejor.

—Me refiero a que te entiendo, pero si se lo explicas sabes que lo va a comprender. Es un buen chico y, Carla te necesita. Ella hizo cosas por ti que no habría hecho nadie, estuvo siempre cuando la necesitabas y ahora está sola de nuevo. Los dos ganaríais.

Gonzalo suspiró.

—¿Ahora se trata de ayudar a Carla? Vas cambiando de razones según te viene bien.

—¿No quieres volver para recuperar tu vida y estar cerca nuestro o no quieres volver a trabajar? Estoy seguro de quieres hacer las dos cosas.

—¿Estamos hablando de volver o de que me inmiscuya en un caso que no os van a dar? Me gustaría volver a trabajar, pero cuando haya pasado más tiempo. Sólo hace año y medio que me fui, y mi hijo no vive conmigo. Por muy bien que nos vaya, no paso todo el tiempo con él.

—Es tu decisión. Sé que es difícil, pero te echamos de menos y te necesitamos. Tengo que decirte que te has equivocado desde que has cruzado la puerta, si pensabas que lo único que quería es que participaras en este caso. Llevo tiempo intentando que vuelvas, sin que hubiera ocurrido esta desgracia.

Gonzalo suspiró aún más fuerte.

—No te voy a decir que no sea algo egocéntrico, porque lo que no me gusta es mentir —elevó las cejas con cierta chulería—, pero no te va a servir de nada bailarme el agua.

Bruno reconoció su derrota y cambió de tercio. No quería decirle nada del caso hasta que Ituarte le diera permiso, pero no pudo resistirse.

—Jon se está portando. Nos ha explicado todo, aunque gran parte ya lo sabíamos. Sebas apareció en una caja y no sabemos si murió en ella o lo mataron con anterioridad. Es cierto que, aparentemente, escribió con las uñas unos números en la tapa. Lo hizo desde dentro.

—¿Por qué das por hecho que los escribió él?

—Es una hipótesis. Ya veremos si es así.

—¿Alguna razón aparente para que lo mataran? ¿Estaba metido en algún caso difícil?

—No. Nada importante. No sabemos nada por el momento.

—¿Y Carla? ¿Sospecha de alguien? ¿Sebas le contó si estaba preocupado por algo?

Bruno se dio cuenta que era incapaz de rehuir una conversación policial.

—No. Me dice que no tiene ni idea.

—¿Cómo era?

Bruno captó el tono de Gonzalo.

—¿Te has convertido en un cotilla? Seguro que no paras de ver los programas del corazón.

—¡Qué bien me conoces! Es lo que hago durante todo el día —lo miró con gesto serio—. Te lo vuelvo a preguntar. ¿Cómo era?

—Ya paro de tomarte el pelo. Era un buen tío. Se integró perfectamente nada más llegar y tenía una buena relación con Carla y con todos sus compañeros. Si lo que estás buscando es algo raro en él, no puedo decir nada malo.

—¿Qué pueden significar esos números?

Antes de responder, Bruno no pudo dejar de observarlo y ver cómo disfrutaba. Estaba convencido de que hacía lo que debía hacer por el bien de su hijo, aunque también sabía que no le hacía del todo feliz estar alejado de su trabajo.

—Es todo lo que sabemos.

—No sabéis nada.

—Espero que pronto tengamos algo más. Carla necesita conocer lo que ocurrió.

—Es verdad. Cuanto antes lo sepa, mejor. Ayuda a continuar.

—Así es. Lo sabes mejor que nadie. La van a dejar hablar con el presunto asesino.

Gonzalo reaccionó con sorpresa.

—¿Ya tienen al presunto asesino? ¿Por qué no me lo has dicho?

—Lo siento. Eso es lo que nos ha comentado Ituarte. Le han dicho que, cuando hayan acabado con los interrogatorios, podrá ir Carla a hacerle una visita. Es el caramelito que ha querido darle.

—No sé si es buena idea.

—Ella quiere hacerlo. Podrías acompañarla.

Gonzalo suspiró al captar lo que estaba ocurriendo.

—Sabía que te guardabas alguna bala. Venía con la mosca detrás de la oreja por lo que querrías decirme. ¿Me has invitado para pasar un rato juntos o para todo esto que me vas soltando poco a poco?

Bruno no quiso responder a la pregunta. Sentía que había algo más importante como para que tuvieran de nuevo esa conversación.

—Te necesita. Sólo será un rato.

—No me van a dejar entrar.

—Ya está hecho, si tú quieres. Falta la confirmación oficial, pero van a dejar que vaya.

Gonzalo negó con la cabeza. En el fondo, se sentía tentado a volver a una situación parecida. Sabía que no iba a poder investigar el caso, por lo que no perdía nada por acompañarla.

—Hablaré con Carla. No te puedo decir mucho más.

Para Bruno, era más que suficiente escuchar que se lo iba a pensar. Sabía lo que pasaba por su mente en todo momento y era consciente de que, en el fondo, estaba tentado a participar de alguna manera. Tenía la esperanza de que, al acompañarla, se despertara en su amigo el gusanillo para plantearse su vuelta, aunque no se produjera de forma inmediata.

—Sólo te pedía eso.

—Me da la sensación de que pides demasiado. Con todo esto se me ha calentado la cerveza. Te pillo otra.

—Está bien. ¿Cenamos?

Gonzalo salió de casa de Bruno habiendo pasado un buen rato. Cuando llegó a la suya, esperó unos segundos antes de abrir la puerta. Hacía tiempo que no volvía y sintió el gusanillo en el estómago.

La primera mirada fue dirigida al lugar donde encontró muerto a Turco, hacía algo más de año y medio. Todavía echaba de menos a ese perro que tanto le había dado. La decoración de la pared era diferente. Le había realizado un lavado de cara antes de marcharse a Madrid.

Pasaban quince minutos de las doce de la noche y se dirigió a su habitación para dormir lo antes posible. No eran horas para llamar a su hijo y debía hacerlo a la mañana siguiente, antes de que fuera al colegio. Le diría que iba a estar un par de días más por allí antes de volver a casa.

Se metió en la cama, apagó la luz e intentó coger el sueño.

6
Pues no seas como yo

La noche fue larga para Carla. No había sido capaz de desconectar su cabeza, dándole vueltas a lo que había ocurrido en los últimos días. No podía creer que hubieran matado a Sebas, pero lo más inquietante de todo era saber quién lo había hecho. Nunca había escuchado su nombre ni podía ponerle cara, pero sentía mucha curiosidad por conocer la razón que le había llevado a cometer un crimen tan horroroso.

Su carrera no era muy dilatada y, sin embargo, en menos de dos años llevaba a sus espaldas un bagaje nada envidiable para otros agentes que llevaban muchos años en el cuerpo de Policía.

Alrededor de las diez, apareció Gonzalo por comisaría con el casco en la mano.

—Buenos días.

Carla lo miró, intrigada por la noche que había pasado con Bruno. Suponía que le habría puesto al día de lo que les había contado Ituarte.

Antes de poder saludarlo, apareció su jefe.

—¿Pasamos al despacho? —preguntó Bruno.

Gonzalo extendió la mano para que entraran y cerró la puerta a su paso.

—Iré contigo a ver a ese tío, pero en cuanto acabe volveré a Madrid.

Carla se quedó sorprendida. No esperaba que le fuera a acompañar, y tampoco tenía la certeza de que Ituarte lo permitiera.

—Claro —respondió Carla—. Te agradezco que me acompañes, y no sólo por un tema personal. Echo de menos trabajar contigo, aunque esto no sea trabajo —entrecomilló.

Miró a Bruno y este captó lo que le quería decir.

—Ituarte no tiene ningún problema, pero me ha pedido que Gonzalo no monte ningún espectáculo. Al fin y al cabo, es una visita de cortesía.

Carla sonrió.

—No te prometo nada.

—La razón por la que nos dejan hacerlo —prosiguió Bruno—, es que Ituarte ha tenido una deferencia con Carla y, debido a sus contactos, puede hacerlo, pero una vez hayáis hablado con este hombre, pasará a disposición judicial y perderemos todo contacto con

él y con el caso. Espero que lo tengáis claro.

Los dos asintieron.

—¿Quién es? —preguntó Gonzalo.

Las caras le decían que no era una persona cualquiera y Bruno comenzó a darle detalles.

—Es otro policía. Se llama Carlos Neva y trabajó con Sebas hace unos años.

Ese dato no se lo había dado la noche anterior.

—¡No jodas! ¿Por qué lo ha matado?

—No lo sabemos, pero hay pruebas que lo demuestran.

—¿Qué pruebas?

—Todavía no tenemos esa información.

Gonzalo no entendía nada.

—La gente cada día está más loca.

—Estoy de acuerdo. Es una locura total, así como la forma en la que lo hizo. Al menos lo han cogido, aunque eso no nos devuelva a Sebas.

—¿Por qué nos dejan ir a verlo? —dijo Gonzalo para sí mismo—. Por muchos hilos que mueva Ituarte, me parece bastante raro. ¿Le ves el sentido?

Bruno elevó los hombros.

—No importa si le veo sentido. Lo único que te estoy diciendo, es que Carla tiene la oportunidad de hablar con él. Los motivos no deben importarte demasiado.

—¿Quién lo ha autorizado?

Gonzalo seguía incidiendo.

—No lo sé —continuó Bruno—. Ituarte ha movido algunos hilos y Carla tiene veinte minutos para verle.

—De verdad que me he quedado anonadado. Esto es muy raro —repitió.

—¿Vas a cuestionar todo o vas a dejar que aproveche una oportunidad?

—Sólo lo veo raro —acompañó sus palabras con un gesto de disculpa—. De acuerdo. Vamos a ello.

Pudo percibir en Carla una emoción que no podía disimular. Su instinto le decía que había algo extraño detrás de aquello, pero Bruno tenía razón. Podía ser una oportunidad de sentarse frente a ese hombre y escuchar lo que tuviera que decir.

—¿Comenzamos? —dijo Carla, sensiblemente ansiosa.

Bruno hizo un gesto para que le excusaran y cogió el teléfono, mientras se marchaba del despacho.

Gonzalo esperó a que saliera.

—Me parece una pérdida de tiempo acudir a esa cita sin llevarlo preparado.

—¿Cómo? —Carla intentaba seguirlo.

—Puedes ir y preguntarle por qué lo ha matado y que no te cuente nada interesante, o puedes acudir con algunos datos debajo del brazo y saber dónde debes apretarle.

Ella continuaba sin saber lo que estaba planteando.

—Habla claro de una vez.

—¿Quién es el forense?

Carla no entendía el paso que Gonzalo quería dar antes de acudir a la cita, y él seguía jugando con las palabras, sin decir nada concreto.

—Creo que te sonará de algo. Sin ir más lejos, fue el hombre que analizó las pruebas forenses en el caso que te hizo marcharte de aquí.

Gonzalo hacía mucho tiempo que no lo veía. Era una eminencia en Burgos y no le extrañó que fuera a encargarse, teniendo en cuenta las circunstancias que lo rodeaban.

—Si es él, sólo tenemos que hacerle una visita.

—Puede que no nos diga nada —intervino Carla—. No puede darnos información. Por favor, no comiences a meternos en líos.

—¿No quieres visitar a un amigo y que nos dé unos detallitos?

—No hay caso que podamos investigar, Gonzalo. No hay caso y no estás en activo. No te la juegues.

Gonzalo respondió, con una seguridad en sí mismo que hacía tiempo que Carla no veía.

—¡Por favor! Nos recibirá. Primero quiero conocer los detalles —Carla sabía que su antiguo compañero no era capaz de acatar las normas, y algo le incitaba a saber todo lo que ocurría, pero ella tenía claro que no era una buena idea—. Quiero saber el momento en el que desapareció Sebas y la última vez que lo visteis. Si tiene familia o amigos que nos puedan contar un poco más de él… De lo contrario, el detenido te podrá contar cualquier milonga.

Carla comenzó a responder a todas sus preguntas. No sin antes certificar que Gonzalo podía fastidiar la visita que tenían concertada. Era su esencia.

—Estaba casado y no tenía hijos. No conozco bien a su mujer. Tan sólo la he visto un par de veces, y con más gente alrededor. No creo ni que sepa quién soy.

Gonzalo arrugó el entrecejo.

—Te aseguro que se acuerda de ti. Eras la compañera de Sebas y querría saber con quién andaba por ahí su marido.

—Siempre estás igual.

—Seguro que Guillermo está muy tranquilo cuando hablas conmigo.

Carla le mató con la mirada y evitó responder, para continuar con la pregunta que le había hecho.

—Tenía treinta y cinco años y creo que llevaba casado unos tres.

Tampoco sé mucho de sus amigos, al margen del grupo de Irene, pero ha vivido siempre en Burgos, por lo que tengo entendido. Desapareció dos días antes de que lo encontraran. Me enteré esa misma noche porque su mujer llamó a comisaría para preguntar por él. Me llamaron para ver si sabía dónde estaba y les dije que se había marchado a casa. Nunca llegó.

—¿Han realizado seguimiento de teléfono?

—No lo sé.

—Seguro que han hecho ese trabajo. ¿Apareció su móvil?

—Sí, pero estaba apagado. Lo tenía en un bolsillo. Eso dicen los informes. Gonzalo, para ya.

—No nos vamos a meter en ningún lío, pero podemos hacernos una idea de lo que ocurrió. Yo ya no tengo acceso al sistema informático de la comisaría, pero tú sí. Con el equipo que tengo en casa, podríamos hacer alguna consultilla. Saber si hizo alguna llamada desde que salió de trabajar y rastrear el teléfono para saber dónde dejó de ser localizable, por ejemplo.

—No te voy a dar las claves. Me meterías en un lío.

—Tengo juguetitos para no dejar rastro. Lo sabes bien.

—Tienen al que lo mató. ¿Qué más da todo eso?

—Presunto asesino. Sabes que las palabras adecuadas son esas. Por ahora, no tenemos ningún dato que pueda corroborarlo.

—Es verdad, aunque Ituarte dice que tienen pruebas.

—Lo hago por ti —Carla lo miró elevando las cejas, para hacerle entender que no creía una sola palabra. Lo necesitaba más que ella, tras llevar tanto tiempo fuera-—. ¿Su coche, dónde apareció?

—Estaba aparcado a dos kilómetros de aquí.

Carla sufría con cada respuesta.

—Puede que quedara con alguien. Habrá que ver eso y acceder a las cámaras de la zona desde que abandonó la comisaría hasta ese lugar. Son sólo unos trámites para quedarnos tranquilos y listo.

—¿Por qué me haces esto?

Gonzalo prosiguió.

—¿Dónde trabajó antes de venir aquí?

—Había trabajado en dos comisarías.

—¿Habéis hablado con su mujer? —insistió.

—No personalmente.

—¿Por qué? ¿No la has llamado para darle el pésame?

—No.

Carla agachó la cabeza, avergonzada.

—¿Te parece normal?

Le habría pegado hacerlo a Gonzalo, pero no esperaba que Carla no la hubiera llamado o mandado un mensaje.

—No era alguien con quien haya tenido trato y, si te digo la

verdad, estaba tan metida en que le hemos perdido que ni he pensado en llamarla.

Puso cara de estar arrepentida.

—Podríamos ir a verla con la excusa de que has estado muy afectada por lo que ha pasado. Tiene que saber algo o, de lo contrario, Sebas no era muy sincero. Eso ayuda para conocer mejor a la persona. Una cosa es el trabajo y otra la vida personal. Los trapos sucios se lavan en casa. Veremos si Sebas lo hacía.

Carla se dio cuenta al instante de que a Gonzalo no le había hecho falta mucho tiempo para recuperar su instinto. Seguía siendo el mismo de siempre, con fuerzas renovadas, y eso podía causarle muchos problemas.

—Vamos a hacer una visita a ese poli y luego hablamos. ¿Te parece?

—Claro. Sólo quiero ayudarte.

—Te lo digo en serio.

—Lo sé.

Lo miraba fijamente para asegurarse de que estaba siendo sincero. Cuando Gonzalo respondía con pocas palabras, ella sabía que le estaba dando la razón, aunque pensara lo contrario.

—Eso espero.

Carla volvió a dedicarle una mirada amiga. Era consciente de que necesitaba volver a vivir una investigación en primera persona, pero también sabía que lo hacía por ella. Sólo surgió una palabra de su boca.

—Gracias.

Gonzalo salió del despacho guiñando un ojo.

—Gracias —repitió Carla.

—No tienes que darlas. Es un placer volver a estar contigo. Siento de verdad lo que ha ocurrido

A Carla se le escapó un ruidito.

—Eres un sol.

A Gonzalo le costaba mucho admitir piropos y continuó.

—Sé que no es fácil, pero yo me equivoqué por no investigar lo que le ocurrió a mi madre. Has sido testigo de ello y te tuve a ti para apoyarme.

—¡Ves cómo me cuentas rollos y estás pensando en hacer lo contrario!

—Acabas de decir que soy un sol.

Carla respiró profundamente.

—No me vengas con eso.

—Me ayudaste cuando lo necesitaba y ahora quiero devolvértelo.

—Tampoco es que valiera de mucho. Eras como un libro cerrado.

Gonzalo chascó la lengua.

—Pues no seas como yo. Ahora me toca a mí mantenerte en el camino correcto. ¿Vamos a hacer una visita al forense? Hace mucho tiempo que no me acerco por allí.

7
¿Cómo escribió los números?

No podía evitar sentirse vivo de nuevo. Carla notaba en la cara de Gonzalo que estaba más nervioso de lo que recordaba. Podía entenderlo, pero su situación era muy diferente. Para ella, se trataba de algo muy personal.

No paraba de darle vueltas a la cabeza, pero no conseguía rescatar nada extraño en el comportamiento que tuvo Sebas en los últimos días. Ni siquiera en los últimos meses. Había llegado a pensar que, en lo que hubiera estado metido, le podría haber salpicado directamente al ser su compañera, pero dudaba que tuviera que ver con nada que les atañera a los dos. Debía de tratarse de algo externo al trabajo.

Llegaron a su destino y Gonzalo recordó la última vez que había visitado al forense. Hacía mucho tiempo de aquello, pero no podría olvidarlo nunca.

Entraron a la sala en la que estaba trabajando el doctor y este les recibió con un fuerte apretón de manos.

—¡Gonzalo! Dichosos los ojos. ¿Qué haces por aquí?

—Te echaba de menos. ¿Qué tal te va todo?

—Como siempre. Decirte otra cosa sería ser demasiado optimista.

Se acabaron los saludos y fue al grano.

—Tenemos que pedirte un favor. Antes de que digas nada, lo que me cuentes no saldrá de aquí.

El doctor lo miró con miedo a lo que fuera a pedirle. Había pasado por allí muchas veces, pero nunca para saludar y, además, sabía que ya no estaba en activo.

—¿Qué me quieres pedir? Hace mucho tiempo que no nos vemos y queda claro que no has venido a ver qué tal me ha ido. ¿Estoy en lo cierto?

Gonzalo ladeó la cabeza y se frotó las manos.

—Lo primero es lo primero, sobre todo he venido para saludar. No obstante —la cara del doctor ratificó lo que acababa de decir—, nos han dicho que llevas el caso de Sebastián Morales. Queremos saber lo que tienes.

No se había equivocado. Gonzalo le estaba pidiendo algo que no podía hacer.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando en esto? Me juego mi puesto

si os doy información.

—Puedes confiar en mí. Creo que lo sabes —dijo Gonzalo, convencido.

—No es cuestión de confianza.

—Lo sé, pero es importante para Carla. Sebastián era su compañero. Espero que entiendas que no es ningún capricho.

El doctor era consciente de que Gonzalo sabía manipular a la gente. Era su trabajo.

—De verdad que no puedo hacer eso.

—Sólo queremos saber lo que ocurrió.

El doctor ladeó la cabeza y lo miró fijamente a los ojos.

—Prométeme que no me va a costar caro. No sabéis nada de lo que os voy a decir y no podréis utilizarlo. No me jodas, que me juego el puesto.

Carla se quedó sorprendida al ver que había sido más fácil de lo que imaginaba, pero quiso mantenerse al margen.

—Tienes mi palabra —aseguró Gonzalo.

El doctor fue a por sus papeles, se puso las gafas y, humedeciendo el dedo, comenzó a pasar páginas. Levantó la vista y asomó sus ojos por encima de las gafas, rezando para que lo que iba a hacer no le pasara factura.

—Espero no arrepentirme de esto. En una primera exploración, puedo deciros que murió aproximadamente cuarenta y ocho horas antes de que me lo trajeran. Quizá setenta y dos. Es decir, que lo más probable es que ocurriera la misma noche en la que desapareció, pero no puedo ser tan concreto.

—¿Has encontrado algo en su cuerpo?

—Tiene un agujero en la mano que parece ser de un clavo. Le traspasó la palma, pero no hay un sangrado intenso, por lo que me inclino por que se lo hicieron después de su muerte.

Carla recordó la imagen de su mano y la sangre en el clavo de la tapa de la caja.

—No tiene sentido. Por lo que vi, se supone que el clavo le traspasó cuando lo metieron dentro.

—¿Por qué dices eso? —preguntó el doctor.

—Por lógica. Dices que murió antes de que lo metieran en la caja, si he entendido bien.

—Yo no he dicho eso. No he visto la caja de la que me hablas. Eso te lo tendrá que decir la Científica. Yo sólo digo lo que he comprobado —continuó—. Ya os he dicho el tiempo aproximado que llevaba muerto, y también os puedo confirmar que murió asfixiado.

Carla se quedó pensando en la causa de la muerte, pero no le cuadraba lo que escuchaba. La caja que vio no era hermética.

—No creo que pueda morir asfixiado en esa caja. Te puedo

asegurar que entraba el aire y no estaba enterrado. No tiene sentido.

—Lo pudieron matar antes —intervino Gonzalo—. Después lo pudieron meter en la caja y que uno de los clavos le traspasara la mano.

—Si fuera así, ¿cómo escribió los números? No puedes escribir nada con las uñas estando muerto.

Gonzalo elevó los hombros.

—¿Has encontrado algo en sus uñas?

—Sí. Las tiene bastante deterioradas y he encontrado restos de madera en ellas.

—Por lo que una de las teorías que tenemos encima de la mesa no se sostiene —espetó Carla—. O murió antes de que lo metieran en la caja y no pudo escribir nada, o murió en su interior y veo difícil que se ahogara. Una cosa no concuerda con la otra.

—Repito que ese no es mi trabajo. No puedo responder a eso —insistió el doctor.

—Dices que, por el sangrado, sabes que le atravesó el clavo cuando ya había muerto, y eso junto a que se asfixió, vuelve a indicar que lo metieron en la caja cuando ya estaba muerto. Si ocurrió de esa forma, no pudo escribir nada.

Gonzalo continuó por ese camino.

—Parece que estamos entrando en bucle. ¿Cómo se ahogó? ¿Algún producto hallado en la sangre?

—Un sedante. Tiene un pinchazo en la parte posterior del cuello, aunque ese no fue el motivo de la muerte. Parece que se lo debieron administrar antes de matarlo. Se trata de Midazolam y se utiliza para causar somnolencia o aliviar la ansiedad. También se utiliza durante la cirugía, para producir pérdida del conocimiento. Como he dicho, no tiene nada que ver con su muerte. Se asfixió por falta de oxígeno y tiene un golpe en la parte posterior del cráneo, pero tampoco murió por ese motivo. No hay hemorragia interna.

Gonzalo escuchó todo y quiso poner orden a lo que acababa de decir.

—Un momento. Lo sedaron, lo golpearon y lo asfixiaron. ¿Es así?

—Si me estás preguntado el orden, lo lógico es que lo golpearan, luego lo sedaran para que no se despertara y posteriormente lo asfixiaran.

—Por lo que, entonces, Sebas debía de conocer a esa persona —aseguró Gonzalo.

A Carla le sorprendió ese razonamiento.

—¿De dónde sacas que lo conociera? Lo golpearon por la espalda.

—Pero el coche lo encontraron en una zona que no se encontraba en el camino hacia su casa. Debió de quedar con alguien

—Carla iba a reaccionar, pero Gonzalo se adelantó—. Lo he mirado antes de salir. Está en el camino contrario, por lo que me la juego a que había quedado con alguien.

Carla esperó a que terminara para rebatirlo.

—No sabes nada de él. No sabes si solía quedar con alguien al salir del trabajo. No hagas conjeturas absurdas.

—Me dijiste que se iba a casa cuando os despedisteis ese día. Parece ser que no lo hizo, a juzgar por la zona donde estaba su coche.

—No me tenía que explicar a dónde iba. A un compañero no le cuentas tu vida en verso. Llevas mucho tiempo fuera y vienes como si lo supieras todo.

Gonzalo se quedó sin palabras. Sabía que Carla era una persona muy directa, pero no recordaba haberla visto así.

—Entiendo que te afecte, pero yo soy así. No hago conjeturas, sino que analizo las situaciones, ato cabos y, a veces, me equivoco, pero sólo quiero ayudar. Te agradecería que no me vuelvas a hablar así.

Sus palabras causaron efecto y Carla se sentó poniendo las manos en su cara.

—¿Algo más? —preguntó Gonzalo, dirigiéndose al doctor.

—Nada destacable. No tenía marcas en el cuerpo de ningún tipo, si no contamos el pinchazo y el golpe que recibió en la cabeza. Ni arañazos ni otros golpes. Mirad las fotos por si veis algo.

Carla se levantó y los dos se pusieron a ojearlas. Ella puso cara de sorpresa.

—No iba vestido así.

Gonzalo la miró.

—¿No te diste cuenta la noche que le encontraron?

—No. Estaba oscuro y no me fijé. Lo estoy viendo ahora.

—¿Cómo iba vestido?

—Unos chinos; camisa oscura y una chaqueta.

—Es lo que veo, excepto la chaqueta.

—No era esa camisa.

—¿Estás segura? ¿Te fijaste en su camisa?

—Los tíos no os fijáis en nada. De todas formas, ese día se manchó la camisa en la comida. Justo en un lado del cuello. Esta no tiene ninguna mancha. Ni le habría prestado atención, pero no se me pasó por la cabeza en ese momento.

—Tendría una explicación si se hubiera cambiado de camisa porque hubiera quedado con alguien.

Carla buscaba algo a lo que agarrarse y bajó la cabeza al comprender que la idea de Gonzalo tenía todo el sentido.

—Tiene lógica.

—Si hubiera algo que no has visto…

El doctor no le dejó terminar.

—Ya te he dicho bastante. No quiero que volvamos a hablar de este tema. Cualquier cosa que queráis saber, se la preguntáis al agente que lleve el caso.

Gonzalo no dudó en preguntar.

—¿Quién lo lleva?

—Nunca te cansas. No ha venido nadie a verme todavía. Es algo extraño, pero lo harán en cualquier momento. Con lo que os he dicho, es más que suficiente. Espero que lleguéis a donde queráis llegar, pero las preguntas a otro lado.

—Gracias. Me alegra volver a verte, aunque sea en una situación como esta. Gracias de verdad por habernos ayudado.

—Por desgracia son estas situaciones las que nos hacen vernos.

Gonzalo respondió levantando una ceja y se marcharon.

Cinco años antes

Por mucho que lo intentara, no podía quitársela de la cabeza. Jorge llevaba siete días sin saber nada de Cristina y no tenía su teléfono. Tenía la opción de llamar a su amigo, que era el nexo de unión entre ellos, pero no sabía si ella querría volver a verlo. En todo caso, pensaba que no era buena idea acercarse más de lo que ya lo había hecho.

Aquella noche, volvió solo al bar donde habían quedado la semana pasada. Nada más entrar, la vio al fondo del local hablando con dos amigas. Se acercó unos metros y retrocedió con el corazón en un puño. Decidió quedarse en la barra y pedir una cerveza. No podía parar de mirarla y, en una de esas miradas, se cruzaron sus ojos. Comenzó a temblar y saludó con la cabeza. Ella se dio la vuelta y siguió hablando con sus amigas. Agachó la cabeza en señal de derrota, pero antes de darse cuenta, una mano se posó en su hombro. Se dio la vuelta y vio a Cristina sonriendo.

—¿No vienes a saludarme? Pensaba que nos lo habíamos pasado bien el otro día.

—Lo siento. No quería molestarte con tus amigas.

Lo miró como si fuera un perrito al que hubiera que salvar.

—¿Qué haces la semana que viene?

—Por ahora, no tengo planes —respondió, esperando una invitación a lo que fuera.

Cristina metió la mano en el bolsillo de Jorge y cogió su móvil para apuntarle su teléfono. Se hizo una llamada perdida y se lo devolvió.

—Ya te tengo fichado. Hago fiesta en mi casa el sábado que viene. Se van mis padres.

—Genial —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Te mandaré ubicación y hora.

Le dio un beso en la mejilla y volvió con sus amigas.

La semana se le hizo eterna. Más aún, a medida que se acercaba el sábado y no recibía la invitación. Estuvo a punto de llamar varias veces y miraba el teléfono constantemente con una ansiedad que no recordaba haber tenido nunca.

El viernes recibió el wasap y el sábado acudió a la cita, treinta minutos después de la hora acordada.

Entró en la casa y se sorprendió al ver a tanta gente. No localizó a Cristina hasta diez minutos después, cuando subió a la planta de arriba. Se encontraba en el baño y había dejado la puerta abierta. Se acercó y pudo observar un espejo con marcas blancas en el mármol del lavabo.

—Has venido, ¡cómo me alegro!

Ella evitó hablar de lo que Jorge acababa de ver, pero él no pudo apartar la vista del espejo.

—¿Bajamos?

Antes de que pudiera continuar hablando, ella le cogió de la mano y le introdujo en el baño.

—¿Quieres? —señaló al espejo.

—Luego, quizá.

—No seas tonto. Pasa.

De nuevo hizo lo que le decía. Sentía que tenía poder sobre él y entró al baño sin rechistar.

Cuando salió del baño, se sentía peor que la primera vez que la vio. Tenía miedo con lo que estaba ocurriendo. En pocos minutos, había olvidado esa sensación y había sido substituida por un estado de exaltación muy fuerte.

—Bebe —sonó como una orden, más que como una invitación, pero de nuevo la hizo caso—. Te presento a un amigo. Tiene más de lo que te acabas de meter. No te voy a estar invitando siempre.

Lo saludó, aún perdido.

—¿Qué pasa? Cristina es una grande. ¿Qué es lo que quieres?

Jorge la miró como si tuviera que decirle su madre lo que debía hacer. Ella cogió la cartera de Jorge y vio que no tenía nada suelto.

—¿Vienes sin dinero? Está bien. Te lo pago esta vez, pero no te acostumbres.

Jorge intentó reaccionar.

—No sé si…

—Tranquilo. Para eso estamos.

El chico al que acababa de conocer sacó una bolsita y se la puso en la mano.

—Ella te dará mi número. ¿Se puede confiar en él?

—Claro. Por eso no te preocupes —dijo, convencida.

Cristina no sabía nada de Jorge y él se daba cuenta de que su amigo en común tampoco le había hablado del trabajo de su padre. Cogió la bolsa y no dijo nada. Tan sólo asintió y vio cómo el chico se marchaba a hablar con otras personas. Cristina ladeó la cabeza y volvió arriba, con Jorge siguiéndola como si estuviera amaestrado. Entraron en una habitación, se quitó la ropa y le quitó la bolsa para poner parte sobre su cuerpo.

—Adelante. Va a ser la mejor noche de tu vida.

8
¿Podemos hablar con ese hombre?

La cara de Bruno al verlos entrar en la comisaría dejó a Carla preocupada. Con un gesto, los invitó a que le siguieran al despacho de Ituarte.

—Pasad, por favor.

Gonzalo vio el mismo gesto en el Comisario y tomó asiento, sabiendo que algo no iba bien.

—¿Qué pasa?

Bruno se colocó al lado derecho de la mesa y apoyó los nudillos en ella.

—Se acabó.

Carla reaccionó al instante.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué habéis ido a ver al forense?

Gonzalo miró a Bruno, que no tenía cara de que le hubiera gustado.

—He ido a ver a un viejo amigo —dijo Gonzalo.

La cara de Ituarte demostraba que no se creía una sola palabra.

—No me tomes por idiota. Hay dos cosas que debéis tener en cuenta. La primera, que Gonzalo no puede inmiscuirse en nada —se impuso sin mirarle directamente y continuó girando la cabeza hasta que cruzó la mirada con él—. Recuerda que no estás trabajando. La segunda es que se nos puede caer el pelo por esto. Creía que había quedado claro.

Carla agachó la cabeza y Gonzalo respondió.

—He ido a ver a un amigo. No creo que deba darte explicaciones de la gente a la que visito.

—Parece que todo está resuelto. Por lo menos, sabemos lo que ocurrió —zanjó Ituarte—. Como sigáis así, no podréis ver al agente acusado.

Gonzalo arrugó el entrecejo, como si no comprendiera gran cosa. Ituarte no se andaba con rodeos y en una situación parecida no habría dudado en dar por terminada esa visita. Continuaba analizando sus reacciones para intentar descifrar la razón por la que seguía adelante.

—¿Por qué dejan a Carla hablar con él? Me deja algo descolocado.

—Merece tener un cara a cara. Sólo eso.

—¿Por qué lo mató un policía? ¿Sabes algo que no sepamos?

Ituarte tomó el mando en la conversación.

—Han encontrado al culpable. Había huellas en la caja. Caso cerrado.

—¿Quién es? —preguntó Carla.

—Es agente de policía, como ya sabéis. No puedo deciros mucho más.

—¿Qué relación tenía ese hombre con Sebas? —volvió a preguntar Carla.

—No lo sé, pero han encontrado sus huellas y pelos suyos en los alrededores.

Gonzalo lo miró, sorprendido.

—Para ser un hombre que trabajaba para ti, te veo muy poco preocupado por lo que pudiera pasarle y las razones para que lo matara.

—¿Vuelves a discutir lo que digo? —el Comisario cambió el tono —. Parece que las pruebas son muy claras y aquí se ha acabado todo. No entiendo por qué quieres remover algo que ya está claro. Los motivos los sabremos a su debido tiempo. A Carla no le va a ayudar que le metas ideas raras en la cabeza.

Gonzalo sabía cómo era Ituarte y no le cuadraba cómo se expresaba, y mucho menos su posición corporal.

—¿Quién te ha llamado para decirte esto? ¿Están seguros?

—Esto no es una feria. Claro que están seguros. Gonzalo, ya puedes volver a tu vida.

Seguía analizando a su antiguo jefe, casi sin parpadear.

—Si no me querías aquí, podías haberlo dicho desde el principio. Te veo algo nervioso.

Gonzalo intentaba provocarlo para ver si le llevaba a algo.

—Sabes que no es así. No vamos a discutir sobre esto. Si quieres volver, eres bienvenido. Tienes todo el derecho a salir de tu excedencia cuando quieras, pero este caso no es nuestro. Al final no van a dejarnos hablar con él. No vuelvas a visitar al forense ni a nadie que esté relacionado con esto.

—¿Quién te ha dicho que he ido a verle?

—La gente sabe cómo eres. Te ha visto todo el mundo entrar a su despacho.

—Que duden lo que les parezca, pero puedo ir a visitar a quien quiera.

—No me importa que le visites, pero no te inmiscuyas. Puedes seguir con ese rollo todo el tiempo que quieras, aunque eso no hará que me ponga el chupete. Ya tengo pelos en los huevos.

Estaba demasiado exaltado y eso le daba razones a Gonzalo para seguir provocándolo.

—¡Y dale con lo mismo!

Carla intentó calmar las aguas, viendo que Gonzalo no estaba dispuesto a hacerlo.

—Jon, por favor, lo único que queremos es saber por qué lo han matado. Me preocupa mucho que haya sido un policía. ¿Por qué no hay huellas ni nada de nada en el cuerpo y sí las hay en la caja? ¿Entiendes que queramos estar seguros?

Carla acababa de poner la información que habían obtenido encima de la mesa, pero no le importaba.

—Así que se trataba de una visita a un amigo… Voy a hacer como si no hubiera escuchado nada. Os lo acabo de decir. Tienen al presunto culpable y suficientes pruebas para que lo estéis discutiendo. Creía que lo que querías era coger al que mató a tu compañero —miró a Carla—. Ya lo tienes. Nadie le va a devolver a la vida.

Gonzalo obvió su respuesta e incidió en la pregunta que le había realizado unos segundos antes.

—¿Quién te ha llamado? Ha pasado poco tiempo para que analicen las pruebas. Sabes tan bien como yo que los tiempos no cuadran, ni lo que nos ha dicho el forense tampoco.

Ituarte le devolvió la mirada, mientras se levantaba de su silla.

—¿Crees que soy un pelele? No entiendo por qué os negáis a aceptar la realidad. Me ha llamado mi jefe y me ha dicho que caso cerrado. No llevo la contraria a mi jefe por dos razones. La primera es que es mi jefe y deberías aprenderlo. La segunda razón es de más peso, y es que han encontrado pruebas que lo inculpan. ¿Qué coño os pasa?

—¿Cuándo podremos hablar con ese hombre? —preguntó Gonzalo, sabiendo cuál iba a ser la respuesta—. Carla se merece saber qué razones tenía para matarlo, y me huele que al final nos van a decir que no hay encuentro.

—Si seguís así, te aseguro que pasará lo que acabas de decir. Será pronto, pero no para que se le realice un interrogatorio. En el momento en el que eso ocurra, os mandarán a casita.

Gonzalo se dirigió a la puerta y soltó su última perla.

—Ha pasado tiempo desde que no nos vemos —dijo, mirando a Ituarte—, pero he trabajado algunos años contigo. Entiendo que debas seguir ciertas directrices, pero me sorprende que estés tan frío con esto y no seas capaz de ser más empático. Tranquilo. Me marcharé rápido y dejaré de molestarte.

—Me preocupa tanto como a Carla lo que le ha ocurrido a Sebastián, pero al final sabremos todos los detalles. Al menos los que nos puedan contar.

—El caso no está cerrado. Lo están cerrando, y deberías preguntarte por qué lo hacen. Con cuatro preguntas me ha quedado claro que no es posible cerrar un caso tan rápido. No digo que no haya

sido él, pero igual hay que poner todo encima de la mesa y dudar de cada cosa que no cuadre. Ese era nuestro trabajo hasta que me fui. ¿Qué te han dicho?

Ituarte resopló, como cuando un niño pregunta una y otra vez lo mismo.

—Me han dicho que se acabó el caso. Tienen pruebas y lo podréis comprobar. De verdad que me dejas desconcertado. No sé qué más quieres de mí.

Gonzalo sonrió.

—Pensaba que al menos serías más comprensivo.

—Gonzalo, no me toques los cojones.

—Es probable que sientas lo mismo que nosotros, pero al menos podrías decirnos a la cara que la investigación se está cerrando demasiado pronto.

Dio un portazo al salir y Carla lo siguió hasta la calle.

—¿Qué está pasando? —preguntó Carla, algo confundida.

—No conoces a Ituarte como yo. Se huele a la legua que hay algo por detrás.

—¿Crees que hay algo turbio en esto?

—No lo sé. Sólo digo que no me cuadra. Ha muerto un agente de un modo nada normal. El cuerpo no tiene nada que nos pueda dar ninguna pista y, sin embargo, en la caja aparecen pruebas. No tiene mucho sentido.

—¿Y qué hacemos?

—No hay mucho que podamos hacer.

—No me dejes así. Quiero saber por qué lo han matado. Quiero hablar con ese hombre.

—Siento lo del forense. Puede que la haya cagado, pero al menos sabes que no hay pruebas en el cuerpo que lo incriminen. Siendo un policía, se tomarían muchas molestias en seguir investigando. Te dije que había que hacer una visita al doctor. Lo que pasa es que no esperaba encontrar este despropósito.

—No te vas a quedar, ¿verdad? —intuyó.

—Ya no pinto nada aquí.

—¿Y qué vas a hacer? Estar en casa todo el día no te pega mucho.

—Tengo otras propuestas. Sólo he venido para ayudarte, pero no tengo opción de hacerlo. Ya tienen a su asesino.

—Quédate hasta que hablemos con él.

La miró con gesto tierno. Echaba de menos tenerla cerca, y ella sabía que nunca se daba por vencido.

—Hablaremos con ese hombre y las cosas se complicarán aún más. Ya lo verás.

—Espero que no.

Carla aguardó a que Bruno saliera del despacho del Comisario. Estuvo dentro alrededor de media hora. Cuando salió, la vio apoyada en la pared y ladeó la cabeza.

—¿Qué quieres pedirme?

—Sólo te pido que me escuches.

Bruno colocó una mano en la espalda de Carla y la guio hasta su despacho.

—De acuerdo, te escucho.

Se dio la vuelta para mirarlo a los ojos y Bruno notó que estaba nerviosa al hablar.

—¿Me contarás lo que vayas sabiendo?

—Ya has escuchado a Ituarte. No puedo hacer nada.

—¿Qué está pasando?

Bruno agachó la cabeza.

—No lo sé. Sólo sé que aparentemente está resuelto.

—¿Aparentemente?

Aumentó su nerviosismo al escuchar esa palabra.

—No nos compete. Deja que trabajen.

—Sólo prométeme que, si sabes algo, me lo dirás. Creo que lo que acaba de decir Gonzalo te ha hecho pensar.

—Cualquier palabra que sale de la boca de Gonzalo hace pensar a todo el mundo.

—Tengo miedo de que sus dudas sean fundadas. Nadie ha ido a hablar con el forense todavía. ¿Lo ves normal?

—¿Cómo? —se sorprendió.

—¿Cómo cierras un caso sin haber hablado con el forense? ¿Entiendes nuestras dudas?

—Claro —exclamó, pensativo—. No sé por qué coño os escucho. Siempre acaba explotando todo por los aires.

—Sé que Gonzalo siempre se pone en lo peor, pero me asusta la idea de pensar que sus sensaciones se vuelvan realidades.

—¿Y qué quieres que haga?

—No te estoy pidiendo que hagas nada. Gonzalo conoce muy bien a Ituarte y sé que a ti te pasa lo mismo. Yo no tengo esa relación que habéis tenido vosotros.

Bruno quiso ponerla en situación.

—No compares la relación que tengo con Jon y la que pueda tener Gonzalo. No es la misma, ni de lejos. Gonzalo ha chocado con él desde que comenzó a trabajar aquí y yo siempre le he tenido respeto.

Comprendió lo que le estaba diciendo, aunque también era consciente de que ambos le conocían como a la palma de su mano.

—Que tengáis una relación diferente no quita que sepáis

interpretar sus reacciones. Gonzalo está muy mosqueado con su forma de actuar. Dice que no es Ituarte.

—Entiendo lo que me dices —miró hacia el techo pensando en que estaba colocado en la peor posición en la carrera—. Sabes que no suelo meterme donde no me llaman y que respeto a mis superiores.

—También te entiendo. Quiero que lo tengas claro. No voy a presionarte. Sólo quiero que me prometas que, si hay algo que merezca saber, no dudes en contármelo.

Tardó en responder, bajó la vista del techo y la miró a los ojos.

—Tienes mi palabra.

9
A otra cosa

Carla salía del despacho de Bruno mientras Ituarte cogía el teléfono para hacer una llamada importante. Llevaba unos minutos sentado en la silla, pensando en lo que acababa de ocurrir. Se sucedían los tonos sin recibir respuesta y colgó, colocando las manos sobre su cara. Unos minutos después, sonó el teléfono y se levantó para pasear por su despacho mientras hablaba.

—Dime —una voz grave habló antes de que pudiera decir nada —. Estaba ocupado.

—Gonzalo y Carla han ido a hablar con el forense.

—¿Les has dicho que ya está resuelto?

—Así es, pero Gonzalo no es de los que lo dejan pasar. Estoy preocupado.

—No es mi problema. Es tu gente. Aprende a controlarlos y que no se metan en esto.

—La fama de Gonzalo viene de algún sitio. No es algo que me esté sacando de la manga. Está muy unido a Carla y van a meter las narices. Ya lo están haciendo.

—¿Entonces por qué me pediste que Carla pudiera verlo?

—Porque se merece tener un careo. Es mi gente, como acabas de decir. Soy bueno haciendo mi trabajo, aunque en una situación como esta me está costando saber llevarlo. Gonzalo ha notado que algo no cuadra y lo entiendo. No he reaccionado como lo hubiera hecho cuando trabajaba para mí.

—Tú te metiste en esto. Haberme preguntado antes de cagarla. Estás a tiempo de que no se produzca.

—No sabía que tuviera que pedirte permiso. Nos dedicamos a esto. Te recuerdo que he hecho mucho por ti, y no sólo en estos últimos meses. Ya no eres mi jefe.

—Jon, el caso está resuelto. Al menos oficialmente. No remuevas las cosas porque te podrían salpicar.

Ituarte no se lo tomó bien y reaccionó.

—También a ti.

La voz carraspeó antes de sacar a relucir su poder.

—No me gusta que me digan lo que me conviene. Ten cuidado al elegir tus palabras. No seré tu jefe, pero estoy muy por encima de ti. Espero que no se te olvide.

—No te he dicho lo que te conviene. Te he puesto en situación.

No conoces a Gonzalo como yo, y por encima de tu puesto está nuestra amistad, y no tengo intención de que se deteriore. Igual estoy equivocado.

La voz hizo un silencio. Intentó escapar de la presión del momento y comportarse como un amigo.

—Está bien. ¿Cuál es esa situación? ¿Qué propones?

—Haz que hablen con Carlos Neva y que no les cuente nada. Es la única manera que tenemos de gestionar esto. Si les cuenta de más, se nos puede complicar. Hazme caso, Gonzalo no es de los que deja escapar algo cuando le huele mal.

—Ya se nos ha complicado. Una cosa es que Carla fuera a hablar con él y otra que metieras a Gonzalo.

Ituarte captó el tono.

—Con complicación me refiero a que pregunten por ahí y salga más información de la que es necesaria. ¿Qué iba a decir? Carla quería que fuese él.

Ituarte estaba jugando sus cartas, aunque era el principal responsable de que Gonzalo hubiera entrado en juego. Él tenía sus razones, pero esperaba que no trascendieran. Lo pensaba y no sabía si había tomado una buena decisión.

Se produjo el segundo silencio.

—Lo dejo en tus manos, pero no quiero que esto se alargue más de lo necesario. ¿Me has entendido?

—Muy claro.

Esperó a escuchar cómo se despedía, pero sonó el tono repetido que le indicaba que había colgado. Volvió a sentarse y colocó los dos pulgares en su nuca. Presionó con fuerza para aliviar el dolor de cabeza que le había producido la conversación y soltó todo el aire que pudo, hasta inspirar de nuevo.

En ese momento, Bruno tocó la puerta.

—¿Se puede?

—Pasa.

Bruno se acercó y permaneció de pie frente a la mesa, observando la cara desencajada de su jefe.

—¿Estás bien?

Ituarte lo miró, intentando interpretar lo que le quería preguntar.

—Estoy bien. Dime.

—Acabo de hablar con Carla.

—¡No me digas! Me pilla de sorpresa.

—Creo que…

Ituarte lo frenó en seco.

—Que hablen con ese hombre y se aparten.

Bruno se quedó helado.

—¿Te preocupa algo?

—¿Qué es lo que debe preocuparme?

—Me ha parecido que…

Esta vez fue Bruno quien dejó de hablar antes de acabar la frase

—Se ha acabado la conversación.

—Está bien. Gracias.

Iba a salir del despacho de Ituarte, cuando se dio la vuelta y lo miró fijamente.

—Jon, puedes contar conmigo.

—¿A qué te refieres?

—Sabes que es raro lo que está ocurriendo, pero no he querido poner más leña en el fuego, porque nos conocemos desde hace años.

La conversación con Carla le empujaba a hablar más de lo que era necesario. No necesitaba demasiado para analizar a Ituarte y tenía la misma sensación que había tenido Gonzalo.

—He notado que has sido inteligente, pero veo que te ha durado poco. No te metas donde no te llaman. No hay nada raro en todo esto. Lo han pillado y listo.

—Solo quería decirte que me tienes aquí para lo que necesites. Gonzalo no es idiota.

—Lo sé.

—¿Estaba metido en algo?

—¿Quién?

Bruno sabía que estaba cruzando un límite que no debía, pero no se pudo contener.

—Sebas. Lo sabes muy bien.

Ituarte le dedicó una mirada intimidante.

—Bruno, la conversación se ha terminado. Te aconsejo que no eches leña al fuego, como acabas de decir. Sabes que no debes darle una impresión equivocada a Gonzalo. Un tío se ha cargado a Sebas y lo han pillado. Fin de la historia.

Bruno asintió, como si hiciera una reverencia.

—Está bien.

Se dio la vuelta y, antes de salir, Ituarte dijo sus últimas palabras.

—Que hablen con él y se olviden de todo esto. ¿Me has entendido?

—Ha quedado claro.

Unos minutos más tarde, Bruno recibió la visita de Carla. Ella había visto cómo salía del despacho de Ituarte, pero esperó a acercarse para no ejercer demasiada presión sobre Bruno.

—Pasa. Te esperaba antes. Me estáis volviendo loco.

Carla sonrió.

—¿Y bien?

—Podéis hacerle una visita, pero no la lieis más. No quiero que se nos caiga el pelo a todos.

—Te lo agradezco.

—Ve a decirle a Gonzalo que se comporte. Es importante que tengáis en cuenta la reacción de Jon.

—¿Qué está pasando? —insistió.

—No lo sé. Te lo digo de verdad, pero puede que se escape de nuestras competencias.

—No entiendo nada.

Carla esperaba que le diera más información, pero lo más probable es que estuviera diciendo la verdad y su jefe estuviera igual de estupefacto que ella.

—Tengo la sensación de que Ituarte ha metido la pata dejando que vayas a visitarlo. Es sólo intuición, pero le da miedo Gonzalo.

—Sabes que, si hablamos con el acusado y ve algo raro, Gonzalo no va a parar. Ituarte lo sabe igual que nosotros. Es lo que no me cuadra. No tiene sentido que lo sepa y sigamos adelante. ¿No te parece?

—Precisamente, es eso lo que estaba pensando y por eso me da miedo. No sé quién es ese Carlos Neva ni por qué ha matado a Sebas, pero me da la sensación de que ese tipo…

No continuó hablando y Carla se sintió inquieta.

—¿Qué sensación tienes?

—No quiero seguir alimentado todo esto. Hay algo raro y no vamos a saber de qué se trata. No creo que lo sepa ni Jon.

—Tampoco me cuadra que Ituarte crea que está pasando algo y no quiera investigarlo. Él no es así.

—Más razón para que lo dejemos estar.

—No me puedo creer lo que estoy oyendo. Era compañero, y no sólo mío. ¿Qué os pasa a todos?

—¿Piensas que no quiero saber lo que ha ocurrido? —Gritó y se calmó al instante—. Ya hemos pasado algunas cosas juntos como para que sepas que me importa tanto como a ti, pero puede que Sebas no sea la persona que creíamos y Jon nos esté protegiendo.

—Acabas de decir que es posible que no lo sepa ni él.

—Sé tanto como tú. Sólo pongo opciones encima de la mesa. Os está dando la posibilidad de hablar con ese hombre. Si no le importara, no se la jugaría. Si es que hay algo raro detrás, que puede que no lo haya y estemos comiéndonos la cabeza como idiotas.

Carla tardó en reaccionar. Intentaba asimilarlo, aunque comenzó a pensar que Bruno podía tener razón.

—Está bien. Te lo agradezco. Voy a hablar con Gonzalo. Llámame cuando podamos ir.

—Lo haré —Carla fue a salir del despacho y Bruno continuó hablando—. Llevo mucho tiempo en esto y conozco a Ituarte desde que comenzó en esta comisaría. Sé que pondrías la mano en el fuego por Gonzalo y sabes que yo también la pondría, pero lo haría por Jon. Hay veces que no comprendes algo, pero debes confiar en que la gente que te ha demostrado que nunca hará nada que te perjudique tome las decisiones correctas. Ese es el caso de Jon y nunca dudaría de él. Hazme caso y deja que corran los acontecimientos. Jon sabrá lo que debe hacer.

Estaba tan perdida que debía fiarse de las palabras de Bruno, pero al mismo tiempo no podía dejar de lado el instinto de su antiguo compañero. Ambos podían interpretar a Ituarte y cada uno lo hacía a su manera. Debía pensar lo que tenía que hacer y lo más fácil era dejarlo pasar y hacer caso a su jefe. El problema es que le pasaba como a Gonzalo. No era de las personas que tomaban el camino fácil.

Por el momento, le dio la razón.

—Está bien. Te haré caso. Gracias Bruno.

—Gracias a ti.

10
¿Qué pasó entre ellos?

Gonzalo no había perdido el tiempo. Al entrar en su casa, sólo podía pensar en sentarse en el sofá y disfrutar de la calidez que había perdido desde que se marchó de allí. No se sentía igual en ningún otro sitio y echaba de menos volver, pero había una razón de peso para no hacerlo. Le encantaría que su hijo se trasladara a Burgos, pero la razón por la que se fue era sólo culpa suya y debía aceptar la nueva situación.

Abrió la trampilla que le llevaba al sótano y ojeó sus juguetitos. Quitó el polvo de su detector de huellas y sonrió. Su vida había cambiado mucho desde que dejó Burgos, aunque según lo pensaba, nunca había sido tan feliz. De hecho, no recordaba que lo hubiera sido en mucho tiempo.

Abrió el ordenador e hizo una búsqueda en internet. Entró en las redes sociales de Sebas. No era muy prolífico en sus publicaciones. Cualquier agente de policía debía ser cuidadoso para que no se supiera a qué se dedicaba.

Escribió en Google el nombre del supuesto asesino, Carlos Neva. Cuarenta y dos años. Natural de Burgos. Las publicaciones sólo eran de paisajes y amigos. Nada fuera de lo común.

Comenzó a buscar alguna relación con Sebas y encontró unas fotos de hacía años en las que salían los dos juntos. Era lo único hasta el momento, pero era significativo. Aparecía con otros amigos, abrazados y con una cerveza en la mano. Supuso que todos ellos eran compañeros de profesión.

Antes de terminar, recibió la llamada de Carla.

—¿Dónde estás? —preguntó, algo acelerada.

—En casa, leyendo sobre Carlos Neva.

—¿Qué has leído?

—Ya te contaré. Todavía no he acabado. Por ahora no hay mucho que contar.

—He hablado con Bruno. Podemos verle esta misma tarde. Estoy muy nerviosa.

Gonzalo no podía creerlo.

—¿En serio? Pensaba que ese encuentro no tendría lugar. Todavía tengo tiempo para leer un poco más y ver si hay algo con lo que podamos presionarlo.

A Carla no le gustó esa expresión, era justo lo que les habían

dicho que no hicieran.

—Bruno está un poco mosca y me dice que tengamos cuidado. No nos conviene tocar mucho las narices.

—Cada vez que me dicen que tenga cuidado, me dan más ganas de saber por qué lo hizo. Podían darle menos dramatismo y despertaría menos sospechas.

—Vamos a aprovechar la oportunidad y a ver qué nos cuenta —dijo Carla, con intención.

—Me parece todo muy raro. Ese tío sale con Sebas en unas fotos, y parecen amigos —dudó que fuera así mientras lo decía—. Es cierto que son de hace años y no han aparecido juntos en ninguna otra publicación en redes sociales. ¿Qué pasó entre ellos? —se preguntó.

Carla se quedó sorprendida.

—¿En serio? Entonces, tenían algún tipo de relación. Eso ya es un buen dato.

—Me da la sensación de que va a ser nuestra última oportunidad. Vete pensando que no vamos a sacar nada en claro.

—¿Por qué lo dices?

—Jon estaba muy raro —seguía incidiendo en lo mismo una y otra vez.

—Jon siempre está muy raro.

—Ahora no te pongas a defenderlo.

—No lo hago.

—Puede que estemos viendo fantasmas, pero conozco a Jon desde hace unos años. Él siempre tiene el poder y lo demuestra. En este caso, nos ha dejado claro que no lo tiene y eso es malo. Hay dos posibilidades. La primera, es que no exista nada raro y ahí se acabe todo. La segunda, es que exista algo raro y ahí se acabe todo. Quiero que te prepares para eso.

—Lo veremos. Sólo quiero hablar con él. ¿De cuándo son esas fotos? —preguntó Carla.

—De hace diez años. Eso es mucho tiempo. Lo raro es que no vuelvan a salir en ninguna otra juntos. ¿De qué se conocerían? ¿Trabajarían en la misma comisaría?

—Hace mucho tiempo de aquello. ¿No han vuelto a coincidir?

—Buena pregunta.

—¿Qué llevaría a un policía a matar a otro? Y con tanto tiempo de por medio.

—Puede que hayan coincidido más tarde. Lo averiguaremos.

—No lo sé —dijo Carla, pensativa—. Esta tarde sabremos algo más. Espero.

11
A los leones

Las puertas del centro penitenciario de Burgos se volvieron a cerrar, dejando atrás el intenso aguacero. Carla y Gonzalo respiraron, al ver que su trayecto había concluido. Los limpiaparabrisas no habían sido suficientes para alcanzar una velocidad superior a los veinte kilómetros por hora en el último tramo. Sentían que era una señal de lo que les esperaba en el interior.

Los condujeron a una sala donde pudieran reunirse con el recluso y esperaron allí algunos minutos. El hombre que Gonzalo había visto en sus redes sociales distaba mucho del tipo que aparecía por la puerta. Era cierto que llevaba mucho tiempo sin colgar ninguna foto suya. Rapado por completo y una complexión física verdaderamente imponente. Sus entradas le hacían pensar que la calvicie le había obligado a llevar el nuevo look.

Carla retrocedió dos pasos al verle avanzar. Llevaba esposas y dos funcionarios le guiaban agarrando sendos brazos. Lo acompañaron a la silla y lo sentaron con cuidado.

Gonzalo permaneció de pie e instó a los funcionarios a que lo soltaran. Uno de ellos lo miró como si estuviera loco, pero la expresión de Gonzalo provocó una cara de resignación, como si se estuviera jugando la vida. Le quitaron las esposas y se alejaron dos metros, permaneciendo alerta ante cualquier gesto amenazante.

—Buenas tardes, Carlos.

El preso devolvió el saludo estirando el cuello y colocó sus manos encima de la mesa.

—Tienen veinte minutos —dijo el otro funcionario, como si tuviera órdenes concretas—. Pueden empezar.

Gonzalo negó con la cabeza.

—Por favor, salgan de la sala. Ya continuamos nosotros.

—No podemos dejarles solos —dijo el otro—. No nos vamos a mover de aquí.

Gonzalo volvió a negar, acompañando el gesto de un chasquido de lengua.

—No ha sido una petición. El Comisario Ituarte nos ha dado permiso para que hablemos con él a solas. Si quieren, puedo hacer una llamada, pero es lo que va a pasar —cogió su teléfono móvil y lo elevó, haciéndoles ver que estaba a punto de realizar esa llamada.

Ambos miraron a la puerta y salieron de la sala. Gonzalo esperó

a que estuvieran solos para comenzar.

—¿Está bien?

Carlos Neva adoptó cara de sorpresa y respondió.

—¿A qué llama bien?

Gonzalo sonrió.

—Estamos aquí porque ha matado a un hombre y queremos saber cuál ha sido la razón.

Volvió a sorprenderse.

—Ya me han hecho todas las preguntas que querían hacerme. ¿A qué viene esto?

—¿Quién le ha hecho esas preguntas?

—¿Eso importa? No tengo ganas de tener de nuevo la misma conversación.

Gonzalo percibió un tono de mofa y decidió atacar.

—Sólo un estúpido decide matar a un compañero. Además, usted tiene un hijo al que no va a volver a ver —había visto con anterioridad que era padre y podía utilizarlo para ponerle nervioso—. Tiene que haber una razón de peso para jugarse su carrera y a su familia.

Carla se arrugó de pronto. Estaban solos y Gonzalo había decidido provocar a un hombre que, sólo con mirarlo, podría arrancarle la cabeza. Sin embargo, Carlos sonrió.

—Tiene pelotas. Me gusta.

—¿Y bien? —insistió.

—No tengo mucho que decir. Siento decepcionarle.

—¿Y por qué lo mató?

—Ya le he dicho que no voy a responder a sus preguntas. Sé quién es usted y que ya no es policía. No entiendo por qué le han dejado entrar aquí.

Gonzalo no esperaba esa respuesta.

—¿Quién le ha dicho que venía?

Carlos dudó por un instante.

—Me acaban de avisar al entrar.

Gonzalo miró a Carla, que seguía sin mover un músculo.

—Ella era la compañera del agente al que mataste. Por favor, explícale exactamente lo que pasó.

Carlos la miró fijamente. O no había arrepentimiento o no tenía razón por la que sentirlo.

De pronto, respondió.

—Yo no maté a Sebas.

Ninguno de los dos esperaba que dijera nada, después de haber estado a la defensiva desde que se sentó en la silla.

—Al parecer —dijo Carla—, hay pruebas suficientes que demuestran que lo hiciste. Sólo quiero saber por qué lo hiciste.

—¿De dónde sacas eso?

—Me lo ha dicho mi jefe.

—No me han dicho nada sobre ninguna prueba.

Parecía desconcertado, y podía ser una buena oportunidad para hacerle hablar.

—Explícate —azuzó Gonzalo.

—Me han dicho que me vendría bien no hablar con nadie. Que se solucionaría pronto. ¿Ha sido Ituarte quien ha dicho eso?

—Así es. ¿Quién te ha dicho que no había pruebas contra ti? —continuó hurgando.

—Me han dicho que era mejor mantenerme callado hasta que pudieran darme datos de lo que habían encontrado. ¿Qué es lo que os han contado?

Gonzalo se frotó las manos de forma figurada y entró como una hiena a la que le ponen en bandeja las sobras.

—Han encontrado pruebas que te incriminan. Parece que tienen muy claro que te van a condenar.

Carlos se levantó de pronto. Carla volvió a retroceder y vio que no iba a intentar agredirlos. Le faltaba el aire y se echaba las manos a la cabeza.

—Yo no he hecho nada. Hace muchos años que no veía a Sebas. ¿Por qué me han dicho que mantuviera el silencio si me iban a echar a los leones?

Se comenzaba a desmoronar, y Gonzalo se inquietó al escuchar que habían hablado con él para que mantuviera la boca cerrada. Estaba perdido por completo. No entendía para qué les habían dejado ir hasta allí si iban a hablar con un hombre que podía reventar como una caldera. Pero eso no importaba en ese momento. Debía aprovechar las cartas.

—Nosotros podemos ayudarte —dijo Gonzalo—. Sólo tienes que contarnos lo que sabes y decirnos quién es la persona que te ha dicho que no hablaras.

Percibió en Carlos que dudaba al pensar lo que debía decir. Parecía que ahora no se fiaba de nadie.

—Por favor, márchense. Necesito pensar.

Gonzalo no quería dejar pasar la oportunidad.

—Si nos vamos, no te quedará nadie. Cuéntanos lo que sabes.

—No sé nada —gritó—. Juro que no sé nada.

—¿Quién te ha dicho que no hables? —insistió.

En ese momento entraron los dos funcionarios al escuchar los gritos. Se acercaron a Carlos y le volvieron a poner las esposas.

—Se acabó el tiempo —dijo uno de ellos.

Gonzalo se levantó de la silla y miró el reloj.

—Sólo han pasado cinco minutos. Todavía nos queda tiempo, eso

es lo que nos han dicho al entrar.

El otro funcionario negó con la cabeza. Cogieron a Carlos Neva de los brazos y se lo llevaron.

De pronto, Gonzalo hizo algo de lo que sabía que se iba a arrepentir.

—Soy Gonzalo Ulloa. Acuérdate de mi nombre para cuando te lo pienses y quieras hablar conmigo. Tienes un hijo y te vas a pasar aquí mucho tiempo. Para cuando salgas, te habrás perdido los mejores años de su vida. No sé con qué te han convencido, pero yo puedo protegerte.

Carla puso cara de sorpresa, sabiendo que no podría hacer nada por él.

Dejaban atrás las puertas de la prisión y Carla miró a Gonzalo, asustada. Tenía grabada la imagen de ese hombre, gritando mientras se lo llevaban. No entendía lo que estaba ocurriendo, pero quedaba claro que Carlos Neva no era consciente de lo que se le venía encima.

—¿Qué está pasando? Todavía no soy capaz de entender lo que hemos visto ahí dentro —señaló hacia la prisión.

—Que ese tío no ha matado a Sebas. Lo sabes tanto como lo sé yo.

—Pero no entiendo por qué le han dicho que no hablara. ¿Qué podría decir para que se lo pidieran?

—Parece que aquí tienen su cabeza de turco y acabamos de fastidiarles.

Ahora sí que se habían metido en un lío. Habían hecho todo lo contrario a lo que les habían pedido.

—¿Por qué?

—Alguien no quiere que se sepa lo que está pasando y a él le han contado una milonga. Al menos, nuestra visita ha servido para abrirle los ojos. Será más difícil callarlo.

—Nos van a echar una bronca seria —Carla seguía pensando en ello.

—Eso es lo que menos me preocupa. Imagina que llegamos a venir a esta visita extraña sin haber visitado al forense. Nos habríamos ido tal cual hemos venido. Ha dejado de parecerme raro y ha comenzado a ser preocupante.

—¿Qué hacemos? —preguntó Carla, con una mezcla de miedo y enfado—. Con lo que ha pasado, se nos va a caer el pelo.

—No creo que llegue a tanto, pero no vamos a volver a acercarnos. Eso queda bastante claro.

Carla se echó una mano a la boca.

—Contigo no pueden hacer nada, pero a mí me van a cantar las

cuarenta.

—No te preocupes por eso —Gonzalo intentó quitarle hierro.

—Es fácil decirlo desde tu posición. Espero…

No pudo continuar.

—Tranquila. Vamos a ver qué pasa.

—No sé qué hacer —volvió a llevarse la mano a la boca.

—Era tu compañero. ¿Qué quieres hacer?

—Está claro. Quiero saber lo que pasó.

—No nos van a dejar.

—¿Cuándo te ha importado eso?

Gonzalo elevó una ceja.

—Vamos a hacerlo con cautela. Puedes venir a casa, cenamos con un vinito y nos ponemos a investigar dónde estuvo el tal Carlos ese día. ¿Ahora me vas a dar las claves para que podamos investigarlo?

Carla no dudó.

—Claro.

—Genial. ¿Qué vino quieres probar?

12
Hay una tercera opción

Sonaba *Special* en el altavoz, mientras Gonzalo abría una botella de vino. Carla estaba acomodada en el sofá, absorta en sus pensamientos y salió del trance al verle acercarse.

—¿Qué estamos escuchando?

—Shinedown. ¿Los has oído?

—No lo había escuchado nunca. Me gustan.

—Por supuesto. Sólo escucho buena música.

Sonrió, mientras elevaba la botella para ofrecerle una copa.

—Un poquito, por favor.

—¿Un poquito? Te lleno la copa y luego me dices si quieres más.

—Tengo que conducir.

—Esto nos va a llevar tiempo. Puedes quedarte a dormir en la habitación de invitados. Serías la primera persona que se queda, si te digo la verdad.

Carla cayó en ese instante en que no había cogido el teléfono a su novio en todo el día.

—¡Mierda, Guillermo!

—¿Qué pasa?

—No le he llamado. ¿Te importa que salga un momento?

—¿No quieres hablar delante de mí? ¡Uhhh!

—No seas crío.

Dio un sorbo a su copa, la dejó en la mesa y salió a la calle. Hacía mucho tiempo que no estaba en esa casa. La recordaba tal y como estaba un año y medio atrás. La decoración había cambiado y lo entendía a la perfección. Habían pasado demasiadas cosas para que él sintiera que necesitaba darle un lavado de cara. Gonzalo tenía mucha suerte de tener una casa como aquella, con la Dehesa de Quintanapalla en su puerta, rodeado de naturaleza. Era una pena que llevara tanto tiempo vacía.

Cogió el teléfono.

—Hola. Perdona, he tenido un día algo complicado y no he podido llamarte.

—Tranquila —respondió Guillermo, intentando no aparentar sentirse molesto—. ¿Dónde estás?

—En casa de Gonzalo.

—¿Qué haces ahí? —esta vez, no pudo esconder cierta sorpresa.

—Vamos a poner en orden lo que le ocurrió a Sebas. Esta noche

no voy a poder verte. Lo siento.

—¿Vas a estar hasta tarde? Me lo tienes que presentar.

—No sé si le aguantarías. Es un tío algo complicado.

Notó un silencio incómodo antes de que él obviara lo que acaba de escuchar.

—No llegues tarde.

Carla interpretó sus palabras y quiso tranquilizarlo. No era buena idea decirle que le acababa de invitar a dormir allí y tampoco lo sería aceptar esa invitación. No ocultaba nunca nada y, si se quedara, tendría que decírselo.

—Es un amigo. Sólo eso.

—No he dicho nada.

—Vale, pero no te preocupes. Nunca podría haber nada entre nosotros. Le adoro, pero como amigo.

—Entonces, ¿no es como Sebas?

Carla se quedó callada por un momento. No entendía ese comentario.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, perdona.

—No me gusta que tiren la piedra y escondan la mano.

—Está bien. Me parecía que estaba colado por ti.

Carla era una persona transparente y no aguantaba que nadie pusiera en duda su integridad.

—No es así; estaba casado, pero si pensabas eso, deberías habérmelo dicho.

—Que estuviera casado no significaba nada —el comentario no había sido afortunado y quiso arreglarlo—. Lo sé. Olvida lo que he dicho. A veces es difícil verte, pero a partir de ahora haré lo que me pides. Te diré lo que pienso.

—Está bien —a ella se le notaba malhumorada—. Ya hablaremos, ahora tengo que trabajar.

—Lo siento, de verdad. No me cuelgues así.

—Así, ¿cómo?

—Siempre he tenido la teoría de que es mejor no acostarse enfadado.

—No lo parece, la verdad.

—¿Por qué dices eso?

Carla tardó unos segundos en responder.

—Me cuesta saber lo que estás pensando.

—No soy como Gonzalo. No soy tan directo, aunque me atrevería a decir que tampoco suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

Esta vez se sintió ofendida por el comentario. Más aún que un minuto antes.

—Para llevar tan poco tiempo juntos, veo que sabes de mí más

que yo —sonó irónico—. Igual que a mis amigos, a los cuales no has visto en tu vida.

—Me has hablado mucho de él.

—Y parece que te molesta. Al menos, veo que tienes poca seguridad en ti mismo.

La conversación había pasado a ser una discusión y Carla se sentía incómoda. Guillermo volvió a intentar rebajar el tono.

—Es mejor que hablemos en otro momento. Por teléfono se dicen cosas que no se piensan y no te tengo aquí al lado en este momento para que me puedas interpretar.

—Creo que te he interpretado muy bien. A mí tampoco me gusta discutir por teléfono. Mañana nos vemos y lo hablamos tranquilamente.

—Está bien. Buenas noches.

—Buenas noches a ti también.

Colgó y volvió a entrar a la casa.

Gonzalo la conocía muy bien y percibió que había ocurrido algo.

—¿Qué ha pasado? ¿Le ha molestado que no le llamaras en todo el día?

—Algo parecido.

—¡Si no lleváis nada! Ten cuidado.

Gonzalo recordaba lo mal que lo había pasado con su anterior pareja, y aunque no fuera su hermano mayor, sentía algo parecido.

—Sé cuidarme solita.

—Está bien. Bebe una copita para que se te quite esa cara de mustia.

Gonzalo se levantó y bajó al sótano por la trampilla. Carla recordó la vez que había entrado a ese lugar y le vino a la cabeza algún recuerdo nada agradable. Subió a los pocos segundos, con el ordenador en la mano.

—¿Nos ponemos a ello?

Carla se encogió de hombros.

—¿Por dónde empezamos?

—Lo primero es dar con el número de teléfono de Carlos Neva. Hay que rastrear la señal y ver dónde estuvo ese día. Mete tu clave en el sistema —vio que dudaba y quiso darle un empujón—. Tranquila, que no va a dejar rastro.

—Como nos pillen, se nos va a caer el pelo.

—No nos van a pillar.

—Hay registros de quién entra a consultar información.

—Confía en mí. No va a quedar registro de nada. Sé lo que hago.

Entró en la ficha de Carlos Neva y obtuvo el teléfono en pocos segundos. Activó el software de triangulación y descargó la localización de este a lo largo del día en el que mataron a Sebas.

—Podemos localizar la ubicación del teléfono en un radio de entre cuarenta y doscientos metros, y aunque lo tenga en modo avión, se puede rastrear.

—El problema sería que lo tuviera apagado.

—Si fuera así, tendríamos dos posibilidades. La primera sería que lo apagó para cometer el crimen y entonces estaríamos equivocados y la segunda es más sencilla. No tendríamos nada para demostrar que no lo hizo. Hay una tercera opción. Que no fuera él y lo incriminaran después de que ocurriera. En ese caso, no debería estar apagado.

Carla escuchaba torciendo el gesto.

—No creo que sea tan fácil, pero adelante.

—Lo malo de todo esto es la zona en la que ocurrió. En las ciudades, el margen de error es de metros, debido al número de antenas, pero en el campo es más difícil de saber, aunque no habrá duda de que estaba cerca.

—Si fuera él… —lo puso en entredicho.

—Eso es.

Se puso en marcha y ambos no quitaron los ojos del ordenador en un buen rato. Carlos Neva no había salido de la misma zona en toda la mañana, en un barrio del centro de Burgos, donde vivía su familia. Ocurría lo mismo durante la tarde. Se miraron, asintiendo con la cabeza.

Carla explotó.

—¿Qué coño está pasando?

—Que no estuvo allí. No es él.

—Eso ya lo veo.

—Lo que me preocupa no es que no haya sido él, sino que no se hayan esmerado en ocultar pruebas.

—No pensarían que… —Carla quería decirle que nadie podría esperar que fueran a intentar localizar su teléfono. Fuera como fuera, no era sensato inmiscuirse.

—Me da igual. Si hubiera algo gordo, como creo que hay, intentaría que no se me escapara nada. Parece que han tenido un exceso de confianza.

—Nadie pensaría que lo íbamos a investigar. ¿Qué podemos hacer?

—No decir nada a nadie hasta que sepamos lo que está pasando —Gonzalo fue muy taxativo—. ¿De verdad sabías quién era Sebas?

—Otra vez con lo mismo.

—Es importante. ¿Estaba metido en algo? ¿Le viste con alguien extraño o que no supieras quién era?

—No. Ya te lo he dicho.

—¿Faltaba al trabajo? ¿Alguien lo amenazó? Lo que sea.

—Soy la primera que busco algo que no hubiera visto antes, pero

te juro que no soy capaz de hacerlo.

—Está bien —resopló—. Vamos a ver dónde estuvo Sebas. Sabemos que fue a algún sitio en el que pudo encontrarse con alguien y sabemos que se cambió de camisa. Hay que ir a ese sitio y ver qué hay allí.

—Acabas de decirme que no podemos hablar con nadie. ¿No querrás preguntar por ahí?

—No. Sólo quiero ir y echar un vistazo. No se me ocurre nada más. Me dijiste que estaba casado, ¿no es así?

—Sí.

—¿Crees que su mujer nos puede ayudar?

—¿Qué le vas a decir? No puedes soltarle todo esto.

—Pero podríamos ir a darle el pésame, como te propuse desde el principio.

—Y luego, ¿qué?

—No tiene que parecer un interrogatorio. Puede que empiece a hablar y nos diga algo que nos pueda ayudar.

Carla no parecía muy convencida. Se sentía impotente.

—Entiendo que no quieras hablar con Ituarte, pero podríamos hacerlo con Bruno. Sabes que él siempre está de nuestro lado.

—No quiero decirle nada, porque le puede perjudicar. Claro que confío en Bruno, pero hasta que no sepamos algo más concreto, no le conviene estar al tanto.

—Va a ser difícil hacer esto sin ayuda.

Gonzalo colocó su mano en la barbilla.

—Mañana vas a ir a trabajar como si no pasara nada. Te preguntarán cómo ha ido y les dirás que Carlos Neva no dijo nada.

—¿Crees que son idiotas? Seguro que les ha llegado lo que pasó.

—Eso es lo que quiero saber, pero no digas nada de inicio.

Carla se hizo una pregunta.

—¿Y si estamos equivocados?

Gonzalo intentó descifrar lo que quería decir.

—Seguro, pero en qué.

—Damos por hecho que, al estar el teléfono en su zona, no puede ser culpable, pero pudo dejarlo allí para que pareciera que no lo es.

Gonzalo movió la cabeza hacia un lado.

—Es una posibilidad, pero su reacción no me ha parecido de alguien que haya matado a un hombre.

—Lo sé, pero si tienes una reacción así puedes crear esa impresión.

—Somos los únicos que le pueden ayudar —dijo Gonzalo, incrédulo—. No me cuadra.

—¿Ayudar en qué? No veo cómo podemos hacerlo.

—Lo iremos viendo.

—¿Qué vas a hacer tú, mientras? —Carla volvió a retomar la conversación donde la habían dejado—. Me refiero a que voy a comisaría, me callo como si no sospechara nada y tú te pones a dar vueltas por ahí para que acaben deteniéndote. No me parece el mejor plan.

—Tendré que ir con cuidado.

—Sería más sencillo si estuvieras dentro —según lo decía, se daba cuenta de que no cambiaría nada. De esta forma, tenía libertad de movimientos, al contrario de lo que le pasaba a ella.

—Te aseguro que, ahora mismo, nadie va a dejar que vuelva. Sobre todo, después de lo que ha pasado hoy y después de haber visitado al forense. Tendré a todos muy cabreados.

Carla sabía que Gonzalo tenía razón, pero tenía muchas dudas de cuál era la manera correcta de continuar.

—¿Qué harás, entonces?

—Tengo equipo suficiente en casa para investigar por mi cuenta. Rastrearé los movimientos de Sebas, a ver si encuentro algo, y me pasaré por la zona donde se marchó al salir del trabajo, a ver qué descubro. Ve a trabajar y te pondré al día cuando salgas.

—Me va a resultar difícil trabajar en estas condiciones.

—¿A qué te refieres? —no le quedaba claro si hablaba de que estuviera afectada por la muerte de su compañero o que le preocupara que pudiera pasarle factura con su jefe haber visitado al forense y haber exaltado a Carlos Neva.

—Tengo el ánimo un poco afectado, no quiero estar trabajando y con la mente en otra parte. Nunca me había pasado.

—Te entiendo —se mostró empático con su situación—. Inténtalo y déjame a mí que haga algunas averiguaciones. Te iré informando.

—Vale, está bien —respondió, sin estar del todo convencida—. Vamos viendo sobre la marcha.

Gonzalo dio la conversación por zanjada.

—¿Otra copa?

Cuatro años antes

Habían sido unos meses en los que a Jorge le había cambiado la vida. No podía decir que tuviera una relación con Cristina. Al menos, no una que requiriera exclusividad. Había aprendido a evitar fustigarse por aquello y, sin buscarlo, lo sobrellevaba con cierta dignidad.

Aquella noche no fue una noche del montón. Cada día se iba perdiendo un poco más, hasta el punto de no pensar en ello. Se había convertido en su nueva vida y eran sus nuevos amigos.

Antes de ir al descampado, ya llevaba horas consumiendo. Encendieron la hoguera y se colocaron alrededor del fuego.

Según pasaban las horas, como ocurría habitualmente, la situación se iba descontrolando y las drogas fluían sin control, mezclándolas con alcohol.

Sin haberse dado cuenta, se vieron rodeados de coches de Policía con las sirenas encendidas. La gente comenzó a correr hacia todas partes. Los agentes utilizaron las porras y gas pimienta para reducir a los que se congregaban allí y Jorge buscó la dirección en la que ponerse en marcha. Agarró a Cristina del brazo y tiró de ella para que lo siguiera. Estaba oscuro y, a medida que se alejaban de las hogueras, la falta de visión complicaba la huida. Se escondieron detrás de un árbol, esperando pasar desapercibidos. No podía seguir corriendo, teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba Cristina, así que decidió esperar a que pasara todo.

La Policía seguía deteniendo a la gente sin parar, agrupándola en un círculo para que no huyeran. Debían esperar a que acudieran más efectivos y pudieran llevárselos en furgonetas.

Los que aún no habían sido detenidos iban tirando la droga entre los matorrales. Jorge lo vio e hizo lo mismo. El corazón le estaba a punto de estallar, entre los nervios y las drogas que había ingerido. Se acurrucó tras el árbol, con Cristina entre sus brazos, pero un agente salió de la nada y comenzó a aporrearlos. Los agarró del pelo y los llevó hacia la zona donde estaban amontonando a los jóvenes que habían cogido hasta el momento. A mitad de camino, se cruzaron con otro policía y Jorge pensó que iba a sufrir un ataque al corazón. El agente paró a su compañero y le ofreció hacerse cargo del chico. Una vez que el primero se hubo alejado con Cristina, lo miró a los ojos.

—¿Qué coño haces aquí? —gruñó el hombre.

—Lo siento. Por favor, tienes que sacarme.

—Me cago en la puta. ¿Sabes lo que puede afectar esto a tu

padre?

—Lo sé. Lo siento. Por favor, ayúdame.

El agente no sabía qué hacer. Lo apartó unos metros para darse tiempo y pensar con tranquilidad.

—¿Te has drogado?

Jorge agachó la cabeza.

—He tomado algo.

—Eres gilipollas.

—No sabía qué ibais a venir.

—¡No jodas! Si alguien lo supiera, no habría sido una redada. Aquí hay camellos pasando drogas a chicos como tú. No es un simple botellón en el que te caería una simple multa. ¿Por qué te relacionas con esta gente?

Jorge puso cara de no saber de lo que estaba hablando.

—¿Camellos? Te juro que no sabía nada.

—¿A quién le has comprado las drogas?

—Me las han dado unos amigos. No sé nada de todo esto.

—¿Seguro? —preguntó, mirándole fijamente a los ojos.

—Te lo juro. Es la primera vez que me meto algo. Ha sido un error —mintió.

—¿Ha sido por esa chica que se acaban de llevar?

—Sí. He sido un idiota.

—Está bien. Sube a ese coche de allí —señaló—. Métete en la parte de atrás y no salgas hasta que yo te lo diga. ¿Estamos?

—Claro —Jorge no paraba de asentir, como si hubiera entrado en bucle.

—De acuerdo. Ahora vemos qué hacemos.

Jorge comenzó a caminar hacia el coche, se dio la vuelta y dijo:

—Gracias, Sebas.

13
Tienes a tu jefe muy cabreado

No estaba acostumbrada a beber entre semana y notaba que la cabeza le iba a explotar. Antes de salir de casa, se había tomado un ibuprofeno y todavía estaba esperando a que le hiciera efecto. Entró en comisaría y se dirigió a su sitio.

—Buenos días, Carla. ¿Saliste anoche?

Miró a Irene, sorprendida.

—¿Cómo?

—Tienes carilla…

Carla la miró a los ojos, intentando interpretar si había algo escondido tras esa frase.

—¿Quién te lo ha dicho?

Irene sonrió.

—Anoche nos tomamos unas copas. Guille nos dijo que estabas en casa de Gonzalo.

—Este tío es tonto. ¿Qué os ha dicho?

—Nada, sólo que estabas con él.

—Ya has lanzado la caña. Dime lo que piensas.

—Le tienes un poco desconcertado. Eso es todo.

—Estaba trabajando —se dio cuenta al instante de que no debía haber dicho eso, aunque Guillermo ya le habría informado—. Vamos, hablando de trabajo.

—Sí. Ya me lo han dicho. Estuviste visitando al que mató a Sebas. ¿Sacaste algo en claro?

—No mucho. ¿Quién te lo ha dicho?

Irene elevó las cejas.

—Las noticias vuelan. Tienes a tu jefe muy cabreado.

—No me ha llamado para decirme nada.

—En fin, ¿quieres tomar un café?

Carla quiso cambiar de tema cuando más interesante se había puesto.

—¿Qué te dijo Guille? —preguntó, sabiendo que también le habría contado su discusión.

—No conoce a Gonzalo y lo que ha oído no es del todo tranquilizador.

—¿Cree que hay algo?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la tonta.

Irene ladeó la cabeza e hizo un gesto con los ojos.

—Le molesta que no le llames y estés en casa de otro tío. Es normal.

—No es normal. Debería confiar en mí.

—Habla con él. No me metáis en medio. Yo te lo presenté.

Carla asintió, pensando en que había sido Irene la que había forzado la conversación y ahora le pedía que no le obligara a tomar parte.

—Tienes razón —lo dejó pasar—. ¿Ha llegado Bruno?

—Está en su despacho.

—Gracias, voy a verle.

Carla se dirigió a su despacho y tocó la puerta.

—¿Se puede?

—Pasa. ¿Qué tal ayer?

—Ya lo sabes.

—Os dije que tuvierais cuidado y armáis este lío.

—¿Qué lío? —se hizo la tonta, aunque no era muy consciente de la razón por lo que lo hacía.

—Al menos, no me trates como si fuera gilipollas. Te estás jugando que te den una buena lección.

—Te juro que no hicimos nada. Fue a Neva a quien se le fue la pinza.

—No quiero saber nada. Supongo que tendrás que explicárselo a Ituarte.

Los nervios comenzaron a hacer mella en Carla. Sabía que todo le podía explotar en la cara.

Bruno no quiso continuar hablando.

—¿Qué tal Gonzalo? Ayer no me cogió el teléfono.

—Me tomé algo con él. Se va a marchar, pero no me ha dicho cuándo.

—Puede que sea lo mejor.

—Pensaba que querías que volviera.

—Y quiero, pero puede que sea mejor más adelante.

Carla lo miró, extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—Ituarte no es su mejor amigo, por mucho que las cosas se calmaran cuando se marchó. Está que trina con él.

Le volvió a dedicar la misma mirada.

—No entiendo a los tíos. Luego decís que somos complicadas, pero lo vuestro no tiene ningún sentido.

Bruno sonrió.

—Explícate.

—Parecía que eran amigos y ahora Ituarte se comporta como si fuera su enemigo. Igual me lo puedes explicar, pero te juro que no lo

entiendo.

—Viste cómo le habló en su despacho. Es posible que Gonzalo tenga algo de culpa. Además, cada vez que está presente, la lía.

—Bruno, no me tomes por tonta. Ituarte no quería que volviera, pero lo que más me preocupa es que no quería ni que nos acercáramos a ese hombre. ¿Tú lo entiendes?

—Sus razones tendrá. Lo importante es que tenemos al presunto asesino. Además, no estoy de acuerdo con lo que acabas de decir. ¿Crees que, si Jon no quisiera que hablarais con Neva, os habría dado esa oportunidad? Te estás equivocando con él.

—No es lo que me ha parecido.

—Lo entiendo. No es lo que ha transmitido, lo que no quiere decir que no sea lo que piense. Te aseguro que Jon no se deja llevar por sentimentalismos.

—Si fuera así, ¿por qué lo ha hecho?

—Me gustaría poder responder a esa pregunta. Sólo te digo cómo es.

Gonzalo le había dicho que mantuviera la boca cerrada, pero tan sólo iba a aguantar unos segundos sin meter la pata.

—Sabes que ese hombre no mató a Sebas.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Bruno.

—Olvídalo.

—Eso es lo que voy a hacer, pero antes me vas a permitir que te dé un consejo. Estoy aquí para ayudaros.

—Ya lo sé.

—Déjame acabar. Es habitual que en mi puesto esté alguien con los pelos del culo pelaos y con una mala hostia importante, pero a veces creo que por ser comprensivo me tomáis por idiota y parece que no soy vuestro jefe. Te pido que sepas cuál es el lugar de cada uno y no me obligues a adoptar medidas que no quiero tomar.

Carla recordaba haber tenido una conversación algo más subida de tono con él en el pasado, pero nunca le había amenazado de esa manera y no supo cómo reaccionar.

—Lo siento. Tienes razón. Quiero que sepas que te respeto mucho y no ha sido mi intención molestarte. Lo sabes, ¿verdad?

A Bruno le cambió la cara y Carla percibió que volvía a ser el de siempre.

—No te metas en líos, por favor.

—Tranquilo.

—No puedo estar tranquilo contigo. Me refiero a que no puedo estarlo en esta situación, pero lo que me aterra es que Gonzalo te meta ideas en la cabeza que te puedan causar problemas.

—¿Cuándo se ha equivocado en algo gordo?

—Muchas veces. Parece mentira que digas eso.

—No me refiero a eso. Te pregunto cuándo le ha fallado su intuición.

—Te lo pido por favor. Deja las cosas como están.

—Todo esto es una chapuza. Ituarte no dejaría nada por investigar, y lo sabes. Tengo ideas encontradas. Por un lado, no cuadran los datos y la gente se comporta de forma muy extraña. Por otro, parece que todo el mundo se guarda cosas. Me dicen que puedo ver a Carlos Neva y luego me meten la bronca por haberlo hecho. Incitáis a que Gonzalo me acompañe y me echáis a la cara que ha sido una mala idea. ¿No te das cuenta de que yo no he hecho nada y me las estoy llevando por todos los lados?

Carla tenía toda la razón y Bruno lo sabía. Él se encontraba en una situación parecida.

—Te entiendo. Te lo juro. Las cosas no siempre son fáciles y hay que saber cuáles son nuestras competencias y saber dejarlo estar.

Carla colocó la mano en su hombro y le miró fijamente a los ojos.

—¿Qué sabes de Sebas?

—Te juro que no sé nada. ¿A qué te refieres?

—No entiendo que no estés preocupado por la muerte de un compañero. ¿No quieres saber lo que está pasando?

Bruno suspiró, alzando la cabeza.

—¡Y sigues con lo mismo! ¿Qué quieres que te diga? Aunque hubiera algo que no sepamos, no nos conviene alzar la voz. ¿No te das cuenta?

Carla le dedicó una mirada comprensiva.

—Está bien. Tú verás lo que estás haciendo.

Separó su mano y se marchó. Bruno volvió a su silla y cerró los ojos, apoyando la cabeza en la mesa.

14
No lo puede saber todo

Llevaba toda la mañana sin apartarse del ordenador. Gonzalo había repasado paso por paso el trayecto que había tomado Sebas al salir aquel día de la comisaría. La clave debía estar en el lugar en el que se detuvo, teniendo en cuenta que no era su ruta habitual. No conseguía quitarse de la cabeza la conversación con Carlos Neva. Se preguntaba la razón por la que querían incriminarlo, si es que su teoría se convertía en realidad. Estaba seguro de que no se equivocaba, a juzgar por la reacción que había tenido el acusado. Parecía que estuviera relativamente tranquilo hasta que descubrió que, quien le hubiera contado que no iba a tener problemas, le había mentido.

Salió de su letargo y volvió a centrarse en descubrir por qué se dirigió a ese lugar. Su teléfono se había apagado justo enfrente de un local aparentemente cerrado, según vio en Google Earth.

Antes de salir de casa, buscó uno por uno los nombres de las personas que estaban registradas en cada vivienda. Comprobó a qué se dedicaba cada uno, por si pudiera darle alguna pista, y encontró algo que le llamó la atención. No conocía de nada a ese hombre, pero su trabajo debía significar algo.

Cogió el casco y se subió a la moto para hacer una visita a aquella dirección. Llegó en menos de treinta minutos. Ya no sentía la necesidad de correr como lo hacía apenas unos meses atrás. Se sentía diferente desde que salió de Burgos y se convirtió en un padre. Uno que ya no estaba ausente. Descubrió que, tras tanto tiempo sin subirse a su Ducati Panigale, podía disfrutarla sin ponerla al límite. Era una experiencia diferente.

Dejó la moto aparcada sobre la acera y se quedó mirando al edificio. Sin duda, era una buena zona para vivir. Echó un ojo al local. Tenía en la puerta un cartel que indicaba que se alquilaba y miró a través del cristal para ver lo que había dentro. Estaba vacío y lo suficientemente sucio como para que intuyera que el cartel llevaba mucho tiempo colgado, pero no parecía que recibiera visitas.

Aprovechó el momento en el que una mujer salía del portal situado a la derecha del local y esperó a que siguiera su camino para colocar su pie en la puerta con la intención de que no se cerrara. Accedió al portal y subió al cuarto piso. Por un momento, dudó si debía llamar a la puerta, pero necesitaba respuestas.

Presionó el timbre y, unos segundos después, un hombre abrió la

puerta. Tendría alrededor de sesenta años, barba blanca muy cuidada y no demasiado larga y pelo corto con un tono grisáceo. La fotografía que había visto en internet desde su casa debía ser de algunos años atrás, pero lo reconoció al instante.

—Pregunto por Rodrigo Lagar —dijo Gonzalo, como si no supiera de quién se trataba.

—¿Quién pregunta? —respondió.

—Soy Gonzalo Ulloa.

La expresión del hombre indicaba que sabía quién era. A Gonzalo no le sorprendió.

—¿Qué quiere?

—Hablar con usted, si es buen momento.

Dudó por un instante, pero le invitó a entrar.

—¿Quiere tomar algo?

—No, gracias. Estoy bien.

—¿Un café? —insistió.

—Se lo agradezco, pero no quiero tomar nada. Muchas gracias.

El hombre asintió y le invitó a sentarse en el sofá mientras se acomodaba en el de enfrente.

—¿En qué puedo ayudarle?

Gonzalo fue directo al grano.

—Sabe quién soy, y sabe para qué he venido.

Rodrigo Lagar sonrió, al comprobar que era exactamente como le habían contado. Un hombre directo.

—Así es. Todo el mundo sabe quién es.

Gonzalo le corrigió.

—Todos los policías, al menos.

—Al menos —le siguió la conversación, con tono jocoso.

—Vengo a hablarle de Sebastián Morales. ¿Le conoce?

—¿Quién? —el hombre se hizo el sorprendido.

—No quiero hacerle perder el tiempo, pero ambos sabemos que le conoce.

Elevó las cejas mientras pensaba la respuesta y decidió dejar de fingir.

—Sé quién es.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Hace unos días. No recuerdo la fecha exacta.

Gonzalo estaba sorprendido con la respuesta. No porque no la esperara, sino porque no creía que fuera a hablar tan fácilmente.

—¿Por qué vino a visitarle?

Lagar volvió a proyectar una sonrisa algo más apagada.

—Vino a preguntar sobre algo que no podía responder.

Gonzalo volvió a sorprenderse con su contestación.

—¿De qué se trataba?

—Hace un mes apareció en mi casa porque había visto mi nombre en un informe. Un caso que llevé hace tiempo. Quería que le informara de todo lo que sabía, y me pidió que no hablara con nadie de ello. No me quedó claro si se trataba de una petición o de una amenaza, pero tampoco quise averiguarlo. Volvió hace unos días, para hablar del mismo caso.

—¿Qué caso? —preguntó Gonzalo, impaciente por saber a dónde le podía llevar.

—Hace unos años desapareció un hombre. Nunca lo encontramos. Tras investigar, descubrimos pagos con su tarjeta de crédito unos días después de su desaparición. Ante la falta de indicios que nos llevaran a que pudiera haberle ocurrido algo, se cerró el caso. Cuando Sebastián vino a preguntarme por él, me quedé un poco descolocado.

—¿Qué quería saber?

—Me dio la impresión de que quería saber si yo creía que a ese hombre le había ocurrido algo. Fue bastante raro.

—¿Y? —Gonzalo comenzaba a creer que no iba a sacar mucho en claro.

—Nada más. Le dije que no sabíamos lo que había pasado y que desapareció del mapa.

—Me ha dicho que volvió a venir a su casa. ¿Qué es lo que quería en esa ocasión?

—Saber si había comentado algo de esto a alguien, porque durante unos días no estuve por aquí y se sintió inquieto al no poder localizarme. Le dije que no había salido una palabra de mi boca. Estaba muy nervioso y me dijo que creía que le estaban siguiendo. Eso fue todo. Le dije que había estado unos días en mi pueblo.

—¿Dónde estuvo?

—Mi familia viene de un pequeño pueblo llamado Cabra del Santo Cristo, en la provincia de Jaén.

—Es un viaje largo.

—Así es. Algo más de seiscientos kilómetros.

—¿Cómo fue hasta allí?

—En coche —le respondió Lagar, sin saber a dónde quería llegar.

—¿Cómo vino a parar aquí? Ese pueblo está muy lejos.

—Me surgió una oportunidad de trabajo y, desde entonces, he realizado toda mi carrera en Burgos.

Gonzalo siguió indagando.

—¿Cuánto tiempo estuvo en su pueblo?

Rodrigo pensó que ya había respondido a demasiadas preguntas y zanjó esa vía.

—El tiempo que quise. ¿Qué es lo que busca con estas preguntas?

Gonzalo derivó de nuevo la conversación al lugar que le

preocupaba.

—¿Por qué no ha dicho nada de todo esto a la Policía? Usted fue uno de los nuestros. No entiendo por qué mantuvo la boca cerrada si Sebastián le dijo que le podrían estar siguiendo.

—¿Por qué iba a llamar a la Policía? ¿Por una sensación que Sebastián pudiera tener? Creo que debería haber mucho más para que pudiera plantearme algo así.

Gonzalo se dio cuenta de que no le había contado lo que había ocurrido con Sebas y entendió la respuesta.

Rodrigo echó su cuerpo hacia adelante y le miró fijamente.

—No sé nada más de lo que le estoy contando, y quiero que siga siendo así. Lo que yo diga no tiene ninguna relevancia y no quise meterme en líos por algo en lo que no podía ayudar. Que viniera a verme no significaba nada bueno.

Ahora sí que Gonzalo se sintió inquieto.

—No estoy de servicio, y no va a salir de aquí nada de lo que me diga. ¿Qué está pasando?

—No le entiendo.

—Me entiende perfectamente —hizo un gesto con la nariz para hacerle entender que había algo que olía mal—. ¿Ha venido alguien a verle después de aquello?

—No. Nadie.

—¿Está seguro?

—Del todo. ¿Por qué iba a venir nadie a verme?

—¿Por qué vino Sebastián?

—Ya se lo he dicho.

—No me está entendiendo. Me ha dicho que no había razón para que nadie viniera a verle, pero tampoco habría razón para que Sebastián le visitara.

—Quería saber lo que ocurrió con ese caso. Parece que no me está escuchando.

Era el momento de decirle lo que le había ocurrido a Sebas tras las dos visitas. Podría no ser una buena idea, pero no veía otra opción para que la conversación tuviera más recorrido.

—¿Sabe lo que le ha pasado? A Sebastián.

Le cambió la cara al instante.

—No. No le he vuelto a ver. ¿Qué ha ocurrido?

—Lo han matado.

Colocó dos dedos en su frente. Parecía conmocionado.

—No sabía nada.

Gonzalo lo observó. Buscaba información en su reacción.

—Necesito que me ayude. Le pido que, si hay algo importante que deba saber, me lo diga ahora mismo.

—Le juro que no sé nada.

—Me ha dicho que quería saber lo que ocurrió con el hombre que desapareció hace años. Le tuvo que decir algo más.

—Me preguntó lo típico, pero no me dio detalles sobre la razón por la que quería saberlo. Está claro que descubrió algo.

—Usted fue policía. Su intuición le diría algo en aquel momento.

—Me quedé sorprendido. No entendía que, años después, pudieran investigar algo relacionado con ese caso, que cerramos pensando que el hombre se había marchado voluntariamente.

—¿A qué se refiere?

—A los pagos con tarjeta de los que le hablaba antes, por ejemplo.

—¿Dónde se hicieron los pagos?

—No recuerdo los sitios exactos. Creo que el último fue en la frontera con Francia. Desde ahí, le perdimos la pista.

—¿Habló con alguien después de que Sebastián viniera a preguntarle por ese caso?

—No. No hablé con nadie. Se empeña en preguntarme lo mismo una y otra vez, como si con mi segunda respuesta fuera a cambiar mi versión. Le aseguro que le estoy diciendo todo lo que sé.

—Qué raro. ¿No le creó curiosidad? Fue su caso. A mí me despertaría interés.

—No me pareció prudente. Ya no soy policía y quiero vivir tranquilo. Pasó hace muchos años.

—Siempre somos policías. Eso lo llevamos dentro.

Cada sonrisa era diferente. Con esta, Rodrigo le daba a entender que a Gonzalo le quedaba mucho por vivir.

—Lo podrá descubrir dentro de unos años. A uno se le quitan las ganas de jugarse la vida.

—¿Puede conseguir los informes del caso que llevó?

—No. Lo sabe muy bien. Esas cosas hay que hacerlas por los cauces adecuados. Nunca se me habría ocurrido guardar nada en casa, y mucho menos con un caso como ese, en el que no había nada más que investigar.

Gonzalo insistió.

—Usted es de la vieja escuela. Seguro que tenía sus propias notas —dijo, guiñando un ojo y haciéndose el simpático.

—Siento decepcionarle. Todo estaba en la comisaría.

Gonzalo sentía que comenzaba a sacarle de sus casillas con tanta pregunta, pero no tenía otra opción que hacerlo hablar todo lo posible.

—¿No hubo ningún sospechoso? Al menos, al principio.

—No. No lo hubo.

—¿Le suena el nombre de Carlos Neva?

—No, lo siento.

—Haga un esfuerzo.

Lagar volvió a sentirse incómodo con las preguntas de Gonzalo. Le trataba como a un sospechoso.

—¿Quién es?

—Otro policía. Parece ser el responsable de la muerte de Sebastián. Puede que sea la persona que lo estaba siguiendo.

—Ya le he dicho que no sé quién es. Llevo mucho tiempo fuera de todo esto. Puede que me haya cruzado con él en alguna ocasión y le reconociera si le viera la cara, pero ahora mismo no tengo ni idea.

Gonzalo estaba perdiendo la paciencia. Tenía la sensación de que no le estaba contando toda la verdad, y comenzaba a desconfiar de él. No estaba seguro de que ir a verle hubiera sido una buena decisión, pero ya era tarde para eso, aunque, por otro lado, tenía más información de la que podría esperar desde el principio.

—De acuerdo. Gracias por haberme dejado entrar y por contarme lo que ocurrió. Sólo he venido como amigo, no como agente. De hecho, ya no estoy trabajando. Siento haberle hecho tantas preguntas, pero necesito respuestas.

—Me dice que no está de servicio. ¿Era amigo de…?

—No éramos amigos, pero tenemos gente en común que necesitan saber la verdad. Es una pena que no vayamos a sacar nada en claro, pero tenía que asegurarme de que me decía todo lo que sabía.

Rodrigo asintió. Acababa de disculparse por el interrogatorio y no había tardado ni diez segundos en hacerle ver que no se fiaba de lo que había escuchado.

—Siento no poder ayudarle —respondió, sin dejarse provocar.

—Lo ha hecho. Repito, gracias por haberme dado parte de su tiempo. Ha sido un placer poder hablar con usted. Una cosa más —dijo Gonzalo—. ¿Quién era ese hombre?

—¿Perdone?

—El hombre que desapareció.

—Era otro agente de policía.

Gonzalo puso cara de sorpresa.

—No lo entiendo. ¿Trabajó con usted?

—No. Yo sólo investigué el caso. Coincidí con él en alguna ocasión, pero nunca trabajamos juntos.

Por un instante, Gonzalo pareció quedarse en blanco, pero tardó poco en reaccionar.

—No entiendo por qué nunca he escuchado nada sobre ese caso.

—No lo puede saber todo, señor Ulloa —respondió con regodeo —. Estos casos se llevan con la mayor discreción posible. No todo el mundo trabaja como usted. Ser policía no tiene nada que ver con que todo lo que pasa a tu alrededor se convierta en fuegos artificiales.

Lo normal es que ese ataque hubiera molestado a Gonzalo. Sin embargo, sacó a relucir su sonrisa más irónica.

—Para no estar al día de nada, veo que le han hablado de mí. Puede que tenga más información que yo de este tema, aunque sea sólo por una vez —volvió a sonreír, al haberse cobrado su réplica—. Podría decirme algo que yo no sepa y sentirse más importante.

Sabía hacer que la gente se sintiera incómoda y sus ataques se volvieran contra ellos como un bumerán, y en esta ocasión funcionó.

—No tengo mucho que decirle, pero podría preguntarle directamente a su jefe.

La cara de Gonzalo cambió.

—¿Qué quiere decir?

—Ituarte trabajó en la misma comisaría que ese hombre.

Gonzalo reparó en que no había preguntado por el nombre de aquel tipo.

—¿Ituarte trabajó con…?

Esperó a que le contestara.

—Su nombre era Rubén Pineda. Fue uno de los compañeros de Jon Ituarte. Su jefe —señaló a Gonzalo—, formaba equipo con él. Jon era la mano derecha del comisario Galván, que luego fue la persona que lo impulsó hacia arriba.

Gonzalo se asombró del cauce que había tomado la conversación.

—¿Usted habló con Ituarte cuando Rubén desapareció?

—Claro. Hablé con todos.

—Me lo está contando por algo. Continúe.

—Dijeron que Rubén no estaba muy bien de la cabeza. Parece que a nadie le sorprendió que se marchara.

—¿Lo sabe o es lo que le dijeron?

—Ya le he dicho que había indicios para creer que marcharse fuera una decisión suya. Aunque yo hubiera creído lo contrario, no podría haber hecho mucho más. Querían que se tratara con la mayor confidencialidad posible.

Gonzalo lo miró como si no pudiera descifrar lo que le estaba diciendo. Por un lado, veía a un hombre que no quería inmiscuirse, y por otro, a alguien que tenía ganas de hablar, aunque supiera que no le convenía.

—Aunque hubiera creído lo contrario —entrecomilló—. ¿Qué es lo que ha querido decir?

Levantó las cejas para ver si continuaba hablando.

—No he querido decir nada. Es una forma de hablar.

—Yo creo que no —incidió Gonzalo.

—Entiendo que crea que todo el mundo es inferior a usted y piense que va a conseguir lo que desea, pero si quiere respuestas, debería buscar en otro sitio. Ya le he dado una pista. ¿O es demasiado

obtuso?

Gonzalo recordó la escena de la película “Cadena perpetua”, cuando el protagonista le decía al alcaide esa misma frase, solo que, en esa ocasión, el preso acabó dos meses en el agujero.

—Ituarte estaba relacionado con el tal Rubén Pineda —repasó en alto—. ¿Hace cuánto tiempo fue lo que me acaba de contar? Si puede recordarlo.

Rodrigo volvió a sonreír.

—Hace unos diez años, más o menos.

Su cabeza comenzó a funcionar.

—Ha dicho antes que no sabe quién es Carlos Neva.

Le hizo dudar.

—Puede que estuviera por allí, pero no le recuerdo.

—También me ha hecho creer que no sabía quién era Sebastián y no era cierto.

—Lo siento. Primero quería saber lo que pretendía con su visita.

Gonzalo sabía que era el momento de apretar un poco más.

—También ha dicho que habló con todos los agentes que eran compañeros suyos.

Rodrigo mantuvo el silencio durante un instante y Gonzalo supo que no decía la verdad.

—Han pasado muchos años. También le he dicho que, si viera al tal Carlos Neva, cabría la posibilidad de que lo reconociera.

—Sin embargo, no reconoció a Sebastián cuando vino a su casa. Creo haber escuchado eso hace unos instantes, aunque es posible que no haya comprendido del todo la frase.

Rodrigo comenzaba a hartarse de ese hombre. Gonzalo conseguía que la persona que tenía delante se descentrara y perdiera el control de la situación.

—No. No le reconocí. No me dijo que había trabajado con Rubén Pineda.

Se mantenía en su versión y a Gonzalo se le acababa su discurso. Le resultaba difícil de creer que, tras la visita de Sebas, no hubiera estado recordando los detalles de ese caso. Tenía la sensación de que quería mantenerse al margen. Lo que no podía descifrar era si tenía algún interés especial en ello.

—Veo que no quiere colaborar. Espero que no esté callando algo que pueda ser de importancia. Han matado a un hombre. Hay una frase que me gusta mucho y que, tristemente, se da con mucha facilidad.

La cara de Rodrigo cambiaba de un segundo para otro. No sabía si estaba delante de un loco o de un hombre verdaderamente extraño.

—¿Qué frase?

—Nunca esperes nada de nadie. Es mejor estar sorprendido que

decepcionado. Sinceramente, no me voy de aquí sorprendido.

—Creo que es el momento en el que debe salir de mi casa.

Gonzalo se levantó y se acercó a la puerta. En cierto modo estaba extrañado por haber estado tanto tiempo manteniendo esa conversación. Antes de salir, se dio la vuelta y se dirigió a Lagar por última vez.

—No pretendo causarle buena impresión y estoy convencido de que no le he caído demasiado bien. Sólo le diré que, si hay algo que no me haya querido decir ahora, mi teléfono estará abierto a su llamada.

Dirigió la vista hacia la mesa de centro del salón y Lagar vio que había dejado su tarjeta de visita.

No recibió respuesta y supo que lo que le faltaba por saber se encontraba en otra parte.

15
¿El comisario Galván?

Gonzalo no tardó demasiado en coger el teléfono para llamar a Carla. No esperaba escuchar el nombre de Ituarte en la conversación con Rodrigo Lagar y se sentía más perdido que antes de realizar la visita. No recibió respuesta a su llamada y se subió a la moto. Unos minutos después, pudo percibir la vibración de su móvil y aparcó rápidamente para contarle a Carla lo que acababa de descubrir.

—¿Dónde estás? —preguntó Carla.

—De excursión. Me he ido a dar un paseo con la moto.

Carla suspiró.

—Espero que no haya sido uno de tus antiguos paseos. Llevas mucho tiempo sin cogerla.

—Parece que se me ha ido el instinto de velocidad —sonrió—. El tiempo pasa para todos y parece que estoy madurando.

—¡Ya era hora! —dijo, riéndose—. He estado hablando con Bruno —Carla cambió de tema, para hablar de lo que le importaba realmente—. Me ha soltado una pequeña reprimenda. Está un poco cagado y eso me preocupa.

—Hace bien en estar cagado.

Carla tardó en reaccionar.

—¿A qué te refieres? ¿Dónde has estado?

Gonzalo sabía que ella temía lo que pudiera haber hecho.

—He realizado una visita a un antiguo compañero.

Se quedó aún más descolocada.

—Continúa, por ahora no te sigo.

—He estado informándome sobre la zona en la que dejó de emitir señal el teléfono de Sebas y este hombre vivía justo al lado, así que me he acercado a comprobar si nos llevaba a algún sitio.

—¡Joder, Gonzalo! ¿No habíamos quedado en que debíamos tratar esto con discreción?

—Lo sé. Tienes toda la razón, pero puede que haya sacado algo positivo.

—¿Quién es? —se resignó.

—Un policía retirado al que Sebas visitó un par de veces. Se llama Rodrigo Lagar. Me ha dicho alguna cosa muy interesante.

Carla lo paró en seco.

—¿Dónde podemos vernos? No hablemos esto por teléfono.

—¿No creerás que…?

Dejó la pregunta sin terminar, dando a entender que los pudieran pinchar el teléfono.

—Ya no me fío de nadie y hemos empezado a tocar las narices a quien sea que se las hayamos tocado.

—Está bien. Nos vemos en mi casa.

—Qué manía con ir a tu casa. Está a tomar por culo.

—¡Esa lengua, jovencita! Está aquí al lado. Te espero allí.

Media hora más tarde, Carla entraba al pueblo de Quintanapalla. Tomó la primera salida a su izquierda y pasó por debajo del puente para tomar el camino de tierra que llevaba a la casa de Gonzalo. Aparcó en la entrada y vio la moto estacionada. Había dejado la puerta abierta.

Carla llamó, a pesar de todo.

—Pasa, está abierta.

—Eres un caso. Cuéntame.

Cerró la puerta y se sentó en el sofá. Gonzalo estaba sentado a su derecha con el ordenador en la mano.

—¿Eres un caso? Eso lo decía mi madre.

—Hay frases que no son exclusivas de otra persona.

—No importa. Yo sé lo que quería decir.

—Lo he entendido. Parece que ahora hablo como una madre. Cuéntame.

—Ese hombre me ha contado que Sebas fue a verlo para preguntar sobre un caso de hace unos años.

Carla se quedó boquiabierta.

—¿Cómo?

—Estaba investigando algo. Para ser tu compañero, prestabas muy poca atención.

—¿De qué estás hablando?

—¿No notaste que estaba con otra cosa?

—No.

—¿Estabais todo el día juntos?

Carla dudó por un instante.

—No todo el día, pero…

—Pero ¿qué?

—No tuvimos ningún asunto importante los últimos meses. Puede que…

Gonzalo tenía la sonrisa en la boca al verla parar para reflexionar en cada frase y Carla frunció el ceño.

—Todavía tienes mucho que aprender —dijo Gonzalo, manteniendo la sonrisa maligna.

—Vete a la mierda —respondió Carla, sin tapujos.

—No quería ofenderte. Entiendo que no estés alerta todo el tiempo, pero parece que estaba metido en algo y no te diste cuenta. ¿Cuándo apareció por la comisaría? ¿Fue al irme yo?

—No. Pasó un tiempo. No mucho, pero un par de meses, diría. Creo habértelo comentado.

—No importa. He estado pensando en la relación que puede tener con Ituarte.

Carla elevó las cejas.

—No entiendo qué tiene que ver con todo esto.

—El caso del que te he hablado al principio, se trataba de un policía que desapareció hace años y que trabajaba en la misma comisaría que Ituarte.

—¿Qué tiene que ver? De verdad que no te sigo.

—Que Sebas estaba investigando esa desaparición. Ituarte coincidió con ese agente desaparecido. Tiene que haber alguna relación.

Carla se mostró perspicaz.

—Supongo que cuando he llegado estabas viendo si podías estrechar esa relación. ¿Me equivoco?

Gonzalo sonrió.

—En ello estaba.

—¿Y bien?

—No he tenido mucho tiempo. Nunca me había puesto a pensar que Ituarte fuera policía antes que fraile —como era habitual, no le sacó una sonrisa con sus chorradas—, pero tuvo un ascenso meteórico. Su jefe era el comisario Galván.

—No sé quién es.

—Por lo que he visto, desde hace unos años trabaja en Madrid.

—¿Y qué significa eso?

—No lo sé. No sé qué está pasando ni que pasó en su momento. Sólo digo que hay que escarbar un poco.

A Carla le daba miedo lo que le estaba diciendo y se incorporó para dar vueltas en círculos.

—¿Qué puesto tiene?

—No tiene ningún puesto oficial.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo? ¿Cómo sabes que está en Madrid?

—Vive allí. Supongo que no dejaría de ser Comisario para irse a pescar.

—¿Te estás escuchando?

—Carla, por favor.

—Siempre te montas películas con tres datos.

—No me he montado ninguna película. Hoy me han dado el nombre de Ituarte por alguna razón. No has estado con ese tío. Me lo

ha dicho para que me monte esas películas de las que hablas.

—¿No te has planteado que podría estar desviando la atención hacia otro lado? Sabes cómo es Ituarte.

—No estoy acusando a nadie, y voy a investigar a todos, pero no podemos dejar de tocar todos los palos. Se marchó por algo.

—¿Quién? ¿El comisario Galván?

Gonzalo percibió la incredulidad en sus preguntas.

—Sebas era tu compañero. Tú sabrás si quieres llegar al fondo. A mí me sería más fácil volver a casa y olvidarme de todo esto.

—Veo que Burgos ya no es tu casa. Te olvidas muy rápido de tus raíces.

A Gonzalo no le gustó lo que acababa de escuchar.

—Vete a la mierda. Mis raíces están donde esté mi vida. Si vamos más allá, soy gallego de nacimiento, aunque estuve poco tiempo allí. Mi vida la he hecho en Burgos y mi familia está en Madrid. Parece que tú también estás lejos de tu casa. Podrías volver a Salamanca.

Carla torció el gesto, sabiendo que no había estado afortunada. Le había dejado muy claro que se había sentido ofendido.

—De acuerdo. Lo siento. Sabes que, si nos metemos en algo gordo, puede salpicarnos.

—Depende de ti. No me gustan las injusticias. Si tiene que caer alguien, se lo habrá ganado.

—Lo más normal es que, si tiene que caer alguien, seamos nosotros.

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—Nunca me han importado las consecuencias. Quiero saber lo que está pasando. ¡Ah! Hay algo más.

Carla elevó los brazos, sorprendida por todo lo que le estaba contando con una simple visita a un expolicía.

—¿Hay más?

—Sabemos que Carlos Neva coincidió con Ituarte en la misma comisaría hace diez años, pero te va a sorprender quién estaba allí en ese mismo momento.

—Sebas —dijo, convencida.

—Así es. El policía que desapareció se llamaba Rubén Pineda. También trabajaba con ellos. En las dos visitas que Sebas hizo a Rodrigo Lagar, fue a preguntarle por ese hombre.

—¿Y el tal Lagar también trabajaba allí?

—No, al parecer investigó el caso, pero no coincidió con ellos. Lo extraño es que no recordaba a Sebas ni a Carlos Neva. Habló con todos, pero no recuerda sus nombres y no reconoció a Sebas cuando fue a visitarle. ¿No te parece raro?

Carla colocó una mano en el mentón.

—Sí, puede ser, pero ha pasado mucho tiempo.

Gonzalo levantó la voz.

—¡No me jodas!

—Intento ponerme en el lado contrario, pero sí es raro.

—¿Por qué iba a mentirme sobre eso?

—Ya tienes una pregunta que responder, ¡con lo que te gusta!

—Hay muchas preguntas que responder, pero estamos en el camino.

La cara de Carla era de cierta sospecha ante lo que les venía encima.

—Sólo por el hecho de montar el pollo con Carlos Neva nos vas a caer una buena, pero si Ituarte tuviera alguna relación, ¿no crees que se encargaría de despacharnos en menos que canta un gallo?

—Nos daría una razón para creer que está implicado, sea de la forma que sea. Pensabas que me estaba montando una película desde el principio, pero nadie ha ido al forense, al menos desde que estuvimos allí; dicen tener pruebas que han podido ser manipuladas, pero tampoco me cuadra que, si quisieran hacerlo bien, no dejaran esas pruebas también en el cadáver; tenemos un agente de policía que desapareció por arte de magia y que coincidió en ese momento con varios de los implicados. Uno está en la cárcel de forma preventiva, el otro está muerto y era tu compañero y el tercero en discordia es tu jefe. Si esto es una película que me estoy montando, me tengo que dedicar a otra cosa. Igual me hago guionista.

Carla mantuvo una lucha interna, pero se armó de valor.

—Está bien. ¿Por dónde empezamos?

—Hilando todos esos nombres. Sabemos que lo que ha ocurrido con Sebas tiene relación con lo que ocurrió con el tal Rubén Pineda. Lo que no conocemos es lo que pasó entonces y la relación que puede tener con la actualidad.

—¿Te ha dicho si tuvo alguna sospecha cuando lo investigó?

—¿Rodrigo Lagar?

—Sí. El hombre al que has visto.

—No tenía intención de decirme nada. Ha hecho como si no recordara los nombres, pero al final, cuando le he apretado, ha soltado el nombre de Ituarte. Me lo ha dicho por algo.

—¿Le ha acusado de algo?

—No. Ha dicho que si tengo dudas le preguntara al comisario. ¿Qué es lo que tendría que decirme?

—¿Nada más?

—¿Te parece poco? Lo ha soltado de forma sibilina. Me ha dado la sensación de que me decía que, si alguien sabía lo que había ocurrido, ese debía ser Ituarte.

—No puedes preguntarle a él. No parece dispuesto a decir nada.

—Lo sé. Por eso no me gusta.

—Pues lo tenemos difícil.

Gonzalo adoptó un gesto serio. La miró a los ojos y asintió mientras afirmaba:

—Siempre hay caminos para conocer la verdad.

Cuatro años antes

No habían pasado ni veinticuatro horas de la redada cuando Sebas hizo una visita a Jorge. Estaba muy preocupado por él y era consciente de que no había actuado correctamente al no detenerlo. Temía que la chica que estaba con él hablara y le salpicara directamente.

Tocó la puerta de su casa y abrió Jorge.

—¿Estás solo? —preguntó Sebas, mirando al interior.

—Estoy solo. Pasa.

Sebas cerró la puerta a su paso y fue directo al salón. Se sentó y comenzó el interrogatorio que llevaba preparado.

—¿Has hablado con esa chica?

Jorge negó con la cabeza.

—Pensaba que sabrías más que yo.

—No quiero que me vea, aunque no creo que se acuerde mucho de lo que ocurrió. Me la estoy jugando por ti, y no sólo con mi trabajo.

—Lo siento. No sé qué más puedo decirte. Cometí un error y te agradezco lo que hiciste.

Sebas miró hacia el techo.

—No sé cómo se te ocurre. Tu padre es quien es. Deberías recordarlo para dejar de hacer el idiota. Has cambiado mucho y está preocupado. Te lo digo por tu bien.

Jorge ladeó la cabeza.

—¿Te ha dicho mi padre que está preocupado?

—Sí, y ya sé por qué lo está, aunque él no creo que sepa que estás metido hasta el fondo con esa gente. Fue tu padre quien ordenó la redada. Imagina que no hubiera estado yo allí.

Aquello sí que le sorprendió.

—¿La ordenó mi padre?

—Así es. Le vino un chivatazo de que estaríais allí.

—Solemos cambiar de sitio. ¿Quién se lo habrá dicho?

Sebas reaccionó al instante. Le había dicho anteriormente que era la primera vez que participaba en eso y se había destapado él solo.

—No me esperaba esto de ti.

Jorge se dio cuenta de su error y se mordió el labio.

—No creo que Cristina hable.

—¿Y el resto? ¿Pones la mano en el fuego por esa gente?

—No —dudó tan sólo un segundo—. No son muy de fiar.

—Quiero que me hables de la gente que aparece por allí. ¿Quién

os pasa la droga?

—Por favor, no me metas en esto.

—Te has metido tú solito. No creo que hayamos encontrado a los que estábamos buscando.

—¿A qué te refieres? —se sorprendió Jorge—. ¿A quién buscabais?

—Tu padre cree que el aviso fue una forma de desviar la atención para que metieran entre rejas a pequeños cebos sin importancia, pero los peces gordos a los que está buscando se han ido de rositas, mientras hacíamos el ridículo. Así, todo el mundo está contento, menos los pardillos como tú y los camellos de poca monta que salen de las calles.

Jorge no sabía de lo que estaba hablando Sebas, pero le preocupaba Cristina. El resto no era ningún problema. Sabía que no eran amigos.

—¿Puedes hacer algo por Cristina?

—No puedo hacer nada. Lo siento. Es mayor de edad y tendrá que asumir lo que le ocurra. ¿Llevaba droga encima?

—La tiró.

—Al menos no la han pillado con nada, aunque desde mi punto de vista, es mejor que te pillen cuanto antes para que te den una buena lección. De lo contrario, no aprendes nunca. Quiero que dejes de ir con esa gente y que no vuelvas a tomar nada. Aparte del daño que te puede hacer, tienes que tener en cuenta que lo que te metes podría estar adulterado. Eres un inconsciente.

—Lo sé. Perdona.

—¿De dónde sacas el dinero? —preguntó Sebas, sorprendido.

—No se lo robo a mi padre, si es lo que piensas.

—¿Te lo da?

—Sí, pero además tengo un trabajo.

—¿Dónde trabajas? Tus padres no me habían dicho nada.

—No lo saben.

Sebas ató cabos, deseando que no fuera lo que estaba pensando.

—¿Pasas droga?

—No. Ayudo en un bar, de barquero.

No le pareció que estuviera muy convencido.

—¿Seguro? Por favor, no sabes dónde te estás metiendo.

—Seguro.

—¿Con contrato?

Parecía que estuviera interrogando a un sospechoso, cuando lo único que quería era ayudarlo.

—No tengo contrato. Trabajo a ratos y me saco algo de dinero.

—Espero que me estés diciendo la verdad. Es la última vez que miro hacia otro lado, ¿de acuerdo?

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Te he entendido. Gracias.

Sebas puso una mano en su hombro y salió de la casa, sabiendo que Jorge le estaba mintiendo. Dudaba si debía ir directo a su padre a contarle todo, pero le destrozaría por completo. Por otro lado, podría salvarlo. Debía pensarlo.

Subió al coche y tras unos minutos de darle vueltas a la cabeza, cogió el teléfono y marcó el teléfono del padre de Jorge.

—Hola, ¿cómo estás?

Sebas tardó en responder.

—Bien. Tengo que hablar contigo.

—Estoy en comisaría, reunido con Ituarte. Ven y hablamos.

—Está bien, voy para allá.

Colgó desde el volante y apareció el mensaje en pantalla.

Alejandro Galván, llamada finalizada.

16
Yo tampoco vi nada

Sólo había otra persona en la que Gonzalo pudiera confiar. Nada más marcharse Carla, decidió hacerle una visita sin decirle nada a su compañera, aunque quería esperar a la noche para hablar con él en su casa.

La mujer de Bruno abrió la puerta y puso cara de sorpresa.

—¡Gonzalo! ¿Qué haces aquí?

—Vengo a ver a Bruno.

No recordaba la última vez que les había visitado, pero en poco tiempo, era la segunda ocasión en la que se acercaba por allí.

—¿Todo bien?

Gonzalo sonrió.

—Todo bien. Sólo quiero hablar con él.

Le invitó a pasar y dio una voz para avisar a su marido, que se encontraba en la cocina.

—Pasa. Está preparando una ensalada.

Gonzalo levantó el pulgar.

—Así me gusta, que se cuide un poco.

Entró en la cocina y se quedó mirando sin decir nada, para ver la reacción de Bruno. No tenía claro lo que él sabía, pero le conocía como a la palma de su mano y con mirarle, muchas veces sabía lo que estaba ocurriendo.

Bruno ladeó la cabeza al verle.

—¡Pero bueno! El señor Ulloa en mi casa de nuevo —Gonzalo permaneció impertérrito—. ¡Vaya cara tienes! ¿Pasa algo?

Gonzalo no perdió el tiempo y fue con todo.

—¿Qué hacía Sebastián en tu comisaría?

Bruno se quedó descolocado, o al menos, es lo que le pareció.

—No te entiendo. Te fuiste, ¿recuerdas? ¿Por qué le llamas Sebastián? Nadie lo hace.

—¿Por qué él?

—Era un buen policía.

—¿Quién le trajo?

Bruno respondió con una pregunta.

—¿Quién crees?

—Dímelo tú. Por eso te he hecho la pregunta.

—Sólo sé que me dijo Ituarte que iba a ser tu substituto.

—¿Te dijo si debías darle libertad?

—¿Libertad para qué?

—Bruno, deja de preguntar y responde de una vez —Gonzalo no acababa de adivinar si no sabía de qué le estaba hablando o quería ocultarle algo, pero sí sabía cómo debía presionarlo para salir de dudas—. Cuéntame la conversación con Ituarte cuando te comunicó su incorporación. ¿Te dijo si le conocía de antes?

—Te juro que no me dijo nada. Me lo presentó, me informó de que era un buen agente y que viviría mucho más tranquilo que contigo. Eso lo dijo con una sonrisa. Yo creo que su opinión sobre ti cambió por completo con lo que ocurrió en tu último caso, pero tenía razón con que eres un tío intenso.

Gonzalo se sorprendió.

—No es lo que he visto estos días.

—Ya sabes cómo es. Con lo que está pasando, es más fácil tenerte lejos.

—¿Por qué?

La pregunta llevaba implícita una petición de explicación.

—Porque el caso está cerrado y lo ibas a poner patas arriba. Le entiendo perfectamente.

—¿Por qué? —insistió.

—Estás buscando una respuesta que no soy capaz de darte.

Gonzalo atacó con un golpe más fuerte, buscando su reacción.

—¿Te suena un tal Galván?

Bruno arrugó el entrecejo.

—¿El Comisario? —pronunció, dándole relevancia—. Coincidí con él hace tiempo, pero nunca he tenido relación. ¿Por qué me preguntas esto?

—Ituarte trabajó con él.

Bruno levantó los brazos y negó con la cabeza.

—De verdad que no te sigo. Dime de una vez a dónde quieres llegar, porque cada frase parece no tener nada que ver con la anterior.

Gonzalo hizo como si no lo hubiera escuchado.

—¿Qué me dices de Rodrigo Lagar?

—¿Quién es ese?

—Un policía jubilado.

Bruno estaba más perdido que al comienzo de la conversación y Gonzalo no se lo estaba poniendo fácil. Quería contarle lo justo para analizar su reacción.

—Joder, Gonzalo, ¿de qué coño me estás hablando?

—Pensaba que eras un buen policía. O me he equivocado, o me estás tomando el pelo.

Bruno lanzó un trapo a la encimera y se quedó mirándolo.

—Espero que no hayas venido a mi casa a insultarme. Puedes contarme lo que está ocurriendo y quedarte a tomarnos una cerveza,

como si fuéramos amigos, o te puedes ir a tomar por culo.

—Lo somos.

—Espero que hayas aprendido a tratar a los amigos. Eso es lo que creía, pero puede que me haya equivocado.

Gonzalo suspiró con fuerza. Su hermetismo le había creado muchos problemas a Bruno en el pasado, pero nunca le había traicionado.

—Está bien. Todo lo que hablemos no puede salir de aquí. No quiero que justifiques a nadie ni que te pongas en el lado fácil de lo que escuches. ¿De acuerdo?

Bruno sonrió.

—Habla y lo vamos viendo. No sé qué puedo responder a eso sin saber qué coño ocurre.

Gonzalo cogió una silla, le dio la vuelta y se sentó con los brazos apoyados en el respaldo.

—Sebas entró en la comisaría por una razón. Fue Ituarte quien lo trajo aquí, y creo saber que fue para investigar una desaparición ocurrida hace mucho tiempo. El hombre que desapareció se llamaba Rubén Pineda. He estado ojeando sobre él y tenía veinticuatro años cuando se esfumó. También era policía y trabajó con el comisario Alejandro Galván, cuya mano derecha era un tal Jon Ituarte. ¿Te suena?

—Hasta ahí no veo nada grave.

—El caso lo llevó entonces otro policía, retirado en este momento. Rodrigo Lagar. ¿Alguien ha investigado dónde dejó de emitir señal el teléfono de Sebas?

—No tengo esa información. Supongo que lo habrán investigado todo.

—¿Tú crees?

—No llevo el caso, ni tengo acceso a los datos.

—¿No te parece raro lo que te estoy contando?

—No. Por el momento no me parece raro.

—Supongo que no te sorprenderá, entonces, que Sebas hiciera dos visitas en un mes a este policía que investigó el primer caso del que te hablaba —Bruno elevó los hombros—. Como no te sorprenderá, tampoco, que el teléfono no siguiera emitiendo señal a unos doscientos metros de la casa de este hombre.

Bruno esperaba escuchar teorías absurdas, aunque en la mayoría de los casos acabaran por cumplirse, pero le estaba ofreciendo datos que, difícilmente, podían ser casuales.

—¿Cómo sabes todo esto?

Su cara de sorpresa provocó una carcajada.

—No ha sido muy difícil. Con cuatro datos se podía llegar sin problema. ¿No crees que los que investigan la muerte de Sebas

deberían haberle hecho una visita a Rodrigo Lagar? Antes de que Sebas desapareciera, estuvo en su casa y estuvieron hablando.

—Espera. ¿De dónde lo has sacado? ¿Cómo sabes dónde se apagó el teléfono de Sebas? ¿Cómo sabes que habló con ese hombre?

—Es mejor que no preguntes demasiado, pero respecto a ese policía, fui a hablar con él y me dijo que se vio dos veces con Sebas. También he podido saber que Ituarte, Rubén Pineda, que es el hombre que desapareció, Sebas y Carlos Neva, coincidieron en esa comisaría en el momento de la desaparición. Estaban a las órdenes de Alejandro Galván.

Bruno dio un respingo.

—Tenemos que hablar con Ituarte.

—Ni se te ocurra. No sabemos qué papel tiene en todo esto. Huele a que quieren tapar algo, y quiero saber por qué Carlos Neva ha pagado el pato.

—¿Sigues empeñado en que no lo mató?

—Nos lo ha dicho él.

—¿Quieres que un hombre que ha matado a otro lo reconozca sin más? Llevas mucho tiempo en esto como para pasar ese dato por alto.

—Lo que tú digas. Hablé con él y te aseguro que no fue él quien lo mató. No estaba allí cuando ocurrió.

La cara de Bruno era un poema. Debía hacer oídos sordos para que no juzgaran a su amigo. Quedaba claro que estaba actuando ilegalmente, aunque no parecía que le afectara en absoluto.

—No me cuentes nada más, por favor.

Gonzalo hizo un gesto para decirle que era su turno. Sólo podían aclararlo por los cauces legales, pero había un gran riesgo de equivocarse en la elección de las personas.

—¿Qué puedes hacer?

—Me dejas en una situación difícil. Sólo veo una persona que nos pueda ayudar.

Supo al instante a quién se refería.

—Ituarte no es una opción. Primero debo investigarlo.

—¿Estás loco? —Bruno saltó como un resorte—. Te estás jugando tu vida. Vas a acabar en la cárcel.

Volvió a ignorarle.

—Necesito saber qué ocurrió con esa desaparición. Me refiero a quiénes trabajaban con ese hombre, al margen de los que ya sabemos, y la relación que tenían y tienen actualmente entre ellos. También necesito saber qué tiene que ver Sebas con todo esto.

—No tengo constancia de que Sebas investigara nada.

—Te he preguntado antes si Ituarte te pidió libertad de movimientos con Sebas.

Adoptaba la misma postura que durante el encuentro con Rodrigo Lagar. Repetía las preguntas, para comprobar que las respuestas seguían siendo las mismas.

—No me dijo nada. Te lo vuelvo a decir.

—Puede que le metieran para investigar algo relacionado con esa desaparición, pero también estaba con ellos hace diez años. Estoy algo confundido.

—Sigues empeñado en esto. No sabes nada.

—No dudarás de que nos ha intentado sacar de este caso desde el principio, y que son órdenes de arriba. Al menos, después de lo que te estoy contando.

—No sé qué decirte, de verdad.

Bruno se había quedado sin palabras. Permanecía con la espalda apoyada en la nevera, intentando asimilar lo que estaba escuchando. No era capaz de discernir si lo que sentía era pánico o confusión, aunque no descartaba que se tratara de las dos cosas. Le daba miedo que Gonzalo se metiera en un buen lío al investigar a Ituarte.

—No digas nada sin consultarlo conmigo —sonó a una orden e intentó rebajar el tono—. Por favor.

—¿Quién sabe esto? —preguntó Bruno.

—Sólo Carla.

—¿Qué ha dicho?

—Está intentando asimilarlo. Sebas era su compañero. Estoy seguro de que tiene una confusión de caballo, porque en ningún momento se dio cuenta de que estaba trabajando en otra cosa. Tampoco puedes esperarlo.

—Yo tampoco vi nada. Te aseguro que lo que hiciera, no fue en horario de trabajo.

Gonzalo seguía dándole vueltas a todo. Había alguien a quien no quería interrogar, aunque debería hacerlo en algún momento.

—¿Qué sabes de la mujer de Sebas?

—Mañana voy a verla, en un acto que hemos preparado para darle homenaje a su marido.

A Gonzalo se le abrieron los ojos.

—Debes hablar con ella, como si fuera informal, y sacarle cierta información.

—No creo que sea el momento.

—Si no quieres despertar sospechas, es el momento.

—¿Y qué quieres que le pregunte?

—Eres mucho mejor que yo haciendo esto. Que te diga cuándo solía volver a casa Sebas y qué vida llevaba. También necesito que me digas todos los que van a ir al acto. Quién viene de la época en la que desapareció Rubén Pineda, así luego veremos los que han mantenido el trato. Tienes que estar atento para saber cuál es la relación de cada

uno con la mujer de Sebas. Tenemos que hacer una buena situación de todos para encajar las piezas.

Bruno asintió, sin estar muy convencido. Sin quererlo, se había convertido en la persona que Gonzalo iba a mover a su antojo, aunque era consciente de que no podía decírselo a nadie más.

Abrió la nevera y sacó dos cervezas. Sentía que necesitaba tomarse una. Gonzalo ladeó la cabeza mientras miraba a la ensalada y colocó su mano en el hombro de Bruno.

—Entiendo que estés cabreado conmigo, pero no me des una ensalada. ¿No tienes queso y jamón?

17
¿Estás loco?

Cuatro compañeros portaban el féretro de Sebas, cruzando por el Arco de Santa María en el centro de Burgos. Los que acudieron, se amontonaron a la salida del arco, formando un pasillo y aplaudiendo a su paso. Dejaron el féretro en el suelo y el aplauso se alargó durante unos minutos. Su esposa iba vestida completamente de negro, con gafas de sol ocultando sus ojos empapados en lágrimas. A su derecha, se encontraba Ituarte y a su izquierda, Bruno, que no paraba de mirar hacia todos los lados, buscando caras que no le resultaran familiares. Carla permanecía unos pasos por detrás de ellos, intentando no acaparar el protagonismo.

Ninguno se dio cuenta de que, al otro lado del puente que se eleva sobre el río Arlanzón, se encontraba Gonzalo realizando fotos para inmortalizar el momento, por si al acabar el acto, la gente se dispersaba y a Bruno no le diera tiempo a realizar su trabajo.

Tras la ronda del pésame, Bruno se acercó a la mujer de Sebas, bastante nervioso.

—Siento mucho su pérdida —se limitó a decir, antes de quedarse en blanco.

Respondió con un leve movimiento de cabeza antes de darse la vuelta para marcharse lo antes posible. Bruno entendió que iba a perder su oportunidad y caminó a su lado.

—Sé que no es buen momento, pero me gustaría saber algún detalle sobre los últimos días de Sebas. Nos podría ser útil.

Ella lo miró, sin entender nada.

—¿Qué detalles?

—¿Le hizo algún comentario sobre si se sentía preocupado por algo?

—No —volvió a ser escueta en su respuesta.

—Cuando comenzó a trabajar en esta comisaría, ¿le habló sobre alguien que le hubiera propuesto el cargo?

No estaba seguro de si estaba sonando como un interrogatorio, pero ya había comenzado y sólo esperaba que le diera alguna respuesta que ayudara en algo.

—Le llamó Jon Ituarte.

—¿De qué se conocían?

A la mujer le resultó extraña la pregunta.

—Sebas era sobrino de un gran amigo de Ituarte.

Le extrañó que no lo hubiera escuchado antes y preguntó, intuyendo la respuesta.

—¿De quién era sobrino?

—De Alejandro Galván. ¿Lo conoce?

—Le he visto alguna vez —respondió, intentando no mostrarse inquieto con lo que acababa de descubrir—, pero no tengo el gusto de haber compartido conversación con él.

—¿Sabe por qué le ofrecieron el puesto en mi comisaría?

Volvió a poner la misma cara.

—¿No lo sabe usted? Se lo ofreció su jefe —señaló a Bruno—. Dijo que era la Comisaría Central y era una buena oportunidad de crecer.

—Perdone que insista con las preguntas. ¿Le comentó algo sobre alguna investigación que tuviera en marcha?

Cada pregunta le resultaba más extraña. Bruno era su jefe directo, y ella tenía la sensación de que no sabía a qué se dedicaba su marido.

—¡Si no lo sabe usted…!

—Me refiero a que si volvía tarde de trabajar.

—No entiendo sus preguntas. Algún día volvía más tarde, pero le recomiendo que sepa en qué están trabajando los que están bajo su cargo.

Bruno no se lo tuvo en cuenta, ya que era lógico que lo pensara con la conversación tan surrealista que estaban teniendo.

—Una pregunta más. ¿Alejandro Galván está trabajando en Madrid? Me gustaría mandarle mi pésame.

La respuesta le dejó sin palabras.

—Puede hacerlo en persona —señaló con el dedo—. Lo tiene ahí mismo.

—Gracias, lo haré en cuanto vea que no interrumpo la conversación. Le ruego que me disculpe por las preguntas y, de nuevo, lo siento mucho.

Se marchó con la sensación de estar colorado ante el aparente ridículo que había hecho.

Gonzalo observaba desde el otro lado del puente y vio a Bruno acercarse a Alejandro Galván y a Ituarte. Charlaban con otras dos personas a las que no había visto nunca. Tras unos segundos en los que Bruno no acababa de decidirse, se colocó al lado de ambos.

Ituarte dejó de hablar y dirigió la mirada hacia Bruno.

—Te presento a Alejandro Galván —los otros dos se alejaron sin decir una sola palabra—. Bruno es mi persona de confianza.

Le estrechó la mano, mientras Bruno pensaba que a una persona de confianza no se le ocultaría lo que estaba ocurriendo. Sonrió e hizo un gesto con la cabeza a Galván como si suscribiera sus palabras.

Galván contestó.

—Jon me ha hablado mucho de ti. Encantado de conocerte. Siento mucho lo ocurrido.

—Ha sido una gran pérdida —dijo Bruno, dudando si debía decirle que sabía de su parentesco con Sebas. No lo hizo y fingió no saber nada.

—¿Conocías a Sebastián? —le tuteó para continuar por el camino que Galván había tomado.

—Sí —se limitó a decir.

—Bien —interrumpió Ituarte—. Tenemos que irnos. Bruno, te veo luego en comisaría.

Era una clara invitación a que la conversación llegara a su fin. Bruno volvió a estrecharle la mano y dio media vuelta. Vio que Carla estaba sola y se acercó a ella.

—¿Qué tal estás?

—Bien —respondió Carla—. Quiero irme de aquí. Ha sido un bonito homenaje.

Bruno giró la cabeza al ver el gesto de Carla y vio acercarse a Gonzalo.

—¿Qué haces aquí?

Gonzalo elevó los hombros.

—¿Qué te ha dicho Itu?

Bruno se aseguró de que no escuchaba nadie.

—Tienes razón. Nos está ocultando algo.

Carla torció el gesto. Gonzalo le había dicho que quedara entre ellos, pero ahora le quedaba claro que Bruno estaba al tanto de todo.

Gonzalo sonrió.

—He hecho fotos a todos. Nos vamos a mi casa a investigar un poco sobre esa gente.

La cara de Bruno fue muy clara.

—No me metáis en líos. Yo me voy a comisaría a hacer mi trabajo. Os recomiendo que lo dejéis, antes de que sea tarde.

Se asustó al sentir cómo Ituarte ponía una mano sobre su hombro, intentando adivinar si había escuchado algo.

—¡Gonzalo! —dijo Ituarte, con una media sonrisa—. Siempre estás en todos los lados.

—Llevas sin verme más de año y medio. Igual es que sueñas conmigo.

—Te aseguro que he soñado contigo muchas veces —apartó la mirada con gesto serio—. Carla, quiero hablar contigo. Por favor, en mi despacho en una hora.

—Claro —dijo, con miedo.

Ituarte se marchó y Gonzalo agitó la mano.

—Se vienen curvas. Os dejo que os divirtáis. Luego me cuentas lo

que te dice —se dirigió a Carla—. ¿Nos tomamos algo esta noche?

—Tendré que aparecer por casa en algún momento. Lo siento, pero hoy no puede ser. Puede que venga Guillermo a cenar.

Él hizo como si no la hubiera escuchado.

—¿En mi casa?

Se marchó sin esperar una respuesta.

18
Necesito desconectar

Carla entró en el despacho de Ituarte imaginando lo que le iba a decir, pero no podía asegurar el alcance de las consecuencias que conllevaba. Había adquirido mucha experiencia en poco tiempo, pero sabía cuándo había metido la pata.

—¿Se puede?

—Entra, Carla. ¿Qué tal va todo?

Captó la ironía y tomó asiento.

—Bien. Todo bien.

—¿Seguro? —Jon continuó con el mismo tono.

—Seguro.

—Está bien. ¿Qué pasó en prisión con Carlos Neva? Pensaba que vendrías a contarme cómo había trascurrido la visita, pero al ver que no ha sido así, he pensado que te habrías olvidado.

Esperaba el momento en el que dejara esa pose a un lado y transmitiera su enfado.

—Ya lo sabes —contestó, armándose de valor.

—Pero quiero que me lo cuentes de primera mano. Ya sabes que la gente exagera mucho.

Carla suspiró antes de arrancarse a hablar.

—Nada. Le preguntamos por qué lo había hecho y él nos dijo que no había matado a Sebas.

—Claro. Todos los que matan dicen que no lo han hecho, pero parece que le alterasteis un poquito.

La respuesta de Carla cogió por sorpresa a Jon.

—No entiendo por qué me dejaste ir, si no querías que le viera.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no entiendo que más te da que se alterara.

—Me importa porque te hice un favor. Sabes que nunca te habrían dejado, pero lo hice por ti.

—¿Y qué esperabas? Mató a mi compañero.

—Esperaba que fueras profesional.

—No estaba trabajando, ¿verdad? —volvió a sorprender a Ituarte —. Fui como una persona que quería saber por qué lo hizo.

—¿Y Gonzalo? ¿Pareció un interrogatorio?

No aprendía con sus palabras y le volvió a dejar sentado.

—Es la segunda incongruencia que dices. Ya sabes cómo es Gonzalo y no puede estar callado.

Le hizo pensar durante unos segundos. Ituarte nunca se dejaba amedrentar, y mucho menos permitía que un subordinado le faltara al respeto, por lo que a Carla su respuesta no le cuadró.

—Tienes razón. Fue un error que te acompañara, pero Bruno me hizo creer que era una buena idea que fueras con un amigo.

—¿Por qué me has hecho venir a verte? —ella fue directa al grano—. ¿Me vas a suspender?

—Para nada, pero no vas a volver a inmiscuirte en este caso. Quiero que te mantengas al margen y esperes a que se aclare todo.

—Pensaba que ya estaba resuelto.

—Está encaminado, pero todo lleva un proceso. Prométeme que te mantendrás al margen.

No supo lo que debía contestar y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Necesito unos días para asimilarlo todo.

Cogió a Ituarte por sorpresa.

—¿A qué viene esto ahora? Te los ofrecí y no los quisiste.

—Me equivoqué. Necesito olvidarlo todo y trabajar no me lo permite. Además, no estoy centrada.

El comisario dudó por un instante, mientras la miraba para interpretar la verdadera razón.

—¿Qué va a hacer Gonzalo?

—Se marcha mañana.

Volvió a mirarla fijamente.

—¿Seguro?

—Me lo ha dicho esta mañana. Vino a apoyarme, pero se va a marchar para estar con su hijo.

—Está bien. Tómate unos días, pero prométeme, de nuevo, que te mantendrás al margen.

—Desde luego. Estoy harta de todo esto. Necesito desconectar.

—Bien, habla con Bruno y que preparen el papeleo.

Ituarte se levantó y colocó una mano sobre su hombro. Sonrió y extendió el brazo para que se marchara. No era consciente de todo lo que habían descubierto en los días anteriores. En unas horas, saltaría todo por los aires.

Cuatro años antes

La conciencia le estaba jugando una mala pasada. Nada más colgar con Galván, Sebas se dirigió a comisaría con la intención de contarle todo a su jefe. Se trataba de su hijo. Durante el trayecto, iba pensando la mejor forma de decírselo, pero no encontraba las palabras oportunas. Le tenía un gran respeto, como la mayoría de los policías, ya fuera por miedo o por la reputación de la que gozaba.

Dio dos toques en la puerta y recibió el permiso de Galván para pasar.

—Muy buenas.

—Pasa, Sebas. ¿Qué tal va todo?

—Bien —respondió, no muy convencido.

—Quería contarte algo. Se lo estaba diciendo a Ituarte.

Sebas saludó a Jon.

—¿Qué pasa? —estaba nervioso por si algún detenido había hablado de lo que pasó en la redada.

Galván seguía teniendo el apodo de "El comisario", pero cuando llegó el momento de que le ascendieran a la Comisaría Central de Burgos, todos se quedaron atónitos al ver que Galván no ocuparía ese lugar y él mismo había propuesto a Ituarte para ese puesto. Más adelante, todos entenderían que le esperaba otra posición superior, de la que nadie tenía constancia. Galván permaneció por un tiempo en la comisaría en la que trabajaba Sebas, e Ituarte se convirtió en el jefe de la comisaría más grande de Burgos.

—Mis días aquí están a punto de terminar. No puedo dar más información, pero me voy a ir a Madrid.

Sebas comprendió en ese momento la razón por la que Ituarte había sido el elegido y dudó si contarle lo que le había ido a decir.

—Entiendo que, si no puedes contarlo, será algo muy importante.

Ituarte sonrió y corroboró sus palabras con un gesto.

—Me da pena marcharme de aquí—dijo Galván, con una media sonrisa—, pero lo sé desde hace dos años, aunque nunca puedes dar las cosas por hechas a tan largo plazo.

—Me alegro por ti —le felicitó Sebas—. No puedo decir que me sorprenda.

—Tengo un par de meses para preparar mi salida. ¿Qué querías decirme?

—Venía a hablar de lo ocurrido ayer.

—No es lo que esperábamos. ¿No es eso?

—Así es. Tenías razón cuando dudaste del soplo. Nos dieron un dulce.

—Así son las cosas. Confío en ti, Sebas, pero no pongo la mano en el fuego por otros.

Sebas no entendió lo que estaba diciendo.

—¿Por otros?

—Está subiendo a gran velocidad el consumo de drogas, y eso pasa por que está entrando de forma masiva. Alguien los protege, creemos que pueden ser algunos policías. Por desgracia, no estaré aquí para hacerle frente, pero sí estará Jon.

No supo responder.

—Hay que parar esto como sea —intervino Ituarte—. Por ahora, sólo tenemos la suposición de que hay compañeros implicados, aunque no sabemos quiénes son, ni de qué comisaría. Como digo, son suposiciones. Por ahora, lo único que estamos haciendo es perseguir fantasmas.

Sebas casi había olvidado que había acudido a contarle a Galván lo que estaba ocurriendo con su hijo, aunque pensaba que él no iba a querer que nadie más lo escuchara, por lo que decidió que no era el mejor momento para hacerlo.

—Estoy para lo que necesitéis.

—Me fío de ti, Sebas —las palabras de Galván le produjeron un pinchazo en el corazón. Todavía no le había dicho lo que estaba pasando con su hijo.

Galván sonrió y le invitó con la mirada a que les dejara solos. Sebas se levantó y abandonó el despacho.

Nada más salir, llamó a Jorge.

—Hola de nuevo. Acabo de estar con tu padre. ¿Te ha comentado algo sobre su futuro?

—Sí. Nos lo ha dicho, pero me dijo que no comentara nada. Veo que ya lo ha hecho.

—No te voy a mentir. He venido a contarle todo por tu bien, aunque es probable que no lo entiendas, pero no he podido hacerlo y puede seguir así si me prometes que no te vas a volver a juntar con esa gente. Hazme caso, es muy importante.

—Te lo juro —Jorge parecía convencido—. No me meteré en más líos.

—Me has dado tu palabra. Van a pasar cosas y no quiero que te acaben involucrando. Hazlo por tu padre.

—¿A qué te refieres?

—Sólo hazme caso. No te puedo decir más. ¿Qué vas a hacer? Sería un buen momento para marcharte con tu padre.

El chico suspiró.

—Es su decisión. Se irá con mi madre, pero mi hermana y yo nos vamos a quedar aquí. Tenemos nuestros estudios.

—Allí tienes todas las facultades del mundo.

—No me meteré en más líos, pero no voy a ir con él. Tiene su vida y yo la mía. Estoy seguro de que entiendes que, a mi edad, no es fácil empezar en otro lugar.

—Lo entiendo, pero puede ser un buen paso en tu vida. Me da miedo que te quedes aquí solo y cometas errores.

—Ya te he dicho que no me meteré en líos. Aunque no lo creas, sé cuándo la cago.

—Está bien. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde puedes acudir.

Colgó y se sintió aún más culpable. No era un hombre fuerte y le daba miedo tomar decisiones. Se le habían juntado varios frentes y estaba bloqueado. Podría haberle dicho a Alejandro Galván lo que sabía sobre su hijo y sobre los policías que podrían estar implicados.

Recordó lo que ocurrió en la última redada, cuando metió al hijo de Galván en el coche y salió rápidamente para llevárselo de allí y que no pudieran relacionarlo. Al dejarlo en casa, condujo hacia la suya y, de camino, vio el coche de sus compañeros de comisaría. Le resultó extraño que se hubieran marchado tan pronto. Aparcó al ver que Álvaro Crespo salía del coche y Carlos Neva permanecía en el interior. No era una zona muy transitada y percibió que algo no iba bien. Crespo recibió un sobre de un tipo, le dio la mano y volvió al coche. Comenzó a ponerse nervioso y arrancó para marcharse a casa.

Al día siguiente, Crespo le invitó a tomar un café. Su expresión le decía que había reparado en su presencia la noche anterior. Se sentaron al fondo de la cafetería.

—¿Qué hacías tan tarde por allí?

Sebastián intentó hacerse el sorprendido.

—Tan tarde ¿dónde?

Crespo le hizo un gesto para que se dejara de tonterías.

—¿Qué crees que viste?

—De verdad que no sé a qué te refieres.

—Yo creo que sí.

—Me fui a casa.

Crespo sabía que no estaba diciendo la verdad. Pensaba que Sebas sospechaba lo que ocurría y que le estaba siguiendo, aunque no podía estar más equivocado.

—La ruta desde comisaría o desde la zona de la redada no cae por allí. ¿Me estás siguiendo?

Sebas se asustó.

—Te juro que no es así.

—Entonces, ¿qué hacías aparcado en esa zona?

No quería tener que darle explicaciones sobre el hijo de Galván, para que no le salpicara al Comisario.

—Me fui a dar una vuelta. Nada más.

—¿Te ha ordenado Galván que nos sigas?

—¿Por qué iba a seguiros?

—Ese tipo al que viste es un amigo. No sé si estarás pensando otra cosa.

Aún sin saber de lo que estaba hablando, Sebas comenzó a sospechar que ocurría algo extraño. Recordó esa conversación cuando Galván e Ituarte le dijeron que sospechaban de algunos policías, unos días más tarde. Hasta el momento en el que Galván le comunicó su marcha y le habló del tema, no se había planteado el alcance.

—De verdad que no sé de qué me estás hablando.

—Olvídate de lo que has visto. No te metas donde no te llaman. Te vuelvo a preguntar si es orden de Galván.

Sólo tenía una opción de explicarlo. Sentía miedo por el tono que estaba utilizando Crespo y debía demostrarle que no le estaba siguiendo, por lo que no tuvo otra opción.

—He sacado a un chico de la redada —no nombró al hijo de Galván—. Le he echado una mano.

Crespo sonrió.

—¿A quién?

—Prefiero no decirlo.

—¿Me dices la verdad?

—Te lo juro. Galván no me ha ordenado nada. Pasaba por allí porque venía de dejarlo en su casa y os vi.

—Viste que me dio un sobre —aseguró.

No tenía otra opción que contarle la verdad para que pudiera creerle.

—Sí, lo vi, pero no tiene nada que ver conmigo. Yo sólo quiero vivir tranquilo.

—Ese sobre te tiene sin cuidado. ¿De acuerdo?

—Claro.

—Si dices una sola palabra, tendré que contar que has hecho algo ilegal en la redada. Espero que lo entiendas.

—Te he dicho la verdad y te aseguro que no estoy aquí para hablar mal de ningún compañero.

—Necesito que me digas quién era la persona a la que sacaste de allí. No puedo fiarme de ti si no me cuentas todo.

Sebas comenzó a sudar y le temblaba todo el cuerpo. Si hubiera estado de pie, hubiera sido muy probable que le fallaran las piernas.

—No puedo decirlo.

Crespo no apartaba la mirada.

—Tú verás. Necesito poder confiar en ti.

Como le había pasado siempre, no pudo aguantar la presión.
—Era el hijo de Galván.

19
Te noto raro

Gonzalo había esperado unos treinta minutos en un bar cercano al homenaje. Quería estar cerca para ver quién permanecía más tiempo en el lugar. Se quedó observando mientras tomaba un café, pero poco a poco la gente se fue marchando. Le hubiera gustado saber con quién hablaba Alejandro Galván, pero a los cinco minutos de tomar asiento, un coche con los cristales tintados accedió a la plaza y Galván se subió en el asiento trasero. Todavía quedaba alguna cara desconocida para él y realizó alguna foto más.

Cuando todo el mundo se hubo ido, Gonzalo se acabó el café de un sorbo, dejó dos euros en la mesa y caminó por el puente hasta llegar a su moto.

A los cinco minutos de trayecto, volvió a ver por el retrovisor al mismo coche que había girado en las mismas curvas que él. Realizó un cambio de sentido y mantuvo la velocidad, para asegurarse de que le seguían. Pensó que Ituarte le habría puesto vigilancia, pero según pasaba esa idea por su cabeza, lo desechó al instante. No tenía sentido, por el momento.

Al dar un nuevo giro, tuvo de nuevo visible al mismo coche por el retrovisor derecho. Ahora estaba seguro de que le seguían, pero no era capaz de entender quién le podría querer vigilar.

Siguió conduciendo, sin correr demasiado para comprobar hasta cuándo lo tendría detrás. El coche mantenía una distancia prudente, dejando un mínimo de dos vehículos entre ellos. De pronto, Gonzalo aceleró al tomar la carretera a la salida de Burgos, dirección Quintanapalla, y el coche hizo lo mismo. Adelantaba al resto de vehículos por el carril izquierdo y volvía a situarse en el derecho para no llamar demasiado la atención. Gonzalo aminoró bruscamente y el Renault Megane con las lunas tintadas imitó su movimiento. No era capaz de ver las caras, pero observó que al menos iban dos personas en su interior.

De nuevo, mantuvo una velocidad constante hasta la salida al pueblo de Quintanapalla. El otro vehículo no tomó la misma dirección y pasó de largo.

Por un instante, pensó que cabía la posibilidad de que lo hubieran seguido para intimidarle. No era el protocolo de seguimiento que debía tomarse y le hizo plantearse esa posibilidad. Podía ser una estrategia para que supiera que debía dejar trabajar a la Policía, o

peor aún, que le estuvieran dejando claro que no era una buena idea husmear en lo que no le concernía. Fuera lo que fuese, debía tener cuidado e ir con pies de plomo. Si estaba en lo cierto, alguien no quería que se supiera lo que estaba pasando, y aunque pareciera de hielo, un escalofrío recorrió su cuerpo ante la idea de correr el peligro de que le pasara algo.

Permaneció unos minutos en el primer cruce de la entrada a su pueblo por si aparecía el coche de nuevo. No fue así y tomó la primera salida a la izquierda para pasar por debajo del puente y tomar el camino de tierra a su casa. Entró y se sentó en el sofá con la mirada perdida en el techo. Su instinto siempre se imponía sobre la razón, pero las cosas habían cambiado desde que recuperó a su hijo. Ahora tenía mucho que perder. Cogió el teléfono con cierto temblor en su cuerpo.

—¿Salva?

Olvidó esa sensación al escuchar su sonrisa.

—Hola, papá. ¿Cuándo vas a volver?

Le faltó poco para decirle que tenía algo entre manos, pero había dos razones para no hacerlo. No quería preocupar a su hijo y ya no estaba tan convencido de que no le estuvieran escuchando.

—Dentro de poco. Carla está muy triste porque le ha ocurrido algo a su nuevo compañero. Tengo que estar a su lado hasta que esté seguro de que se encuentra bien. ¿Lo entiendes?

—Claro. ¿Vendrás a verme jugar este fin de semana?

—No lo sé. Es posible que no pueda, pero espero estar en el siguiente. No me he perdido ninguno hasta ahora y si lo hago será por una buena razón.

Intuyó un gesto de disgusto.

—Vale. Te llamaré para decirte los goles que he metido.

—Claro. Me lo podrás contar todo, y puedes decirle a tu madre que te grabe. Me gusta ver repetidos tus goles.

El disgusto se transformó en una sonrisa.

—¡Vale! Así podrás verlo de todas formas, y podré dedicártelo para que lo veas en video.

—Muy buena idea. Llámame cuando acabes el partido y me cuentas todo. ¿Está tu madre?

—Sí, está en el salón.

—Por favor, pásamela. Te quiero.

—Y yo a ti, papi.

No podía quitarse la sonrisa de la cara mientras esperaba.

—Hola, Gonzalo. ¿Qué tal va todo?

—Bueno…, Carla está muy afectada.

—Pobre chica. No gana para disgustos con sus compañeros.

—Al menos sigo aquí.

Gonzalo detectó que ella le iba a preguntar lo que estaba pasando. A pesar de no estar juntos desde hacía mucho tiempo, era capaz de captar cuando las cosas no iban bien.

—¿Algo que contarme?

—No podré ir en unos días, hasta que Carla se encuentre mejor.

—¿Seguro que todo va bien? Te noto raro.

—Seguro. No te preocupes. Lo que me da pena es no estar en el partido de Salva.

—No te preocupes por eso. Entiende que es por algo de peso. ¿Sabéis lo que le ocurrió a su compañero?

Gonzalo dudó al pensar lo que debía decir.

—Parece que ya tienen al hombre que lo mató. Es otro policía.

—¿En serio? ¿Carla sabe quién es?

—No, no tenían relación.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré. Cuídate.

Ella se quedó callada. Veía a Gonzalo distinto y no pudo dejar de preguntar.

—¿Estás bien?

—Sí, en serio. Todo bien.

—No me gusta tu tono. Cada vez que hablas así, tienes algo que te come la cabeza. No hagas tonterías, que no sabes mantenerte al margen.

—Tranquila. Ya hablaremos. Ahora no es el momento.

Esa frase acabó por descolocarla.

—Ten cuidado, por favor.

—Lo tendré.

20
Puedes contar conmigo

La detención de Carlos Neva había dejado a Álvaro Crespo, su compañero, absolutamente desconcertado. Salió de trabajar y se fue directo a casa. No sabía lo que esperar y no paraba de darle vueltas a la cabeza. Sentía que debía hablar con alguien, pero al mismo tiempo, era consciente de que no tenía a nadie con quien hacerlo.

Rondaban por su mente todo tipo de recuerdos. La última conversación con Neva le perseguía día y noche y se sentía en un callejón sin salida. Lo mejor para él sería que pasaran los días y no ocurriera nada, pero al mismo tiempo le aterraba lo que pudiera pasar con su compañero. Hacía años que no tenían una relación fluida, pero últimamente el destino los había llevado a estar más cerca que nunca.

Le hubiera gustado poder hablar con Carlos, pero no era el mejor momento para hacerlo, lo que le producía un estado de ansiedad que no era capaz de superar.

Cogió el coche y tomó el camino hacia su casa. Llevaba quince minutos conduciendo, cuando paró a comprar unas cervezas. La tienda estaba a punto de cerrar y no había nadie en el aparcamiento. Estacionó y entró al local. Se dio prisa por coger las cervezas, una bolsa de patatas y una pizza congelada.

Subió de nuevo a su coche e introdujo la llave. Escuchó algo en la parte trasera y, antes de darse cuenta, recibió un golpe en la cabeza y quedó inconsciente.

El atacante giró la rueda del asiento para poder deslizarle con mayor facilidad a la parte trasera del coche. Volvió a colocar el asiento, le ató las manos y las piernas y le amordazó. Salió del coche, volvió a entrar por la puerta del conductor y arrancó.

Antes de que llegaran a su destino, Álvaro se fue despertando poco a poco. El hombre paró en una zona boscosa y Álvaro se quedó mirándolo. Vio cómo salía del coche y abría la puerta trasera. No pudo reprimir el miedo e intentó gritar. Estaba inmovilizado y a merced de aquel hombre.

La angustia iba creciendo. Veía que su secuestrador permanecía de pie y sin decir una sola palabra. Tenía la cara tapada por un pasamontañas y pensó que, en cualquier momento, iba a sacar la pistola y le mataría. Le gustaría decirle que lo hiciera cuanto antes, para no tener que alargar ese momento, pero no salía ningún sonido de su boca.

El terror que sentía provocó que se orinara encima y el hombre comenzó a carcajearse. Parecía que su única intención fuera despertar todo el miedo posible. Dudó si querría matarlo o sólo darle una lección.

El hombre sacó una pistola y le apuntó a la cabeza. Fue el momento en el que las lágrimas emergieron de golpe como una cascada. Álvaro cerró los ojos y escuchó el clic del gatillo. Los volvió a abrir y vio de nuevo la risa de satisfacción del secuestrador, al tenerle en aquella situación.

Ese sonido le provocó la peor sensación que podía tener una persona, al pensar que iba a morir. No habría sabido describirlo. Había cerrado los ojos con fuerza, sabiendo que en el momento en el que sonara el clic, ni siquiera sería consciente de escucharlo. Estaría muerto. Todavía era peor tener ese ruido taladrando su cabeza durante varios segundos, hasta que fue consciente de que seguía con vida.

Intentó gritar y revolverse y después intentó calmarse y recuperar el ritmo cardiaco. Tenía la sensación de que iba a morir de un infarto antes de que una bala se introdujera en su cabeza.

Lo peor de todo llegó a continuación. El hombre colocó una mano en el pasamontañas y tiró de él lentamente. Álvaro se desmoronó por completo al saber que, si le mostraba quién era, no tendría intención de dejarle con vida. Dejó la cara al descubierto y Álvaro se quedó mirándolo. Hacía años que no le veía, pero iba a ser él quien acabara con su vida. No le habló. Sacó un plástico y lo colocó en la cabeza de Álvaro. Lo giró para no dejar ninguna apertura y presionó con fuerza. Álvaro notó que el oxígeno dejaba de entrar en sus pulmones y sintió cómo el plástico se introducía en su boca. Poco a poco, fue perdiendo la consciencia y dejó de respirar. El hombre le quitó la mordaza y lo contempló durante unos minutos. Sus ojos habían tomado un tono rojizo y flotaban en la nada. Los cerró y miró al cielo satisfecho por haberle arrebatado la vida.

La llamada extrañó a Ituarte. Acababa de hablar con Galván apenas dos horas antes y no esperaba recibirla. Cogió el teléfono con la intriga de lo que le iba a decir, pero no habría sido capaz de intuirlo.

—Jon, ha pasado lo que no esperábamos.

El gesto de preocupación se adueñó de su cara.

—¿A qué te refieres?

—Han encontrado muerto a otro agente.

—¿Qué? ¿A quién?

—Álvaro Crespo.

Ituarte saltó de la silla de un respingo y notó cómo se le

aceleraba el corazón.

—Ahora sí que estamos jodidos. No lo entiendo.

—Esto se está complicando.

—¿Dónde ha aparecido?

—Muy cerca de la zona donde encontraron a Sebas. A unos diez kilómetros. Lo ha encontrado otro guarda forestal.

—¿Qué hacemos?

—Nada. No hagas nada hasta que te vuelva a llamar. No te he dicho nada, así que hazte el sorprendido cuando te llegue la información.

Ituarte se echó las manos a la cara. Fue a responder, pero Galván colgó el teléfono. Sabía que se les había ido la situación de las manos y estaba más nervioso que nunca. Sin tener tiempo de reacción, Bruno entró en su despacho y notó que algo no iba bien.

—¿Qué pasa? —preguntó Bruno, con los ojos bien abiertos.

—Nada. Se ha caído una carpeta y me he dado un buen susto — pensó que había salido airoso con esa excusa.

—¡Ah! Te he visto con una cara que me he asustado. Venía a hablarte de Carla. Me ha dicho que se va a tomar unos días libres.

—Así es. Parece que necesita evadirse. La chica está muy afectada.

—De acuerdo. Sólo quería hablarlo contigo. Una cosa más —hizo un silencio dramático que lo acompañó con la cara—. Puedes contar conmigo para lo que necesites.

Ituarte puso cara de póker.

—¿A qué te refieres? Es la segunda vez que me lo dices. Empiezo a estar cansado.

—A nada. Te veo preocupado y quería transmitírtelo. Nos conocemos desde hace tiempo y sé cuándo te pasa algo.

Bruno se preocupaba por él con toda su buena intención, aunque no recibía más que reproches por estar a su lado. Ahora sabía que había algo relevante que le quitaba el sueño a Ituarte y entendía que le molestara su preocupación.

—Estoy bien, pero te lo agradezco.

Bruno esperaba un ataque y se encontró con una respuesta amable que no era muy habitual en su jefe en los últimos días. No quiso seguir escarbando, asintió y se marchó del despacho sin decir nada más.

21
¿Quién es ese hombre?

Por mucho que intentaran parar la noticia, aquella tarde había corrido como la pólvora entre las comisarías. Cundió el pánico ante la posibilidad de que estuvieran matando a compañeros.

Ituarte no salió de su despacho en toda la tarde y Bruno no se atrevió a tocar la puerta. Hasta ese momento, había dudado del juicio de Gonzalo, pero todos los indicios apuntaban a que estaba ocurriendo algo realmente gordo. Dos policías habían perdido la vida en pocos días, y un tercero estaba en prisión, acusado del asesinato de uno de ellos. Si los rumores eran ciertos, los métodos eran más que preocupantes. Lo lógico era que hablara de esto con su jefe, aunque lo primero que se le pasó por la cabeza fue levantar el teléfono para llamar a Gonzalo.

Se sucedían los tonos y Gonzalo no contestaba. Volvió a llamar y se encontró con la misma situación. Unos minutos más tarde, recibió una llamada de un número oculto.

—¿Diga?

—Bruno, soy Gonzalo.

Se quedó sorprendido y volvió a mirar el teléfono para cerciorarse de que lo había visto bien.

—¿Desde dónde me llamas?

—Me han estado siguiendo —cada minuto que pasaba dudaba si había sido así, pero siempre se ponía en lo peor—, y no sé si tienen pinchado mi teléfono. Estoy llamando con un aparatito, para asegurarme de que no pueden escucharnos. Sé que es algo paranoico, pero te juro que ahora mismo no me fio de casi nadie.

Era cierto que todo se había enrevesado, pero Bruno no entendía por qué le podrían seguir. Gonzalo tenía algo así como un sentido más que el resto, pero iba acompañado de una exageración sin parangón.

—¿Qué estás diciendo?

—No importa. Sólo es por precaución. ¿Qué pasa?

—Han matado a otro agente.

—¡No jodas! ¿A quién?

—No has coincidido con él. Lo importante no es quién es, sino la forma en la que lo han matado.

Gonzalo se puso en alerta. No era buena noticia, pero sabía que estaba relacionado con la muerte de Sebas.

—Cuéntame.

—No está comprobado, pero parece fiable. Lo han encontrado en una caja.

—¿Mismo método? ¿Hay algo grabado con las uñas?

—No lo sé. No tengo más detalles.

Gonzalo se impacientó.

—¿Qué te ha dicho Ituarte?

—Nada. No ha salido de su despacho.

—¿No te parece raro? Está al tanto —aseguró.

—Eso no lo sabemos —según lo dijo, no pudo evitar pensar que, si lo sabían los demás, también lo sabría Jon. —Vamos a ir con pies de plomo. Te lo pido.

—¿No vas a preguntarle? Podrás ver su reacción.

—Prefiero que me lo diga él.

—¿Y si no lo hace?

—Tiene que hacerlo. Tanto si sabe algo como si no tiene ni idea todavía.

—¿Cómo te has enterado?

Bruno suspiró.

—Lo sabe todo el mundo. Me ha llamado un amigo de otra comisaría.

—Eso quiere decir que Ituarte ya está al tanto. ¿Qué está pasando?

—Ojalá lo supiera. La gente está muy nerviosa por si hay un asesino de policías.

Gonzalo dejó de hablar por un instante, mientras le daba vueltas a la cabeza.

—¿Quién es ese hombre al que han matado? Quiero indagar sobre su pasado y ver si tiene alguna relación con Sebas.

—Se llama Álvaro Crespo. Trabajaba en una comisaría en el norte de la ciudad.

—Tienes que averiguar más detalles —recalcó—. Tenemos que saber si ha ocurrido de la misma manera, aunque lo de la caja nos da casi la certeza de que ha sido así.

—Obvio —se le llenó la boca con la palabra—. La cuestión es lo que pasará ahora con Carlos Neva. Aún está en la cárcel. Decían que tenían pruebas contra él, pero…

—Pero puede que ahora salgan pruebas contra otro. No lo descartes. Parece una caza de brujas.

Bruno tomó aire. Estaba muy nervioso por lo que estaba ocurriendo y por la opacidad de su jefe al respecto. Confiaba en Ituarte y pondría la mano en el fuego por él. Sin embargo, comenzaba a apartar las manos de las ascuas ante el riesgo de quemarse, y eso le preocupaba.

—No podemos hacer nada, Gonzalo.

—No entiendo cómo has llegado al puesto en el que te encuentras —se mofó—. Tienes que echarle más huevos —aunque al instante recordó haber perdido los suyos durante un rato cuando vio que le seguían y reculó—. Lo siento, sé que no es fácil jugarse el culo, y menos cuando tienes familia.

—No importa —Bruno le quitó hierro al asunto. Ya estaba acostumbrado a que le hablara de esa forma y, en ese momento, sentirse insultado era la menor de sus preocupaciones—. ¿Qué podemos hacer?

—Déjamelo a mí. Si te lo cuenta, me llamas.

—Está bien. ¿Qué vas a hacer?

—Descubrir quién es ese tío y lo que tiene que ver con Ituarte, Galván, el policía jubilado y toda la tropa. Por ahora, hay una relación entre todos y quiero ver si el último muerto también la tiene.

—Está bien. Cualquier cosa que vayas a hacer, quiero que me la cuentes. ¿Estamos?

—Te llamaré.

—Gonzalo, por favor.

—Confía en mí.

Gonzalo no perdió el tiempo. Nada más colgar con Bruno, se puso manos a la obra. Bajó al sótano, encendió el ordenador e hizo una búsqueda sobre Álvaro Crespo. Ya no era necesario visitar a nadie ni hacer cábalas sobre su posible relación con las demás piezas del puzle. Sabía dónde debía buscar, gracias al policía retirado, que le había dado una información muy valiosa que, en principio, no sabían los demás. Al menos era lo que esperaba. Seguía con la lógica incredulidad de que nadie le hubiera realizado una visita, teniendo en cuenta que la Policía podía fácilmente conocer los sitios en los que había estado Sebas antes de desaparecer. Cualquier idiota habría acudido a esa dirección.

No tardó demasiado tiempo en repasar los destinos de Álvaro Crespo y comprobar que había coincidido en la misma comisaría y en las mismas fechas que Ituarte y el resto. Había sido el compañero de Carlos Neva.

Sonrió para sí mismo y se frotó las manos, pero seguía sin conocer por qué alguien había acabado con la vida de esos dos policías. Intuyó que no sería tarea fácil descubrirlo y tenía miedo de estar metiéndose en la jaula él solo.

Comenzó a dar vueltas en círculos por el salón. Siempre le ayudaba. Cuando hubo pasado un tiempo, decidió que no era suficiente. Necesitaba despejar la cabeza y lo que mejor le funcionaba era salir a correr por la dehesa de Quintanapalla. Se preparó para

salir, pero antes de cruzar la puerta permaneció unos segundos con la mano posada sobre el pomo. Como uno de esos momentos en los que al escuchar una canción te viene la siguiente tras la costumbre de haber escuchado casetes en la juventud, le vino el recuerdo de salir a correr con su perro Turco. Era más difícil sin él. Cogió fuerzas y abrió la puerta para seguir adelante.

22
¿Qué asesinato?

Gonzalo se levantó alrededor de las nueve de la mañana. Carla no le había cogido el teléfono la noche anterior y entendió que la situación con su novio no estaba pasando por su mejor momento.

Había decidido no insistir, por el momento, y olvidarse del caso por una noche. Disfrutó de la relajación que le producía ver las ascuas de su chimenea consumirse, acompañando ese momento de una buena botella de vino.

Llevaba un tiempo sin vivir un momento de tranquilidad en su casa y sentía que era su lugar favorito. Una casa que él mismo había diseñado y que, una vez se la terminaron, pudo sentir que había acertado por completo. Era su lugar, pero su hijo era mucho más importante.

Nada más levantarse al día siguiente, se preparó un café y antes de haberlo terminado escuchó el ruido del motor de un coche y el crujido de la tierra producido por los neumáticos. Supo al instante de quién se trataba. Se levantó y dejó abierta la puerta para volver al sofá y darle el último sorbo al café.

—Pasa —dijo, con tono serio.

—Perdona —respondió Carla, con la cabeza gacha—. Ayer no pude responderte.

—¿Se ha ido a trabajar? —soltó con intención.

Carla entendió que estuviera enfadado. Podía haber cogido el teléfono y decirle que no iba a acercarse esa noche, pero prefirió no hacerlo por miedo a que la relación con Guillermo se enrareciera aún más.

Gonzalo no dijo nada más y fue a lo realmente importante.

—¿Te has enterado del último asesinato?

Carla negó con la cabeza.

—¿Qué asesinato?

—Claro. Pensaba que todo este tema te preocupaba. Estoy aquí por ti. Si no te interesa que te ayude, sólo tienes que decirlo.

Carla no podía creer lo que estaba escuchando, pero respondió a la acusación.

—Ya te he pedido disculpas.

—No me has respondido. ¿Quieres que te ayude?

—Es obvio que esto se ha complicado. Ahora no parece que hables sólo de Sebas.

—Sigues sin responder —Gonzalo comenzaba a impacientarse.

—No lo sé. Puede que debamos mantenernos al margen.

Él se levantó y fue directo a la cocina.

—Está bien. Entonces será mejor que me marche. Te cuento lo que sé y haz lo quieras con ello.

Carla puso cara de sorpresa.

—¿A qué te refieres? ¿Hay algo más?

—Lo sabrías si hubieras cogido el teléfono. Ayer mataron a otro agente, que coincidió con Sebas e Ituarte en la misma comisaría hace unos años, cuando desapareció ese hombre del que me habló el policía jubilado. Lo más inquietante es que, entonces, era el compañero de Carlos Neva. Uno es acusado de la muerte de Sebas y el otro aparece muerto. Tú me dirás cómo lo ves.

Carla suspiró.

—¿Qué es lo que piensas?

—Lo obvio. Todos están relacionados de alguna manera. Iré a hablar con Ituarte y le contaré todo. El resto será cosa suya. Ya son demasiadas coincidencias como para que él siga rehuyéndolo con mierdas baratas.

Carla reaccionó como si quisiera pararlo de inmediato.

—No puedes hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque si está relacionado…

—Eso ya no es cosa mía.

—¿De qué va a servir, si no quiere decirnos nada?

Gonzalo estaba harto de que ella no fuera capaz de tomar una decisión.

—Tienes razón. Nos mantendremos al margen.

Carla no entendía nada. Gonzalo nunca abandonaría un caso, aunque no estuviera oficialmente inmiscuido. No cabía en su cabeza ignorar una situación como aquella. Comenzó a pensar que la estaba manipulando y le siguió el juego.

—De acuerdo, me voy a casa. Cuando te vayas, me llamas para tomarnos un café y despedirnos.

Tomó el camino hacia la puerta y sonrió, dándole la espalda, cuando le escuchó.

—¿De verdad te vas a ir así? Era tu compañero. Pensaba que te importaba.

—No me gusta que me manipulen, Gonzalo.

Él vio que había caído en su propia trampa.

—Está bien. Me la has jugado. Por favor, deja a tu novio unos días de lado y piensa en lo realmente importante —se dio cuenta de que no habían sido las palabras más adecuadas e intentó rectificar—. He querido decir que esto no puede esperar, pero él debería entender

que es algo importante como para que no lo dejes pasar.

—Te he entendido. No te preocupes.

Había algo que le preocupaba. No era buena idea que lo supiera mucha gente.

—¿Le has contado algo?

—¿A Guillermo? —quiso concretar.

—Si.

—No mucho.

No le parecía que la respuesta le convenciera.

—¿Qué significa no mucho?

—No soy idiota. No sabe que nos estamos metiendo en todo esto. Lo único que le he contado es que estoy preocupada por lo que ha pasado y que me gustaría que se acabe todo.

—¿No le has dicho nada más?

—Te preocupa que se lo cuente a Irene, ¿verdad?

—Está claro que es su amiga y que ella trabaja contigo. No sería buena idea que le llegara todo esto.

—Le he dicho que no hable con ella de nada que tenga que ver con Sebas.

No se quedó muy tranquilo con la explicación.

—¿Que no hable de nada? Dices que no le has contado gran cosa.

—Le he dicho que hablamos con Carlos Neva y que nos dijo que no le había matado él. Sólo eso. No sé por qué estás tan preocupado si esa información la sabe toda la comisaría.

—Está bien. No hables nada más con él, ¿de acuerdo?

—Tranquilo. No tengo intención de que nadie sepa más de la cuenta, ni siquiera Guillermo.

—Una cosa más —Gonzalo puso cara de intriga—. Ayer pregunté a un amigo sobre Galván.

—Cuéntalo ya —ella le dio un golpecito en el brazo para que no le hiciera esperar.

—Debía ocupar el puesto de Ituarte cuando hace años le dieron la Comisaría Central.

Carla elevó los hombros.

—¿Y?

—Que estuvo un tiempo en una comisaría de menor rango y luego desapareció del mapa. De ahí que esté en Madrid.

—No te sigo.

—Tiene un puesto que no conocemos, porque está mucho más arriba. Pero, al tiempo de marcharse a la capital, ocurrió algo.

—Cómo te gusta darle emoción a todo. O me lo dices de golpe o me largo.

—Tiene que ver con su hijo.

Tres años antes

Habían pasado ocho meses desde que Galván se había marchado a vivir a Madrid. Sebas no acababa de encontrarse bien con su nuevo jefe y no estaba pasando un buen momento personal. No tenía una relación muy fluida con sus compañeros y apenas le invitaban a pasar tiempo con ellos. Todos sabían de su vinculación familiar con Alejandro Galván y, una vez que este se marchó, le pasó factura.

Ese día fue una sorpresa. Antes de marcharse a casa, un compañero le animó a que se tomara unas cervezas con ellos. Estaban Álvaro Crespo y Carlos Neva, entre otros.

A medida que pasaba la noche, iba descubriendo que todos estaban en la misma onda y que sólo hablaban de temas banales cuando él estaba delante, pero tenía una sensación extraña sobre ellos.

En uno de esos momentos en los que sentía que sobraba en la conversación, fue al servicio y encontró a Carlos Neva consumiendo cocaína. Hizo como si no hubiera visto nada y entró en uno de los urinarios. Neva se colocó a su lado.

—Sebas —se limitó a decir.

Él continuó sin decir nada, pero notó cómo se acercaba un poco más.

—¿No me has escuchado?

—Perdona —respondió Sebas—. Estaba en mis cosas.

—Yo creo que no. No has visto nada.

—¿No he visto qué? —disimuló, sabiendo que no le iba a servir de mucho.

—Te hemos invitado para que te puedas integrar con nosotros. Espero que esto no salga de aquí.

Estaba seguro de que Álvaro Crespo le había contado la conversación que tuvo con él y que sabía lo que había ocurrido la noche de la redada. Lo que no entendía era la razón por la que le habían invitado.

—No soy tu madre. Puedes hacer lo que quieras.

—Como se te ocurra joderme, lo vas a pasar muy mal. ¿Has entendido? Sabemos lo que hiciste con el hijo de Galván.

Sebas suspiró, algo tembloroso.

—No he venido a joder a nadie. Te repito que es cosa tuya, pero estamos luchando contra la gente que mete la droga en la ciudad y esto no lo veo muy profesional.

Desde que Galván le dijo que había policías implicados sospechó

que eran ellos, aunque no pudiera demostrarlo. En ese momento se incrementaron sus sospechas.

—Cobramos una puta mierda y tenemos horarios infernarles. Hay que anestesiar la mente de vez en cuando, para no volvernos locos.

—Ya te he dicho lo que debía decirte —Sebas sacó fuerzas para no parecer débil—. A partir de ahí, es decisión tuya.

—Espero que seamos amigos y quede entre nosotros.

—Claro, no te preocupes. Como has dicho, tenéis información que puede jodernos a mí y a Galván. Creo que entenderás que no tengo intención de buscarme enemigos.

—Tú lo has dicho. Nos conviene ser amigos. Me alegra que haya quedado claro.

Sebas quiso corroborar lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Por qué me habéis invitado a tomar algo?

Álvaro Crespo se rio de él.

—Nadie te va a invitar a nada. Espero que tus cervezas corran de tu parte.

—En serio. ¿Por qué?

—Está bien. Podemos tener una buena relación o una muy mala. Personalmente prefiero que no tengamos problemas entre compañeros. Cuanto más cerca te tengamos, menos tentaciones tendrás de hablar de cosas de las que no debes siquiera pensar.

—Ya os he dicho que no tengo intención de decir nada.

—Como yo. Tampoco quiero tener que hacer que te echen del cuerpo por haber hecho una tontería. Galván también se vería salpicado, y eso no nos interesa a ninguno.

—Estoy de acuerdo.

—Esto es un yo te doy, tú me das. No se puede ver de otra manera. Voy a mear y ahora salgo.

Sebas salió del servicio con la sensación de que nunca debía haber aceptado esa invitación, pero ya era tarde. Aguantó una hora más aparentando normalidad y se marchó a casa. Por el camino hizo lo que debía haber hecho hacía un tiempo. Marcó el teléfono de Galván y le echó valor.

—¿Alejandro?

—¿Cómo te va, Sebas?

—Acabo de tomar unas cervezas con el equipo.

—Así que no muy bien —bromeó.

—Ya ves, haciendo amigos.

—¿Qué te cuentas?

—Quería decirte algo que debía haber hecho antes, pero no encontré la ocasión. Estoy preocupado por tu hijo.

Galván se quedó callado unos segundos.

—¿Qué es lo que pasa? Me estás asustando.

—Hace un tiempo, cuando hicimos la redada…

Hizo un silencio y Galván reaccionó.

—Cuéntalo de una vez.

—Tu hijo estaba ese día allí y me lo llevé para que no lo detuvieran. Estaba con esa gente, drogándose.

—¡No me jodas! ¿Cómo no me lo dijiste en ese momento?

—Lo iba a hacer cuando me contaste que te marchabas, pero decidí que, para no crearte problemas, lo hablaría con tu hijo. Le dije que se había acabado y que no quería volver a verlo con esa gente, pero creo que se ha metido hasta el fondo.

—¿Cómo lo sabes?

—Investigué el local donde trabajaba.

—¿Dónde es eso?

—El Puerto. La discoteca.

—¡No me jodas! Ahí se pasa de todo. Ya lo sabes.

—Tu hijo no está dado de alta como empleado. Creo que está pasando droga en ese bar y así se financia. Me dijo que trabajaba como barquero, pero…

Notaba que al otro lado del teléfono iba a haber una explosión y no se equivocó.

—¿Sabías todo eso y no me lo has dicho? Eres un hijo de la gran puta.

—Lo sé. Me he equivocado. Creía que podría convencerlo, pero creo que se le ha ido de las manos. Volvieron a detener a la chica con la que estaba, que se relaciona con esa gente. La solté con la condición de que me hablara de tu hijo y me contó lo que estaba haciendo.

—Pensaba que tenías una intuición, pero por lo visto, lo sabes todo y no me has dicho nada.

—Ayer estuve con él. Me mandó a la mierda y lo vi mal, no me atrevía a decírtelo después de haberte mentido, pero los dos sabemos que te lo iba a acabar contando. Tienes que llevártelo de aquí.

La conversación con Álvaro Crespo le había dado el empujón para dar ese paso, pero a pesar de que sabía que estaba haciendo lo correcto, las piernas le temblaban por las repercusiones que iba sufrir.

Galván reaccionó como esperaba que lo hiciera.

—Voy ahora mismo para Burgos. No quiero volver a verte en mi vida, y si no fuera porque no te quiero joder y eres de la familia, haría que te largaran de tu trabajo.

No le dio tiempo a disculparse de nuevo y Galván colgó el teléfono. Se derrumbó al escuchar a su tío. Sabía que no era una persona fuerte y que sus silencios eran una señal de cobardía. Le habían perseguido toda su vida y habían conseguido que tomara malas decisiones. Durante unos minutos no supo reaccionar y permaneció

inmóvil, avergonzado por lo que había hecho. Lo que no fue capaz de imaginar era que esa conversación le pasaría factura en el futuro.

23
Prefiero no hablar de eso

Habían pasado veinticuatro horas sin saber cómo debían actuar. Necesitaban que algo les cayera del cielo para tener la información adecuada y poder unir cabos. A pesar de que, a medida que pasaban los días, iban teniendo más datos, seguían sin saber cómo utilizarlos. El golpe de suerte no se hizo esperar y Gonzalo recibió la llamada de Carla.

—¿Estás sentado?

—Hola, Carla, ¿qué tal estás? —su tono intentaba transmitir que debía saludar al comenzar una llamada—. Sí, estoy sentado.

—Me acaba de llamar la mujer de Sebas. Dice que tiene algo importante que contarnos.

Gonzalo no entendía nada.

—¿Por qué te iba a llamar esa mujer? No tienes ninguna relación con ella.

—Lo sé, pero me ha llamado. No busques explicación a algo que nos llueve del cielo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que ha encontrado unos documentos de Sebas. Unas notas —dudó—. No lo sé.

—¿Qué documentos?

—No me ha querido decir más. Sólo me ha dicho que vayamos cuanto antes. No parecía que estuviera muy cómoda hablándolo por teléfono.

—¿Vayamos? —le resultó extraño que hubiera demandado su presencia.

—Sí, me ha dicho que vaya con Gonzalo.

—No sabe ni quién soy. No le veo el sentido.

—Te cuento lo que me ha dicho. Lo puedes discutir o me puedes acompañar a ver qué tiene.

—De verdad que no entiendo…

Carla suspiró.

—¿Vienes a buscarme o voy yo?

—Está bien. Paso a buscarte cuanto antes.

Los nervios por lo que pudiera significar esa llamada aumentaban cada segundo. Debía ser algo importante para que la mujer de Sebas

no hubiera llamado a Ituarte.

Gonzalo fue a buscar a Carla y esperó en su portal a que bajara. Hasta ahora, todo eran cábalas basadas en datos que podían no ser ciertos, aunque la coincidencia entre todos ellos le invitaba a pensar que todo estaba relacionado y que los documentos que tenía la mujer de Sebas iban a ser reveladores en el caso. Un caso que ni siquiera era suyo.

Carla apareció por la puerta del portal con una sonrisa en la cara. Estaba impaciente por descubrir lo que ocultaban esos documentos, aunque era algo más escéptica que Gonzalo ante la posibilidad de que no contuvieran material que les fuera aportar información crucial.

—¿Nos vamos? —apremió Gonzalo—Llevo esperando dos minutos.

Carla se lo tomó a broma, aunque la cara de Gonzalo no lo dejara entrever.

Arrancó y durante el trayecto no se escuchó una sola palabra. Lo normal hubiera sido que debatieran sobre teorías infundadas sobre lo que iban a encontrar, pero el miedo a que no les valiera para nada les hacía mantenerse impasibles.

Por fin llegaron. Sebas vivía a las afueras de Burgos, en un piso de algo menos de cien metros. El gesto de su mujer al abrirles la puerta fue suficiente para saber que había algo relevante.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó la mujer.

—No, gracias —respondió Carla educadamente—. Será mejor empezar cuanto antes.

Ella asintió.

—Tenemos una caja fuerte con código que sólo sabemos — agachó la cabeza. Todavía no había asimilado su muerte—. Sabíamos, Sebas y yo. Ahí guardamos las joyas y cosas así, pero he encontrado un montón de papeles.

—¿Cuánto llevan allí? —preguntó Gonzalo.

—No lo sé. No la abrimos con asiduidad, pero puede que lo abriera por última vez hace un par de meses, aunque hay notas de hace más tiempo. Lo debió de meter hace poco.

Gonzalo entendió lo que quería decir.

—¿Cree que tenía miedo por algo y por eso los introdujo en la caja fuerte?

—Se me pasan por la cabeza un montón de cosas, pero si quisiera esconder algo, no lo haría en esa caja fuerte. Nunca ha habido nada de su trabajo.

—¿Puedo verlos? —preguntó Gonzalo.

Ella miró a Carla, que asintió, dando confianza sobre su compañero.

Fue a la caja fuerte y volvió con los documentos.

—¿Le importaría que me los llevara?

Esto le hizo dudar. No sabía si debía dar esos documentos a cualquiera, no se fiaba de nadie en ese momento.

—No sé qué hacer. No debería…

Carla intentó calmarla. Entendía sus dudas.

—No creo que sea seguro que se quede estos documentos y notas. Le aseguro que vamos a hacer todo lo posible por llegar al fondo del asunto y le mantendremos al tanto de todo. Estamos tan interesados en saber por qué murió Sebas, que haremos lo que esté en nuestra mano.

—Él confiaba en ti —señaló a Carla, que se dio cuenta que debía tutearla, como acaba de hacer ella.

—Era un gran policía y una mejor persona. Has hecho bien llamándonos a nosotros.

Pareció que respondía con una sonrisa, aunque la mujer estaba tan demacrada que podía haber sido cualquier otra cosa.

—Gracias por hacer esto por él. Tenéis razón, no estaría en buenas manos si me lo quedara yo y no sé a quién más podría acudir.

Gonzalo no entendía muy bien por qué ellos eran los primeros de la lista.

—Espero que no se ofenda —no siguió el mismo camino que Carla y siguió llamándola de usted—. ¿No se fía de Galván? Fue la persona que colocó a Sebas en este trabajo.

—Precisamente por eso. Sebas confiaba en él, pero hubo un tiempo en el que se dejaron de hablar y se quedó muy dolido.

—¿Cuándo fue eso? —Gonzalo seguía confuso—. ¿Sebastián y Galván estaban muy unidos?

—Lo estuvieron, pero hubo unos meses en los que Galván le culpó de algo que pasó entre ellos y dejó de cogerle el teléfono.

—¿Qué es lo que ocurrió? —preguntó Carla.

—Prefiero no hablar de eso.

—Puede ayudar —la miró fijamente, para que entendiera que cualquier detalle podría ser importante.

—Está bien. El hijo de Galván se metió en las drogas y él culpó a Sebas por ello.

—¿Por qué le echó la culpa de algo así?

—Intentaba no contarme todo. Cuando le pregunté, me dijo que había cometido un error en el pasado, pero que lo había hecho con buena intención. Parece que Galván no lo vio así.

—¿No le dio más detalles?

—No es algo de lo que quiera hablar. Yo sé que me decía la verdad, pero estoy segura de que al escucharlo no va a sonar muy bien.

—Ahora mismo, podría pensar mal de mucha gente —dijo Carla —, pero no de Sebas.

La mujer cogió aire y se decidió a contarlo.

—Recibieron un soplo hace años para detener a alguien que estaba traficando con drogas. Parece ser que les engañaron, porque allí no estaban las personas que buscaban, sino unos chavales metiéndose de todo y cuatro camellos que no tenían ningún interés. En esa redada estaba el hijo de Galván. Sebas le salvó de que le detuvieran y lo llevó a su casa. Lo hizo por el chaval y por Galván, ya que habría sido un escándalo para él. Intentó contárselo, pero al final decidió hablar con el chico y que le prometiera que iba a mantenerse lejos de esos círculos. Galván se enteró cuando su hijo estaba peor y dejó de hablar a Sebas.

—¿Cómo se enteró?

—Finalmente, se lo contó Sebas. Galván vivía en Madrid y el chico estaba solo. Comenzó a ver que se estaba perdiendo cada vez más y llamó a Galván, pero este, en lugar de agradecerlo, se lo recriminó. Se llevó al chaval a Madrid y lo metió en una clínica de desintoxicación, pero a partir de ahí todo se complicó.

La mujer continuó contándoles lo ocurrido.

Las caras de Gonzalo y Carla eran un poema. Sabían que el hijo de Galván había muerto, pero tras escuchar la historia completa, supusieron que lo habrían disimulado haciendo que pareciera un accidente de tráfico y no salpicara a la imagen de su padre.

Tardaron en reaccionar al ver el drama que habían vivido todas las personas implicadas.

—¿Cuándo retomaron relación? —Gonzalo estaba cada vez más interesado.

—Sebas me contó que un día le llamó Galván porque le necesitaba para un caso. Quedó con él y con Jon Ituarte y comenzó a trabajar en la comisaría —miró a Carla—. Comenzó a trabajar contigo.

—¿Estaba trabajando en un caso por su cuenta? —Gonzalo ya se lo había avisado a Carla desde el principio, y ella se sentía estúpida al no haberse dado cuenta. Gonzalo era consciente de que desde su posición había sido fácil llegar a esa conclusión. A toro pasado, y desde fuera, podía tener más lucidez, aunque si hubiera estado en la piel de Carla, sabía que le podría haber pasado lo mismo.

—Es todo lo que sé. Me dijo que era algo muy importante, pero no me contó de qué se trataba. Era muy escrupuloso con su trabajo y no soltaba prenda.

Los dos sabían que podía ser cierto. Aparte de no preocupar a tu familia, ese trabajo llevaba implícito no difundir información relevante, por muy familiar que fuera la persona con la que se hablaba.

El resto de información que necesitaban para continuar debía estar en esos papeles que la mujer de Sebas había colocado encima de la mesa, pero no podían dejar escapar esa oportunidad. No habían tenido que llamarla y les había caído del cielo.

—¿Has vuelto a hablar con Galván? —se interesó Carla.

—Me llamó para darme el pésame, igual que Ituarte, pero no he vuelto a hablar con ellos. No tenía relación. Tampoco es que tuviéramos mucha confianza.

Carla agachó la cabeza, avergonzada por ser la única persona que no había llamado a esa mujer. Sentía la necesidad de disculparse por ello y su piel tomó un tono rojizo de la vergüenza que le iba a producir hacerlo.

—Siento mucho no haber llamado. Estaba muy afectada y lo único en lo que pensaba era en saber lo que había ocurrido. No te imaginas lo mal que me siento, aunque entiendo que no te sirva de nada.

La mujer colocó una mano en su pierna y sonrió.

—No hay nada por lo que disculparse. Sebas hablaba muy bien de ti, así que creo cada palabra que me digas. Puedes estar tranquila. En una situación así, no sabes ni quién te ha llamado, te lo puedo asegurar.

Carla le devolvió la sonrisa.

—¿Y en el homenaje? —prosiguió Gonzalo—. ¿Habló con Galván? ¿Qué le dijo?

—Lo mismo que todo el mundo, pero estaba tan destrozada que no podría asegurarte con quién hablé ese día, como acabo de decir. Pasó como si fuera un sueño.

—Está bien —zanjó Gonzalo, cogiendo los documentos con las dos manos—. Ha sido de gran ayuda. Vamos a leer todo esto y veremos dónde nos lleva. De verdad que siento lo que ha ocurrido y vamos a resolverlo.

Por sus siguientes palabras, se dieron cuenta de que la única razón por la que les había llamado no había sido la relación de Carla y Sebas como compañeros.

—No lo dudo. Sebas me habló del caso que llevasteis antes de que te marcharas a Madrid —señaló a Gonzalo—. Carla, Bruno e Ituarte te tienen en un pedestal. Sé que sois los mejores para averiguar lo que ocurrió.

A Gonzalo se le escapó una sonrisa nada más escuchar el comentario.

—Hacía muchos años que no me ponía colorado, aunque también hacía muchos años que nadie me echaba un piropo. Carla aportó aún más que yo.

La mujer convirtió el piropo en un hachazo.

—Lo sé. También me dijeron que tu ego es más grande que tu corazón, pero eso no importa para ser un buen policía.

La que sonrió en ese momento fue Carla. Probablemente no lo había dicho con mala intención, pero no pudo contenerse la risa.

Gonzalo reaccionó con el mismo gesto que al recibir el halago.

—Me quedaré con su primera valoración. Al fin y al cabo, tiene toda la razón. Mi ego me acompaña por la vida como un perrito, pero todos tenemos nuestros defectos y a veces se convierten en virtudes. Encantado de conocerla y estaremos en contacto.

Carla lo miró y pensó que aquella mujer había visto a Gonzalo en acción. Ya no tenía que fiarse de las palabras de nadie. Lo había vivido en primera persona.

Menos de dos años antes

Habían sido varias entradas y salidas de la clínica de desintoxicación. Jorge vivía en una montaña rusa de emociones. Ya no hablaba con su padre. Ni siquiera tenía permitidas las visitas y no cogía las llamadas en el horario que marcaba la clínica para que pudiera charlar con sus familiares. Siempre pensaba en esa chica que le había cambiado la vida, pero no de la forma que cualquiera pudiera imaginar. No le recriminaba nada. No la culpaba de lo que le estaba ocurriendo. Se culpaba a él mismo.

Durante un tiempo, había sido incapaz de hablar de su adicción con ningún compañero de la clínica. De hecho, no cruzaba palabra con nadie. Sentía vergüenza por lo que había hecho con su vida, pero al mismo tiempo no era lo suficientemente fuerte para hacerle frente. Cuando era niño, solía pensar que tendría hijos y los educaría de la mejor manera posible. Siempre había pensado que acabaría sus estudios y tendría un buen trabajo. No el de su padre. Haría su propio camino. Sin embargo, había elegido un camino lleno de curvas y había cogido suficiente velocidad como para no darse cuenta de que iba a salirse de la carretera. Ahora era consciente, pero ya era tarde.

Las cosas cambiaron a peor. Se sentía aislado. No porque los demás no quisieran ayudarlo. Los más cercanos, no podían, y los que tenían la capacidad de hacerlo no contaban con su colaboración. Decidió abrir su alma con la persona menos indicada. Probablemente, porque era la persona que se lo iba a poner más fácil, aunque no la que necesitaba en ese momento. Se llamaba Lucas. Cerca de los treinta, chupado y larguirucho, pero con un don de gentes que había utilizado erróneamente.

—Ven un momento —le dijo—. Ya tenemos confianza para que te cuente algo.

En un principio, Jorge no supo a qué se refería. Lucas sacó unas pastillas del bolsillo y extendió una mano para mostrárselas.

—No tienes razones para pasarlo mal. Siempre hay una solución.

—¿De dónde las has sacado? Te puedes meter en un lío.

—Se dice el pecado, pero no el pecador. Aprovéchalo y ya me las pagarás.

Jorge nunca habría pensado que fuera tan fácil conseguir pastillas dentro de un centro de rehabilitación. Luchaba cada día por alejarse de las drogas, pero las noches se hacían cada vez más insoportables al imaginarse tomando algo. Era débil y se lo repetía

una y otra vez a sí mismo.

—No, gracias. No puedo joderla ahora.

—Como quieras. Tú te lo pierdes —Lucas se metió una pastilla en la boca.

Aquella noche, no cesó de pensar en esas pastillas. No conseguía apartarlas de la cabeza y notó que su mente le creaba el mono de nuevo. Al menos lo acrecentaba. Consiguió dormirse tras horas sudando y dando vueltas en la cama.

Al día siguiente, fue consciente de que había dado un paso atrás sin la necesidad de tomar nada. Duda tras duda, dirigió la mirada hacia Lucas. Este se dio cuenta y le hizo un gesto para lo siguiera.

—Lo has pensado bien, ¿no es cierto? —Jorge sólo pudo asentir —. No te preocupes. Esta noche te paso algo.

Fue uno de los días más largos de su vida. Contaba las horas con la desesperación marcada en la cara. Sudaba constantemente y sentía que le flaqueaban las piernas.

Por fin, llegó el momento de reunirse con Lucas. Entraron los dos en el baño y Jorge extendió la mano sin pronunciar una palabra.

—Toma, pero tienes que hacer algo por mí —le dijo Lucas.

Jorge agachó la cabeza, por ser tan iluso de pensar que aquello iba a salirle gratis.

—¿Qué quieres?

—No me dejan llamar a nadie. Tienes que hacer una llamada a un amigo.

—¡Qué dices! No puedo hacer eso.

Lucas cerró la mano y apartó las pastillas de su vista.

—Vale, no pasa nada. Eres un gallina.

Jorge se preguntó quién decía gallina en la época en la que vivían. Recordó “Regreso al futuro” y supo que la palabra era lo de menos, pero necesitaba esas pastillas e iba a caer en la trampa.

—¿Cómo lo voy a hacer? Las enfermeras saben a quién llama cada uno.

—Eres un buen chico, no como yo. Puedes marcar el número tú mismo. Para cuando se den cuenta, estaremos fuera.

—¿Cómo que fuera?

—En la cocina está el cuarto de basuras —Lucas le enseñó la llave—. Sólo hay que abrir la puerta e introducirnos en uno de los cubos.

—¿Cómo tienes esa llave?

—Calla y escucha. Tenemos que salir de aquí y cuando lo hagamos, nos meteremos una fiesta de cojones. ¿No es lo que quieres?

La tentación le hacía dudar.

—No entiendo. Si ya tienes la llave, ¿por qué necesitas realizar esa llamada?

—Detrás de esa puerta hay otra, y de esa no tengo la llave. Antes de tirar la basura, hay una persona que inspecciona todos los cubos. Necesitamos que alguien nos cubra y que mire dentro sin que lo haga el responsable. Conozco a un tío que pedirá el turno que le digamos.

—Es muy arriesgado.

—Es la única forma. Sólo tienes que hacer esa llamada y decirle que te has equivocado de número. A continuación, le dirás: "¿No estoy llamando al número que termina en 421?"

—¿Qué significa eso?

—Cuarto día de la semana, a las nueve de la noche. Es sencillo.

—Lo tengo que pensar.

Estuvo toda la noche pensando en esas pastillas y en la posibilidad de salir de allí. Sabía que había entrado obligado por su padre, pero quería curarse. Al mismo tiempo, su mente pedía a gritos tomar algo.

A la mañana siguiente, le dijo que lo haría.

Llamó a ese número que le había proporcionado Lucas e hizo exactamente lo que le había dicho. A continuación, colgó y llamó a su padre. Se sintió mal al pensar que iba a decepcionarle, pero la tentación superaba cualquier buena decisión que pudiera tomar.

Esa noche, salieron de la fila de la cena y abrieron el cuarto de basuras. Cada uno se introdujo en un cubo cinco minutos antes de que pasara el camión. Jorge estaba muy nervioso. Un hombre abrió la tapa y la cerró mientras asentía al responsable para confirmar que todo estaba en orden.

Dos horas más tarde, llegaron a un descampado. Jorge no estaba acostumbrado a lugares como ese. Siempre le habían pasado las drogas en lugares menos aterradores. Un rato antes, Lucas había atracado a una mujer y se había llevado doscientos euros. Los sacó y se los enseñó a un hombre con un aspecto aterrador. Estaba colocado, con pelo largo y en los huesos. A Jorge le atrapó el miedo y la grima al mismo tiempo. El hombre les hizo pasar a una especie de chabola hecha con maderas y hierros y les invitó a sentarse.

—Vámonos de aquí —susurró Jorge.

—No seas gallina —volvió a decir Lucas—. Vamos a volar.

Se sentaron en una alfombra mugrienta y el hombre cogió el brazo de Lucas. Sus ojos se inyectaron en sangre y miró hacia arriba como si estuviera en otro mundo. Uno de luces. A continuación, hizo lo mismo con Jorge. Él nunca había tenido tanto miedo. Sintió algo en su cuerpo que no había sentido antes, pero su mente reaccionó, haciéndole ver que se sentía vivo de nuevo.

Poco a poco, fue cayendo en un sueño profundo y se desplomó en la alfombra. Lucas estaba a su lado, sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Jorge permaneció en el suelo durante veinte

minutos, hasta que Lucas fue a incorporarlo para marcharse. No se levantaba y le golpeó en la cara.

—Vamos, tío. Nos tenemos que ir.

No hubo respuesta.

Lucas comprendió lo que había pasado cuando le dio la vuelta y vio la espuma en su boca. Colocó las dos manos en la cabeza y caminó en círculos durante unos segundos. El hombre había salido de la chabola. Volvió a intentar reanimar a Jorge con golpes más fuertes y, al ver que no reaccionaba, cogió un trapo y frotó por todos los puntos que había tocado. Se tomó su tiempo, para estar seguro de no dejar ninguna prueba de su estancia allí, aunque era cuestión de horas que descubrieran que ninguno de los dos estaba en el centro. Lo normal es que ya se hubieran dado cuenta.

De pronto, vio que el hombre entraba en la chabola y salió disparado, empujándolo. Corrió y corrió hasta que sus fuerzas aguantaron.

Al día siguiente, encontraron su cuerpo a dos kilómetros de allí.

—¿Alejandro Galván?

—Soy yo —respondió, desde el otro lado de la línea.

—Le llamamos de nuevo del centro de…

—Dígame —tenía el teléfono grabado y no le hizo falta que continuara con la explicación. La noche anterior, había sido informado de que su hijo había abandonado el centro y no había podido dormir desde entonces.

—Quería hablarle de su hijo. Siento decirle que lo han encontrado.

—¿Está bien?

La forma en que se lo comunicaban no le hacía albergar muchas esperanzas.

—Lo siento. Ha sufrido una sobredosis.

Se hizo un silencio.

—Me gustaría poder decirle esto de otra manera, pero lo han encontrado hace unos minutos en un descampado.

Se quedó bloqueado. Le temblaba todo el cuerpo y no conseguía articular palabra.

—¿Sigue ahí? Lo siento mucho.

Intentaba responder, pero su mente se había quedado en blanco. Ni siquiera podía ver la cara de su hijo.

—Le va a llamar la Policía para…

—¡Noooooo! —gritó como si se le fuera la vida.

—Lo siento de nuevo.

Colgó.

Minutos después, antes de llamar a nadie de su familia, marcó el primer número que se le pasó por la cabeza. No era un hombre que llevara el duelo como los demás. En su mente sólo cabía hacer una cosa.

—¿Alejandro? ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

—¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal estás?

—Escucha atentamente. Sé que no has sido el único responsable de lo que ha pasado, pero me debes algo.

Sebastián no supo qué decir. Sabía de lo que le estaba hablando, pero tenía miedo al tono que había tomado la conversación.

—Me estás preocupando. ¿Qué ha ocurrido?

—Mi hijo ha muerto. Ha sufrido una sobredosis.

Notó que el corazón se le rompía en gran parte. Tenía cariño a ese chico y no era ajeno a lo que podría haber hecho por él. No había sido suficiente.

—Lo siento mucho —comenzó a llorar—. Lo siento mucho —repitió con la voz cortada—. Ha sido por mi culpa.

Galván siguió con el mismo tono.

—La culpa no es ni tuya ni mía. Tenemos cierta responsabilidad, pero hay que acabar con esta mierda y darle a cada uno lo que se merece. Ha llegado la hora de que dejemos de escondernos y afrontemos lo que nos toca.

Sebas no sabía cómo reaccionar y no era capaz de interpretar sus palabras. Los recuerdos sobrevolaban su cabeza y castigaban a su corazón. Sentía curiosidad por descifrar lo que había querido decirle con su última frase. ¿Qué es lo que le tocaba a él? ¿A qué se refería con acabar con esa mierda? Le daba miedo conocer la respuesta y le provocaba pavor saber cuál iba a ser su papel. Galván había perdido a su hijo y reaccionaba como si no hubiera ocurrido. Estaba marcado el tono de venganza. Sentía su ira en cada palabra. Lo que no llegaba a comprender era cómo podía llevarlo con tanta entereza. Ni él mismo era capaz de reaccionar así y eso que no era su hijo.

No pudo juzgarlo ni rehuir lo que le quería pedir. Fuera lo que fuera, debía restituir el error que había cometido.

—¿Qué quieres que haga?

—Quiero hacer lo que debí hacer años atrás. No debí irme así y olvidarme de lo que estaba ocurriendo. Me vas a ayudar a que caiga todo el que estuvo implicado en la corrupción de la droga.

Había pasado mucho tiempo y Sebastián podía tener las respuestas. Tenía miedo a volverle a demostrar que había sido un cobarde. No podía permitirse esconderlo por más tiempo. No después de que hubiera muerto Jorge.

—Alejandro, tengo que decirte algo importante. Creo que puedo

saber quién estuvo implicado.

Galván no entendía nada.

—¿Qué me estás intentando decir?

—Cuando me llevé a tu hijo de la redada, me encontré por casualidad con el coche de Álvaro Crespo y de Carlos Neva. Un hombre le estaba dando a Álvaro un sobre. Al día siguiente, él vino a preguntarme si me habías ordenado que le siguiera. En otra ocasión, cuando ya no estabas en Burgos, vi a Carlos metiéndose cocaína y me volvió a amenazar con que sabía que había sacado a tu hijo de la redada. No puedo demostrarlo, pero estoy convencido de que son ellos.

El silencio se le hizo eterno.

—¿Sabías que podían estar implicados y no me lo dijiste?

—Lo sospechaba, pero no podía demostrarlo. Además, me amenazaron con contar lo de tu hijo.

—¿Cómo lo supieron?

Agachó la cabeza, sabiendo que había cometido error tras error por ser un cobarde.

—Se lo dije yo. Tuve la sensación de que me podía pasar algo y sabía que ellos no lo contarían si yo no contaba lo que había visto.

—Me decepcionas de nuevo.

—Lo sé. No tengo justificación. Todo ha sido por mi culpa.

—Estoy harto de los cobardes. Esperaba mucho de ti.

—Dime lo que puedo hacer —dijo, entre sollozos—. No puedo cambiar el pasado, pero haré lo que me pidas. Te lo juro. Dame una oportunidad para hacer justicia.

Galván estuvo a punto de colgarlo. No lo hizo.

—Espero que algún día entiendas de verdad lo que has hecho a tu familia y a mucha otra gente. Ha llegado el momento de que lo devuelvas.

24
Villatoro

Nada más entrar en casa de Gonzalo, Carla se miró las manos fijamente. Le temblaban como flanes por los nervios que tenía en ese momento.

Gonzalo la miró y la hizo un gesto para que le siguiera. Introdujo la clave en la trampilla de una esquina del salón y bajaron al sótano. Cerró nada más dejar atrás la trampilla. Tenía la sensación de que le estaban siguiendo, o por lo menos lo habían hecho una vez y le daba miedo perder los documentos que les había entregado la mujer de Sebas.

Apartó unos papeles de una mesa y los fue colocando uno al lado del otro con los nervios normales y la impaciencia por descubrir lo que escondían.

Una vez hubieron ordenado todo, empezaron a ojear uno tras otro. Sin decir nada, se miraban y continuaban leyendo.

Gonzalo levantó la cabeza.

—¿Qué es esto?

Carla elevó las cejas.

—No me puedo creer que no me haya dado cuenta. Soy muy inocente.

Gonzalo entendió lo que ella quería decir.

—Los únicos que lo sabían eran Ituarte y Galván. Nadie se podría imaginar esto. A excepción de Sebas.

Los documentos estaban ordenados por años. Lo más antiguo se remontaba a diez años atrás con los informes del caso de Rubén Pineda. Gonzalo le había pedido esa información a Rodrigo Lagar, al ser el policía que investigó aquel caso, y no tenía claro si no había querido dársela o no la tenía en su posesión. No importaba demasiado, porque ahora lo tenía delante de sus ojos. Ituarte o Galván lo habían conseguido y se los habían entregado a Sebas para que pudiera investigar.

—Nos vamos en meter en un lío —dijo Carla, muy preocupada. La necesidad de saber lo que había ocurrido era más fuerte que la capacidad de tomar buenas decisiones.

—Ya estamos metidos —aseguró Gonzalo, que no entendía que Ituarte se hubiera involucrado en algo así.

—¿Cuándo murió el hijo de Galván? —Carla se dio cuenta de que no se había hecho esa pregunta antes.

—Te dije que había hablado con un amigo. Me contó que el chico había muerto, pero no sabía el alcance de su muerte. Lo han escondido, pero claramente está relacionado. Murió hace poco más de un año.

Se quedaron pensando. Sebas había recopilado información de todos los policías que coincidieron con él cuando desapareció Rubén Pineda diez años atrás. Había fotos de todos y la ficha de cada uno con todos sus pasos desde ese momento.

—Tenemos que hablar con Ituarte.

Carla estaba más decidida que nunca. Confiaba en Sebas y parece que su compañero hacía lo mismo con el comisario, lo que debía significar que era la persona idónea para contarle que tenían en su poder toda esa información.

—No lo veo claro — Gonzalo sentía que todavía no era el momento—. No nos va a decir nada y hasta que no indaguemos un poco más…

—Él sabe lo que está pasando. Lo tienes aquí —Carla señaló a los papeles.

—Aunque te fíes de Ituarte, ¿te fías de todos?

—¿De Galván? —era más que una pregunta.

—Lo veremos. Galván era el jefe en el momento en el que desapareció Rubén Pineda, y por lo que estamos viendo y lo que nos ha contado la mujer de Sebas, este perdió su relación con él por culpa de que su hijo se metiera en drogas y no se lo dijera. Lo que no entiendo es por qué estaba investigando a esos policías.

Carla siguió haciendo preguntas.

—¿Qué tienen que ver Rubén Pineda y Sebas en todo esto? Sé que hay relación, pero no entiendo que ese hombre desapareciera y diez años después comience todo esto. ¿Qué ha pasado en todo ese tiempo?

Gonzalo lo tenía claro.

—Que ha muerto el hijo de Galván. Parece que ahí empezó todo, o se reanudó. Sé que estás pensando lo mismo que yo y tengo las mismas dudas, pero no puede haber otra relación. Si fuera el motivo, deberíamos unir las dos cosas.

—¿Cómo? Vamos a recapitular. Hace diez años desaparece Rubén Pineda. El hijo de Galván muere bastantes años después. Durante ese tiempo las aguas están tranquilas y de repente todo explota. Se ponen a investigar a los policías que estuvieron en esa época en la comisaría. Si hubiera sido por la desaparición de Rubén Pineda, lo habrían hecho antes. Aunque todo haya saltado con la muerte del hijo de Galván, nos falta el nexo de unión.

—Lo sé. Hay algo que no encaja.

Carla continuó con el razonamiento.

—De acuerdo. ¿Qué tiene que ver el policía jubilado? ¿Por qué Sebas le fue a visitar diez años después de que investigara el caso de Rubén Pineda?

—Parece que no hubo caso.

—Pero no tiene sentido que fuera a verle si no sabía nada. Además, ya tenía en su poder el informe completo.

—Puede que supiera algo. Puede que quisiera comprobar si ese policía sabía más de lo que decían los informes. Qué se yo. Tenemos que seguir para averiguarlo.

Carla agitó la cabeza para hacerla funcionar.

—Vuelvo a lo de diez años después. Ha pasado mucho tiempo. Aunque tengas razón y todo esto sea por el hijo de Galván, ¿qué leches tiene que ver Rubén Pineda?

—No lo sé. No tengo respuestas.

Continuaron leyendo y Gonzalo encontró algo nuevo.

—Estaban investigando un caso de corrupción policial. Comienza a tener sentido que Galván quisiera conocer a los responsables de la muerte de su hijo. Lo que no entiendo es la relación que puede tener con Rubén Pineda. ¿Son dos cosas distintas? Aparecen en documentos diferentes.

—Entonces estarían fisgando en dos casos sin ninguna relación, y no hay duda de que existe alguna—intentó argumentar Carla—. Hay algo que debieron descubrir y que lo una todo.

—Tienes razón. Hay algo que estamos pasando por alto. Lo normal es que hubiéramos encontrado esa relación en estos papeles.

—Debemos seguir leyendo. Puede que esté por algún sitio.

—Puede que eso sólo lo sepan Ituarte y Galván.

No había duda de que podría estar en esos papeles, pero cabía la posibilidad de que no fuera así.

—Y Sebas —añadió Carla.

—Ya, me refiero a que puede que estuvieran a punto de llegar a algo y, hasta que no lo supieran, no lo mencionaran en sus informes. En realidad, todo lo que aparece sobre corrupción no parece tener avances. No está aquí, al menos.

—Tampoco hay nada sobre lo que le pudo ocurrir a Pineda. Aquí faltan muchas cosas.

Gonzalo volvió a ver algo que le llamó la atención.

—¿Por qué no están las escuchas?

En varios documentos, había anotaciones con la palabra "*Escucha*" y la fecha en la que se produjo.

—Ahí debe estar lo importante. ¿Las tendrá Ituarte?

—O Galván —dijo Gonzalo—. ¡Espera! Antes de tomar decisiones podríamos ir a ver a algún familiar de Rubén Pineda. Tendremos su visión sobre lo que pudo ocurrir e ir con más datos a

hablar con Ituarte.

Carla asintió, aunque no estaba del todo convencida.

—No sé si nos va a servir de algo, pero no perdemos nada por intentarlo.

Gonzalo abrió su ordenador para buscar a los familiares vivos de Rubén Pineda. Su madre había muerto cinco años atrás.

—Todavía vive su padre, y está muy cerquita. Se llama José Antonio Pineda.

Carla se acercó a la pantalla. Aparecía su actual dirección.

—Villatoro, ¿Dónde está eso?

—Es un barrio de Burgos. Antiguamente fue un municipio independiente. De hecho, es el barrio más antiguo de Burgos, o eso dicen. Está a unos quince minutos de mi casa.

Carla escuchó la clase de historia que le daba Gonzalo, pensando que en ese momento no le importaba en exceso.

—Me he quedado con que está a quince minutos.

Gonzalo expresó con la mirada que era una pena que fuera lo único que había escuchado.

—Está bien. ¿Qué opinas?

—Opino que siempre he querido ir a ese sitio —guiñó un ojo—. ¿Le hacemos una visita?

Gonzalo alzó el pulgar y continuaron leyendo. Antes de ir a ese pueblo debían leer hasta la última palabra. Cuando hubieron terminado, supieron que las respuestas que les faltaban debían buscarlas en otro sitio. Probablemente en más de uno. Salieron de la casa y fueron directos a Villatoro.

Siete años antes

Lo más difícil, cuando pierdes a un hijo, es continuar sabiendo que se ha marchado. Lo habían sufrido en primera persona los padres de Rubén Pineda. Los últimos tres años se habían convertido en los peores de su vida y no conseguían quitarse la sensación de que, hasta que no pudieran enterrar su cuerpo, siempre existía la posibilidad de que volviera. En el fondo sabían que no era probable, pero la mente funciona de una manera que nadie podría comprender hasta que le llega el momento de vivirlo.

Era domingo y, como venían haciendo desde el día en el que despareció Rubén, José Antonio y Carmela visitaban la Iglesia del Salvador para rezar por su hijo. Tras su cierre temporal por obras, que duró cinco años, tuvieron que cambiar de lugar a la Ermita de Villatoro. Las grietas que hallaron en la ermita por la acción de las aguas subterráneas eran una buena excusa para que Carmela pensara que todo se estaba derrumbando. Ella era muy religiosa y no había faltado a una misa en esos tres años. José Antonio no sentía una ayuda especial, pero sabía que no le hacía mal y, de esa forma, podría acompañar a su mujer a llevar el dolor de la manera que ella necesitaba.

Como si se hubiera enterrado por completo, José Antonio veía que pala tras pala, la arena iba cubriendo su relación hasta quedar totalmente a oscuras. Sabía que no podía remediarlo y había dejado de luchar porque algún día volvieran a ser felices. En realidad, no pensaba que él mismo pudiera conseguirlo.

Era consciente de que nada de lo que ocurriera podría devolverla a la vida y no era capaz de recriminarle que pareciera un fantasma cada segundo de cada día. No reconocía a la mujer que había quedado tras la desaparición de su hijo. Antes era alegre y con una vitalidad que siempre había envidiado. Envidiar no era la palabra. Siempre la había admirado, hasta el punto de haber permanecido tantos años juntos y no haber perdido una pizca del amor que sentía por ella. Ese amor no había cambiado, aunque parecía estar enterrado bajo el dolor de la pérdida.

Llegaron a casa y Carmela se sentó en su sofá individual de cuadros, respaldo alto y dos apoyabrazos cubiertos por telas para esconder lo ennegrecido del paso del tiempo. Allí se sentaba cuando era joven para amamantar a Rubén, y allí pasaba las tardes en ese momento de su vida, observando una foto de su hijo hasta que llegaba

la hora de ir a la cama. Era una foto de años atrás, disfrutando en el pueblo de sus abuelos.

José Antonio se marchó a dar un paseo. Ella no tenía fuerzas para salir de casa, con pocas excepciones, como su visita dominical a la iglesia. José Antonio sabía que en ocasiones se escapaba a diario para poder expresarse con Dios y con su hijo cuando no había nadie que pudiera observarla. El resto del tiempo, no se movía de ese sofá.

Cuando José Antonio volvió de su paseo, alrededor de las nueve de la noche, se dispuso a preparar la cena. La vio dormida en el sofá y sonrió con amargura al ver que la tensión del día la había derrotado por completo. Era un día más de los que presenciaba la misma escena. Aunque ella no se moviera, realizaba un esfuerzo mental titánico por la necesidad de llorar a su hijo, y ese esfuerzo la dejaba totalmente agotada.

Terminó de cocinar y puso la mesa con cuidado para no sobresaltarla. En el momento en el que todo estaba preparado, se la quedó mirando durante unos segundos. Le gustaba verla relajada, al no ser muy habitual últimamente. Tras un momento, la expresión de José Antonio comenzó a cambiar. Sentía que algo no iba bien. No la había visto moverse en todo ese tiempo y el color de su piel parecía distinto. Colocó su mano sobre el rostro de Carmela y notó que estaba frío. Se asustó y comenzó a zarandearla una y otra vez, mientras crecía su nerviosismo, hasta que admitió que se había marchado con su hijo. Su corazón roto había dejado de latir. Tuvo sentimientos encontrados. Por un lado, ella estaba donde quería estar. Por otro, se había quedado solo para siempre.

25
El Moro

La visita de Gonzalo y Carla sorprendió a José Antonio Pineda. Hacía años que nadie le preguntaba por su hijo Rubén.

Se presentaron y tomaron asiento.

Gonzalo lo miraba con detenimiento. Había ojeado sus datos antes de ir a verle. Iba a hablar con un hombre que había perdido a su hijo años atrás, fuera por la razón que fuera. Le causó sorpresa su sonrisa. Pensaba que él no sería capaz de volver a sonreír si su hijo desapareciera de un día para otro, y con más razón, sin saber lo que le podría haber ocurrido. Le dio un escalofrío al pensarlo.

El hombre tenía sesenta y tres años, un afeitado demasiado apurado, a juzgar por los pequeños cortes de su cara, y dejaba a las claras que había perdido el pelo hacía mucho tiempo.

A pesar de su sonrisa, Gonzalo pudo ver en su cara que era un hombre atormentado por su pasado. No era un empático por naturaleza, pero con el tiempo había aprendido a ponerse en el lugar de los demás. Le costó elegir sus palabras.

—Siento molestarlo. Hemos venido a charlar sobre su hijo.

José Antonio se quedó paralizado. Movió la cabeza lentamente, pasando de Gonzalo a Carla, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Mi hijo? —la pregunta acompañó a la cara de incredulidad—. ¿Quiénes son ustedes?

—Es difícil de explicar —Carla no estaba convencida de que decirle que eran policías pudiera ayudar a la situación. De alguna forma, no estaban de servicio en ese momento, por lo que tampoco le estaba mintiendo de forma explícita—. Nos gustaría que pudiéramos charlar y hacerle unas preguntas.

—¿Qué preguntas? ¿Qué está pasando?

—Tengo entendido que su hijo desapareció hace unos diez años —dijo Gonzalo—. Sé que será muy difícil hablar de él, pero nos sería de mucha ayuda.

—Perdone que insista, pero no entiendo nada. ¿Saben algo de mi hijo?

Gonzalo vio la cara de esperanza en ese padre y le dio pena haber empezado así.

—No sabemos nada de él, lo siento.

—Entonces, ¿por qué?...

Se llevó las manos a la cara y se reclinó en el sofá.

—No era nuestra intención alterarle —Carla intentó arreglar la situación—. Mi amigo ha muerto hace poco, pero trabajó con su hijo Rubén en la misma comisaría y en la misma época.

—Lo siento, no se lo deseo a nadie.

—¿Su hijo…? —Gonzalo no pudo acabar la frase.

—Mi hijo está muerto. Le conocía muy bien y era feliz. No desaparecería, así como así. No se crean lo que les hayan podido contar sobre él.

Carla cambió la cara para captarle con su empatía.

—Sería de ayuda que nos contara lo que pasó. No sabemos si es así, pero puede que su desaparición tenga relación con algo que ocurrió en ese momento.

El hombre negó con la cabeza. Parecía que no iba a comenzar a hablar, pero de pronto alzó la vista.

—Hace años que no hablo de esto. Mi hijo era agente de policía. Era muy joven cuando desapareció. El día que eso ocurrió, yo había hablado con él por la mañana y estuvo como siempre. Les aseguro que no se comporta así una persona que está a punto de escapar de su vida.

—¿Vivía con usted? —preguntó Gonzalo.

—Sí. Vivía en mi casa. Tenía su vida; a veces se quedaba por ahí y venía tarde o no dormía en casa. Se liaba de vez en cuando con sus amigos de siempre y, cuando bebía de más, se quedaba en casa de alguno de ellos. Esa tarde no volvió a casa y yo pensé que se habría quedado en algún sitio. Mi mujer lo llamó por la mañana y su teléfono estaba apagado. Ella tenía ese instinto que tienen las madres y estaba muy preocupada por él.

—¿Pensó que le había ocurrido algo? Lo digo por lo que me acaba de contar. ¿Era habitual su preocupación o ese día fue distinto?

—No lo sé. Una vez han pasado, las cosas se distorsionan. Es probable que hubiera tenido antes esa preocupación, como es normal que pase con los hijos, pero después de aquello dijo que había tenido un mal presentimiento. Como le digo, es normal pensarlo así una vez ha ocurrido.

—¿Habló con sus amigos?

Gonzalo pensaba que no le habían contado la razón por la que habían acudido a preguntar sobre su hijo y, sin embargo, ese hombre seguía hablando como podría hacerlo con cualquiera de su círculo. Entendía que necesitara hacerlo.

—Claro. Les pregunté y me dijeron que no le habían visto en todo el día.

—¿Dijeron si le habían notado distinto?

—Nadie se podía esperar que quisiera marcharse de golpe.

—¿Y de su trabajo? ¿Habló con ellos? —preguntó Carla.

—No exactamente. Vino alguien a hacerme unas preguntas. No recuerdo su nombre.

Gonzalo pensó que debía ser el policía que lo investigó.

—¿Rodrigo Lagar?

—Puede ser. Me suena ese nombre.

—¿Nadie más vino? ¿Ningún compañero?

—No. Tampoco sabía quién era ninguno. Los vi en una misa que hicimos por él unos días después, para pedirle a Dios que volviera. Me dieron sus ánimos y ya está. Ya le digo que no tuvimos ningún tipo de relación y no los he vuelto a ver desde entonces. No me pregunte por nombres, porque no sabría decirle.

—¿Qué le dijo Rodrigo Lagar?

—Que me agradecía mi colaboración. Creía que se había marchado por su propia voluntad y no había pruebas de que le hubiera ocurrido nada.

—¿Lo creyó? —Gonzalo veía en sus ojos que no pensaba lo mismo.

—Claro que no. Sé que le ocurrió algo, pero me gustaría poder enterrarlo. No hay nada peor que no poder enterrar a tu hijo. Aunque estoy seguro de que no se encuentra con vida, siempre cabe esa posibilidad, y esa incertidumbre es lo peor de todo. Lo perdí y sé que no voy a poder recuperarlo, pero me gustaría ir a visitarle cada día a su tumba para poder hablar con él.

Gonzalo todavía no tenía suficiente. No quería alterar a ese hombre, pero debía haber algo que para su padre no significara nada y los llevara al siguiente paso.

—¿Recuerda al jefe que tenía en ese momento?

El hombre se quedó pensativo.

—No lo recuerdo. Hace mucho tiempo de eso.

—¿Le suena el nombre de Alejandro Galván?

José Antonio reaccionó chascando los dedos.

—Ese. El comisario Galván. Así se llamaba.

—¿Tampoco vino a hablar con usted?

—No, que yo recuerde. Seguro que el día de la misa me dijo algo, pero no recuerdo que me llamara o me hiciera una visita.

—¿Qué me dice de su mujer?

Carla miró a Gonzalo fijamente. Estaba poniendo a ese hombre en una situación muy dolorosa.

Sus ojos se empañaron con una fina capa de llanto. De pronto, esa capa se deshizo y cayó una lágrima de cada ojo. Se secó con las dos manos y recuperó la templanza.

—Mi mujer murió. No pudo aguantar el sufrimiento y su corazón dijo basta. En cierto modo, la envidio. Aguantó más de lo que pensaba que era capaz. Yo llevo el dolor por dentro, pero a ella se le reflejaba

en la cara como si la vida fuera a explotar en cualquier momento. Siento que la perdí desde que mi hijo desapareció. Los dos nos aislamos y pasamos a ser desconocidos el uno para el otro. No se pueden imaginar cómo te puede cambiar la vida en unos segundos. Mi hijo siempre decía que no existe un mañana y que hay que aprovechar cada momento como si fuera el último, pero nunca esperas que pueda ser tan rápido.

Carla soltó un largo suspiro. Se emocionó al escuchar el relato que acababa de salir de los labios de ese hombre. Incluso Gonzalo aparentaba haberlo sentido como propio. Era un hombre duro, pero tenía un hijo y no era posible verlo como un simple relato. Carla intentó rebajar el ambiente tenso que se había creado.

—Le pido disculpas por estar haciendo estas preguntas. Sé que no será fácil para usted hablar de esto y se lo agradezco.

A José Antonio le cambió la cara. Como si hubiera salido de su letargo, comenzó a preguntarse lo que hacían allí. Llevaba hablando mucho tiempo de algo muy personal y había llegado el momento de saber por qué lo estaba haciendo.

—¿Por qué han venido? ¿Por qué les interesa lo que pasó con mi hijo?

Carla y Gonzalo se miraron y ella tomó la palabra.

—Como le he dicho, uno de los compañeros que tuvo su hijo en esa época murió hace poco.

El hombre seguía sin entender nada.

—¿Qué tiene que ver eso con mi hijo?

—No lo sabemos, pero parece que quien lo mató fue otro policía.

—¿Cómo?

Su cara reflejaba incredulidad y empezó a sacar sus propias conclusiones.

—¿Creen que a mi hijo…?

—Sólo queremos conocer a todas las personas que formaron parte de la vida de su hijo y de este compañero que acaba de morir. Por ahora, eso es todo. ¿Conocía a Sebastián Morales?

Esta vez, notaron en su cara que sabía de quién se trataba.

—Sí, me habló de él. Lo llamaban el Moro.

Gonzalo y Carla se miraron sin saber si era cierto. Nunca habían escuchado ese apodo.

—Antes me ha dicho que no conocía a sus compañeros y que no recordaba sus nombres —soltó Gonzalo, para ver cómo reaccionaba. Quería saber si el hombre tenía la cabeza en su sitio, tras lo que había vivido.

—Ha pasado mucho tiempo y es verdad que no los conocía, pero habló del Moro en algún momento. De ese sí me acuerdo. Era su compañero. Me refiero al que te ponen para ir a patrullar. Incluso,

creo recordar que se pasó un día por casa. Lo había olvidado por completo, pero al decir su nombre me ha venido a la cabeza.

Gonzalo y Carla volvieron a mirarse. Sabían que Sebas y Rubén habían trabajado juntos, pero no eran conscientes de que habían sido compañeros de patrullas.

—¿Qué le contó de él? —se interesó Carla.

—Eso ya es mucho pensar. No le podría decir. Parecía que eran amigos. Al menos, dentro del trabajo.

—¿Qué quiere decir?

—Que no sé si salían por ahí de copas, la verdad, pero nunca escuché nada en contra de ese chico. ¿Qué le ha pasado?

Gonzalo sabía que estaban dando demasiada información y, si seguían hablando de Sebas, existía el riesgo de que todo trascendiera.

—No lo sabemos todavía. La Policía lo está investigando.

—¡Ahh! —exclamó—. Cuánto lo siento.

—Está bien. Le agradezco que nos haya ayudado a conocer a su hijo y, si en algún momento recuerda algo más de lo que pasó, puede llamarnos a mi amiga Carla o a mí. Estaremos encantados de hablar con usted.

El hombre no reaccionó y Carla se quedó mirando una foto.

—¿Es él?

—Así es —respondió, apartando la vista.

—Se le ve contento. Debía de ser un niño en esa foto.

Gonzalo clavó sus ojos en Carla. Tenían que haberse marchado y seguían torturándolo.

—Le gustaba mucho ese lugar. Mis padres eran de ese pueblo. Almaraz de Duero.

—¿Dónde está? No lo había escuchado nunca.

—Es un pequeño pueblo de Zamora, de no más de quinientos habitantes. Es normal que no lo conozca. No hay un solo año que no pasara allí en verano —bajó la cabeza de nuevo—. No he vuelto a pisarlo desde que…

Gonzalo no aguantaba más y se acercó a la puerta.

—No queremos robarle más tiempo. Gracias de nuevo por habernos atendido.

Se marcharon con la sensación de que ese hombre ya no vivía en el mismo mundo que ellos y entendían la razón. Carla tenía grabada la reacción que había tenido, cuando pensó que iban a comunicarle que habían descubierto algo sobre su hijo. Se marchaba algo triste y con más ganas de unir las piezas, para comenzar a tener alguna respuesta. Entraron en el coche y volvieron a Burgos.

Tomaron la carretera y Gonzalo puso la música. Dejó el teléfono en la bandeja y Carla lo cogió. Puso el dedo de Gonzalo en la parte posterior para desbloquearlo con su huella.

—Vamos a poner algo animado.

Miró en su lista de reproducción y vio una canción que conocía.

—Buena elección. ¿Te gusta *Nickelback*?

Ella reaccionó moviendo la cabeza, mientras sonaba *Lullaby* y por un momento, dejaron de hablar con la música a tope.

Carla se sorprendió al escucharlo cantar. No recordaba haberle oído nunca. De repente, la cara de Gonzalo cambió y Carla se quedó mirándolo fijamente.

Bajó la música.

—¿Pasa algo?

Gonzalo miró al retrovisor de Carla para que ella hiciera lo mismo.

—¿Qué?

—Es el mismo coche que me siguió hasta mi casa el otro día. Ahora estoy seguro de que no son paranoias mías.

—¿Estás seguro?

—Seguro. Es el mismo coche.

Carla comenzó a ponerse nerviosa. No le había creído en su momento, pero le veía muy convencido de lo que estaba diciendo.

—¿Quién crees que es?

—No lo sé, pero lo vamos a averiguar.

Se sintió aún más inquieta por saber lo que habría querido decir. De pronto, Gonzalo aceleró y comenzó a adelantar. Carla se agarró al asiento y se aseguró de que el cinturón estuviera suficientemente apretado. Recordó la vez en la que la que vivió algo parecido y supo al instante que no lo había superado. Había pasado un tiempo de aquello, poco antes de que Gonzalo se marchara de Burgos. Intentó controlar la respiración.

—Agárrate fuerte. Voy a hacer un cambio de sentido.

Comenzó a sudar y colocó las manos erguidas, como si su instinto se preparara para un posible impacto. Gonzalo frenó en seco y derrapó, para hacer un giro de ciento ochenta grados. Recuperó la trayectoria y aceleró bruscamente, viendo que el otro vehículo seguía su curso en el sentido contrario. Carla dudó de nuevo.

—Ha continuado su camino. ¿Seguro que nos están siguiendo?

—¡Y dale perico al torno! Seguro.

—No ha dado media vuelta.

—Habría sido muy cantoso. Tengo la sensación de que es un seguimiento preventivo, y creo que quieren que lo sepamos.

—¿Quién?

—Antes no lo tenía claro, pero después de haber averiguado todo lo que sabemos, tengo una teoría.

—¿Ituarte?

—Bingo. ¿No creerás que no sabe lo que está pasando? Cuando

le dijiste que necesitabas unos días, tuvo claro que no íbamos a parar. Fuimos a ver al forense y sabe que no creemos que Carlos Neva matara a Sebas. Quiere tenernos controlados. Al menos, es lo único que se me ocurre.

—Si es así, sabe que hemos ido a ver a la mujer de Sebas.

—Y sabe que podemos tener información que le comprometa. Creo que ha llegado el momento de hacer lo que has dicho antes.

—¿Ir a hablar con él?

—No vamos a poder hacer nada más sin tenerlos detrás. Quizá diciéndole que sabemos algo nos explique lo que está pasando.

—O nos aparte del todo.

—Es tu decisión —la miró con cara de preocupación.

—No podemos decirle que tenemos esos documentos. Nos obligará a entregárselos.

—No hay razón para decírselo, a no ser que nos cuente lo que sabe.

—No lo hará.

—Te repito que tú decides.

—No lo sé. Estoy muy confusa. Me tiembla todo.

—Por lo menos, sabremos si la vigilancia la ha puesto él. Si no es así, tendremos más razones para preocuparnos.

Carla pensaba a toda velocidad y respiraba con dificultad.

—¿Qué le vamos a decir?

—Sé que no le va a gustar, pero hay que decirle lo que pensamos.

—Le pondremos en una situación complicada con su familia. Se puede cabrear mucho.

—Lo sé. Iré yo solo y así no te salpicará, pero tenemos que escuchar lo que nos tenga que decir.

Carla volvió a darle vueltas a la cabeza y decidió armarse de valor.

—Está bien. Te acompaño.

Días antes a la desaparición de Rubén Pineda

Comenzaba a caer la noche y Sebas se disponía a marcharse a casa, cuando su compañero le hizo un gesto para que lo esperara. Ninguno tenía una experiencia dilatada en la Policía, pero Rubén vivía su primera etapa en el cuerpo y no había forjado ninguna amistad con nadie. No era muy tímido, solía gastar bromas y elevar la voz para poder integrarse, pero a Sebas le parecía que no había surtido efecto. Eran compañeros desde hacía menos de un año y se llevaban bien. Sin embargo, no habían conseguido entablar una conversación profunda sobre sus vidas en todo ese tiempo. Sebas cumplía su tercer año como agente y todavía tenía un papel testimonial, pero aspiraba a ser un buen policía y sentía que era capaz de hacerlo.

Esperó alrededor de cinco minutos a que acabara su compañero y este le invitó a tomar unas cervezas. Era la primera vez que le pasaba. Ninguno de sus otros compañeros le hacía partícipe de esos momentos y le pareció una buena idea. Sebas sólo estaba valorado por el comisario Galván, pero no era suficiente para un hombre que necesitaba sentirse respetado.

Acudieron a un bar cercano a la comisaría, sabiendo que sería mejor no ir al lugar donde quedaban los demás, y comenzaron a charlar.

Rubén abrió el fuego.

—Ya que tenemos unos compañeros que nos ven como bichos raros, no entiendo por qué no hemos quedado antes tú y yo.

Sebas sonrió.

—Es lo que hay.

—Pero no debería ser así —dijo Rubén, ladeando la cabeza.

—El mundo de los hombres —dejó caer Sebas, con sorna—. Se creen que son los reyes del mundo.

Rubén le devolvió la sonrisa, sabiendo a qué se refería.

—Llevas tiempo aquí. ¿Cómo es que nunca te relacionas con ellos?

Sebas intentó explicarle la dificultad que había tenido para integrarse.

—Tampoco es que tenga mucha experiencia, y no puedo comparar con otra cosa, pero me da la sensación de que esta gente lleva mucha calle y viven en un mundo distinto al nuestro.

—Puede que tengas razón. Cuéntame cómo ha sido tu vida antes

de llegar aquí.

Sebas agitó la mano.

—Ya sabes que soy sobrino de Galván. En realidad, soy sobrino de su mujer, pero él siempre me ha tratado como si fuese su sobrino carnal. Como podrás comprender, eso no me ha abierto muchas puertas con los compañeros.

—Lo entiendo, pero te ha abierto otras.

—No lo voy a negar, pero me molesta que se pueda pensar que lo tengo más fácil que los demás. He tenido su apoyo, pero no me regala nada. Te lo aseguro.

—Lo que viene después de un pero no vale.

La sonrisa le salvó de una respuesta.

—En fin, que no es tan fácil ser el sobrino del jefe, y más con esta gente.

—Te entiendo —Rubén cambió el tono—. Me gusta estar de cachondeo y tomarme mis copitas. A veces, más de lo que debería. Te digo esto porque hace un tiempo, estaba de fiesta con mis amigos y me encontré al grupillo.

—¿Los compis de trabajo? —Sebas se sorprendió.

—Sí. La cosa se alargó y, cuando se fueron mis amigos, me quedé con ellos. Siento no haberte comentado nada.

Sebas intentó disimular su cara de asombro, para trasmitir que no le importaba, pero no consiguió su objetivo.

—No te preocupes.

Rubén continuó, sin darle mayor importancia. Entendía que no le gustara.

—Quería hablar contigo de esto, porque desde ese momento han intentado acercarse a mí. No te tienen mucho aprecio. Espero que no te importe que te lo diga de forma tan clara, pero me sentía mal sin habértelo contado.

Sebas entendió la razón de esa noche de cervezas. A nadie le gusta sentirse aislado, pero entendía que se lo estaba contando por alguna razón y quiso darle confianza para hablar.

—Puedes contarme lo que quieras, y gracias por ser tan sincero.

Rubén dudó.

—No es nada, creo que nada que deba preocuparme, al menos.

Sebas insistió.

—Tú me has invitado a venir aquí. Parece que hay algo importante que quieres contarme. Es tu decisión.

Rubén sonrió al ver que su compañero había acertado.

—La verdad es que no te puedo decir mucho, pero creo que hay algo que me chirría de ellos. Creo que están metidos en algo que no me gusta.

—¿A qué te refieres? —Sebas se sentía algo incómodo con lo que

pudiera escuchar y le sorprendía que Rubén fuera a hablar, sabiendo que él era el sobrino del jefe.

—No importa. No sería honesto decir algo contra alguien sin estar seguro de lo que está pasando. Olvídalo.

—Me estás preocupando. No soy cotilla y lo sabes bien, pero no quiero que hagas algo de lo que en un futuro te puedas arrepentir. No tienes que contarme nada, si no quieres, pero ten cuidado.

Rubén asintió con un gesto que Sebas no supo interpretar. Pudo ser de agradecimiento o cualquier otra cosa. Permaneció callado durante un instante.

—Gracias por escucharme. Tengo que decir que eres un tío genial.

—¡Vaya! —Sebas apartó la mirada—. Nadie del trabajo me había dicho nada parecido.

—Es lo que pienso —continuó, avergonzado—. Siento no haberte contado antes lo de esa noche. Desde entonces, hemos tenido más relación y debería habértelo dicho.

Sebas aún se sorprendió más. No se había dado cuenta de que a sus espaldas quedaba para salir toda la comisaría. Hasta su compañero. No le hizo gracia y su cara fue menos creíble que la vez anterior, aunque no intentó evitar que se le notara.

—Hay que saber encajar los golpes.

—Lo siento.

—Ten cuidado —Sebas evitó responder a su disculpa—. Puedes contarme lo que sea. Sospecho que no es nada banal.

Intentó interpretar el gesto de Rubén. Parecía no sentirse bien y querer decirle algo.

—Voy a pensarlo. No quiero contar nada de lo que me arrepienta después. ¿Lo entiendes?

—Claro —respondió Sebas—. Es tu vida.

Rubén dio un sorbo a la cerveza y se quedó mirándolo.

—Gracias.

Sebas recordaría siempre esa conversación. Fue dos días antes de que Rubén despareciera del mapa.

26
Hay que ponerse en su lugar

Sonó el timbre alrededor de las nueve de la noche. La mujer de Ituarte abrió la puerta y se encontró con las caras de Carla y Gonzalo. Se dio la vuelta para avisar a su marido y los saludó. Notó algo extraño en la expresión de Gonzalo y pensó que iba a entrar sin que le dieran permiso, por lo que se adelantó para invitarlos a pasar.

Accedieron al salón y se sentaron a esperar.

—¿Queréis tomar algo? —preguntó, amablemente.

Carla correspondió con una sonrisa y negando con la cabeza. Gonzalo no se inmutó.

Escucharon los pasos por la escalera y, a continuación, apareció Ituarte con pijama y zapatillas de casa.

Su primera reacción no fue amable.

—¿Qué coño hacéis en mi casa a estas horas? Y sin avisar.

Gonzalo no se sintió intimidado. Carla no reaccionó de la misma manera.

—Lo siento. Sé que es tarde, pero tenemos que hablar de algo importante.

Ituarte continuó con gesto serio y se sentó en un sofá individual.

—Os escucho —dijo, mirando el reloj.

—Hemos estado hablando con la mujer de Sebas —Gonzalo no se anduvo por las ramas—. Tenemos información que nos ha dejado muy preocupados.

Ituarte levantó los brazos como si fuera a explotar.

—¿Quién coño sois vosotros para hablar con esa mujer? Ha perdido a su marido. Os empeñáis en buscar algo, hasta el punto de molestar a gente que lo está pasando mal.

—Me llamó ella —Carla le cambió la cara a su jefe con su respuesta. Parecía confundido.

—¿Te llamó? ¿Qué quería?

—Lo sabes muy bien.

Gonzalo no esperaba ese ataque de Carla y se le escapó una sonrisa.

Lo normal es que Ituarte hubiera explotado de nuevo, pero tardó en reaccionar.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué contrataste a Sebas? ¿Por qué estaba investigando a los compañeros que tuvo en la comisaría donde trabajaste con Galván?

Su cuerpo se contrajo.

—¿De dónde has sacado eso?

—¿Es así?

Ituarte cada minuto se sentía más incómodo y se levantó del sofá para que le siguieran a su despacho. Pasaron por delante de la cocina y vieron que su mujer se alejaba de la puerta para que no la descubrieran escuchando.

Cerró la puerta del despacho y se quedó de pie.

—No es de recibo que vengáis a mi casa sin avisar y mucho menos que lo hagáis con faltas de respeto. Es la primera vez en mi carrera que veo a un subordinado hacer algo así.

Gonzalo sabía que Carla era más capaz que él para esas situaciones y decidió no intervenir, por el momento

—Creo que eres tú quien debe decirnos lo que está pasando.

Gonzalo elevó los ojos y sonrió al ver que Carla había reaccionado como lo habría hecho él.

—No sé a qué te refieres.

—Que estemos aquí significa que confiamos en ti. De lo contrario, te enterarías demasiado tarde.

A Ituarte le sonó a amenaza, pero no perdió el tono.

—¿Por qué no ibais a confiar en mí?

—¿De verdad le estás diciendo esto? —Gonzalo intervino—. Renault negro. ¿Te suena de algo?

Comprobó con su reacción que sabía de lo que estaba hablando, aunque intentó disimularlo.

—¿Qué pasa con el Renault?

—Negro —subrayó Gonzalo—. Sólo quiero saber si has sido tú.

—No te sigo.

—Precisamente es lo que has hecho. Seguirme.

A Ituarte nunca le hicieron gracia los juegos de palabras de Gonzalo, y mucho menos en ese momento.

—¿Qué coño dices? Deja de hablar así y tómate las cosas en serio.

—Eso hago. ¿Por qué me estás siguiendo? Es la segunda vez que veo a ese coche detrás del mío. No soy gilipollas.

Dudó por unos segundos, aunque era consciente de que sabían que había ordenado la vigilancia.

—Os estáis metiendo donde no debéis. Sólo lo he hecho para protegeros.

—O para saber lo que estamos haciendo y hasta dónde hemos llegado. Sabes que fuimos a visitar a la mujer de Sebas y creo que hay algo que no te gustaría que se supiera.

El comisario se levantó de golpe, con la ira tatuada en su cara. A pesar de que estaba respondiendo preguntas que tenía derecho a

hacer, no estaba dispuesto a que pusieran en duda su palabra.

—No te permito que me amenaces. ¿Con quién coño te crees que estás hablando?

—Yo ya no estoy bajo tu cargo. No tengo que responder ante ti, pero espero que la vigilancia a la que nos has sometido esté autorizada por un juez. Tienes dos opciones. Comienza a hablar o…

Dejó la amenaza abierta y pudo sentir cómo a Ituarte le hervía la sangre.

—¿Qué os ha dicho su mujer?

Ninguno esperaba que hiciera esa pregunta, pero podía ser una señal para comenzar a mantener una conversación más calmada.

Gonzalo sabía que debían darle algo de información, para que él los correspondiera.

—Nos ha dado unos documentos.

—Decidme lo que habéis visto en ellos.

Gonzalo le hizo un gesto a Carla para que comenzara a hablar.

—Está bien. Sebas estaba investigando a sus compañeros en una etapa en la que coincidió años atrás. Como comprenderás, me he quedado muy sorprendida. Parece que se trataba de un caso de corrupción policial. También tenía en su poder el informe de la desaparición de un hombre que ocurrió hace diez años. No hemos podido saber la relación que puede tener una cosa con la otra, pero en los dos casos coincide la misma gente. Ese hombre se llamaba Rubén Pineda.

Fue escuchar el nombre de Rubén y a Ituarte le cambió la cara.

—¿Qué ponía exactamente en esos documentos? —insistió.

Gonzalo no dejaba de fijarse en sus gestos, como hacía habitualmente en cada interrogatorio, aunque en esta ocasión no debían presionarlo demasiado, si querían obtener más información.

—Jon, ¿qué está pasando? ¿Qué relación tiene Galván en todo esto?

Ituarte cogió aire con fuerza al escuchar el nombre de Galván. Era consciente de que no le quedaba otra que contarles lo que estaba ocurriendo. Era mejor tenerles cerca que mantenerlos al margen y seguir perdiendo el control.

—Hace unos diez años, si hago bien los cálculos, trabajé con Galván y con Sebas en la misma comisaría. Fue antes de que me dieran la Comisaría Central. Allí estaba Rubén Pineda. Desapareció de repente y no volvimos a saber de él. No os puedo decir mucho más al respecto. Lo investigaron y…

Gonzalo volvió a intervenir, demostrándole que tenían mucha más información de la que podía imaginar.

—Lo investigó un policía que ahora está jubilado y que se llama Rodrigo Lagar. También he hablado con él.

Ituarte asintió y prosiguió.

—Lo investigó ese hombre y llegaron a la conclusión de que ese chico estaba algo desubicado y se había marchado voluntariamente. En ese momento desapareció dinero de una incautación y se le relacionó con ello.

—Espera —interrumpió Gonzalo—. ¿Eso lo sabía Rodrigo Lagar?

—Claro, pero le convencimos para que no saliera de allí. Podría haber salpicado a los responsables de su custodia. Lo mejor para todos fue que no trascendiera, para evitar una investigación interna.

—No me dijo nada sobre eso.

—Probablemente, por lo que te acabo de decir. Detectamos pagos con la tarjeta de Rubén Pineda en la frontera con Francia. No querría complicarse la vida más de la cuenta.

—¿Crees que alguien que quiere desaparecer y que ha robado dinero haría pagos con tarjeta?

—No lo sé. Cada persona actúa de manera distinta. Lo que ocurrió es que se archivó el caso y todos continuamos con nuestra vida, por muy deleznable que parezca.

—¿Y qué tiene que ver con lo que está ocurriendo ahora?

—No lo sé.

—Explícanos lo que ha pasado —reiteró Gonzalo—, y por qué Sebas comenzó a trabajar contigo. Te pido que seas sincero y no nos cuentes una milonga. Prefiero que me digas que me vaya a tomar por culo antes de que me mientas.

Ituarte elevó las cejas. Le hubiera gustado tomar la primera opción, aunque ya había comenzado a hablar y pensó que no sería lo más inteligente.

—Galván me llamó porque me necesitaba. Su hijo murió…

—Por sobredosis —Gonzalo volvió a interrumpir.

No era un dato que conociera mucha gente, pero a estas alturas, a Ituarte no le extrañó que lo supiera. No podía decir que le impresionara Gonzalo, porque sabía de su potencial.

—Así es. En esa época, comenzó a entrar mucha droga en Burgos. Más de la habitual. Queríamos saber quiénes eran los responsables de que entrara con tanta impunidad, y nos volcamos en descubrirlo y detenerlos, pero no conseguimos llegar a los verdaderos responsables. Galván se tuvo que marchar a Madrid y yo vine a trabajar a esta comisaría. Poco después de que te fueras a Madrid —señaló a Gonzalo—, me llamó Galván para que contratara a Sebas. Quería que investigara de nuevo sobre la gente que hizo posible que su hijo cayera en las drogas. Se lo tomó como algo personal, como no podía ser de otra manera.

—¿Por qué no llevó él mismo la investigación? Estoy seguro de que tiene un puesto importante.

—No puedo hablar de eso, pero quiso que lo hiciera Sebas y no se fiaba de nadie más que de mí para que lo llevara en mi comisaría.

Carla escuchaba atentamente y decidió intervenir, al tocarle de forma personal.

—¿Por qué no me dijiste nada? Era mi compañero.

—Lo siento. No podía saberlo nadie. Entiendo que te moleste, pero se trataba de algo que no tenía nada que ver contigo.

—La mujer de Sebas nos dijo que Galván y él ya no tenían buena relación —dijo Gonzalo—. ¿Por qué acudió a él?

—Siempre quiso a Sebas, pero por lo visto, sabía lo que estaba ocurriendo con su hijo y tardó en tomar la decisión correcta. Hay que ponerse en su lugar. Cuando murió su hijo, podría habérselo echado en cara de nuevo, pero entendió que no era culpa suya, sino de los hombres que le metieron en eso y los que dejaban que la droga se introdujera con tanta facilidad.

—¿Me estás diciendo que esos hombres son policías?

Gonzalo no podía creerlo, pero no le cabía en la cabeza que los estuvieran investigando sin que estuvieran relacionados.

—Es difícil hablar con rotundidad de todo esto, aunque parece que era así. El trabajo de Sebas era demostrarlo.

Carla se sorprendió.

—¿Sabías que había ido a hablar con Rodrigo Lagar? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? No tiene sentido que hubiera ido a ver a ese hombre cuando me estás diciendo que estaban investigando a otros distintos por otra cosa.

—No puedo responder a eso.

—¿Por qué no fuisteis a ver a Rodrigo Lagar? —preguntó Gonzalo, muy sorprendido—. Debías estar confundido porque le fuera a ver, a no ser…

Sabía que no cuadraba y que Ituarte no tenía intención de explicarlo. Intentaba forzarle a hablar.

—No es tan sencillo como te puede parecer.

—Pero sólo con seguir su teléfono habríais llegado a él.

—El caso se cerró —se limitó a responder.

—Una mierda. ¿Y ahora, sigue cerrado? Ha muerto otro agente.

—Obviamente no, pero no sé nada más. Te lo aseguro.

No estaba funcionando. Tenía la sensación de que estaban manteniendo conversaciones diferentes. Debía continuar abriendo nuevos frentes con la esperanza de que obtuviera respuestas más concretas.

—En los documentos aparecían apuntes de escuchas, pero no sabemos dónde encontrarlas.

—Lo siento, Gonzalo, pero no me contaron nada de ninguna escucha. Galván me dijo que me mantuviera al margen y que me

informarían de todo cuando esto acabara.

Gonzalo no estaba muy convencido de que le estuviera diciendo la verdad. Sabía que estaba dando cierta información, pero era consciente de que Ituarte no destaparía a sus compañeros tan fácilmente. De pronto, se dio cuenta de que había obviado preguntar por la última muerte.

—No tenemos información del asesinato de Álvaro Crespo. También coincidiste con él hace diez años.

—No me han dicho nada, por el momento.

—¡Por favor! No nos tomes por idiotas.

Su suspiro denotó que tenía más información de la que quería contar.

—Está bien. No debo hablar sobre un expediente que todavía está en curso. Espero que entendáis que esto no puede salir de aquí —esperó a ver sus caras para seguir hablando—. La escena que se han encontrado con Álvaro Crespo es exactamente la misma que la que Carla vio con Sebas. Apareció metido en una caja.

—Cuenta detalles —insistió Carla.

—En los dos casos, los cuerpos estaban metidos en una caja de madera como las que se utilizan para el transporte, aunque más ligera. No parece que las hubieran utilizado antes, por lo que lo más normal es que las construyeran para esto. Van con tapas de esas que se pueden precintar, pero en este caso, estaba sellada con una pistola de clavos.

—¿Han identificado la posible procedencia de esas cajas?

—Están en ello, Carla.

—¿Quién está en ello? No sabemos quién lleva las investigaciones. Parece como si no existieran. También me gustaría saber si Álvaro Crespo recibió un pinchazo en el cuello y le administraron algún sedante, como hicieron con Sebas.

—Lo lleva quien debe llevarlo. No es un caso normal y aunque no lo creas, se está haciendo todo lo posible. Déjalo estar. A tu última pregunta, sí tenía ese pinchazo en el cuello y se le administró un sedante. Ocurrió de la misma manera en los dos escenarios.

Era la respuesta que esperaba oír.

—¿Han investigado esa sustancia? Sería bueno saber dónde se puede conseguir.

—No parece una vía que nos vaya a ayudar demasiado. No es difícil de conseguir y se utiliza a diario en cirugía, entre otras cosas.

—Podrían ir a los lugares donde se puede vender y hacer una búsqueda de la gente que lo compró. Puede que eso nos dé algún nombre.

—Ya se ha hecho. No arroja resultados. Puede que, quién lo haya hecho, ya lo tuviera en su poder. Aunque no te lo creas, lo están

mirando todo con lupa.

A Carla le quedó claro que Ituarte estaba al tanto de la investigación. No parecía estar involucrado; sin embargo, le estaban informado hasta del último detalle. Intentó picarlo para ver hasta dónde podía llegar.

—¡Vamos! Que no nos vas a decir nada más. Entiendo que no tendrás permiso para hablar de esto.

Gonzalo la miró con una media sonrisa al ver lo que estaba intentando conseguir. Hacerle ver a Ituarte que no tenía el poder era una buena estrategia para saber colocarlo en el tablero.

—Os estoy diciendo más de lo que debería.

—Continúa —dijo Gonzalo.

—Los cuerpos estaban colocados de la misma forma y tenían incisiones de clavos en la mano izquierda.

—Muy oportuno —Gonzalo no podía creer que fuera casualidad —. Los dos pusieron la mano izquierda en el mismo momento en el que imprimían los clavos.

—Yo tampoco creo que sea una coincidencia. Sólo te cuento los hechos.

—¿También murió asfixiado?

—Así es.

—¿Con números hechos con sus uñas?

—Eres un lince.

No le gustó la forma en la que le hablaba, pero sabía que no era el momento de ponerse a discutir.

—¿Cómo murieron asfixiados, si las cajas tienen grietas y dejan pasar el aire?

—Lógicamente, todo pasó antes de que los metieran en ellas.

—Seguimos sin poder cuadrar lo de los números.

—Entiendo que alguien lo hizo por él, cogiendo su mano y escribiendo con sus uñas. De ser así, los asfixiaron antes de meterlos en la caja y el trabajo de los números sería posterior.

—¿Qué significan los números?

—No lo saben, por el momento.

—Tenemos dos claves para descifrar esto. Una es averiguar qué significan esos números, y la otra, saber de dónde proceden las cajas. De esa forma, podremos dar con la persona o personas que lo hicieron.

—Y están trabajando en ello. Por eso no te preocupes. Sé que es difícil mantenerte alejado, pero te pido que dejes trabajar a los que deben hacerlo. Tú ya no eres policía en activo, y tu compañera se está tomando unos días para asimilar lo ocurrido.

Carla captó el mensaje. Su jefe sabía que no se había tomado ese tiempo para descansar, pero le preocupaba que no se lo hubiera comentado entonces.

—Veo que lo sabías perfectamente.

—Carla, entiendo que estés afectada, pero no es un caso para que ni tú ni yo nos inmiscuyamos. Hay cuerpos más preparados para esto que nosotros.

Gonzalo hizo como si no le hubiera escuchado.

—Cuando me des nombres y apellidos, podremos comenzar a hablar, pero no te escondas tras quien sea que lo esté llevando. Ya he tenido casos muy gordos y sabes que he podido tratar con ellos. Sin ir más lejos, podemos hablar del mayor caso de mi vida, hace tan sólo un año y medio.

—Creía que querías pasar tiempo con tu hijo. Ya te dije que esta era tu casa, pero eso no implica que puedas hacer lo que quieras sin dar explicaciones a tus jefes. Debí expresarme mal, pero eso es innegociable.

—Estoy aquí. Dime lo que tengo que hacer y lo haré.

Hacía mucho tiempo que no reaccionaba con una humildad parecida, pero Ituarte no cedió.

—Irte a casa.

—Eso no puedo hacerlo, y no va a cambiar, aunque me pongas vigilancia.

—Deberíais darme los documentos que habéis encontrado y…

Gonzalo se levantó enfadado y tomó el camino hacia la puerta. Carla tardó unos segundos en seguirlo, mirando a Ituarte por si quería decir algo más, pero no cruzaron las miradas. Se despidió de Jon y se marchó.

La mujer de Ituarte los vio pasar por delante de la cocina y acudió al despacho de su marido.

—¿Se lo has dicho?

—Decir, ¿qué?

—Ya sabes a qué me refiero y que necesitas ayuda.

—Les he dicho lo que debía decirles, pero no puedo excederme.

—Esto no sólo te afecta a ti. Tú verás de quién quieres rodearte.

Ituarte la miró y agachó la cabeza.

—Por favor, cierra. Quiero estar solo un rato.

—Siempre te has quejado del ego de Gonzalo, pero podrías mirarte en el espejo y ver cómo eres realmente. Siempre he estado a tu lado, pero te estás equivocando. Te quiero y respeto tus decisiones, pero recuerda que lo que nos afecta a mis hijos y a mí está por encima de todo.

—¿Crees que no pienso en mi familia?

—No dudo que lo hagas, pero Galván no debe influir en tus decisiones.

—No lo hace —respondió, sin estar del todo convencido.

—Yo creo que sí lo hace. Espero que no te arrepientas.

—Gonzalo es impulsivo y no se atiene a las normas.

Ella le miró fijamente y le aguantó la mirada.

—*Cuando te olvidas de quién eres y dejas de pensar como lo harías cuando eras un niño, déjalo volar y volverás a ser esa persona impulsiva y emocional al que no le da miedo tomar decisiones que sólo salen del corazón.* No quiero decir que tomes decisiones sin pensarlas, pero a veces es mejor ser impulsivo que cobarde.

Ituarte la escuchó y agachó la cabeza. Era la tercera vez que lo hacía en poco tiempo. Sabía que ella tenía razón y recordó que esa frase la pronunció él mismo un tiempo atrás. Hacía mucho tiempo que no se permitía ser impulsivo y actuaba como una máquina. Era consciente de que había perdido su esencia y la capacidad de enfrentarse a sus inseguridades. Ella le conocía bien, como nadie.

—No es fácil —consiguió articular tres palabras.

—¿Quién ha dicho que sea fácil?

—Me juego mucho.

—Hay cosas más importantes. Tendrás claro que respetas a Gonzalo, aunque intentes evitar que se te note, pero tú eras igual que él. No en las formas, pero sí en el fondo. No tengo que decirte lo que opino de Galván y no te lo voy a repetir. Siempre has presumido de rodearte de la gente que te puede ayudar y no quiero que los dejes de lado. Es tu decisión.

Se marchó y cerró la puerta. Ituarte no supo responder y comenzó a dar vueltas a la cabeza. Tenía una mujer que le había puesto en su sitio cuando su ego se había impuesto a su persona. En el trabajo, no había aprendido a saber escuchar, pero en casa era diferente. Se sentó y analizó cada palabra que ella le había dicho.

27
Cada día parece menguar

Era viernes por la noche. Pasaban unos minutos de las nueve y media cuando salieron de casa de Ituarte. Había sido un día largo y Carla miró su teléfono para ver los wasaps que había recibido. Gonzalo no la quitaba ojo mientras conducía.

—¿Hablando con el novio?

Carla levantó los ojos del móvil y asintió.

—Me pregunta si me voy a tomar algo. Está con Irene.

—Te llevo donde me digas.

Ella era consciente de que Guillermo no querría que apareciera con Gonzalo, aunque no entendía muy bien la razón. Ni siquiera lo conocía y nadie podría decir que fuera sospechoso con sus intenciones hacia Carla.

—Al Cairo —respondió, sin pensar—. Están allí, ¿lo conoces?

—No salgo desde hace unos años. No tengo ni idea.

Carla sonrió y puso la dirección en el navegador.

—Nos queda cerca —Gonzalo vio que la distancia era de menos de quince minutos, teniendo en cuenta el tráfico del fin de semana.

—¿Quieres venir?

No sonó como si lo deseara. Parecía más una invitación por compromiso. Él lo entendió.

—No te preocupes. Voy a casa a descansar.

—Como veas. ¿Quieres hablar de lo que ha pasado?

Gonzalo estaba cansado y con la sensación de haberse metido en todo en ese lío sin apenas haberlo pensado. Su intención era dar apoyo a una amiga, aunque de nuevo se daba cuenta de que no sabía mantenerse al margen. Era su adicción. Un hombre que no era capaz de aislarse en cuanto veía un indicio de algo que no le cuadraba.

—Perdona —se había quedado en las nubes—. Me he ido por un momento. No puedo dejar de pensarlo. Estoy estancado.

—¿Por qué crees que nos ha dicho todo eso?

—Porque no podía seguir justificándolo. Cuando le dijimos que nos estaba vigilando…

—Tiene sentido.

—Pero no nos ha dicho nada que no supiéramos. Es muy listo y ha manejado la conversación según iba viendo el rumbo al que se dirigía.

Seguía mirando al frente mientras conducía.

—Creo que debemos realizar otra visita a Rodrigo Lagar —dijo Carla.

Gonzalo apartó la mirada de la carretera por un momento.

—¿El poli jubilado?

—Él fue quien investigó la desaparición de Rubén Pineda, y es la persona con la que fue a hablar Sebas poco antes de morir. Puede que tenga más información.

—Pero no nos la dirá.

—¿Por qué crees eso? Ya te dijo algunas cosas.

—Eso es cierto, pero no le caí muy bien. Le di mi teléfono para que me llamara si quería contarme algo más. No creo que nos valga de mucho.

—¡Nooooo! ¿No le caíste bien? —no pudo evitar carcajearse—. A nadie le caes bien. Creo que las únicas personas a las que les caes bien…

—Lo pillo. Ya es suficiente.

—Perdona. Necesito reírme un poco.

—Me gustaría hablar con Carlos Neva —buscaba otras opciones para colocar en su libreta mental, aunque sabía de la dificultad de acceder a él.

—Eso es imposible y, además, se le vio bastante perdido.

Él buscaba algo a lo que agarrarse y poder continuar, pero las respuestas las veía más lejos de lo que le gustaría.

—El puto Ituarte. Él lo sabe todo.

Llegaron a su destino y encontró un sitio en la puerta del bar. Esperó a que saliera el coche que dejaba el hueco y aparcó, dejándolo alejado de la acera.

—Pásalo bien. Mañana hablamos.

Carla abrió la puerta, pero antes de cerrar le hizo un gesto.

—Venga. Ven a tomar algo y te olvidas. Es un bar de conciertos y toca un grupo de versiones. Te gustará.

—¿Qué tipo de versiones?

—De las nuestras —movió la cabeza hacia los lados—. Más de la tuya, pero es música de los noventa o por ahí. Seguridad social, Hombres G… Las que gustan a todos.

—¿Y Guillermo? ¿Le sentará bien?

—Estoy pensando que, si te conoce y nos ve juntos, se le pasarán todas esas tonterías.

—Está bien. Cierra y aparco bien.

Entraron en el bar y Gonzalo no tardó mucho en saber quién era Guillermo. En el grupo que rodeaba a Irene había una cara seria mirándolos nada más entrar. Se dirigieron hacia ellos y Carla le presentó a todos. El último fue su novio.

—Guille, este es Gonzalo.

Este extendió la mano, sin cambiar un ápice su expresión.

—Encantado.

Gonzalo era consciente de que no le hacía gracia tenerlo en frente.

—Lo mismo —respondió, sonriendo—. Es un placer conocerte. Carla me ha hablado mucho de ti.

—¿Quieres una copa? —preguntó Guillermo.

La invitación parecía ser sólo para Carla, aunque ella la extendió a Gonzalo.

—Claro, ¿tú quieres algo?

—Estoy bien, gracias —respondió—. En un rato.

Irene se acercó a Gonzalo. Le tenía cierto respeto, pero se sentía más liberada al no tenerle de compañero.

—¿Qué tal va todo? ¿Te vas a quedar mucho por aquí?

—Lo justo. Puedes estar tranquila.

Quedaba claro que no iba a haber un acercamiento. Ella se dio la vuelta y volvió a hablar con sus amigos. Gonzalo se mordió el labio, pensando que se había quitado de en medio una conversación sin sentido repleta de formalismos para ser educados.

Comenzó a sonar *Aquí no hay playa* y se le escapó una sonrisa. Hacía mucho tiempo que no la escuchaba. De pronto, Guillermo se colocó a su lado.

—A mí también me ha hablado de ti.

—Nada bueno, por lo que veo.

El chico se quedó sorprendido.

—¡Perdona!

—No te caigo muy bien, ¿verdad?

A pesar de que pudieran haberle hablado de Gonzalo con antelación, vivir sus reacciones en directo le sorprendieron de igual forma. No estaba acostumbrado a que la gente no intentara agradar en un primer momento.

—No te conozco. No puedo decirte si me caes bien.

—Buena respuesta —a Gonzalo le gustó que fuera tan directo—. Siento haberte quitado a Carla estos días. Sólo intento ayudar.

—Está muy afectada, creo.

Era la segunda indirecta que le soltaba. No estaba pasando tiempo con ella para poder asegurarlo.

—Igual me estoy excediendo —Guillermo interpretó que, si Gonzalo era la mitad de lo que le habían contado, aquella frase no podía continuar bien—. Carla es muy importante para mí, pero le saco unos años y es una amiga. Tan sólo eso.

Aunque con esa frase quisiera ayudar a Carla, no fue la mejor manera de hacerle ver a su novio que únicamente eran amigos.

—¿Ella te ha dicho algo?

Gonzalo se dio cuenta de que la respuesta a esa pregunta podría empeorar las cosas entre ellos e intentó arreglarlo.

—¿Decirme qué? He visto cómo me has mirado al entrar y he pensado que… Además, está Irene. No creo que le caiga muy bien. Puede que te haya influido.

—No importa —se limitó a decir Guillermo.

Como si no hubiera dicho nada, Gonzalo cambió de tema al instante. Seguía siendo lo único que le importaba en ese momento y quería saber la relación que podría haber tenido Guillermo con el compañero de su novia.

—Está bien. ¿Conociste a Sebas?

El cambio de rumbo de la conversación le dejó descolocado.

—Sí, lo vi alguna vez. ¿Por qué me preguntas eso?

—Yo no tuve el placer y quiero saber lo que opinabas de él. Nada más.

—Me ha sorprendido su muerte, como a todos. Parecía un buen tío, pero no soy la persona más indicada para decirte cómo era.

—¿Te ha contado Carla lo que le pasó?

No sabía muy bien la razón de hacerle esas preguntas. Puede que no pudiera pensar en otra cosa y buscara ampliar su información.

—Me ha contado que lo mataron.

—Me refiero a cómo lo mataron.

Guillermo miró a la barra. Carla había ido a pedir su copa y, mientras la esperaba, clavaba la vista en ellos dos.

—Me dijo que no podía decírmelo.

Gonzalo no se lo creyó.

—¿En serio?

—Me ha dicho que fue de una forma horrible, pero eso es todo.

—¿Y no te creó curiosidad?

—No entiendo a qué viene todo esto, la verdad.

—Es una conversación.

—No es la típica conversación con alguien al que no has visto nunca.

—Eso es cierto, pero no me gusta hablar por hablar. Crea incomodidad y no es interesante. ¿Te caía bien?

—Ya te he dicho que sí.

—¿Desde cuándo conoces a Irene? —volvió a cambiar de tercio.

—No lo sé. Desde hace unos años.

—Tuviste suerte de conocer a Carla. Espero que la trates bien.

El chico pensó que había llegado el momento de terminar esa conversación. La más extraña que había tenido nunca.

Carla apareció para salvarlo y Gonzalo supo que no iba a encajar allí.

—Ha sido un placer. Estoy cansado.

—¿Ya te vas? —preguntó, sorprendida.

—Lo siento, Carla. Os dejo que os divirtáis —miró a Guillermo —. Ha sido un placer conocerte.

Se marchó y Carla no tardó en preguntar a Guillermo.

—¿De qué habéis hablado?

—Carla, este tío está mal de la cabeza. Me ha hecho unas preguntas absurdas.

—¿Qué preguntas? —sin escuchar la respuesta, ya pensaba que había sido un error dejarlos solos.

—Si tuve relación con Sebas y hace cuánto que voy con Irene y si sabía cómo había muerto Sebas…

—¿En serio?

Parecía sorprendida hasta ella, que le conocía a la perfección, aunque recordó haber hablado con Gonzalo de ello y le dijo que no le contara nada a Guillermo.

—En serio. Ha sido surrealista.

—¿Qué le has dicho?

—Que no me habías contado nada.

—Mejor.

—No sabía si querías que supiera que me lo habías dicho. No sé. Me ha salido así.

—Es un tipo raro, pero es la persona en la que más confío —notó en su cara que no le había gustado esa afirmación—. He tenido más experiencias con ese hombre que con nadie en el mundo. Espero que lo entiendas y no lo tergiverses.

—Lo entiendo, pero me jode. No lo puedo evitar.

—Llevamos lo que llevamos. No intentemos acelerarlo.

Esta vez, a él le sentó peor. No hacía falta que le demostrara que Gonzalo estaba muy por encima de él.

Carla era tan directa que no le gustaba decir lo que no pensaba o demostrar lo que no sentía. Había pasado malos momentos en su pasado con otro hombre, en los que no había conseguido llegar a una sinceridad absoluta. Ahora sabía que lo que quería y no estaba dispuesta a volver a pasar por algo así con nadie más sin dejar todo claro desde el principio. Había pensado alguna vez que le gustaría que su pareja ideal tuviera la sinceridad de Gonzalo y las formas de Bruno. Una mezcla perfecta que era difícil de encontrar. Además, debía tener algo más que hiciera que fuera el hombre perfecto. Jamás se había sentido atraída hacia ninguno de los dos, aunque admiraba cada parte de cada uno.

La respuesta de Guillermo tampoco le gustó a ella.

—Más que acelerarlo, cada día parece menguar.

—Siento que pienses eso —realizó un silencio al que acompañó de cara de hastío—. Yo también me voy a casa. Necesito descansar.

—Pero…
Carla ya se había ido. Salió del bar y se marchó a casa.

28
Eso es lo apasionante

A la mañana siguiente, Gonzalo apareció por casa de Carla. Llamó al telefonillo, llevando una bolsa de cartón en la mano. Ella abrió sin contestar, por lo que supuso que le habría visto por la cámara. Cuando llegó a su piso, se encontró la puerta abierta.

—Traigo churros —dijo Gonzalo, desde la puerta.

—Pasa al salón —respondió desde su cuarto—. No te esperaba.

—No me voy a asustar. Puedes salir con los rulos.

Sonó una risa falsa y, segundos después, apareció en el salón.

—Cómo te gusta meterte donde no te llaman.

Reaccionó sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes bien. Que traigas churros significa que eres consciente de que ayer no te comportaste como debías.

—No te sigo.

—Me sigues. ¿Por qué no dejabas de hacerle preguntas?

—¿A Guillermo?

—Sí. ¿Por qué siempre tienes que dar la nota?

Gonzalo elevó los hombros con cara de bueno.

—No sé hablar del tiempo. Lo siento. ¿Discutiste con él?

—Comienzo a pensar que era lo que estabas buscando.

—¿Por qué dices eso? No soy tan cabrón.

—Entonces, ¿para qué leches le preguntaste tonterías?

—No me parecen tonterías. Son cosas muy serias.

—Ya me entiendes.

Colocó los brazos en jarras, como si estuviera echando la bronca a un niño.

—Quería saber lo que le habías contado.

—Ya te lo dije. ¿No me crees?

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

—Olvídalo. No me apetece discutir. La próxima vez, será mejor que no me lleves y no te pasarán estas cosas. Al menos, ahora te podrás centrar en esto.

No sabía cuál había sido la verdadera intención de la frase, pero a Carla no le sentó bien.

—Te lo vuelvo a preguntar. ¿Lo hiciste para que discutiéramos?

—No voy a responder a una pregunta tan absurda. Si quieres, te

digo lo que estuve haciendo yo y dejamos este tema aparcado.

Se quedó callada por un momento y supo que era mejor no responder.

—Dime.

—He hecho una especie de árbol genealógico, poniendo a cada uno en su sitio —sacó un papel del bolsillo—. Tenemos dos ramas. En la izquierda, está el caso de corrupción relacionado con las drogas y en la derecha, tenemos la desaparición de Rubén Pineda. He puesto los nombres de los que trabajaban en la comisaría de Galván cuando aquel desapareció. Tenemos a Ituarte, Álvaro Crespo, que está fiambre —Carla soltó un ruidito, ante el comentario desafortunado—. También estaba Carlos Neva, que está en la cárcel. Y Sebas. Como ves, los nombres son los mismos en su mayoría. Tiene que haber una relación entre las dos ramas.

—Está claro, pero ¿cuál es?

—En fin. Por último, un tío en el que no habíamos reparado. En la comisaría había más gente, pero ninguno aparece en los documentos, por lo que podemos pensar que están fuera de todo esto. Ese nombre del que te hablo sólo lo ubicaríamos en la rama derecha, donde encuadramos todo lo que tiene que ver con Rubén Pineda.

—¿Qué tío?

—Uno que pidió la baja del cuerpo de Policía unos días después de que cerraran su caso.

—¿Sabes por qué?

—No, pero es para tenerlo en cuenta.

—¿A qué se dedica ahora?

—Tiene un videoclub —Gonzalo se partió de risa al ver la cara de Carla—. Es coña. Tiene un negocio familiar o trabaja en él. Su padre está vivo.

Carla no entendía sus bromas, pero Gonzalo no necesitaba que se las rieran.

—¿De qué es el negocio?

—Una ferretería.

—¡Qué raro! —a Carla le sorprendió el cambio—. ¿Por qué iba a dejar de ser policía para irse al negocio familiar?

—Esa es la cuestión. ¿La presión?

—Por haber vivido algo extraño como esa desaparición —añadió.

—Sería lo más lógico.

—¿A qué estamos esperando?

Aparcaron cerca de la Plaza Bilbao y fueron andando hasta la ferretería. Permanecieron fuera unos minutos, hasta que reconocieron al hombre de la foto que tenía Gonzalo en su mano. Una vez dentro,

se dirigieron a él. Parecía más joven que la edad que tenía en ese momento. No se le notaba una cana en la cabeza, pelo rizado tan bien puesto como si tuviera veinte años y alrededor de metro setenta y cinco. Quizá algo más.

—¿Jaime Peña?

Asintió.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Me gustaría poder hablar en un sitio más tranquilo, si es posible. No quiero robarle mucho tiempo. Entiendo que está trabajando.

Le cogió desprevenido e intentó recordar si conocía a ese hombre de algo.

—Ahora estoy…

Gonzalo no le dejó terminar.

—Será sólo un momento.

—Esperen —llamó a una chica que estaba en el interior y le hizo un gesto para que se encargara—. Pueden pasar dentro.

No parecía muy convencido. En cierto modo, era normal que le diera miedo entrar al almacén con dos desconocidos. Antes de continuar, se dio cuenta de que no había preguntado ni de quién se trataba.

—Perdone, ¿nos conocemos?

—No, que yo sepa, a no ser que coincidiéramos en algún momento mientras usted aún era agente de policía.

En ese momento, se le notó el nerviosismo y continuó andando hacia el interior del local.

—¿Ha pasado algo?

—Venimos a que nos hable de su etapa en la comisaría de Alejandro Galván.

Gonzalo pensó que quizá había sido demasiado directo, y esperaba que no se le quitaran las ganas de hablar.

—¿Cómo? —a continuación, cogió aire como si le faltara la respiración—. Hace muchos años de eso.

—Lo sé —Gonzalo le aguantó la mirada y Jaime no hizo lo mismo—. Me preguntaba por qué dejó ese trabajo.

—No entiendo a qué viene esto.

—Es una pregunta sencilla. No le estoy acusando de nada.

—¿De qué me iba a acusar? Yo no he hecho nada.

—Justo lo que acabo de decir. Das la sensación de ser más joven que yo, así que, si no te importa, nos tuteamos.

—Claro.

Jaime Peña se secaba las manos una y otra vez en el pantalón.

—¿No te gustaba ser policía?

—Sí, pero con el tiempo me fue cansando y decidí dejarlo.

—No he podido presentarme —interrumpió—. Soy Carla y él es Gonzalo. Te preguntaba esto porque queremos hablar de tu etapa en esa comisaría. No tienes nada por lo que preocuparte.

Jaime sonrió de forma forzada y movió la cabeza con un gesto que se confundía entre un sí y un no.

—¿Mi etapa en la comisaría? ¿Por qué os interesa eso? Fue hace algo así como diez años atrás.

—¿Conociste a Sebastián Morales?

Su piel tomó un tono blanquecino al instante.

—Sí, el Moro.

Era la segunda vez que escuchaban ese mote, aunque parecía que se trataba de algo circunstancial mientras trabajó allí.

—Ha muerto —soltó Gonzalo de repente.

—¿Cómo? —pareció realmente sorprendido—. ¿Qué le ha pasado?

—Lo han matado —aclaró Gonzalo, con cierto dramatismo—. ¿No lo sabías?

Jaime se llevó una mano a la cara justo después de secarse el sudor en el pantalón.

—No sabía nada.

—¿Hace cuánto tiempo que no lo veías? —el tono de Gonzalo sonaba a interrogatorio y sabía que no era la mejor idea. Intentó rebajar los ánimos—. Estamos todos muy afectados.

—Hace años. Desde que salí de la comisaría.

—¿No os llamasteis nunca?

—No. No guardo relación con ninguno.

—¿No has vuelto a verlos?

—Alguna vez, me crucé con alguno. Hola, qué tal estás y esas cosas, pero nada más.

Mientras escuchaba su respuesta, Gonzalo intentaba construir la siguiente frase sin que pareciera una acusación, pero le estaba resultando muy difícil hacerlo.

—Me gustaría que nos hablaras de esa época. De tus compañeros allí.

Jaime seguía sin entender nada.

—¿Qué tiene que ver lo del Moro con eso?

—Entiendo que estés confuso —dijo Carla—. Lo único que queremos es saber lo que podamos sobre Sebas y sus relaciones.

—Era familia del jefe. No estaba muy bien visto.

—¿Y por ti?

Jaime tardó en responder a Gonzalo.

—No era de mis mejores amigos, pero tampoco tenía nada en su contra.

Gonzalo decidió ir al grano.

—¿Qué nos puedes contar de la desaparición de Rubén Pineda?

Si se había sorprendido con la pregunta anterior, esta le hizo cambiar la cara por completo.

—No entiendo lo que pasa. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Eso es lo que queremos saber. Por favor, responde a la pregunta.

Tomó aire y se dispuso a responder.

—No sé lo que pasó con Rubén. Simplemente, no lo volvimos a ver.

—Debió afectarte mucho —la intención de Gonzalo estaba clara para Carla—, para que dejaras el cuerpo nada más concluir el caso.

—Ya tenía decidido irme. No fue por eso.

—Sin embargo, esperaste a que lo dieran por cerrado para hacerlo.

Continuó la frase con la mirada, esperando que la pregunta implícita hubiera sido clara.

—No habría sido un buen momento.

—Pero ¿después si lo fue?

—No quería seguir estando allí. No hay que darle más vueltas.

—Háblanos de Rubén Pineda.

Jaime miró a Gonzalo y elevó los hombros.

—¿Qué queréis saber?

—¿Quién era?

—Era un tío normal. Soltaba chorradas constantemente para hacer reír a los demás y le gustaba la juerga. Es la definición más concreta que puedo darte.

A Gonzalo le sorprendió, cruzó los brazos e intentó imprimir presión con la mirada.

—Me habían dicho que era un tío problemático.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El policía que investigó la desaparición.

—No era cierto. Al menos yo no lo veía así.

—¿Por qué lo iban a decir, entonces?

—Era un buen tío. Algunos no pensaban eso. Al final, son relaciones.

—También han dicho que robó dinero. ¿Es eso cierto?

—¿Qué? No robó nada. No…

Parecía más nervioso a medida que avanzaba la conversación y la duda al dejar la frase abierta le interesó a Gonzalo.

—Haz un esfuerzo. Nos estás pintando a una persona que dista mucho de lo que he escuchado hasta ahora.

—¿Por qué me estáis preguntando estas cosas? ¿Lo estáis investigando de nuevo?

Carla sintió que la conversación estaba llegando a su fin. Tenía la sensación de que, supiera algo o no, iba a ser difícil obtener más información. Miró a Gonzalo para que le dejara hablar a ella.

—No lo estamos investigando. Sebas era mi amigo y mi compañero y quiero saber lo que le ha ocurrido. No te estamos acusando de nada. Sólo queremos ayuda de alguien.

—Pero yo no puedo ayudaros. No sé cómo podría hacerlo.

—Diciéndonos si ocurrió algo para que dejaras la Policía y si tuvo que ver con Rubén Pineda.

—Ya os he dicho que no tuvo nada que ver con él. Estaba cansado y me fui. No entiendo a qué viene esto.

Carla decidió soltar la bomba final antes de marcharse. Era su única oportunidad.

—Porque no es el único que ha muerto. También lo ha hecho Álvaro Crespo.

—¿Cómo? ¿También han matado a Álvaro?

—¿No estás preocupado? —soltó Gonzalo de pronto—. Carlos Neva está en la cárcel acusado de matar a Sebastián. Os están jodiendo a todos por algo que hicisteis, y si no hablas irán a por ti. Es hora de que nos cuentes lo que sabes y tal vez podamos ayudarte.

Jaime se sentó en una silla, con cara de miedo. Gonzalo lo había dejado sin aliento con una amenaza que haría mella en cualquiera. Se levantó de un respingo y comenzó a dar vueltas en círculos. A Gonzalo le comenzaba a desesperar el gesto impulsivo de secarse el sudor de las manos en el pantalón. Parecía que llevara con él puesto unos días.

Se sentó de nuevo y miró a Carla a los ojos.

—Si esto sale de aquí… Además, no sé si…

—Además ¿qué? —explotó Gonzalo.

—Sabía que habían muerto mis dos compañeros. Además, vino a verme el Moro. Perdón, Sebas, y luego…

—¿Vino a verte? —preguntó Carla—. ¿Cuándo?

—Unos días antes de morir. Me sorprendió como lo acabáis de hacer vosotros. Estuvimos en el almacén hablando y me preguntó por nuestros antiguos compañeros.

Estaban más atentos que nunca. Jaime Peña se había hecho el tonto hasta el momento de recibir la amenaza velada.

—¿Qué es lo que quería saber?

—No me lo dijo directamente, pero me dejó entrever que sabía que ellos estaban implicados en la época en la que comenzó a entrar la droga a Burgos con total impunidad, y me dijo que el hijo de Galván había muerto por esa droga y querían pillar a esa gente. Como os digo, en todo momento me habló de los posibles responsables y me preguntó si nosotros habíamos tenido alguna información en aquel momento, pero yo sabía que estaba pensando que fueron mis

compañeros.

—¿Por qué te lo dijo a ti? También podías haber estado implicado.

—Porque…

Gonzalo se dio cuenta al instante, y sonrió al saber que habían dado con la pieza clave para comenzar a tener datos más concretos.

—Porque te fuiste de la comisaría por esa razón.

Jaime agachó la cabeza.

—Yo sabía que tomaban drogas y se comportaban como si el mundo fuera suyo. Nunca participé en nada, pero me daba miedo. Una vez que salimos de copas, escuché una conversación que desearía no haber oído. Álvaro Crespo le estaba diciendo a Rubén Pineda que no tenía otra salida. Que ahora que lo sabía, no podía marcharse sin más, le amenazó.

—¿Qué le dijo? —la conversación se había puesto muy interesante y Gonzalo sentía el gusanillo de la emoción, como si estuviera viendo una película.

—Le dijo que tenía dos opciones. Callar y hacer lo que le obligaran, o atenerse a las consecuencias. Le dijo que estaba tratando con gente muy peligrosa.

—¿Quién era esa gente?

—No lo sé. Escuché esa conversación e intenté mantenerme alejado de ellos. Poco a poco, empecé a entender que no quería dedicarme a eso.

—¿Por qué no pediste el traslado?

—Se me quitaron las ganas. Tenía la sensación de que no era mi sitio y desde entonces, vivo muy tranquilo en el negocio familiar. Entiendo que es difícil de comprender para algunos, pero yo no valía para eso.

—¿Crees que mataron a Rubén Pineda?

Gonzalo comenzaba a hilar todo y esperaba escucharlo de su boca.

—Es lo primero que se te pasa por la cabeza, ¿verdad?

—¿Por qué nos lo estás contando? —había algo que a Carla no le cuadraba—. No sabes quiénes somos y nos sueltas esto.

—Es obvio que estoy acojonado y sé quiénes sois. No os ponía cara, pero todo el mundo sabe quiénes sois. Además, Sebas estuvo charlando conmigo antes de explicarme todo y me habló de ti —señaló a Carla—. Me dijo que estaba trabajando contigo. Supongo que me hizo creer que era una visita a un antiguo amigo, para luego indagar algo más.

—¿Le contaste lo que nos estás diciendo ahora?

—No. Tampoco sabía si él había estado implicado o no. No me parecía normal que viniera de sopetón a hablar de un tema de hace

tanto tiempo. En ese momento no sabía lo que debía decir. Luego, me enteré de su muerte y de todo lo demás y comencé a temblar.

—¿Quién crees que mató a Sebas?

La pregunta de Gonzalo había sido tan directa que provocó una mueca en Jaime.

—Al principio, piensas que, al estar investigando a sus antiguos compañeros, puede que tuvieran algo que ver, pero luego apareció muerto Álvaro Crespo y en la cárcel Carlos Neva y pensé que me había equivocado, pero que también podrían pensar que yo podía saber algo. La verdad es que no tengo ni idea, pero al igual que habéis venido vosotros…

Volvió a realizar el mismo gesto con el sudor y se tapó las manos con la cara. Carla y Gonzalo pensaban que estaba cerca de sufrir un ataque de ansiedad.

—¿Sabes quién es Rodrigo Lagar? —preguntó Carla.

—Claro, el hombre que nos vino a preguntar por Rubén y no volvimos a ver.

—¿Por qué crees que no lo volviste a ver?

—Porque sólo vino una vez a entrevistarnos y cerró el caso a toda velocidad.

—¿Qué te preguntó? —continuó Gonzalo.

—Lo típico. Preguntas sobre Rubén.

—¿Qué le respondiste?

—Que no sabía nada. Que era un tío normal.

—A mí me dijo que le habíais contado que era problemático y que se llevó dinero.

—Yo no le dije eso, porque nunca ocurrió.

—Cuando has hablado de ese hombre —le soltó Carla—, me ha parecido que dudabas de la profesionalidad de Rodrigo Lagar. ¿Qué has querido decir? ¿Crees que podría haber estado en el mismo bando que tus compañeros?

—¿Cómo?

—Me refiero que has dicho que cerró el caso con sólo una visita. Él nos ha contado que vosotros dijisteis que Rubén era complicado. Podría ser que quisieran poner a investigar a alguien que no fuera a hacer mucho ruido. Alguien de confianza. ¿Sabes si tenían alguna relación anterior entre ellos?

—No acuso a nadie y no le había visto con anterioridad. No puedo decir si el resto tenía algún tipo de relación o no. Lo único que digo es que salí de allí porque no me gustaba todo eso. Hay intereses y nunca sabes quién te va a ayudar o quién te va a joder la vida. Vivía todos los días con ansiedad y supe que no era mi sitio. Si tuviera que mojarme, diría que esa investigación no fue limpia, aunque también es cierto que no tengo ni idea de lo que pasó. Lo siento, pero es la

verdad.

Carla miró a Gonzalo y este le devolvió la misma mirada. No sabían lo que pensar; podría estar mintiendo desde el principio porque tuviera miedo por lo que le podría pasar a él, o porque supiera más de lo que decía. En todo caso, tenían una declaración que añadir a la lista para poder analizarla con tranquilidad.

—Está bien. Gracias por tu tiempo —Gonzalo lo dio por zanjado.

Jaime se levantó de inmediato.

—Espera. ¿Va a saber alguien esto? ¿Qué va a pasar conmigo?

—No lo sé —respondió, levantando las cejas—. Si quieres protección, tendrás que ir a hablar con la Policía y contarles todo esto.

—No puedo hacer eso. No quiero involucrarme en algo que no me concierne.

—Es tu decisión. Te deseo suerte.

Tomó el camino hacia la puerta y Carla lo siguió. Jaime no pudo reaccionar y se quedó congelado, viendo cómo se marchaban.

Subieron al coche y Gonzalo miró a Carla muy serio.

—¿Qué hacemos? Este tío nos ha mentido desde que hemos llegado. Tengo la sensación de que nos miente todo el mundo, comenzando por Ituarte.

—Puede que esté en peligro.

—Si eso es cierto, no tenemos opciones de protegerlo. Ya no sé qué pensar.

—Lo sé —respondió, apenada—. ¿A quién podemos creer? Estaba pensando en el árbol que has hecho y el nombre de Jaime Peña no aparece en los informes. ¿Por qué lo has incluido? Se me ha pasado preguntártelo antes y acabo de caer.

—Lo importante no es pensar a quién podemos creer, sino colocar de forma correcta en ese árbol de nombres a cada uno de ellos. En el caso de Jaime Peña, su nombre no aparece por ningún lado, pero me pareció que debía tener en cuenta el hecho de que se marchara de la comisaría en ese momento. Signifique algo o no, es para dejarlo en el árbol, de momento. Y con más razón después de lo que nos ha dicho.

—Podrías pensar lo mismo de otros que también trabajaban entonces en la comisaría. Puede que no haya nada que los relacione y puedan estar implicados de alguna manera.

—No lo creo. En todo caso, si seguimos ampliando la lista, nos vamos a ir liando cada vez más. Puede que vayan apareciendo nombres a medida que avancemos, pero eso irá cayendo por su propio peso.

—Es fácil decirlo.

Carla movía la cabeza una y otra vez. No sabía por dónde empezar con ese árbol.

—Eso es lo apasionante.

Un mes antes del asesinato de Sebastián Morales

Sebastián sabía que estaba pagando su penitencia y que la traición a Galván le iba a perseguir de por vida. Debía haberle contado todo a Alejandro cuando salvó a su hijo de la redada, pero ya era tarde para eso y sólo pensaba en devolverle lo que le había quitado.

El riesgo que había corrido hasta ahora era muy grande. No podría conseguir la información sin meterles el miedo en el cuerpo a sus antiguos compañeros. Debía ponerlos nerviosos para que hablaran y pudiera conseguir las escuchas, pero al mismo tiempo, el miedo a que pudiera ocurrirle algo le perseguía por cada esquina. Se sentía vigilado.

Su trabajo por fin dio frutos una noche en la que se reunieron Carlos Neva y Álvaro Crespo. Había colocado micros en sus casas. No le gustaba hacerlo de forma ilegal, pero las órdenes eran claras y debía restituir el mal que había hecho, aunque no hubiera sido su intención. No importaba. Se sentía en el deber de hacerlo. Subió el volumen al máximo y no pudo evitar levantarse para caminar mientras los escuchaba. Esperaba que se tratara del momento que llevaba esperando desde hacía tiempo y pudiera escuchar algo que les incriminara o les acercara a los culpables.

Empezaron por ponerse al día y preguntarse por sus vidas. Sebastián puso mala cara. Eso no era buena noticia, en una situación tan comprometida. Había hecho lo posible para que se sintieran intimidados y, sin embargo, no escuchaba nada al respecto por el momento. Dudó si lo habría hecho bien.

Se hizo el silencio, se sentó y agudizó el oído para descifrar lo que estaba pasando. No tenía cámaras para saberlo y volvió a dudar de si ellos estarían teniendo cuidado por si estaban siendo escuchados. Sólo oía pasos y el ruido de las copas al chocar entre ellas. Parecía que las estaba sacando de un armario.

Sebas comenzó a ponerse nervioso y se levantó de nuevo para caminar, dando vueltas en círculos y acelerando el ritmo. De pronto, su mujer tocó la puerta y entró.

—Por favor —gritó— sal de aquí.

Ella nunca le había visto tan nervioso, pero no le dio importancia.

—¿Qué te pasa?

—Perdona. Estoy con algo del trabajo —bajó el volumen para

que no escuchara nada—. Quiero irme a dormir pronto y tengo que acabarlo cuanto antes.

—¡De acuerdo! —exclamó, acompañándolo de una sonrisa—. No molesto al señorito. Está la cena preparada, pero ya empiezo yo y luego te la calientas.

—Gracias —Sebas intentó rebajar la tensión con un gesto cariñoso—. Voy en cuanto pueda.

Esperó a que saliera y cerrara la puerta para subir el volumen, con la esperanza de no haberse perdido nada.

Ya habían cambiado de conversación y las primeras palabras que escuchó fueron *La caja de Cristal*. No entendía lo que significaba. Sentía la necesidad de volver hacia atrás para saber a qué se referían, pero habría tiempo para ello cuando hubieran terminado de hablar.

A continuación, escuchó su nombre y supo que su plan había funcionado. Sabían que él andaba detrás de ellos. Carlos Neva le dijo a Crespo que estaba muy preocupado por lo que estaba pasando. No entendía que, años después, les estuvieran investigando, y se preguntaba si el Moro sabría algo. Hacía mucho tiempo que nadie le llamaba así.

Sebastián azuzaba a sus antiguos compañeros a que hablaran, como si le pudieran escuchar, y se reía de sí mismo, con la emoción a flor de piel y los nervios disparados.

De pronto, se le cayó el ánimo al suelo al escuchar el nombre de Rubén Pineda y lo que estaban hablando de él. No podía creerlo e intentó subir aún más el volumen, a pesar de que ya estaba a su máximo nivel. Creía que era demasiado grave lo que estaba investigando, pero se dio cuenta de que ni de lejos habría pensado que se podía tratar de algo tan horrible.

Lo siguiente que dijo Carlos Neva hizo explotar todo por los aires. A Sebas se le quedó la boca abierta y, cuando consiguió asimilarlo, su mente formuló una pregunta: *¿Rubén Pineda estaba vivo?*

29
Órdenes de Galván

Se había hecho de noche en un momento, tras el tremendo chaparrón que estaba cayendo. Ituarte conducía de camino a casa y tuvo que pararse casi por completo en la carretera por miedo a que pudieran colisionar contra su coche.

No dejaba de mirar por el retrovisor, sin poder distinguir al resto de vehículos, aunque esperaba que los demás estuvieran haciendo lo mismo.

Le dio tiempo a pensar. En realidad, no paraba de darle vueltas a la cabeza. Su mente era una olla a punto de explotar y en cualquier momento podía llegar al punto en el que la válvula saltara por los aires.

Sólo escuchaba el ruido del agua al impactar contra la carrocería del coche y el estruendo de los truenos, algo más separados en el tiempo, lo que le indicaba que poco a poco se iba alejando la tormenta. Sonrió al darse cuenta de que la tormenta no había hecho más que empezar. Llevaba unos días observando los relámpagos, pero era consciente de que, de un momento a otro, se desataría por completo y tenía miedo de no haber dado la importancia que se merecían dichas señales. Las decisiones tenían consecuencias, y no quedaban muy lejos.

No paraba de escuchar voces en su cabeza. La más alta era la de su mujer, sabía que ella nunca se inmiscuía en los asuntos de trabajo, aunque en esa situación tenía razón. Pero también había otras voces importantes que no debía obviar. En cualquier caso, sentía que iba a perder la partida, la jugara como la jugara.

La lluvia comenzó a remitir y pudo retomar una velocidad adecuada para no llegar a las tantas a casa. Presionó el botón del volante para ordenar una llamada y escuchó la voz que le preguntaba a quién quería llamar. Respiró hondo y anuló la orden. En el momento en el que hiciera esa llamada, no podría volver atrás. Esa lucha interna se estaba convirtiendo en un fastidio que comenzaba a sacarle de sus casillas. Volvió a presionar el botón y dio la orden de llamar a Carla. Agachó la cabeza y pensó en colgar, pero ya habían sonado dos tonos. Carla cogió el teléfono.

—¿Jefe?

—Hola, Carla.

Se hizo un silencio y Carla miró extrañada a Gonzalo. Tapó el

micrófono y le dijo en voz baja con quién estaba hablando.

—¿Pasa algo? ¿Sigues ahí?

—Sí, sigo aquí.

Ituarte seguía sin decir nada y Carla elevó las manos sin entender lo que quería.

—¿Estás bien? Te veo muy raro.

—Quiero hablar contigo. Por favor, ven a mi casa y charlamos. Creo que ya sabes dónde está —la ironía iba implícita.

Le costó creer lo que acababa de escuchar y, de nuevo, adoptó el mismo gesto de sorpresa.

—¿A tu casa? Me echaste de ella no hace mucho.

Ituarte no respondió a la provocación, pero a Gonzalo comenzaba a hacerle gracia la situación.

—¿Sabes algo de Gonzalo?

Era una pregunta retórica. Estaba convencida de que sabía que estaba con él o, al menos, le llamaría al acabar la llamada. Ituarte era un hombre inteligente.

—Sí, estoy con él.

Corría el riesgo de que la invitación caducara, pero como acababa de imaginar, era un riesgo muy poco probable. Su jefe no tenía otra opción que confiar en ellos.

—Perfecto. Los dos en mi casa en media hora.

—Claro —respondió.

Ituarte colgó.

—¿Qué pasa? —preguntó Gonzalo.

—Quiere que vayamos a su casa.

—¿Los dos? —abrió la boca y colocó una mano en la barbilla simulando que la cerraba ante el asombro.

—¿Qué querrá?

—¿Matarme?

Carla se rio y asintió.

—No lo descartes. Igual me apunto.

Gonzalo se frotó las manos.

—No te imaginas lo que me está gustando esto, y puedes decir que me lo paso bien cuando hay muertos y toda la pesca, pero entiendes lo que quiero decir. No sabía que lo echara tanto de menos.

—Yo sí lo sabía. No puedes vivir sin trabajar.

Gonzalo colocó una mano detrás de su cabeza y otra en el volante y aceleró.

—No perdamos el tiempo.

Ituarte llegó a casa y entró por el garaje. Saludó a su mujer y la dio un beso con una sonrisa en la cara. No le salió muy efusiva, pero captó su atención.

—¿Todo bien?

—No, pero he tomado una decisión.

Ella alzó la mirada, intentando captar lo que le quería decir.

—¿A qué te refieres?

—Te voy a hacer caso. No paro de mirar hacia todos los lados cuando estoy en la calle.

Por primera vez en mucho tiempo, se sentía inseguro. Su mujer le había despertado esa sensación y no tenía la intención de obviarla.

—¿Qué vas a hacer?

—Acabo de llamar a Carla. Viene con Gonzalo. También he llamado a Bruno. Creo que tiene el derecho a saber lo que está ocurriendo.

Ella sonrió.

—Es lo mejor. Tienes que sacar todo lo que llevas dentro y apoyarte en gente en la que confíes. Me alegra que hayas decidido coger al toro por los cuernos.

—Lo sé, pero puede explotarme en la cara.

Le entendía, sin embargo, era la decisión correcta.

—Lo sé —repitió la respuesta—. El tiempo dirá.

Se marchó a su habitación para quitarse el traje y ponerse cómodo. Se tumbó en la cama para poner sus ideas en orden y escuchó el timbre a los pocos minutos. Se incorporó y bajó por las escaleras. Les hizo un gesto sin decir nada para que le acompañaran a su despacho, esperó a que pasaran y cerró la puerta.

Las caras de Carla y Gonzalo eran de absoluta expectación. De él dependía que pudieran contarle la conversación que habían tenido con Jaime.

Sonó el timbre de nuevo y apareció Bruno. Ninguno de los dos le esperaba.

Ituarte no perdió el tiempo.

—Está bien. Ya estamos todos —sabía que era el momento de dejar de mentir y soltar todo lo que llevaba dentro desde hacía un tiempo—. Lo que os voy a contar no ha salido de mí. No le gustaría nada a Galván y os aseguro que no es buen enemigo. A Bruno le he contado lo básico para que pueda darle el resto de información ahora mismo.

Los tres asintieron con los ojos bien abiertos.

—Cuando murió el hijo de Galván, este me llamó para decirme que necesitaba que Sebas viniera a trabajar conmigo. Quería llegar al fondo del asunto y conseguir que se erradicara la entrada masiva de droga a la ciudad. Ya sabéis lo que pasa con estas cosas, cuando te toca personalmente pones todos los medios que no habías puesto

antes. Quería hacer una investigación silenciosa hasta que Galván pudiera intervenir. Con lo que no contábamos era con que descubrieran a Sebas.

Carla no pudo evitar preguntar.

—¿Cómo sabes que lo descubrieron?

—Lo mataron. ¿No te parece prueba suficiente? Lo importante del asunto es que consiguió escuchas relevantes. No os lo dije en su momento y que creo que ha llegado la hora—tomó aire—. Sebas estaba buscando la forma de demostrar que algún compañero estaba implicado en el negocio de la droga y descubrió algo mucho peor. Consiguió una escucha que lo cambió todo. Hicieron algo horrible y comenzaron a sentirse inquietos.

—¿Qué hicieron? —preguntó Carla.

—Uno de ellos dijo que había visto a Sebas en más de un lugar y pensaron que les estaba siguiendo los pasos. En realidad, era una estrategia para que se pusieran nerviosos y hablaran de ello. Fue entonces cuando la cosa se complicó y hablaron de la muerte de Rubén Pineda.

Gonzalo dio un respingo.

—¿Cómo? ¿Reconocieron que lo mataron?

—Eso parece. Galván no quería involucrar a un juez y no pidió autorización para las escuchas, por lo que no podíamos presentarlas en un juicio. Comenzó a moverlo para que todo se legalizara, pero Sebas apareció muerto. Quería actuar más adelante, cuando todo pudiera verse más claro. Todo cambió en un instante y había que decidir el camino correcto antes de dar el siguiente paso.

—¿Dónde están esas escuchas?

Eso era algo que Gonzalo tenía entre ceja y ceja desde que vio los apuntes que les proporcionó la mujer de Sebas.

—A recaudo para cuando sea el momento. Sebas nos contó lo que había oído y nos dio las escuchas, pero cometió un error, que fue ir a ver al policía jubilado del que me hablaste.

—¿Rodrigo Lagar? —dio por hecho Bruno.

—Sí. Cuando se lo contó a Galván, le metió una bronca muy seria. Estaba complicando la investigación.

—¿Qué habló con Lagar? —Gonzalo no dejaba de alucinar—. ¿Por qué hizo eso?

—Porque fue el policía que investigó la desaparición de Rubén Pineda, y quería saber lo que descubrió en su momento —continuó Ituarte—. En las escuchas, identificamos las voces de Álvaro Crespo y de Carlos Neva. Uno está muerto y el otro en la cárcel. Ahí es donde

nos despistamos por completo.

Ninguno entendía nada. Carla llevaba un rato intentando hilar todo lo que le estaba contando, pero seguía sin encontrarle sentido.

—Espera. Los dos sospechosos de matar a Sebas han acabado así. ¿Qué leches pasó?

—Lo sé. Es Complicado.

Gonzalo volvió hacia atrás.

—Ya pensaremos en eso después. ¿Qué pasó entonces?

—Como decía, Sebas hizo una visita al policía que investigó el caso de Rubén Pineda en su momento. Ya lo conocía de años atrás y quiso hacerle unas preguntas. Él nos dijo que no sacó nada en claro. Parecía que Lagar estaba convencido de que había desaparecido sin más.

Gonzalo comprendió por fin lo que llevaba tiempo dudando. No habían interrogado a Rodrigo Lagar porque tenían más información que ellos. Volvió a preguntar lo que le faltaba para hacerse una composición de lugar.

—¿Dónde están esas escuchas? Tengo que oírlas.

—No puedo daros las escuchas. Espero que lo entendáis, pero os puedo contar lo que dijeron. Hablaban de *La caja de cristal*. Así llaman a las cajas que transportaban la droga. En ellas metían éxtasis, cristal, M. Son diferentes formas de llamar a la misma sustancia. Se puede encontrar en diferentes formas, como en polvo o rocas cristalizadas. En este caso, transportaban pastillas. Su estructura química es similar a la de la anfetamina, un fármaco que se usa para el trastorno de déficit de atención e hiperactividad. Al ingerirse en pastillas o al inhalarse, produce un estado de euforia que, unido a su bajo precio, se convirtió en popular y su consumo superó a la cocaína y otras drogas entre los jóvenes. Pues bien, en las escuchas tenemos grabado que metieron a Rubén Pineda en una de esas cajas de cristal y lo enterraron.

Carla saltó. Era el dato que les faltaba para juntar el árbol con los implicados que había hecho Gonzalo. Hasta ese momento no habían conseguido cerrarlo.

—¿Lo enterraron como al resto?

—Así es. Como a Sebas y como a Álvaro Crespo. Los tres fueron enterrados de la misma manera, pero con diez años de diferencia. Los tres tenían unos números grabados en la caja con sus propias uñas, pero hay una diferencia. Todavía no os he contado todo. Cuando fueron a buscar el cadáver de Rubén Pineda, en la caja donde debía encontrarse no había nadie. No había ningún cadáver y el hueco estaba tapado con unas ramas. Estaban preocupados por no haber podido encontrarlo. Entiendo que ahí se desató lo que estamos

viviendo ahora. No fue una única escucha.

—¿Hubo más escuchas?

Bruno sentía que entraba en juego, aunque pensaba que era el que menos información tenía de todos.

—Galván quería llevarlo sin prisas.

—¿Entonces? —Carla comenzaba a unir piezas y sentía que era más complicado de lo que había imaginado—. Cuando fueron a por el cuerpo, ¿no estaba?

—No. Puede que consiguiera escapar entonces, o que lo hubieran desenterrado antes, pero entonces no tendría sentido que hubieran quedado en sacarlo de allí para deshacerse de él. Querían eliminar pruebas porque pensaban que estábamos investigando su asesinato.

Gonzalo comenzó a hacer cábalas.

—Digamos que Pineda consiguiera salir de la caja y que se estuviera vengando de los que le hicieron esto. No tendría sentido que hubiera matado a Sebas, y mucho menos que lo hiciera tantos años después.

—Estáis como yo —dijo Ituarte—. Cuando vimos que queríais saber lo que estaba ocurriendo, pensé que no podía manteneros al margen, pero no podía deciros nada más. Galván no opinaba lo mismo. También suponía que Carla se había cogido unos días porque tú se lo habrías pedido—señaló a Gonzalo—. Te necesitaba para esto, pero me jugaba mucho si te lo contaba. Nos conocemos muy bien, Gonzalo. Eres muy inteligente y ningún idiota quiere prescindir de ti cuando algo es importante, pero a veces hay que ser más listo. Hay una forma muy fácil de hacer que te involucres, y es pedirte todo lo contrario. Cuando te dicen que no puedes hacer algo, sale tu Gonzalo más profundo y se siente en la obligación de hacerlo. No tenía otra opción que plantearlo de esta manera y dejar que lo investigarais sin que yo tuviera nada que ver.

—¡Joder, Jon! Es muy retorcido. Podrías haber confiado en mí y decírmelo desde el principio. No necesitaba una palmadita en la espalda, ni que nadie me diera permiso para investigar por mi cuenta, pero si hubiera tenido toda esa información desde el inicio, podría haberme ahorrado mucho tiempo y no saltarme legalidades.

Ituarte contrajo los músculos. No es que no lo esperara, pero no quería escucharlo.

—No me cuentes lo que has hecho. Es mejor que me mantenga al margen.

Gonzalo pensó que Jon no había sido tan recto como intentaba aparentar.

—Tenéis escuchas ilegales. Seguimientos no autorizados… Por favor, no me des lecciones de rectitud.

Ituarte sabía que Gonzalo tenía razón, por lo que volvió al

anterior hilo de conversación.

—También estaba al tanto de que visitaste a Rodrigo Lagar. Yo no podía hacerlo, pero le tenemos pinchado el teléfono. Por eso te estaba siguiendo —señaló a Gonzalo—. Tenía que saber lo que hacías para poder apoyarte si fuera necesario.

Gonzalo no creyó una palabra.

—Me seguías porque necesitabas que descubriera lo que estaba pasando y no podías investigarlo por tu cuenta, teniendo órdenes de arriba. Creo que no he dicho ninguna tontería.

Ituarte apartó la mirada.

—No importa lo que creas. Las dos cosas pueden ser ciertas. ¿Habéis descubierto algo?

—Depende de cómo lo veamos —respondió Gonzalo—. Hemos ido a ver a una persona que no tuvimos en cuenta antes y que estuvo en la misma comisaría en esa época. Creo que en cuanto te diga quién es, no te sorprenderá.

—¿Jaime Peña?

Gonzalo no esperaba que llegara tan rápido a esa conclusión.

—¿Cómo lo sabes?

—No era muy difícil adivinarlo. Jaime estuvo allí, pero se marchó poco después de que pasara todo lo de Rubén Pineda.

Gonzalo comenzó a pensar que, o no era tan inteligente como creía, o se había equivocado con Ituarte.

—¿Qué piensas de él?

—Sebas también fue a verle —Gonzalo volvió a llevarse una puñalada en el corazón, al saber que estaba muy por detrás de Ituarte en todo aquello—. Me dijo que se puso nervioso al escuchar que estaba investigando a sus antiguos compañeros. No se lo dijo realmente, pero le dejó ciertas pinceladas para que sacara él mismo esa conclusión.

Con cada palabra que escuchaba, Gonzalo iba entendiendo lo que había ocurrido.

—Sigues sin decirme lo que opinas de él.

—Era un buen chico. Parece que la situación le sobrepasó. No creo que supiera nada, pero si lo supo, hizo bien en huir y callarse.

—Nos ha dicho que, en su día, escuchó una conversación en la que amenazaban a Pineda.

—¿Qué? ¿Por qué os iba a decir eso? Desde luego, no dijo nada cuando lo interrogaron hace años.

Carla vio la oportunidad de tirar de la lengua a Ituarte.

—¿Sabías algo?

—¿De qué?

—De lo que pasó con Rubén Pineda. De que sus compañeros le amenazaron.

—No. Sabía que no eran trigo limpio, pero en ese momento ninguno me diría nada. Sabéis que puedo ser muy gilipollas, pero soy recto.

—Algo tuviste que ver.

—Me fui de allí al poco tiempo. No tenía autoridad para investigarlos sin ninguna prueba.

Con esa respuesta, Carla se dio cuenta de que sospechó de ellos.

—Tendrías que haber hecho algo.

—No podía demostrar nada y, en realidad, no sabía nada, pero es cierto que tampoco fui a hablar con Galván cuando comencé a pensar que podrían estar metidos en algo sucio.

—¿Y lo de Rubén Pineda?

Bruno miraba a uno y a otro, como si fuera un partido de tenis.

—Nunca se me ocurrió pensar que hubieran sido ellos. Os digo la verdad.

Esta vez, sí les convenció.

—¿Y qué hacemos ahora? —Carla veía que cuanta más información tenían, todo se iba complicando cada vez más.

—Estamos en un punto muerto. Por ahora, no tenemos siguiente paso. Hicimos llegar a Carlos Neva un mensaje diciéndole que no le iba a ocurrir nada, para que no hablara hasta que pudiéremos interrogarlo, pero no queremos precipitar los acontecimientos hasta que sepamos lo que debemos hacer.

—¿Nunca sospechaste que podrían haber matado a Rubén Pineda? ¿O que pudieran estar implicados en su desaparición de alguna manera? —Bruno no entendía que no hubieran contemplado esa posibilidad.

—No. Nunca lo sospeché. Está claro que podría haberle pasado algo, pero nunca me imaginé que lo hubieran matado sus propios compañeros, o que lo hubieran intentado.

—No me cuadra —la expresión de Gonzalo era de absoluta negación—. Si siguiera vivo, habría actuado antes. Lo normal es que los hubiera denunciado, o en el caso en que quisiera vengarse…

—Lo sé, pero no podemos descartar esa hipótesis. ¿Quién querría matarlos? Nadie conocía lo que pasó.

Gonzalo volvió a retroceder en la conversación.

—Has dicho que había unos números en la tapa de la caja donde supuestamente enterraron a Rubén Pineda. También los había en la de Sebas y no me podría creer que no estuvieran en la de Crespo.

—Estaban en los tres casos, pero números distintos.

—Pues ya tenemos algo que podamos investigar. Dame esos números y me pondré con ellos.

Ituarte subió a su habitación y sacó unos papeles de la caja fuerte. Bajó de nuevo y los puso encima de la mesa.

—Aquí tienes todo lo que quieres saber. Os he ocultado información, pero podéis creerme con todo lo que os acabo de contar. Sólo os pido que no salga de aquí.

—Tienes mi palabra.

Bruno había estado escuchando atentamente y estaba hecho un lío. Quiso ordenar los acontecimientos.

—Cuéntame el orden en el que pasó todo. Las escuchas… todo.

—Sebas escuchó a Neva y a Crespo diciendo lo que os acabo de contar. Hablaron incluso del sitio donde estaba enterrado Pineda, como os he dicho antes.

—Espera, espera —a Gonzalo no le cuadraba—. ¿Por qué iban a decir dónde estaba enterrado si creían que les estaban siguiendo?

—Te cuento lo que pasó. A la mañana siguiente, Sebas fue por primera vez a casa de Rodrigo Lagar.

—¿Por qué no os dijo nada antes?

—Lo hizo. Nos mandó las escuchas esa misma noche y quedó con Galván por la mañana. Es cuando le pegó la bronca. También fue a ver a Jaime Peña al salir de la casa de Lagar. Sebas le dijo a Galván que quería darle todos los datos posibles.

—Galván se enfadaría aún más. Pudo hacer que todo saltara por los aires antes de que él tuviera toda la información.

—Fue una metedura de pata muy grande, desde luego.

—¿Con qué objetivo fue a hablar con ellos dos? —cada explicación que Bruno escuchaba le parecía más surrealista.

—A veces, Sebas actuaba de una forma que le ponía de los nervios. Quería obtener todos los datos que pudiera y no se daba cuenta de que no era la forma más inteligente de hacerlo.

—De acuerdo, sigue.

—Esperamos unos días para ver si Crespo y Neva se acercaban al lugar donde estaba enterrado Rubén Pineda.

—¿Esperasteis unos días para comprobar si estaba en esa caja? —Bruno seguía sin comprender las decisiones—. Sobre todo, después de que Sebas hubiera hablado con Rodrigo Lagar y Jaime Peña.

—Órdenes de Galván. No quería dar ningún paso que pudiera comprometer…

Gonzalo lo captó al instante.

—Su objetivo iba más allá de Rubén Pineda. Quería cogerlos por otra cosa más importante, al menos para él.

—Así es. Podría haber actuado antes y detener a Neva y a Crespo, pero necesitaba tenerlos pillados para utilizarlo más tarde.

Gonzalo no podía creerlo.

—¿Eso era más importante que lo que le hubiera ocurrido a Rubén Pineda?

—Todo era importante. Lo que pasaba es que no esperábamos lo

de Rubén. Fue difícil de digerir y él tomó esa decisión. Cuando fueron para allá, tres días más tarde, los seguimos, acudieron a ese lugar y salieron rápido de allí. No entendimos nada, al ver que no se llevaban ningún cuerpo, o los restos que pudieran quedar del mismo. Cuando se marcharon, nos acercamos nosotros y vimos la caja vacía.

—Por lo que no os salió muy bien la cosa. Ya lo habían sacado de allí con anterioridad, fuera quien fuera.

—O que no hubiera cadáver.

Gonzalo realizó un gesto que transmitía que contemplaba esa posibilidad.

—¿Y qué hicisteis después?

—Lo que llevamos haciendo todo este tiempo. Intentar averiguar qué coño está ocurriendo. Espero no haberme equivocado al contaros todo esto, pero confío en vosotros.

Carla sonrió.

—Gracias, Jon.

Gonzalo no lo veía de la misma forma. No le había quedado más remedio que hablar con la esperanza de que pudieran ayudarlo.

Antes de que se marcharan, Ituarte les instó a escuchar algo más. Gonzalo vio la cara de Jon y supo que les iba a decir algo muy importante

—¿Qué pasa?

Ituarte respiró hondo y tardó en poder hablar de ello.

—Los números que había en la caja de Rubén Pineda... Ahora sabemos lo que quieren decir. Lo comenzamos a intuir al encontrar la caja de Álvaro Crespo. En la caja de Rubén Pineda estaban escritos los números de la placa de policía de Álvaro Crespo.

Gonzalo se quedó helado.

—¡No jodas! Y ¿qué números estaban en la caja de Sebas?

—Eran los números de la placa de Carlos Neva, por eso pensamos que fue él quien lo mató.

Hasta ahí, seguían sin problema, aunque sorprendidos, el hilo de los números. Esos datos cambiaban cualquier concepción que pudieran tener de todo lo que habían escuchado hasta el momento. Carla no podía dar crédito a la retahíla de información que Ituarte les estaba brindando.

Gonzalo sentía la necesidad de conocer el último dato importante que faltaba por contar.

—¿Qué números estaban impresos en la caja de Álvaro Crespo?

Ituarte cogió aire de nuevo. Esta era la parte más difícil de todas. Desde el momento en el que los citó para que pudieran conocer todos los detalles, fue consciente de que no podía dejar de lado ese detalle. Se sentó de nuevo y los miró fijamente a los ojos.

—En la caja de Crespo aparecía el número de mi placa.

Unos días después de la muerte de Álvaro Crespo

La noche posterior a la muerte de Sebastián, sonó el teléfono de Carlos Neva. La tensión se respiraba en el ambiente desde hacía unos días. Miró la pantalla y vio el número de Álvaro Crespo. Lo cogió rápidamente y se puso en pie.

—Hola, ¿cómo vas?

—Han encontrado muerto al Moro. Estamos jodidos.

Carlos no pareció inmutarse.

—Tranquilo. ¿Quién te lo ha dicho?

—Un compañero. Parece que lo va sabiendo todo el mundo.

—Lo primero que debes hacer es no hablar de esto por teléfono. Pareces idiota.

—¿Crees que…?

—Lo que creo es que debes colgar ahora mismo. Siento mucho lo que le haya ocurrido y tú también.

Notaba la respiración en aumento de Álvaro.

—¿Podemos vernos?

—No podemos vernos. Ya hablaremos más adelante.

Colgó el teléfono.

Recordaba esa conversación con detalle en las horas que permanecía en su cama, viendo los barrotes de su celda. Poco después de esta, él ingresó en prisión, pero ahí no había acabado todo. Su amigo Álvaro había corrido la misma suerte que Sebastián.

Le llamaron para acudir a la cita con su abogado. En un primer momento, lo había rechazado pensando que no tenían nada contra él, pero después de la visita de Gonzalo y de Carla supo que no podía quedarse con las manos quietas. Entró en la sala y se quedó a solas con su abogado.

—Hola, Carlos —le saludó, mientras colocaba sus papeles encima de la mesa.

—Hola. ¿Qué me cuentas?

—Todavía no he podido ver las pruebas, pero la muerte de Álvaro estando tú aquí dentro es buena noticia —se dio cuenta de que no se había expresado con acierto—. Me refiero a que nos da esperanzas para que no piensen que has sido tú.

—No importa. Sigue.

—Estoy intentando que levanten el secreto de sumario y acceder a las pruebas. Entrarán en tu teléfono, pedirán las localizaciones y ahí podremos demostrar que estabas en tu casa.

—Pero estaba solo. ¿En qué puede influir?

—Depende, pero si me dices que no pueden encontrar nada…

Dejó la frase abierta para que pudiera contárselo de nuevo y estar seguro de ello.

—¿Estás esperando a que te vuelva a decir que yo no hice nada?

—Está bien. Sólo quiero estar seguro.

—Es fácil manipularlo todo para que parezca culpable. Tu trabajo es desmontarlo.

—No es tan fácil. Depende de cuáles sean las pruebas que tengan contra ti.

—Pues ya me dirás cuando lo sepas. Estoy cansado de estar aquí. ¿Qué sabes de Álvaro?

—No tengo datos oficiales, pero parece que su muerte es similar a la de Sebastián Morales. Es la buena noticia de la que te hablaba. Mismo método y distintas personas. Entenderás que es difícil de creer, aunque, por otro lado, no tienen por qué pensar que no hay más de una persona implicada. Pueden alegar que se ha realizado con los mismos métodos para que parezcas inocente.

Carlos se levantó, gritando.

—¡No me jodas, esa mierda es la que tienes que evitar! —se calmó al terminar la frase, dándose cuenta de que podía parecer más culpable si perdía los nervios—-. Haz lo que tienes que hacer.

El abogado esperó unos segundos para ver si quería seguir hablando y respondió de forma pausada.

—Estoy aquí para ayudarte. No importa lo que yo crea. Lo que importa es lo que puedan creer ellos, pero en todo caso, te ayudaré y saldrás de esta. Puedes estar tranquilo.

Carlos levantó la mano para hacerle ver que se había terminado la conversación. Su abogado cogió sus papeles, los metió en un maletín y le hizo un gesto.

—Cuídate. Intentaré acelerar el proceso para saber lo que tienen contra ti.

Y se marchó.

30
Galván me lo pidió

El golpe para Carla, Bruno y Gonzalo había sido del todo inesperado. Ni siquiera supieron qué decir en un primer momento. Por primera vez, vieron sufrir a su jefe. El témpano de hielo era humano. Los tres entendieron de una vez por qué les había dejado investigar el caso y por qué intentaba mantenerlos alejados de Galván. Se estaba jugando su propio pellejo.

Gonzalo tuvo el primer gesto cariñoso con Ituarte. Puso una mano en su hombro y presionó con fuerza.

—¿Qué podemos hacer? —en un momento, pasó de apoyarle a darle una pequeña reprimenda—. ¿Por qué no llevas seguridad?

—Eso me dice mi mujer. No entiendo la razón por la que ha aparecido mi placa. No tiene sentido.

—Eso no importa —dijo Carla, con gesto de pena—. No puedes jugarte la vida así.

—Para pedir escolta, tendría que exponer las razones por las que la pido. ¿Qué les digo? No hemos contado que hemos actuado de forma ilegal con multitud de cosas. Hemos descubierto ciertos datos que son básicos para la investigación y no los hemos compartido. ¿Quieres que les diga eso?

Con tanta información, habían olvidado algo muy importante. Gonzalo reaccionó en cuanto se le encendió la bombilla.

—Nos dijiste que la investigación estaba cerrada. ¿Era cierto?

—Sí. Al menos, oficialmente. La cosa se complicó cuando encontraron el segundo cadáver.

—Y ahora, ¿quién está con ello?

—No tengo autorización para daros más detalles. Ya me estoy pasando y me juego el puesto.

—¿Te han interrogado? —preguntó Bruno.

La pregunta le sonó fuerte a Carla, pero a Ituarte no le pareció que estuviera fuera de tono.

—No, la palabra no es interrogar.

—¿Y cuál es la palabra?

Ituarte resopló antes de responder.

—No es tan sencillo. No está llevando los cauces normales.

—Eso parece estar bastante claro. Podrías estar en peligro y actúas así. No te entiendo, te lo juro.

La forma de hablar de Bruno no era la habitual. Parecía estar

afectándole sobremanera. No estaba hablando de su jefe. El respeto que le tenía había quedado demostrado.

—Galván me lo pidió.

—Entiendo que él está llevando la investigación, aunque no puedas confirmárnoslo, porque si no es así, no entiendo nada. El problema es que él también es parte implicada y te escuché decir a Carla que no podría participar en la investigación de la muerte de Sebas porque era su compañero. Sin embargo, Galván sí puede hacerlo, además de tomar decisiones personales que han podido entorpecer la investigación. Me huele todo bastante mal.

—Bruno, lo único que sé es que me dijo que tuviera cuidado y que no me involucrara. Que me diría algo cuando hubiera novedades. Me ordenó que os tuviera controlados y ahora os estoy contando algo que no debería. Te agradezco que siempre hayas estado ahí para mí. Nunca te lo he demostrado como debía y te pido disculpas.

Bruno jamás le había visto una reacción parecida a Ituarte. También era cierto que él nunca le había hablado sin tapujos.

—¿Confías en él? —no sentía afinidad por las personas que daban órdenes sin dar explicaciones, y con más razón cuando le podían afectar personalmente.

—¿Por qué no lo iba a hacer? —contestó, no muy convencido.

—Porque alguien en el que confías, te cuenta todo. Porque si es verdad lo que me dices, no sabes lo que está haciendo y te está arrastrando a mentir y jugarte tu trabajo. Porque también te estás jugando la vida y debería importarle.

Ituarte no supo qué responder. Era obvio que esas razones las había contemplado. De lo contrario, no estarían teniendo esa conversación.

Carla llevaba un rato callada y aprovechó el silencio para dar su opinión.

—Bruno tiene razón. Desde el principio has intentado que no estuviéramos al margen, aunque no haya sido de la mejor manera, pero entiendo que tu situación es difícil. Déjanos ayudarte.

La expresión de Ituarte seguía siendo la de un hombre derrotado. Sentían su miedo.

—Lo malo es que no sé qué hacer. Todo parecía encaminado, sabiendo que lo lógico era que a Sebas lo hubieran matado ellos, pero ahora la situación ha cambiado. No sé lo que está pasando.

Gonzalo se incorporó y se acercó a Jon.

—Déjanos que pongamos todo esto en orden y hablamos. Mientras tanto, ten cuidado.

Ituarte le respondió como un niño. Su cara era irreconocible para ellos, pero debían ayudarlo.

—Tenéis en los papeles que os acabo de dar toda la información

que tengo. Vamos hablando.

Captaron la indirecta de que la conversación había llegado a su fin. Él necesitaba un descanso, aunque era muy probable que no lo obtuviera hasta que se acabara todo y descubrieran lo que estaba ocurriendo.

Se despidieron y salieron a la calle. Antes de subir a los coches, comenzaron a hablar entre ellos.

—Es tarde —dijo Gonzalo, mirando el reloj—. Por hoy es suficiente.

Carla no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿No vas a ojear todo esto?

—Ya sabemos lo que contiene. Las respuestas no están aquí. Quiero descansar. Mañana en mi casa, digamos a las nueve.

—Está bien. No creo que vayamos a poder dormir mucho, pero de acuerdo.

Bruno había estado apartado hasta ese momento y no iba a volver a hacerlo.

—A las nueve estaré allí.

31
Son dos cajas diferentes

Había amanecido con un sol radiante. Carla aparcaba delante de la casa de Gonzalo viendo brillar las hojas de los árboles que daban la bienvenida a la Dehesa de Quintanapalla. Era un lugar que le transmitía serenidad, incluso en momentos difíciles como los que estaba viviendo.

No pudo evitar sonreír al ver que, de nuevo, Gonzalo había dejado la puerta abierta. Cerró a su paso y le dio los buenos días.

—Son las nueve y cinco —no le sorprendió que Gonzalo le recordara que no había llegado a la hora—. ¿Quieres un café?

—Claro, todavía no he desayunado.

—Cortado —lo dio por hecho. Sabía lo que le gustaba—. Siéntate y hablamos.

Carla supuso que la noche anterior no le había dicho la verdad y que lo más probable es que quisiera estar solo.

—Te quedaste ayer a echarle un ojo a esos papeles, ¿verdad?

—No pude resistirme. Ahora te cuento.

Preparó dos cafés al mismo tiempo en una cafetera expreso que debía haber comprado hacía poco tiempo. Al menos, Carla no recordaba haberla visto.

—¿Es nueva? —señaló a la cafetera.

—No. Me la traje de Madrid. Me estoy haciendo mayor y cada día tengo más manías. Nunca voy a ningún sitio sin mi cafetera, y lo más importante, sin mi almohada.

Lo miró, moviendo la cabeza efusivamente.

—Eres raro, pero entiendo lo de la almohada.

Gonzalo extendió la mano para que Carla cogiera el café y dio el primer sorbo al suyo.

Unos minutos después, apareció Bruno y Gonzalo le saludó con el mismo gesto que a Carla. Habría empezado sin él. La puntualidad la llevaba a rajatabla cuando las circunstancias se lo permitían, pero no le sentaba bien que alguien llegara tarde por un mal cálculo del tiempo.

—Al lío. He estado revisando lo que nos dio Ituarte y he estado comparando un asesinato con el siguiente. Hay diferencias muy claras entre la caja de Rubén Pineda y las de Sebas y Álvaro Crespo.

—En la primera caja no había cadáver —añadió Carla.

—Esa es importante, pero no hablaba de eso. La caja en la que

supuestamente enterraron a Rubén Pineda es la que llamaban *"La caja de cristal"*.

—Espera —interrumpió Bruno—. Según entendí, la llamaban así porque transportaban droga en ella. Se supone que no es una caja diferente. ¿No es cierto?

—Así es, pero parece que, en los casos actuales, en ella no transportaban ningún tipo de sustancia. En la de Rubén transportaban cristal, como nos dijo Ituarte, que es más barato y sacan más rédito. Han descubierto que esa caja tenía un fondo más grueso, donde metían las pastillas, y encima transportaban tofu, crema de avellanas y a saber qué más, pero no era un doble fondo, sino una madera hueca, por lo que es difícil sacar la droga. Esa caja ya estaba vaciada.

—Llevaban la droga, la sacaban y con una de esas cajas enterraron a Pineda —repasó Bruno—. ¿Alguna otra diferencia, a parte del fondo?

—Sí. No están hechas del mismo tipo de madera y la de Pineda tenía algo distinto. Estaba afectada por la salinidad. Es decir, que la droga la transportaban por mar, aunque no se sabe dónde llegaba a tierra. Lo que está claro es que luego la distribuían y uno de esos puntos de entrada era Burgos. Supongo que su red de distribución tendría más destinos, aunque eso ahora no es lo que nos interesa. Untaban a policías y a saber a quién más.

—¿Y las otras cajas?

Carla estaba interesada en conocer las diferencias.

—Distinta madera, sin señales de que hayan estado expuestas a condiciones de humedad y sin señales de sal. No tienen nada que ver.

—Podríamos investigar dónde se han podido vender esas cajas. La de Pineda es imposible, por lo que acabas de decir, pero las otras dos…

—Tienes razón y creo que eso nos puede llevar a algo más importante. Si Rubén Pineda sigue vivo, cosa que me cuesta creer, esas cajas son lo único que nos puede decir dónde se encuentra.

—Aunque fuera otra persona…

Gonzalo y Carla comenzaban a pensar de la misma manera, hasta el punto de acabar la frase el uno del otro. Gonzalo continuó donde su compañera lo había dejado.

—Esas cajas son la clave de todo.

Carla iba a continuar, cuando Bruno intervino.

—Por lo que acabas de decir, y por lo que escuché a Jon, creo que son dos casos distintos. Por un lado, está lo que ocurrió hace diez años y por otro, lo que está ocurriendo ahora. Sólo puede haber un motivo de peso para relacionarlos, y es la venganza.

—¿Esperarías tantos años para vengarte? —las palabras de Gonzalo se referían a la posibilidad de que Rubén siguiera vivo—.

Pineda lo habría hecho antes. Tiene que ser otra cosa.

—No había cuerpo —rebatió Bruno—. Tampoco pruebas de que hubiera podido estar ahí.

—Ya no habría cadáver. Tras diez años no queda nada.

—Quedan los restos. Con ellos se puede llegar al ADN.

Gonzalo sabía que la apreciación de Bruno tenía sentido, aunque habían limpiado la caja por algún motivo.

—Estuvo allí. De eso no hay duda, por los restos de sangre que hallaron en el interior de la madera. Lo que no tengo tan claro es si no limpiaron la caja después, para hacernos creer que sigue vivo.

Colocó los documentos encima de la mesa y Bruno estuvo leyendo durante algunos minutos.

—¿Qué os dicen?

Gonzalo volvió a exponer su primer razonamiento.

—Que la clave está en las cajas. Como has podido ver, no estamos hablando de la misma persona. Crespo y Neva reconocieron que habían enterrado a Pineda y cuando vieron que andaban detrás de ellos, intentaron deshacerse de las pruebas. Pensaban que les estaban investigando por aquello, cuando en realidad querían pillarlos por lo de la droga. Ahí es donde todo saltó por los aires. Lo lógico era pensar que ellos habían matado a Sebas, pero luego apareció muerto Álvaro Crespo con el mismo método.

Bruno parecía no estar intoxicado por lo que habían descubierto.

—Carlos Neva está en la cárcel acusado de matar a Sebas.

—Pero ya estaba en la cárcel cuando mataron a Crespo.

—Gonzalo, ¿te basas en eso? Puede haber alguien más colaborando con él y que mataran a Crespo para que Neva pareciera inocente.

—Hablé con él. No tuve esa sensación.

—Vuelvo a lo que te decía. Tal y como actuó, te hizo pensar que no había sido él. No va a reconocer que lo mató.

—¿Ordenaría matar a su compañero?

Bruno lo miró, como si fuera muy inocente.

—Según dices, ya lo hizo antes. ¿Por qué no lo iba a repetir? Se sintió amenazado y sabía que iban a ir a por ellos. Crespo podría hablar y la mejor forma de que no acabara siendo Neva el responsable era matarlo, y con el mismo método. Hay otra opción, como te decía antes. Que Pineda siga vivo.

Gonzalo lo pensó durante unos segundos.

—No me cuadra, pero admito que es una posibilidad. Tengo otra pregunta. ¿Qué pinta Ituarte en todo esto? ¿Por qué apareció escrito con las uñas su número de placa en la caja de Álvaro Crespo? Se supone que no sabía nada.

—Acabas de decirlo —Carla parecía tenerlo claro—. Sebas e

Ituarte investigaban a Crespo y a Neva. Lo que dice Bruno tiene sentido. Neva debía deshacerse de cualquiera que pudiera demostrar lo que hizo.

—Entonces ya habría matado a Ituarte. Jon ha tenido tiempo de utilizar las escuchas, aunque eso termine con su carrera.

—Ellos no sabían que les habían puesto micros. Sólo sabían que andaban detrás de algo. Dudo que lo sepan.

Gonzalo señaló a Carla por la buena apreciación.

—Es cierto. Ellos no sabían que les estaban escuchando. Más razón para no tener que matar a nadie.

Bruno interrumpió para poder avanzar.

—No vamos a llegar a nada con cábalas. Está muy bien que las hagamos, pero la pregunta es qué debemos hacer ahora.

Gonzalo se quedó sorprendido. Veinticuatro horas antes, no habría imaginado que Bruno iba a tomar la decisión de inmiscuirse de forma directa. Era una persona a la que no le gustaba saltarse los cauces adecuados, pero la situación había traspasado todos los límites para que no hubiera opción de hacerlo de otra manera.

—¡Está bien! —exclamó Gonzalo—. Tenemos todo sobre las cajas en estos informes. Debemos saber el lugar donde se han podido adquirir. Hay que marcar los lugares por donde podemos empezar, aunque puede que no las hayan comprado en una tienda. Puede que ni las hayan comprado. Pueden ser de cualquier almacén.

Ninguno de ellos tenía una respuesta y a Carla le vino una idea a la cabeza.

—Puede que no haya que buscar nada. Preguntemos a un experto para que nos pueda dar algún dato que no se nos vaya a ocurrir a nosotros. Alguien que al ver la caja pueda apreciar cualquier detalle de valor ¿Cómo lo veis?

Gonzalo cogió el ordenador e hizo una búsqueda. Había muchos resultados de carpinteros y ebanistas en Burgos. Iba pasando uno a uno. No le interesaban los grandes centros, en los que lo más probable es que no hubiera ningún experto en madera. Buscaba a un profesional que tuviera una experiencia dilatada. De pronto, señaló con el dedo.

—Lo tengo. Más de cuarenta de años de experiencia y a las afueras de Burgos. A ver qué nos puede decir.

Bruno miró el reloj.

—Tengo que ir a comisaría. Luego me decís algo.

Gonzalo y Carla permanecieron unos minutos en el aparcamiento del local, pensando lo que debían decirle. Tenían una foto de la caja de Sebas y debían mostrársela. Era un riesgo pasearla por ahí, pero no

tenían otra opción y bajaron del coche.

Preguntaron por el dueño y este los llevó a su despacho.

—Necesitamos que nos eche una mano —tenía cerca de sesenta años y una mata de pelo blanco desaliñado. Las manos aparentaban una edad mayor por el trabajo que realizaba. El hombre miró a Gonzalo para que continuara—. Es un tema algo delicado y queremos saber si nos puede ayudar a saber dónde se pueden vender o fabricar estas cajas.

El hombre miró la foto y levantó los ojos al ver que se trataba de una prueba policial.

—¿Pasa algo?

—Sólo queremos saber si es posible llegar al sitio en el que se ha podido vender.

Volvió a mirar la foto.

—Parece que no es una caja que se fabrique en serie. Como pueden ver, tiene irregularidades, por lo que ha sido construida por un ebanista. No parece muy robusta y no está preparada para la exportación. Esas cajas pueden utilizarse muchas veces y están preparadas para aguantar condiciones de transporte extremas, pero este no es el caso.

Gonzalo se sorprendió al escuchar una valoración tan categórica con sólo ver una foto, aunque entendía que, si el hombre se dedicaba a eso, no sería muy difícil para él.

—¿Sería capaz de saber quién pudo fabricarla?

—Alguien que sabe lo que hace, puede ser un ebanista o alguien que tenga ciertos conocimientos. No está barnizada ni reforzada, lo que quiere decir que se ha realizado con poco esfuerzo. Es imposible saber quién lo ha hecho.

Sus esperanzas se esfumaban como si el viento las barriera y su visita hubiera sido del todo infructuosa.

—¿Y el material? —indagó Carla—. ¿Es fácil de adquirir?

—Son planchas de madera balsa. Es una madera blanda y muy ligera que puede cortarse, serrarse o doblarse con cierta facilidad. Es muy fácil de barnizar, pero como he dicho antes, no se han tomado más molestias de las necesarias y parece un producto inacabado. Puedo darles las medidas exactas y las planchas necesarias para poder construir una caja similar y podrán ver si se han vendido en algún lugar.

Gonzalo se dio cuenta de que ese hombre sabía lo que estaban buscando. No era muy difícil de adivinar. Sus preguntas les delataban como posibles policías.

—Se lo agradecería. Se trata de algo muy importante.

—Está bien. Dejen que introduzca los datos en el ordenador y les doy la información.

Mientras salían de allí, Gonzalo iba mirando las medidas que les había proporcionado el hombre. Lo que parecía una derrota cuando escucharon que era imposible saber quién había fabricado esa caja, se convirtió en un halo de esperanza. Podían cotejar quién había comprado esas cantidades de madera. Por el momento, debían duplicar esa cifra, al tener dos cajas de madera, pero no era descartable que esa cantidad pudiera verse incrementada. Había otro problema. Nadie le iba a autorizar una orden para pedir esa información. Mientras pensaba en la mejor manera de conseguirlo, debía buscar alguna otra relación.

Antes de entrar al coche, Gonzalo intentó ordenar sus ideas.

—Son dos cajas diferentes.

Carla no sabía a dónde quería llegar.

—¿Qué estás pensando?

—Estamos dando por hecho que la primera caja no tiene nada en común con las otras dos. Por el paso del tiempo y porque son distintas, pero eso no quiere decir que las de Sebas y Álvaro estén relacionadas.

—De verdad que no te sigo —insistió.

—Nos acaba de decir que son cajas construidas a mano. Al menos es lo que me ha parecido. La de Rubén Pineda era una caja diferente, que se utilizaba para el transporte. Las otras dos cajas pueden haberlas hecho distintas personas.

Carla pensó que Gonzalo estaba delirando.

—Son muy parecidas y, además, ¿me estás diciendo que hay tres asesinos diferentes? Me parece demasiado irracional.

—No estoy diciendo nada, pero no demos por hecho las cosas. A Rubén Pineda lo meten en la caja porque ha descubierto lo que están haciendo sus compañeros. No quiere seguirles el rollo y se mete en un lío. No quieren que hable y se lo cargan, o al menos lo intentan, porque eso todavía no está claro. Luego Sebas investiga, y como se sienten de nuevo inquietos, le hacen lo mismo. Es decir, que serían los mismos que enterraron a Rubén Pineda, pero luego pudo haber alguien que les pasara la factura que han pasado ellos.

—¡A ver, a ver! —Carla lo paró en seco—. ¿Dices que Neva y Crespo mataron a Sebas y que luego alguien ha matado a Crespo y ha metido en la cárcel a Neva por venganza? Podría haber matado a los dos.

—Podría, pero ¿y si lo ha querido hacer así para confundirnos?

—Conmigo lo ha conseguido —se mofó Carla—. ¡Si es tan enrevesado…! Por no decir que, entonces, no tendrían sentido los números en la tapa de la caja. En la de Rubén Pineda estaban los números de la placa de Álvaro Crespo. Lo que tendría sentido es que hubieran estado los de Sebas, que fue el siguiente al que mataron.

—No lo sé —dudó—. La verdad es que nada tiene sentido.

De pronto, a Gonzalo se le iluminaron los ojos. No entendía cómo no lo había pensado antes. Lo tenía delante de él y no había sido capaz de verlo. Carla supo que se le había ocurrido algo. Lo miró, esperando a que hablara.

—Ya lo tengo.

Carla comenzó a impacientarse.

—¿Tener qué?

—Hay una forma de saber quién está detrás de todo.

Seguía con la mirada perdida al acabar cada frase.

Carla explotó.

—¿Qué tienes? Dilo ya.

Gonzalo sonrió al ver la reacción de Carla. No era su intención ponerla nerviosa, pero sentía que debía ordenar las ideas en su cabeza antes de soltarlas.

—A veces, la solución está delante de tus narices y miras unos metros más allá. Estamos pensando cómo descubrir dónde compró las maderas o intentar unir piezas a las que no tenemos acceso, pero no estamos teniendo en cuenta que hay veces en las que es más fácil tirar la caña y esperar a que el pez pique en el anzuelo, que tirarse a la inmensidad del océano y ponerse a bucear, con la esperanza de que el pez aparezca por algún lado. El pez sólo acude cuando las aguas están tranquilas y puede nadar con libertad.

—¿Qué leches estás diciendo? —Carla no entendía una sola palabra. Estaba divagando sobre peces y pensó que se le había ido la cabeza—. Es muy poético, pero necesito una explicación algo más clara.

Gonzalo volvió a sonreír. Tenía las ideas muy claras, aunque le había salido una explicación muy poco propia de él. Comenzó a explicarle su plan para que no pensara que se había vuelto loco. ¿Lo estaba? Según hablaba iba adquiriendo sentido. ¿Podría funcionar? No perdían nada por intentarlo.

32
He perdido la capacidad de decidir

Sólo había una forma de llevar a cabo la idea de Gonzalo y este decidió ir solo a ver Ituarte para contárselo. Lo hizo por dos motivos. El comisario tenía que estar al tanto de lo que iba a ocurrir y, además, era consciente de que, si se enteraba sin haberles dado permiso, podrían echarlo todo a perder.

No cogía el teléfono y no había acudido a comisaría, por lo que fue directo a su casa. Era la tercera vez que cruzaba sus muros, y todas ellas habían tenido lugar en los últimos días.

Ituarte lo recibió con sorpresa.

—¿Qué haces aquí, Gonzalo?

—Quiero proponerte algo.

Su primera reacción fue de hastío, aunque sentía curiosidad por lo que le iba a decir. Le dio permiso para entrar y fue directo a su despacho. Gonzalo había pisado ese despacho más veces que el de comisaría en el último año y medio.

—Tú dirás. Espero que no se convierta en una costumbre venir a mi casa cuando te plazca.

—Si fuera por mí, no entraría nunca en tu casa. Ya ves, a ninguno le hace gracia esto—le salió un ruidito por la nariz—. Dejemos de ver quién la tiene más larga. Como diría "El Lobo" de Pulp Fiction…

No hacía falta acabar la frase.

—Entendido. No seas soez.

—Me encanta esa frase, pero como quieras. He leído todo lo que me diste. He visitado a un ebanista para que nos ayudara con las cajas y ahora necesitaríamos una orden para visitar a todos los posibles vendedores que estén en Burgos, para repasar todas las compras, pero…

Ituarte lo paró con un gesto.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—No me has dejado acabar. Lo sé y por eso se me ha ocurrido otra cosa, pero tú serías el conejillo de indias.

—Tus ideas me dan miedo.

—Más que te van a dar, pero es bueno para ti.

—Te escucho —no parecía muy convencido.

—Bruno, Carla y yo haremos vigilancia. Mientras estés en

comisaría o las salidas que tengas, Bruno te seguirá. Cuando salgas hacia casa, lo haremos nosotros, pero es importante que comiences a tomar siempre la misma ruta y la alargues un poco. Puede que nos lleve días, pero si van a por ti, sabremos quién es y estaremos ahí para detenerlo.

Se levantó de un impulso.

—¿Estás loco? ¿Quieres que me exponga?

—¿Tienes alguna idea mejor? Podrían ir a por ti. ¿No prefieres que estemos ahí cuando eso pase?

—Estoy tomando medidas y, como puedes ver, no he ido a trabajar.

—¿Vas a seguir así? Sin salir de casa.

—No. Está claro que no, pero voy a ir de casa al trabajo y viceversa. Aquí tengo seguridad.

—Pero no la tienes en los trayectos. Te ofrezco esa seguridad.

—Lo que me ofreces es muy tentador —bromeó—, pero no es como quiero que encontremos a ese tío.

—Creo que no tienes otra opción.

—Siempre hay otra opción.

Gonzalo comenzó a dar golpecitos entre los dedos de sus manos y lo miró de reojo.

—Estaría encantado de escucharla.

—Estoy en ello.

—¿Estás en ello o está Galván?

Ituarte no se lo tomó bien y le miró con gesto rudo.

—Te he contado todo esto para que me ayudes, no para que me juzgues.

—Es justo lo que estoy intentando, pero necesito saber todo sobre Galván. Quiero saber si él está llevando la investigación. En todos los informes que me has dado no pone nada de ningún cuerpo de Policía y empiezo a dudar de lo que está pasando.

—Ya te lo dije. Estos casos en los que están implicados policías no se llevan de la misma manera, pero Galván está al tanto de todo, si es lo que quieres saber.

—¿Qué te ha dicho? ¿Hay algo nuevo?

—Por ahora, no hay nada.

—Espero que no estéis escondiendo información a nadie que os pueda dar por el culo.

Ituarte se sentía juzgado, pero sabía que Gonzalo tenía toda la razón para hacerlo.

—No quiero seguir hablando de este tema. Quieres que te cuente cosas que no puedo decir. Métetelo en la cabeza.

Gonzalo no entendía que con todo lo que le había dicho, todavía le asustara responder a preguntas sencillas.

—Estás metido en la mierda y te va a engullir. Ten cuidado.

—Lo sé. No puedo dormir por ello, pero te vuelvo a decir que no hay marcha atrás.

Gonzalo insistió.

—¿Te vas a pensar lo de que te escoltemos?

Le veía sudar como nunca lo había hecho.

—He perdido la capacidad de decidir. Está bien. Puede que con eso se acabe todo, o sea mi fin, o las dos cosas. ¡Qué más da!

Los últimos días, Gonzalo había cambiado la opinión sobre Jon. En cierta manera, le recordaba a él mismo. Un hombre que parecía no tener corazón o que se le hubiera helado por completo, pero que, en situaciones límite, sacaba a relucir sus miedos y temores, demostrando que se trataba de una persona más a la que le habían superado los acontecimientos. Ahora le quedaba por descubrir si, una vez que había llegado a ese límite, era capaz de recuperar la templanza y poner sus agallas encima de la mesa.

—Está bien. Vamos a planear en detalle cómo debemos actuar.

Ituarte supo en ese momento que las cosas se iban a complicar un poco más. Escuchó a Gonzalo, pero había un paso que debía dar y le daba un miedo tremendo hacerlo. Sabía que no tenía otra opción.

33
Apareció su ADN

Llevaban cuatro días desarrollando su plan. Por el momento, no se había movido nada y Gonzalo comenzó a dudar si había tomado la decisión correcta.

Cabía la posibilidad de que les hubieran descubierto, o existía la opción de que supusieran que sería el paso más lógico.

Recibió un mensaje de Ituarte para se reunieran en una dirección concreta. Le extrañó que se tratara de un piso en el centro de Burgos, sin dejar de lado que le creaba curiosidad la razón para verse. Fue a recoger a Carla y acudió a la cita. Tercero C.

En la garita de la planta cero, les recibió el portero. Se dieron cuenta de que era un hombre de seguridad. Su forma de hablar le delataba. Tocó la puerta y les abrió un hombre de unos cuarenta años, pelo canoso no demasiado corto y metro ochenta. Les saludó, dejando claro que sabía quiénes eran, y cerró la puerta, no sin antes mirar al exterior. Llevaba un walki en la mano y en la sala de entrada había dos hombres más de seguridad. El lugar parecía totalmente blindado.

Continuaron caminando y la persona que les había recibido abrió la puerta del salón con una clave. No daban crédito a lo que estaban viendo. Allí había otros cuatro hombres y dos mujeres. El salón tenía una extensión de unos cuarenta metros, todo diáfano, con paredes de papel pintado y suelo de madera antigua con la suficiente separación entre los tablones como para pensar que no se había reformado en muchos años. A pesar de todo, era un espacio perfecto para albergar una sala de operaciones de forma discreta. Estaba lleno de mesas, con un ordenador y cuatro pantallas en cada una de ellas. Gonzalo pensó que el sótano lleno de juguetitos de su casa en Quintanapalla no poseía la misma tecnología que estaba viendo en ese momento.

Miró a todos ellos y vio una cara familiar. Nunca había hablado con él, pero sabía quién era. Alejandro Galván se levantó de su silla y acudió a saludar. Estrechó la mano de Carla y, a continuación, la de Gonzalo.

—¿Qué tal estáis? Soy Alejandro Galván.

Gonzalo asintió.

—Lo sé. ¿Qué está pasando? ¿Dónde se encuentra Ituarte?

—Ituarte no ha podido venir —a Gonzalo le dio la sensación de que no había sido invitado, pero no dijo nada—. Pasad.

Los dos se miraron sin entender lo que estaba pasando, pero

siguieron a Galván hasta su mesa. No había despachos y todas las mesas estaban a unos dos metros unas de otras. Cogió dos sillas y les invitó a que se sentaran a su lado.

Gonzalo dirigió la vista hacia las pantallas y Galván cerró el portátil con la mano derecha. Todas las pantallas se fundieron a negro.

Todavía no entendían lo que hacían allí, aunque era de suponer que les darían o pedirían información. Al menos, en un primer momento.

Carla había visto de cerca a Alejandro Galván, pero Gonzalo no había tenido ese placer. Lo más próximo que estuvo de él, fue desde el otro lado del puente que pasa por encima del río Arlanzón, en el homenaje a Sebas. Era un hombre imponente físicamente, con aspecto cuidado y un peinado impecable. Debía tardar un tiempo considerable cada mañana en arreglarse. Él siempre se fijaba en la apariencia que querían dar las personas, para así hacerse una idea de quién tenía delante. Luego, cuando hablaban, cotejaba si había dado en el clavo. Le sorprendió que no llevara traje. Sin embargo, los chinos azules marino y su camisa blanca impoluta suplían con creces la imagen de un traje bien puesto.

Ya había hecho el chequeo y sentía que Galván había realizado el suyo. Gonzalo tampoco se quedaba atrás en elegancia. Una bien distinta. Unos vaqueros negros de marca, unas botas cortas del mismo color y una camisa blanca tapada por su chupa de cuero. Dos lados opuestos, frente a frente. Cuando hubieron terminado de repasarse, Galván miró a Carla. El contraste de blanco y oscuro que lucían ellos distaba mucho de los colores vivos de la camisa de Carla.

Galván colocó sus dos manos en las piernas y comenzó a hablar.

—Hay veces que las cosas no salen como uno quiere —divagó—, pero es mejor adaptarse que quedarse atrás.

Ni siquiera Gonzalo fue capaz de soltar un comentario ingenioso. Estaba tan perdido como su compañera.

—Sí —se limitó a contestar.

Galván sonrió y siguió hablando.

—Llevamos siguiendo a Ituarte un tiempo.

Los ojos de ambos aumentaron de tamaño al escucharlo. Les dio la impresión de que Ituarte no sabía con quién se la estaba jugando.

—¿Estáis siguiendo a Ituarte? —preguntó Gonzalo, dándole vueltas a la razón por la que lo hacían—. Creía que erais amigos.

—No lo has entendido. Se nos ocurrió lo mismo que a ti, pero nosotros lo pensamos antes, aunque también sin resultados. Puede que ambos estuviéramos equivocados.

En ese momento, supo que Ituarte se lo había contado o lo habían escuchado. Se decantó por la segunda.

—¿Le tenéis pinchado el teléfono?

La carcajada retumbó en la sala.

—Me ha comentado tu idea. Me lo ha contado todo. En un primer momento no me gustó lo que estaba escuchando, pero él pensaba que le había dejado tirado. He estado protegiéndolo desde el principio.

—¿Igual que a Sebastián? —Carla fue a la yugular, sin mover un músculo y manteniendo la mirada en todo momento.

—Es cierto. Ahí estuvimos poco avispados. Nadie lo siente más que yo —le dio la vuelta a la conversación para volver donde estaban —. Sebas era mi sobrino y lo que le ha pasado es responsabilidad mía. Yo le metí en esto, aunque…

Galván no quiso decirles que Sebastián había cometido suficientes errores como para que tuviera una deuda con él. La respuesta de Gonzalo le hizo interpretar la palabra "aunque" y le puso el apellido.

—Puede que se lo mereciera, después de lo que hizo con tu hijo.

Carla reaccionó.

—¿Qué dices? Te estás pasando.

Galván la miró, haciéndola entender que tenía razones para poder pensarlo.

—Le llamé porque confiaba en él, a pesar de sus fallos. Nunca quise que le pasara nada, al igual que Sebas nunca quiso ningún mal para mi hijo. Todos cometemos errores y es fácil echar la culpa a una sola persona. Tenemos que aprender a vivir con la repercusión de nuestros actos, sin embargo, nuestros actos no pueden nublar nuestra vista y obviar los actos de los demás.

Gonzalo elevó las cejas, pensando que estaba sentado frente al hombre más frío que había conocido. No estaba seguro de haberle entendido bien, pero tampoco importaba demasiado en ese momento.

—Se te ve afectado. ¡Sí, señor!

—Creo que no voy a poder convencerte de lo que pienso. Eres igual de testarudo que yo.

—Parece que sí. ¿Qué hacemos aquí? ¿Qué es lo que quieres?

—No consiste en lo que yo pueda querer. Ni siquiera importa lo que quieras tú. Creo que sabes lo que está pasando.

—Me sorprende que llevéis esto de una manera tan opaca. Por Sebas y por todos.

—No podemos compartir esa información con todo el mundo.

Gonzalo agitó la cabeza y le interrumpió.

—Se supone que sois la Policía. Me da la sensación de que no tenéis la obligación de compartirlo con nadie. Al principio pensaba que estabais trabajando a espaldas de la ley, pero me parece que estaba equivocado. ¿Estoy en lo cierto?

La expresión de Galván era difícil de interpretar. Lucía una

media sonrisa que podía significar que Gonzalo no estaba muy perdido en su razonamiento.

—Más adelante, te contaré lo que hacemos. No es el momento. Ahora, lo que importa es que podamos compartir información entre todos los que estamos a este lado.

—Yo no estoy en ningún lado —Gonzalo quiso dejarlo claro. No le gustaba ese hombre y no aguantaba que nadie le dijera dónde estaba su sitio—. Me has dicho antes que vais muy por delante de nosotros y ahora quieres que comparta información contigo. Me quedo algo confundido.

Galván dejó caer una ligera sonrisa, al comprobar que Gonzalo era tal cual se lo habían descrito.

—Ituarte me ha dicho que habíais hablado con cierta gente y que eráis los adecuados para colaborar en este caso. No dudo que sea así, pero entenderéis que cuanta menos gente esté implicada, mejor para todos. Desgraciadamente, no tengo otra opción, y es más inteligente teneros cerca y que podamos estar en el mismo equipo. Depende de vosotros.

Carla miró a Gonzalo y este le correspondió con expresión de asombro.

—Adelante.

—Hay buenas razones para no haber querido que Ituarte se inmiscuyera más de la cuenta —los dos querían que Galván fuera el primero en abrirse y este comenzó a hablar—. Es comisario y le podría explotar en la cara. Lo mío es diferente. No voy a extenderme mucho, porque ya conocéis gran parte de lo que está pasando, pero os voy a dar unas pinceladas. Todo empezó por querer averiguar quiénes eran los responsables de la droga entrara con impunidad en nuestra ciudad, pero no esperábamos que nos viniera de sopetón la información de un intento de asesinato de un compañero con el que convivimos diez años atrás. Luego ocurrió lo de Sebas y lo de Álvaro Crespo. No era difícil imaginar que Ituarte corría peligro.

Gonzalo interrumpió.

—¿Por qué crees que fue un intento de asesinato y qué avances habéis tenido con los que pasaban la droga?

—Hemos estado siguiendo a Crespo y Neva durante meses, pero en ningún momento se han reunido con nadie. Pensamos que, o ya no estaban dentro, o no lo estuvieron nunca. Hay que tener en cuenta que luego cada uno de ellos se fue a una comisaría distinta. Tenemos la sensación de que aceptaban sobornos, pero debíamos demostrarlo. Quisimos apretarlos un poco más y entonces ellos pensaron que los estábamos investigando por la desaparición de Rubén Pineda, y ahí cambió nuestra investigación.

—¿Por qué dices que dudas de que esos hombres estuvieran

inmiscuidos en un posible caso de corrupción? ¿Y en lo de Rubén Pineda? —era una apreciación importante y Carla pidió una aclaración.

—Estamos seguros de que estuvieron implicados de alguna manera y que debían recibir ciertas gratificaciones por dejar pasar la droga, pero te vuelvo a decir que había que demostrarlo. Sobre la segunda cuestión, lo más lógico es pensar que Rubén Pineda iba a delatarlos y lo intentaron matar. ¿Responde eso a tus preguntas?

Carla asintió. Vio que Galván podría tener razón y siguió formulando preguntas que había estado pensando desde que entraron allí.

—¿Por qué las escuchas siguen sin ver la luz?

—Buena pregunta. Esas escuchas no serían admitidas como prueba, porque son ilegales. Bien es cierto que pensamos utilizarlas para que se declararan culpables, pero sin cuerpo no nos valía de mucho. Podían preparar una defensa. No es tan fácil. Hay otra razón para no utilizarlas, que es de peso. Uno de ellos ha sido asesinado y el otro está en la cárcel por la muerte de Sebas. No podemos hacer nada hasta tener las cosas claras y saber quién está detrás de esos asesinatos. ¿Qué opináis?

Carla siguió hablando, como si lo hiciera con ella misma.

—Lo lógico sería pensar que Crespo y Neva mataron a Sebas si se vieron entre la espada y la pared, pero hay otras personas que rondan la ecuación, por no decir que Crespo fue asesinado cuando Neva estaba en la cárcel.

—¿Qué personas?

Gonzalo daba por hecho que Galván sabía de quién estaba hablando Carla, pero respondió.

—Sebas murió poco después de visitar a Rodrigo Lagar. Empecemos por ahí. ¿Qué sabéis de él?

—¿Quieres decir que Lagar pudo avisar a Crespo y a Neva de que los estaban investigando y que Sebas había ido a preguntarle sobre la desaparición de Rubén Pineda?

—La pregunta creo haberla hecho yo.

—Ya te dijo Ituarte que habíamos pinchado el teléfono de Lagar. No hemos escuchado nada fuera de lo normal. Ni una sola palabra sobre Sebas. Ningún contacto entre ellos. Nada.

—¿Y ya está?

—Tampoco ningún contacto con nadie que nos pueda hacer pensar que sea Rubén Pineda.

—¿Cómo? —esa respuesta no la esperaba—. ¿Crees que Rubén Pineda está detrás de todo?

Por mucho que fuera una posibilidad, le parecía que había pasado mucho tiempo para que tuviera sentido.

—No creo nada y no dejo nada al azar. Todo es posible.

Su forma de hablar era muy parecida a la de Gonzalo. Carla no paraba de dirigir la mirada a cada uno de ellos cuando hablaban y tenía esa sensación. Era cierto que Galván era menos agresivo que su compañero, al menos por lo que había visto hasta ese momento.

—Hay algo que no me cuadra —continuó Gonzalo—. Debéis haber hecho un análisis forense de la caja en la que supuestamente encerraron a Rubén Pineda. Tendrías que saber si hay restos.

—Por supuesto. Se hizo y no se encontró nada, a excepción de su sangre en la tapa.

—No tiene sentido —Gonzalo seguía sin verlo.

—La habían limpiado. Habían borrado todas las pruebas.

—Sigue sin tener sentido. Entonces podrían haber borrado también las pruebas de la tapa.

—Lo hicieron, pero al analizar el interior de la madera apareció su ADN. Es el único rastro que nos indica que estuvo allí.

—¿Qué sentido tiene borrar las pruebas?

—¿Tú que crees? Neva y Crespo creían que les estábamos investigando por eso. No sé si les mandaron matar a Rubén Pineda o no lo hicieron ellos y simplemente sabían dónde había sido enterrado, pero me decanto por lo primero. Debieron ir a deshacerse del cadáver y, al ver que no estaba, les entró el miedo y limpiaron la escena.

Gonzalo recordó la conversación que tuvo con Ituarte, en la que les explicó el orden cronológico de sus actuaciones.

—Al parecer, estuvieron poco tiempo al lado de la caja cuando fueron a deshacerse del cadáver. No creo que tuvieran tiempo para limpiarla.

—¿Por qué dices eso? Tuvieron la oportunidad de hacerlo.

—No para hacerlo a conciencia.

—No sé si tuvieron mucho tiempo o no. No estuve allí y no sé cuánto tiempo estuvieron cerca de la caja de Rubén Pineda. No tiene sentido que fuera otra persona.

Gonzalo intuía que un hombre que tenía el control sobre todo, no supiera el tiempo que habían estado cerca de la caja, pero siguió haciéndole preguntas que sabía que no podía responder.

—¿Por qué no se deshicieron de la caja?

—Tampoco lo sabemos. Estábamos siguiendo sus movimientos y cuando reconocieron haberlo enterrado, acudimos al lugar y la encontramos.

Gonzalo supo que lo que acababa de decir no era verdad.

—Creo no es del todo exacto. Tardasteis unos días en acudir a ese lugar.

En ese momento, Galván tuvo claro que Ituarte les había puesto al corriente de todo.

—No podíamos arriesgarlo todo y no creímos que fuera importante ir en ese mismo instante. Tuvimos que pensar bien los pasos que íbamos a dar.

-—Me parece que esos pasos son los que han provocado que borraran las pruebas y podríais haberlo evitado. Fue un error muy grave.

—Fue la decisión que tomamos y nunca sabremos lo que habría ocurrido si lo hubiéramos hecho de otra manera.

Gonzalo sabía que, en parte, tenía razón. Debían haber ido nada más enterarse de aquello, aunque eso tampoco les habría asegurado que no hubieran borrado las pruebas de la caja con anterioridad.

—Me cuesta creer —argumentó Gonzalo—, que alguien que piense que le están siguiendo, no pueda creer que le pueden estar escuchando.

—Desde el momento en que no encontraron el cuerpo de Rubén Pineda, tomaron más precauciones. Es todo lo que te puedo decir. A veces, tomas malas decisiones cuando tienes miedo.

La cara de Gonzalo era de sorpresa y de impotencia. Tenían muchos datos y no sabía cómo utilizarlos. Creía haber tenido una buena idea con la vigilancia que le proporcionara seguridad a Ituarte y le habían adelantado claramente. Lo más curioso de todo era que les habían llamado para colaborar, y eso sólo podía significar una cosa. Estaban muy lejos de encontrar respuestas.

Galván no paraba de dar toquecitos en la mesa, como si estuviera nervioso, y el ruido comenzó a molestar a Gonzalo. No se había dado cuenta de que llevaba un rato haciéndolo. Fue a saltar, pero de pronto le surgió la pregunta que no había hecho hasta el momento.

—¿Habéis hablado con Neva?

El silencio le indicó que había dado en el clavo.

El día de la desaparición de Rubén Pineda

Miró el teléfono nada más levantarse. Se levantó sudando y habiendo pasado una mala noche. Se tocó la frente y comprobó que no tenía fiebre. Se sintió aliviado al comprobar que sólo había sido un sueño: corría y corría con dificultad, como si sus piernas no funcionaran, mirando hacia atrás y viendo sombras que le perseguían.

—¿Estás despierto? —gritó su padre.

Rubén se incorporó por completo.

—Ya voy.

—Llegas tarde.

—He dicho que voy.

Se dio una ducha rápida y bajó vestido, listo para desayunar y marcharse.

—¿Ya te has hecho eso en el pelo otra vez?

El gesto de José Antonio mostraba que no entendía las nuevas modas. Su hijo llevaba el pelo casi rapado por los lados y engominado por arriba.

Rubén sonrió y le contestó de la misma manera.

—Ya te gustaría poder hacer lo mismo, ¿verdad?

Su padre le devolvió la sonrisa y se tocó la cabeza.

—Ya te llegará. Aprovecha antes de que se te caiga, aunque con todos los potingues que te echas, te ocurrirá antes que a mí.

Apareció su madre para mediar entre ambos.

—Basta de tocaros las narices. A desayunar, que siempre llegáis tarde.

Los dos se callaron e hicieron caso.

—Me voy —Rubén se puso en pie, con la rebanada de pan en la mano para tomársela por el camino.

—Si te levantaras antes, no tendrías que ir corriendo.

—Dale caña a papá. Siempre me la das a mí.

—Tu padre hoy tiene turno de tarde. Deja de desviar la atención hacia los demás y date prisa.

Rubén dio un beso a su madre y salió corriendo hacia el coche.

—Eso, no respondas cuando te hablo —dijo su madre, negando con la cabeza.

Llegó a comisaría veinte minutos tarde y se sentó sin hacer mucho ruido, con la intención de que nadie se diera cuenta. Álvaro Crespo se acercó.

—Otra vez tarde. Algún día te van a dar un toque.

Rubén agachó la cabeza.

—Se me han pegado las sábanas.

Sebastián acudió al rescate y le dio un golpecito en la espalda.

—¿Nos vamos?

—Un momento, tengo que hablar con Galván de un tema personal.

Rubén se levantó, observando que Álvaro Crespo le miraba con cara de pocos amigos. Mientras se marchaba, Crespo le hizo un gesto con los dedos señalando a sus ojos y a continuación los dirigió hacia él. Se puso nervioso al sentir que le estaba amenazando. El gesto era claro.

Eso le hizo cambiar de opinión. Se marchó con Sebastián y Crespo elevó el pulgar, para hacerle ver que había tomado la decisión correcta.

Durante todo el día, pensó en lo que debía hacer. Los nervios le estaban consumiendo y le hubiera gustado no saber nada de ese asunto. Sentía que no tenía escapatoria.

Volvieron a comisaría al terminar la jornada y Jaime Peña se acercó a Sebas. No habían tenido una relación muy fluida hasta ese momento, pero desde esa conversación su amistad comenzó a fluir.

—¿Qué tal el día? —se interesó Jaime.

—Como siempre. Bueno, Rubén está raro. No ha abierto la boca.

Jaime no pareció sorprendido.

—Lo sé. Lleva un tiempo así. ¿Te ha dicho lo que le pasa?

—No. ¿A ti? Parece que vosotros tenéis algo más de relación.

Jaime no respondió.

—Esta comisaría es una jauría de lobos. Cuida a Rubén.

Sebas no entendía por qué le había dicho eso.

—¿Hay algo que deba saber?

—Rubén es un buen tío y alguno…

Dejó la frase abierta, sin expresar lo que quería decir, pero transmitiendo claramente su preocupación.

—En serio. ¿Qué pasa?

—He visto cómo le miran. ¿No te has dado cuenta?

—A mí tampoco me miran bien.

—Lo sé. No me gusta esto. Siento que los compañeros están para apoyarse, y no para poner los huevos encima de la mesa cada vez que quieren imponerse.

—Estoy de acuerdo.

—Me voy a casa —le dijo Jaime, mientras recogía la mesa—. Nos vemos mañana.

Sebas se despidió con la mano.

Había llegado la hora de marcharse a casa. Rubén se subió en su coche y puso la música a todo volumen. Fue consciente de que no la estaba escuchando y que no podía volver a casa con esa ansiedad. Paró el coche para dar un paseo. El tiempo se había torcido desde el mediodía y no había nadie por el parque. Era justo lo que necesitaba. Se puso los cascos y caminó lentamente, mientras escuchaba la música. Comenzaba a sentir un atisbo de relajación y no se dio cuenta de que, detrás de él, se acercaban dos hombres. Uno de ellos sacó una porra y le golpeó con fuerza en la cabeza. Cayó inconsciente.

Los dos hombres lo incorporaron y metieron la cabeza bajo sus axilas para poder llevarlo entre ambos. Lo introdujeron en el maletero de un coche y condujeron hasta llegar al lugar donde tenían preparado deshacerse de él.

Cuando llegaron, estaba la caja preparada. Había anochecido. Lo metieron en ella y comenzaron a echar tierra encima. De pronto, oyeron algo. Se miraron y se pusieron encima de la caja. Se había despertado. Escucharon sus gritos, no paraba de hablar y de golpear la tapa. Uno permaneció encima y el otro comenzó a echar arena en la caja. Estuvo a punto de abrirla y los dos volvieron a ponerse encima. Rubén recibió un golpe en la cabeza con la tapa y volvió a la misma posición, momento en el que uno de ellos cogió una pistola de clavos y, uno a uno, consiguió sellar la caja. Se oyó un grito cuando uno de los clavos atravesó la mano de Rubén.

Momentos después, habló.

—¿Por qué lo haces? Déjame salir, por favor.

No sabía si alguien le estaba escuchando, pero lo volvió a intentar.

—Déjame explicarme. Te lo ruego.

Los dos hombres se miraron con gesto de pánico. Ya no había vuelta atrás y no cabía la posibilidad de arrepentirse. Siguieron echando tierra encima, hasta que creyeron que era suficiente. Ya no le escuchaban. Se había acabado todo.

Mientras se marchaban, Rubén tuvo una última idea. Estaba totalmente a oscuras. Palpó la tapa de la caja y clavó sus uñas. Notó las astillas introduciéndose entre sus dedos y sintió un dolor intenso, como si le estuvieran torturando. No paró, a pesar del dolor, hasta haber acabado. Esperaba que pudiera entenderse, si alguien lo encontraba alguna vez.

Cuando terminó, se dio por vencido, al menos durante unos segundos. Sacó fuerzas de la nada y volvió a golpear la tapa. Notó que cedía unos milímetros y siguió intentándolo. Su instinto de supervivencia actuaba por sí solo. No sabía la distancia que habría hasta salir de allí, ni si le daría tiempo antes de asfixiarse. Pensó en su familia y volvió a intentarlo.

34
¿Tiene abogado?

La visita que Gonzalo y Carla hicieron a Carlos Neva en prisión fue el detonante para que Galván sintiera que se le había escapado una oportunidad. Él quería hacerle estar tranquilo para que pensara que iba a tener ayuda. Fue la razón por la que no hablarle de las pruebas que podrían tener en su contra. Con lo que no contaba era con que Ituarte lo iba a echar todo por la borda dejando que Gonzalo se presentara allí y lo complicara, ganándose en un momento la confianza de Neva. Un hombre que creyó en su inocencia.

Carla tuvo la mente clara e hizo una pregunta que a ninguno de ellos se le había ocurrido.

—¿Tiene abogado?

Las caras de los dos cambiaron por completo. Efectivamente, esa era la forma más fácil.

Gonzalo fue el encargado de hacer esa llamada mientras Carla y Galván escuchaban a través de los cascos. Concertaron una cita en un restaurante céntrico, a elección del abogado.

Última mesa a la izquierda. Se acercó un hombre y saludó.

—¿Gonzalo Ulloa y Carla Torre?

—Así es —respondió ella—. ¿Víctor Barrado?

—Soy yo —respondió, con una leve sonrisa.

Se sentó y dejó un maletín en el asiento de su derecha.

Su aspecto no impresionó a ninguno de los dos. Llevaba un traje que le sobraba por todos los lados. No era culpa del traje, sino de su nula corpulencia.

—Me alegra que me hayan llamado.

Carla levantó la mano.

—Por favor, no nos llames de usted. Gonzalo es algo mayor, pero yo soy muy joven para que lo hagas.

Rompió el hielo con esa broma.

—Claro. Me decías por teléfono —señaló a Gonzalo—, que tenías algo importante que decirme sobre mi cliente, Carlos Neva.

—Así es. Supongo que estarás al tanto de que fuimos a visitarlo, y nos quedamos muy preocupados al ver a un hombre inocente entre rejas.

Lo estaba haciendo bien, pero Carla no pudo contener un gesto de sorpresa. No le pegaba nada ese lenguaje. El resultado, sin embargo, no podía ser mejor.

—Me alegra oír eso. Es inocente y lo está pasando mal.

—Claro —exclamó Gonzalo, con condescendencia—. Hay que hacer todo lo posible para que la verdad salga a la luz.

—Él no estuvo allí. Nunca habría matado a nadie.

Había llegado el momento de ir al ataque y Gonzalo no perdió la oportunidad.

—Era amigo de Sebastián Morales. Lo sabemos y por eso queremos ayudarlo. A Sebas no le hubiera gustado que un amigo pagara por los actos de otra persona. Para eso están los amigos.

—Es trabajo de la Policía coger a ese hombre, y no acusar a un inocente sin pruebas. ¿Saben quién puede ser ese hombre?

Al abogado se le abrieron los ojos como faros, deseando que le dieran un nombre que pudiera ayudarlo en su caso. No era un experto. Gonzalo lo miró, intentando comprender por qué Neva le había contratado. Saltaba a la vista que no sabía lo que estaba haciendo, aunque debía haber alguna razón de peso.

Gonzalo sabía cómo debía hacerlo. Galván le había dado instrucciones de lo que quería conseguir, pero según lo decía, pensó que le importaba más descubrir quién estaba detrás de lo que le ocurrió a su hijo que el asesinato de su sobrino. Entendía que su hijo estuviera por encima de todo, pero sintió una corazonada que no le gustó.

—Creemos que todo esto puede estar relacionado con algo que pasó hace unos años.

El abogado puso cara de no saber de lo que le estaba hablando.

—¿A qué te refieres?

—¿No te ha contado nada del lío en el que estuvo metido? Te pido que no salga de aquí. No se lo digas a nadie, si no quieres que se compliquen las cosas. Te lo cuento porque eres su abogado, pero no lo sabe nadie más.

Le habían creado expectación y confianza. Al menos era la sensación que tenían, interpretando sus gestos y su posición corporal. El abogado había invadido la mesa para acercarse a Gonzalo.

—No me ha dicho nada.

—Hace diez años, Carlos estuvo cerca de gente muy peligrosa. Él era un buen hombre y le debieron engañar para que hiciera la vista gorda en asuntos muy feos. No quiero contarte más, porque eres su abogado y cuanto menos sepas de esto, menos podrá influirte para defenderlo. Sólo te pongo en aviso de que están yendo a por todos los que estuvieron allí entonces. Alguien hizo que desapareciera un hombre. Un compañero de Neva. Ahora, parece que ese hombre ha vuelto y quiere cobrarse su venganza.

La cara del abogado iba desencajándose a medida que pasaban los segundos.

—¿Cómo? Eso demuestra que Carlos no tuvo nada que ver con el asesinato de Sebastián Morales.

—Así es, pero la única forma de que pueda demostrarlo es que…

Hizo un silencio dramático y lo acompañó agachando la cabeza.

—¿Cuál es la única forma de demostrarlo?

Gonzalo luchó por mantener el tipo y que no se le notara la satisfacción de ver cómo caía en la trampa.

—Que salga todo eso a la luz. Que pueda contar lo que sabe de lo que ocurriera en ese momento.

—Me he perdido. ¿Qué sabe?

Lo miraba como si fuera un zoquete. Seguía sin enterarse de nada.

—Está bien. Sólo hay una forma de aclarar esto y que Neva salga bien parado. Tienes que averiguar quiénes eran las personas que le extorsionaron para que hiciera la vista gorda en la entrada de drogas en Burgos.

Consiguió que el abogado retrocediera y se apoyara en la silla. No esperaba escuchar algo así.

—¿Cómo le voy a preguntar eso?

—A veces hacemos cosas que no queremos. Alguien quiso deshacerse de un compañero que lo sabía todo, pero ese hombre ahora parece que está vivo. Sólo podemos llegar a él si sabemos quién intentó matarlo. Sé que es difícil para ti, pero es la única forma de que Carlos Neva no entre en prisión, aunque lo más importante es que si sale, es hombre muerto. La única manera es que nos cuente lo de las drogas para que podamos llegar a ese tipo.

El abogado se tapó la boca con la mano. Esto le venía grande y Gonzalo tenía miedo a que esa información acabara filtrándose. Ya había hecho todo lo que podía hacer y creía que sin riesgo no conseguiría nada.

—No sé si…

—Nos tenemos que marchar. Te dejo mi tarjeta por si necesitas ayuda. Hagas lo que hagas, estoy seguro de que será por el bien de tu cliente, pero no me gusta ver que pagan justos por pecadores. Sentimos haberte molestado, pero creía que debía decírtelo.

—Claro —al abogado le salió un sonido casi inaudible.

—Suerte.

Se levantaron y esperaron a llegar al coche para sonreír. Tenían la sensación de que, en algún momento, les llamaría para darles información. El problema es que no conocían a Neva y era posible que no cayera en la trampa tan fácilmente como lo había hecho su abogado. Sólo quedaba esperar.

35
Nadie sale de allí

De camino al piso franco, como lo había llamado Gonzalo al salir de la sala de operaciones que Galván había montado en el centro de Burgos, recibió la llamada de su hijo. Le había prometido que volvería a Madrid lo antes posible y se estaba alargando demasiado. Miró a Carla y colgó el teléfono. Quería esperar a llegar para poder hablar con cierta intimidad.

Carla sonrió, al ver que no lo iba a coger delante de ella.

—¿Te da vergüenza que vea que eres un tío majo con tu hijo?

—No tengas mala leche.

—Estamos llegando. Me apartaré para que no pueda verte ser cariñoso.

Bajó del coche enseñando el dedo corazón y se apartó unos metros.

—Salva, ¿qué tal estás? Perdona, no te lo he podido coger.

—No te preocupes —respondió, con una madurez que le despertaba ternura.

—Sé que te dije que volvería pronto, pero todavía tengo alguna cosa pendiente por aquí.

—Papá —siguió hablando, como si no le importara demasiado. Había algo que era más importante en ese momento—. He marcado dos goles. Ha sido un partidazo.

A Gonzalo se le encogió el corazón al haberse perdido otro partido.

—¡Qué fastidio! No te imaginas lo que me hubiera gustado verte jugar. Tienes que mantener el nivel para que dentro de poco pueda verte marcar otros dos.

—Eso está hecho —aseguró, con cierta chulería.

—No lo dudo. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Vienen unos amigos del equipo a dormir. Vamos a cenar pizza.

—¡Qué envidia! Me encantaría tomarme una pizza contigo.

—Cuando vuelvas, nos tomamos una en el sitio que te gusta, ¿vale?

—Dalo por hecho. ¿Qué tal tu madre?

—Muy bien. Ha venido la tía a vernos. Va a cenar en casa.

Gonzalo se llevó una mano a la cabeza.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Nada. No te preocupes. ¿Está mamá por ahí?

—Si. Está en el salón.

—Por favor, pásamela. Disfruta mucho la pizza y nos vemos pronto.

—Vale, adiós.

Siempre hacía lo mismo. Su hijo se estaba haciendo mayor y se despedía de repente, sin dar oportunidad a que pudiera responderle.

—¿Gonzalo? ¿Qué tal estás?

—Bien. Espero que esto no me lleve mucho más tiempo. Me ha dicho Salva que va mi hermana a cenar.

—Sí. Ha venido a hacernos una visita. Sé que es mi amiga de toda la vida, pero parece que es mi hermana y no la tuya.

—Lo sé. La llamé cuando vine a Burgos, para vernos algún día por el centro, pero luego se me ha pasado por completo.

—Tranquilo, no le pilla de sorpresa. Por eso no te ha dicho nada. Está acostumbrada.

—Dile que lo siento y que la llamaré.

—Se lo diré, pero otra cosa es que lo hagas.

—Ja, ja. He estado muy ocupado.

—Dijiste que te quedabas para acompañar a Carla, pero me da la sensación de que hay algo más. ¿En qué te has metido?

—Ya te contaré. Se me ha complicado un poco el asunto.

—¿Debo preocuparme?

—No, esta vez no corro peligro.

—¿Seguro?

—No hay nada seguro en esta vida, pero se acerca mucho.

—Está bien. ¡Salva!, deja eso. Perdona, este niño me tiene hasta la coronilla.

—Te dejo, pues. Dale un beso a mi hermana.

—Está bien. Cuídate.

Colgó el teléfono y se acercó a Carla.

—¿Todo bien? —preguntó ella, sin quitarse la sonrisa de la cara.

—Es un chaval. Le importan más los amigos que yo. Lo más normal.

—¿Subimos?

Tocaron la puerta y les abrió el mismo hombre que el día anterior. Los invitó a pasar y Galván les recibió con un apretón de manos.

—¿Qué tal ha ido?

—Es pronto para saberlo —respondió Gonzalo.

—¿Un café?

Carla levantó el dedo y Gonzalo no respondió. Llevaba pensando en lo mismo desde que quedó con el abogado de Carlos Neva.

—¿Qué es lo que estás investigando?

Galván puso cara de no entender la pregunta.

—¿Tú que crees?

—Me refiero a qué quieres saber, ¿lo que le ha ocurrido a Sebas o lo que te interesa es cogerlos por algo más personal?

—¿Hay que elegir? Todo está relacionado.

—No has visitado nunca a Rodrigo Lagar. Espero que sea porque tienes todos los informes del caso de Rubén Pineda.

—¿A qué viene esto?

—He hecho lo que me has pedido y ahora quiero que tú me des lo que te pida. En eso consiste colaborar.

Galván volvió a comprobar que Gonzalo no era una persona a la que se le pudiera dar órdenes sin entregarle nada a cambio.

—¿Qué quieres?

Se había dado cuenta desde el principio de que Gonzalo no confiaba en él.

—Quiero ver la caja en la que enterraron a Rubén Pineda. Quiero ver las cajas de Sebas y de Álvaro Crespo. Quiero poder acceder a las pruebas que decís que tenéis contra Carlos Neva y quiero que me digáis de una vez lo que pinta Rodrigo Lagar en todo esto. Sebas fue a hablar con él, pero me haces creer que lo habéis dejado de lado como si no fuera importante. No somos tontos ninguno de los dos.

Galván se sentó en la silla y cruzó las piernas, sin dejar de mirarlo. Suspiró y comenzó a darle respuestas.

—Lo que creo que te preocupa es que podamos haber manipulado pruebas contra Neva. ¿Estoy en lo cierto? —su pasividad confirmó que era lo que estaba pensando—. No es así. Son reales. Entiendo que no confíes en lo que te digo al no haber encontrado nada en el cuerpo, pero te puedo asegurar que, tanto si es Neva como si han manipulado las pruebas, lo ha hecho la persona o personas que están detrás de esto.

—Está bien, sigue.

—Tienes fotos, pero si quieres ver esas cajas no tengo ningún problema en mostrártelas. Lo que incrimina a Carlos Neva no lo hemos dejado nosotros, como te acabo de decir. ¿Quieres que te diga lo que opino? Carlos Neva no mató a Sebas, pero hay alguien que quiere hacernos pensar que fue él. Por supuesto, son puras sensaciones.

—¿Por qué iban a hacer eso? —preguntó Carla.

—Hay varias opciones. Una de ellas es que pudo ser Álvaro Crespo, para quitarse de en medio a Neva y luego este ordenó matarlo.

—No tiene sentido. Estaba en la cárcel. Su única opción para que se trasmitiera su mensaje sería…

Carla se quedó pensando antes de decir el nombre.

—Su abogado. Puede que sepa más de lo que os haya contado.

—No te hemos dicho lo que nos ha contado.

Galván sonrió, al ver que Carla seguía los pasos que el famoso Ulloa.

—Si hubiera algo importante, ya lo habrías dicho.

Gonzalo no le quitaba ojo.

—De acuerdo, ¿cuál es la segunda opción?

—La otra opción es que Rubén Pineda esté vivo.

—Seguimos con la misma gilipollez. No habría tardado tanto tiempo en tomarse su venganza —había perdido el hilo completo de sus preguntas, pero Gonzalo recordó que faltaba algo importante por contestar—. No me has dicho lo que sabéis sobre Rodrigo Lagar y su caso. Lo que pudo pasar al hablar con Sebas. Pudo avisar a alguien de que Sebas sabía algo.

—Por eso hemos seguido sus pasos.

—¿Sólo eso?

—Conocí a Rodrigo Lagar y vi cómo llevaba el caso. Él no sabía nada y no puede estar implicado en nada. Lo único que hizo fue seguir mis indicaciones para que no se montara un lío público.

A Gonzalo le extrañó la explicación.

—¿Por qué te importaba tanto?

Galván se quedó pensando antes de responder. Gonzalo intuyó que la respuesta no sería del todo ética.

—Habría frenado algunas carreras.

La forma de decirlo le dio una pista.

—La tuya, por ejemplo.

—Así es. Ya te contaré algún día, pero en ese momento me estaba jugando mi futuro. Una investigación exhaustiva habría complicado mucho esa oportunidad. En todos los sitios hay malas hierbas.

—¿Eso era más importante que la vida de un hombre?

—No supe lo que pasó hasta hace muy poco. No podía imaginar algo así. Si hubiese creído que lo habían matado, habría actuado de otra forma, pero no tenía indicios de que fuera así y preferí que se mantuviera en el silencio más absoluto. Le pedí a Rodrigo Lagar que lo investigara y, si no encontraba nada, lo cerrara lo más rápido que fuera posible. Me vino con los pagos con tarjeta que realizó y…

—Es fácil hacer eso para dejar un rastro y desviar la atención.

—Ahora lo sé y no actué bien, pero ya no puedo hacer nada. Mientras me juzgas, estamos perdiendo el tiempo.

Fue a contestar, pero sonó el teléfono de Galván. No dijo una sola palabra y adoptó un gesto serio. No duró la llamada más de un minuto. Colgó y realizó otra para decirles a sus hombres cómo debían actuar.

—He hablado con Ituarte. En cincuenta minutos quiero que vayáis todos al aparcamiento no vigilado del restaurante Landa.

Se quedó escuchando unos segundos, mientras Carla y Gonzalo sentían curiosidad por lo que estaba pasando.

—No sé el aspecto que tendrá, pero os mando una foto que puede serviros. Sólo ha dicho que estará al final del camino arbolado. No aparezcáis antes, o lo echaremos todo a perder.

De nuevo, quedó a la escucha.

— ¡Yo que coño sé! Utiliza tu instinto. Nadie sale de allí. Me vais contando.

Colgó el teléfono y vio que las miradas de Carla y Gonzalo pedían una explicación.

Galván se puso en pie de nuevo. Durante la conversación, se había sentado y levantado varias veces.

—Ha llamado Ituarte.

Volvió a sentarse, sin saber lo que estaba haciendo, y Gonzalo no pudo esperar más.

—¿Qué es lo que pasa en el Landa? —demandaba una respuesta de una vez por todas.

Galván resopló y se rascó la cabeza como si no le cuadrara algo.

—Todavía no está claro. Es demasiado fácil.

—¿Qué es demasiado fácil? ¿Qué le pasa a Ituarte?

—Os cuento.

36
Nos vemos en una hora

Unos minutos antes de que Galván recibiera su llamada, Ituarte miraba por la ventana. Ahora sabía que había tenido protección desde que su número de placa se vio involucrado en un asesinato. Ituarte no se había dado cuenta de ello en ningún momento, por lo que pensó que habían hecho bien su trabajo. Que él no lo hubiera visto significaba que nadie más habría reparado en ello.

Bajó a su despacho. Hacía unos días que no pisaba demasiado la comisaría y sus agentes se estarían preguntando si le ocurría algo. No podía parar de darle vueltas a todas las pruebas y se preguntaba por dónde debían continuar. Confiaba en el criterio de Galván, pero lo cierto es que no había conseguido mucho más que Carla y Gonzalo, con todos los medios a su alcance.

Su móvil vibró. Lo cogió con la mano izquierda y puso la huella en la parte posterior del teléfono para desbloquearlo. Nunca borraba un número de la memoria, por lo que se quedó inquieto por conocer de quién se trataba. Leyó el Wasap y a los pocos segundos, apareció como eliminado en la pantalla.

Nos vemos en una hora en el aparcamiento no vigilado del restaurante Landa. Al final del camino arbolado. Por favor, ven solo. Hay algo importante que debes saber. Rubén Pineda.

Al leer ese nombre, casi se le salió el corazón por el pecho. Permaneció mirando al techo unos minutos. Recordó el tiempo que pasó trabajando con él y su coraza se deshizo como si un cristal se le cayera de las manos y se hiciera trizas. Cristales tan pequeños que, al tocarlos, pinchaban como agujas. Aunque no hubiera hecho nada malo, se sentía pequeño. Un sentimiento tan puro que sólo eres capaz de interiorizar cuando pasa el tiempo y eres consciente de que podías haber hecho mucho más. Tuvo ganas de llorar. No podía imaginar lo que habría sentido ese chico.

Recordó cada momento y supo que había cometido un error. Cuando Pineda desapareció, él pudo percibir que había algo raro detrás. Que no se había marchado para dejar su vida de lado. Fue cobarde, como lo había sido el resto, y fue más fácil continuar así para perseguir sus ambiciones. Ahora lo sabía. Rompió a llorar como un niño y pensó en acudir a la cita. No importaba el miedo, que le absorbía hasta el ahogo. Se lo debía, a pesar de lo que le pudiera ocurrir.

Se dio cuenta de que había estado esperando ese momento con ansiedad y, ahora que había llegado, le temblaban las piernas.

No entendía que le hubiera contactado de esa manera y eso le causaba aún más nerviosismo. Rubén Pineda había vuelto a la vida. Si era cierto, ¿qué tenía Pineda en su contra? ¿Creía que él había estado implicado en su intento de asesinato? No era capaz de razonar. pero tenía sentido. Nadie había hecho nada por él. No le había matado, o no lo había intentado. La duda seguía abierta, pero nunca le tendió la mano cuando lo necesitó.

Cogió el teléfono y llamó a Galván. Parecía un niño pidiendo ayuda y agradeció que este se mantuviera frío. Necesitaba que alguien pudiera hacerlo y no tomara la decisión incorrecta. No para sentir apoyo, sino para que alguien hiciera lo que él no era capaz de hacer.

Cuando colgó, pensó que hacía poco tiempo se consideraba un hombre fuerte, sin embargo, ahora era una persona a la que la vida había puesto en su sitio. Pensó en Gonzalo y no pudo más que envidiarle. Siempre le había tenido respeto y el afecto estaba enterrado tras su capa de invisibilidad. Gonzalo era tan puro que le gustaría ser como él.

Estaba solo en casa, pero era un momento para sentirse acompañado. Tampoco había dado a su mujer el estatus que se merecía. Un error que esperaba subsanar en cuanto acabara todo. Nadie es nada sin las personas adecuadas a su lado. Volvió a llorar como si se acabara el mundo.

Tras unos minutos de autodestrucción, estuvo mirando el teléfono, mientras paseaba por su despacho, esperando a recibir una llamada. Miraba el reloj con los nervios intactos. Todavía faltaban veinte minutos para que se produjera la cita.

Los sentimientos encontrados le producían una desazón inimaginable. No quería que cogieran a Rubén Pineda, pero al mismo tiempo, quería que pagara por los últimos hechos. Entendía la razón por la que pudiera haber matado, si es que era él, pero sólo desde el punto de vista de una persona desquiciada. Su cabeza daba bandazos y no sabía controlarla. Se sentó en el sofá de su despacho e intentó controlar la respiración.

Las unidades que Galván había enviado se aproximaban a la estación de servicio. Por órdenes de su jefe, no podían acercarse más hasta que llegara la hora. El riesgo de que Pineda averiguara que había enviado a agentes era demasiado grande como para tirar esa oportunidad por la borda. Iban y volvían por la A-1 hasta que llegara el momento. Galván, Gonzalo y Carla permanecían en el piso, escuchando en directo lo que estaba ocurriendo, con la tensión por las nubes. Era la

oportunidad que habían estado esperando para acabar con todo. Para saber si Rubén Pineda realmente seguía vivo. Para poder dar justicia a Sebastián Morales. Al Moro, como lo llamaban sus antiguos compañeros.

Las comunicaciones fluían a velocidad de vértigo. Un coche informaba de que pasaba por delante de la estación de servicio; el otro había tomado la salida por la A-1 para desviarse hacia la vía de servicio. El otro traspasaba la circunvalación para dar media vuelta. Era más difícil mantenerse tranquilo desde el otro lado de la línea.

Ituarte seguía en casa, con la cabeza entre las piernas. No tenía ninguna información de lo que estaba ocurriendo y eso le estaba pasando factura. Le hubiera gustado tener un pinganillo para estar informado de todo. En realidad, imaginaba que su vida hubiera sido distinta para no tener que estar pasando por algo parecido.

Se le pasó por la cabeza llamar a su mujer. Contarle lo que estaba ocurriendo y gritarle que la quería. Que había perdido un tiempo que no podría recuperar por haber sido muy orgulloso. Sabía que su posición no valía nada, pero le hubiera gustado percibirlo antes para no haber perdido un buen pedazo de su vida. Cogió el teléfono y fue a marcar su número. No se atrevió. Prefirió hacerlo cuando hubiera acabado todo para poder abrirse a ella por completo. Nunca había llorado tantas veces seguidas.

Cuando se hubo relajado, su visión cambió. No podía decirle a su mujer lo que había hecho. Ser un cobarde. Aunque él no hubiera sabido nada, aunque realmente no hubiera sido responsable de lo ocurrido. Estaba totalmente perdido.

Se acercó al salón a ponerse una copa y se encendió un cigarrillo. Nunca bebía solo y fumaba únicamente cuando la ocasión lo requería. Sintió que eso le ayudaba, aunque fuera por un momento. Ojeó las fotos que poblaban el salón. Tenía una familia impresionante, que siempre había estado en un segundo plano. Era fácil verlo en ese momento, pero debería haberse dado cuenta antes. Quería a su familia y le había dado lo mejor, pero el cariño no se compra con una vida fácil. Eso se repetía una y otra vez. Sonrió y pensó que no a todo el mundo le ocurre algo así. La oportunidad de enmendar las cosas. Rubén Pineda le había dado una vida extra, sin embargo, se había llevado dos vidas por el camino.

Quedaban cinco minutos para que pudieran actuar. Gonzalo no dejaba de dar vueltas en círculos. Era un hombre de acción y le resultaba muy difícil mantenerse al margen. Estaba atento a los contactos por

radio, como si el corazón le fuese a estallar en cualquier momento. Apretó con fuerza el brazo de Carla y ella sonrió al verle tan nervioso. Nunca lo había visto de esa manera. En realidad, nunca le había visto fuera del foco. Cogió su mano y la unió a la suya. Todos tenían una sensación parecida, aunque cada uno lo demostraba de una manera distinta.

Quedaban dos minutos. Dos minutos eternos. Ninguno tenía la certeza de que fueran a dar con Rubén Pineda. Un hombre que regresaba de la muerte dejando cadáveres a su paso.

Escuchó a varios agentes haciendo una ronda informativa, como si se tratara de una jornada de fútbol en la que coinciden varios partidos al mismo tiempo. Poco a poco, iban acotando el espacio para tener capacidad de reacción, así que todas las unidades estaban cerca. Todos coches de incógnito y de marcas distintas. No podían cometer el error de que fueran descubiertos demasiado pronto.

Ituarte miró el reloj. Tan sólo quedaba un minuto para que, en teoría, se produjera el encuentro. Un agente se había llevado el coche de Ituarte, para que Rubén Pineda no sospechara que se trataba de otra persona. Lo lógico era que lo tuviera todo estudiado y que reconociera el coche. Volvió a mirar el reloj. El tiempo pasaba tan lento que no habían transcurrido más de veinte segundos desde la última vez que giró la muñeca. Por mucho que le afectara, no podía desviar la vista de ese reloj. Al fin, llegó el momento, pero todavía quedaban unos minutos, al menos, para que obtuviera información. Para saber si se había presentado Rubén Pineda. Aunque, en el fondo, tenía la lógica sensación de que todo estaba siendo un juego, de que no cometería el error de presentarse y ponerles fácil que le pudieran detener. Aun así, como policías, no podían dejarlo pasar y perder la oportunidad de comprobar la finalidad de ese juego. Cabía la posibilidad remota de acudiera y pudieran saber de primera mano lo que le había ocurrido diez años atrás y preguntarle a la cara por qué había matado a sus compañeros. La pregunta sólo podía tener una respuesta, pero necesitaba escucharla del propio Pineda.

El coche de Ituarte llegó al aparcamiento con un agente vestido de calle y una gorra para esconder su rostro. Otro agente viajaba en el maletero, y el resto de las unidades esperaban para acudir en cuanto tuvieran comunicación, para sellar la otra salida. El camino arbolado comenzaba a la izquierda de la carretera que llevaba al restaurante y rodeaba el aparcamiento de tierra que en ese momento estaba vacío y sin iluminación. La visibilidad era reducida, aunque las farolas de la

carretera y la luna permitían que se pudiera acceder sin problema. Si Pineda acudía, no tendría forma de salir de allí. El agente recorrió el camino de no más de dos minutos andando y vio a un hombre junto a la valla. Detrás de él había una pequeña extensión de terreno, cerrada por una valla por cada uno de los extremos. Dio el aviso por radio para que se prepararan y cerraran el paso por la valla del fondo, por si saltaba e intentaba salía por allí. Gonzalo escuchaba cada palabra, mientras ponía mala cara. No esperaba que fuera tan fácil y se arrinconara en un lugar en el que no tuviera ninguna opción de escapar. Se le pasó por la cabeza que lo único que podría querer era matarlo. Se habría dado cuenta de que Ituarte había tenido vigilancia y se la jugaba a que acudiera a ese encuentro sin escolta. Seguía sin tener sentido que esperara que Ituarte se hubiera presentado.

El agente se acercó la valla y gritó al hombre que se echara al suelo. El hombre no hizo caso y se metió la mano en un bolsillo. El policía sacó su arma y corrió hacia él, gritando de nuevo para que cumpliera la orden. Comenzaron a entrar agentes por la valla del fondo y saltaron la que daba acceso al camino del aparcamiento. Por fin, el hombre se echó al suelo, gritando que no lo mataran.

Aparecieron tres policías por detrás y lo redujeron con las manos a la espalda.

—No te muevas —ordenó uno de ellos.

—No he hecho nada —el hombre estaba visiblemente nervioso y hablaba con cierta dificultad—. Me han dicho que venga aquí.

—¿Quién?

—No lo sé. Es un encargo.

El agente no entendía nada.

—Alguien te daría el encargo, digo yo.

—Soy repartidor. Me han dado un paquete y me han dicho que lo entregue aquí.

—¿Aquí? ¿Qué clase de repartidor eres para venir a un lugar como este, sin apenas luz y en plena noche?

—El cliente ha pagado bien. Dijo que era importante y que lo entregara aquí.

—¿Le viste en persona?

—No. Llamó por teléfono y dijo que, como estábamos cerrados, había dejado el paquete en el buzón. También el dinero.

Gonzalo, Carla y Galván estaban escuchando la conversación, pensando que no tenía ningún sentido. No se les pasaba por la cabeza que ese hombre hubiera accedido a realizar el reparto sin saber lo que pudiera estar entregando. Quedaba claro que el dinero hacía que la gente perdiera la cabeza.

—¿Dónde trabajas? —preguntó el mismo agente, con cara de póker.

—Tengo una empresa de mensajería pequeña. Estamos empezando y llevo lo que me digan a cualquier sitio. Es mi trabajo.

El agente todavía no se lo podía creer.

—¿Qué es lo que te ha pedido que entregues?

—¿Puedo? —hizo amago de coger algo del bolsillo y esperó a que le dieran permiso.

—Espera —el policía introdujo su mano en el bolsillo de la chaqueta del repartidor y sacó el paquete con cuidado. Era una pequeña caja de madera. Una réplica de las cajas en las que habían sido enterrados Sebastián Morales y Álvaro Crespo. En la caja había algo escrito. "*La caja de Cristal*".

Según informaba el agente, al otro lado de la línea se quedaron todos sin palabras. Había sido un juego, pero no eran capaces de ver hacia dónde los llevaba. La opción más plausible que les pasaba por la cabeza es que se tratara de un explosivo.

—¿Qué mierda es esta? —Gonzalo se llenó la boca, mientras apretaba los dientes como si fueran a romperse.

—Os lo lleváis a la comisaría —ordenó Galván—. Llamo a Bruno ahora mismo.

—Vamos para allá.

—No abráis la caja. ¿De acuerdo? No os juguéis el culo.

—De acuerdo. Nos ponemos en marcha.

Galván se levantó de la silla y comenzó a dar vueltas en círculos, intentando pensar. Lo había dicho nada más hablar con el agente al mando. Era demasiado fácil. Quien estuviera de tras de todo eso, no habría llegado hasta aquí para correr un riesgo inasumible. Había sido una distracción o una forma de reírse de ellos, para hacerles ver que dominaba la situación y que podía mover las piezas del ajedrez sabiendo que siempre estaba una jugada por delante. La única forma de dar la vuelta a la partida era que hiciera un movimiento en falso y perdiera una pieza importante.

—¿Qué leches ha pasado? —preguntó Carla. Se había quedado de piedra. ¿Os habéis planteado que pueda tratarse de un explosivo?

Galván asintió.

—No hay nada peor que perder el tiempo de esta manera y que, además, se rían de ti —soltó Gonzalo, muy enfadado.

—Vamos a la comisaría y lo vemos —respondió Galván, con una entereza que Carla esperaba que no se convirtiera en una debilidad.

Llegaron unos minutos antes que el repartidor. Bruno había recibido la llamada de Galván y se había marchado de casa a toda velocidad para llegar cuanto antes.

Entraron en una sala y Carla continuó donde lo habían dejado.

—Antes no habéis respondido de forma muy clara. ¿No os da miedo esa caja?

Galván dudó y tardó en reaccionar.

—No cuadra con su modus operandi.

Gonzalo torció el gesto y le explicó cómo lo veía él.

—No hay un patrón claro. Puede parecerlo, pero nos olvidamos de que está actuando de formas diferentes. Con las cajas nos muestra la razón por lo que lo hace, pero con Carlos Neva no utilizó el mismo método. Ha aprovechado un asesinato para que Neva fuera acusado por ello, y eso rompe con el modus operandi del que hablas. ¿Por qué no nos vamos a encontrar con otra variante?

La explicación era lo suficientemente lógica como para plantearse que podría tener razón.

—De acuerdo, pongámonos en esa hipótesis —dijo Galván—. ¿Qué quiere hacer ahora? ¿Por qué nos ha dado esa cajita?

—No lo sé —Gonzalo puso los brazos en jarras—. Eso es lo que me preocupa. No le vemos el sentido y debe tenerlo. Hay algo que nos va a reventar en la cara y me da miedo que sea un explosivo. Deberían dárselo a los artificieros. Yo, desde luego, no lo voy a abrir.

Galván le dio la razón.

—Llamo ahora mismo para que nos digan lo que hay.

Sacó el teléfono del bolsillo y dio órdenes para que lo abrieran los artificieros. Gonzalo le había metido el miedo en el cuerpo.

Los minutos pasaban e Ituarte pensó que se habrían olvidado de él. Ya debería estar al tanto de lo que había ocurrido, sin embargo, no tenía ninguna noticia. Nunca había estado tan nervioso. Siempre había tomado por bandera la frase que decía que si no hay noticias es una buena noticia, pero en ese caso quiso borrarla de sus notas.

Cogió el teléfono y llamó a Galván. Comunicaba. No podía estar quieto y miró su reloj para comprobar el número de pasos que había dado a lo largo del día. Había superado su récord sin la necesidad de moverse de casa. Cogió aire con todas sus fuerzas y lo soltó lentamente. Realizó la misma acción varias veces, para ver si conseguía recuperar la calma. No sirvió de nada.

Mientras seguía dando vueltas, no podía apartar la mirada del teléfono móvil. Se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo. Desde que se produjera el supuesto encuentro no había transcurrido demasiado. El tiempo era más que relativo. Era una forma de hacerle sufrir hasta el exceso.

Se sentó, pero no aguantó más de diez segundos. El estado de ansiedad en el que se encontraba no era comparable con nada que hubiera vivido antes, aun habiendo vivido muchas situaciones complicadas en su vida. Volvió a llamar a Galván; el teléfono seguía ocupado. Decidió llamar a Gonzalo.

Los tonos se sucedían; justo cuando iba a colgar, lo escuchó responder.

—¡Joder! ¿Qué está pasando? Estoy llamando a Galván y no consigo que me conteste. Me estoy volviendo loco.

Gonzalo tomó aire. Nunca le había visto tan alterado.

—Está hablando por el móvil desde hace un rato. No era él. No era Rubén Pineda. Era un repartidor que nos ha dejado una cajita. Una réplica de las cajas en las que han sido enterrados Sebas y Crespo. En la caja estaba escrito: "*La caja de cristal*".

Ituarte sintió que su corazón se aceleraba aún más.

—¿No era él?

—No. Galván está gestionando que la abran los artificieros. Estamos a la espera.

—¿Creéis que…?

Dejó la frase incompleta.

—No sabemos nada, pero no nos la vamos a jugar. Puede que sea una mofa o que sea un artefacto. Parece que la caja es muy pequeña. No lo sé.

—Por favor, decidme algo en cuanto lo sepáis. Me tenéis en ascuas.

La desesperación le había invadido y estaba irreconocible.

—Lo sé. Es un momento complicado. Vas a tener que ser paciente.

—Pero no era él, ¿no? —necesitaba corroborar lo que acababa de escuchar, para creerse que era cierto.

—No era él. Te llamo en cuanto sepamos algo más.

—Está bien.

Colgó el teléfono y se puso otra copa.

Los artificieros comenzaron a desmontar el posible artefacto. Gonzalo escuchaba atentamente todo lo que estaba ocurriendo y comenzó a pensar que no existía la posibilidad de que Galván estuviera escondiendo información. Los medios de los que disfrutaba no eran posibles sin estar al mando de todo. Ituarte no era consciente de quién era Galván, o este no le había dicho toda la verdad.

Bruno era el que menos información tenía de todos y escuchó atentamente antes de participar.

—Según lo veo yo, toda cuadra con lo que ha dicho Gonzalo. Haya o no haya un explosivo en la caja, es un juego. Debe tener un significado.

—Muy agudo —le dijo Gonzalo—. Ahora sólo tenemos que saber cuál es.

Bruno se sintió atacado tras ese comentario y quiso dar una

explicación que se le valorara.

—¿Por qué ha pedido a Jon que vaya a esa cita, si sabía que no iba a ir? No creo que fuera tan estúpido como para creer que se verían. A nadie se le pasaría por la cabeza pensar que un hombre al que han amenazado, acuda con un simple mensaje. Mientras estamos entretenidos con esto, está planeando algo.

Gonzalo no respondió y comenzó a pensar en ello.

El tiempo pasaba y seguían esperando a tener una respuesta. Media hora después, Galván recibió una llamada. Estuvo hablando poco tiempo, sin decir demasiado. Sólo escuchaba. Colgó y los miró con preocupación.

—No había ningún explosivo en la caja.

La conversación había sido algo más larga como para que eso fuera lo único que tenía que decirles y Gonzalo explotó.

—¿Qué había dentro? Dilo, joder.

Galván arrugó el labio.

—En la caja había una carta escrita a ordenador. No demasiado extensa. De hecho, sólo tenía dos frases.

Carla se puso nerviosa por saber el contenido.

—¿Una carta? ¿Qué decía?

—Está jugando con nosotros. Decía: *Los actos nunca quedan enterrados. El tiempo se paga con la vida.*

Dos días después de la desaparición de Rubén Pineda

Rodrigo Lagar apareció por la puerta de la comisaría y saludó a sus compañeros. No había trabajado nunca con ninguno y apenas le sonaban las caras de algún encuentro casual, pero su experiencia le decía que siempre era mejor tener un buen trato y que no pensaran que se les estaba investigando.

Preguntó por el comisario Galván, con quien sí había tenido cierta relación.

—Está reunido—le informó Ituarte.

—¿Podemos hablar un momento? Me gustaría hacerlo con cada uno de vosotros. Es puro formalismo.

Ituarte extendió la mano y entró en una sala de reuniones. Le ofreció tomar algo y Lagar declinó la invitación.

—Tú dirás —dijo Ituarte—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me han enviado a investigar la desaparición de Rubén Pineda.

Ituarte ya lo sabía y le extrañó que se lo hubiera dicho de esa manera. Entre compañeros no se solía entrar de forma tan directa.

—No se acopló muy bien al ritmo de la comisaría —respondió, sabiendo que estaba mintiendo. Galván le había hablado de sus planes de futuro y tenía directrices claras—. Era una persona complicada. En algún momento, comentó que algún día lo dejaría todo y se marcharía a Zihuatanejo.

Decidió contar esa anécdota porque Rubén había bromeado con esa frase. Prefirió darle parte de veracidad para no sentir que era un ser rastrero.

Lagar no entendió lo que le quería decir.

—¿Dónde?

—Era una broma de esas que suele soltar él. Imitaba la escena de la película de Cadena Perpetua, en la que hablan de un pueblo en el Pacífico llamado Zihuatanejo.

Según le contaba eso a Rodrigo Lagar, su ética se retorcía por dentro. La posibilidad de que los investigaran a todos le daba miedo. No tenía nada que esconder, lo que no significaba que, si algo salpicaba a Galván, las piezas cayeran una a una y su credibilidad quedara en entredicho.

—¿Piensas que ha decidido cambiar de vida?

—Supongo. No se despidió de nadie.

—Eso sería lo mejor para todos —añadió Lagar—. Por ahora, hay que llevar esto con discreción.

Entendió con su respuesta que su entrada a comisaría no era lo que esperaba. No venía a hacer sangre.

—Claro. No creo que haya problema con eso. ¿Tú sabes algo?

Lagar lo miró. No podía darle información, pero estaba entre compañeros.

—Han encontrado pagos con su tarjeta en la frontera con Francia. La principal teoría es que se ha marchado al pueblo que decías —sonrió.

—Una pena.

—¿Alguien tuvo algún problema con él?

—No puedo hablar por el resto. En mi caso, no tenía mucha relación con Rubén y no he tenido roces.

Lagar ya había hablado con dos agentes de la comisaría, pero Ituarte no era consciente de ello, por lo que le sorprendió lo que le dijo a continuación.

—Parece que se llevó dinero de una incautación. ¿Sabes algo de eso?

Ituarte se puso nervioso. Esa información no debería haber salido a la luz.

—No sabía nada de eso. ¿Quién te lo ha dicho?

—Quiero hablar con Galván, a ver si él sabe algo. Es todo lo que puedo decirte.

Debía hablar con Galván antes de que comenzara esa charla. Estaban intentando desviar la atención y alguien había puesto encima de la mesa el tema equivocado.

—Si te parece, voy a avisarle, y así puedes hablar con él de lo que quieras.

Lagar asintió e Ituarte se marchó hacia su despacho.

—Entra —respondió Galván al toque en la puerta.

—Tenemos que hablar. Rodrigo Lagar está fuera y pregunta por ti.

—Voy enseguida.

—Espera —Galván notó el dramatismo.

—¿Qué pasa?

—Alguno le ha dicho que Rubén se llevó dinero de la caja.

—¿Ha preguntado por eso?

—Hemos hablado del tema.

—¡No jodas! ¿Quién ha sido el estúpido que lo ha dicho?

—No lo sé, por el momento.

—Espera —Galván se puso a pensar con detenimiento lo que debía hacer—. No hagas nada y déjamelo a mí.

—Está bien —Ituarte no estaba muy convencido.

—Dile que pase.

—No sé… Un momento, antes de que entre. ¿Qué pasaría si nos

investigaran y vieran que hay mentiras por todos los lados? Sería aún peor. Ahora sí que pareceríamos culpables de algo.

—Es que no somos culpables de nada. No hay necesidad de demostrarlo. Eso va al revés. No te preocupes y voy a relajar la cosa.

Para Galván, lo fácil hubiera sido dejar con el culo al aire a las personas que habían mentido, pero sabía la progresión que le esperaba en un futuro, y podía ser que un escándalo en su comisaría le salpicara y perdiera los galones que se había ganado.

—Como quieras. Yo no voy a mentir más.

—No estamos mintiendo. Piénsalo bien. Desaparece ese dinero y un tiempo después, Pineda se marcha sin dejar rastro. Es una opción muy plausible, y ahora no podemos darle la vuelta y decir que no ha pasado. Tengo que convencerlo de que no aparezca por ningún lado.

—Es la opción fácil —rebatió—. Si hubiera sido Rubén, se habría marchado nada más robarlo.

—O esperaría un tiempo a que se calmaran las aguas.

—No lo sé.

—Estoy en un momento complicado. ¿Qué quieres que haga ahora? Tengo una oportunidad por delante y tú también. No podemos tirarla por la borda.

—Espero que no se vuelva contra nosotros.

—Jon, el que haya dicho eso es tonto del culo, pero hay que saber lidiar con los errores.

—¿No quieres cagarte en ese tío?

—Claro que quiero hacerlo, y lo haré.

Ituarte captó que no iba a ser así, al menos a corto plazo, aunque no entendía muy bien la razón. No era su forma de actuar.

—Ni siquiera te preguntas por qué han dicho eso.

—Lo hago, no te equivoques. Puede que haya sido para protegernos, y se hayan equivocado, o puede que sea para jodernos, y no vamos a dejar que lo hagan.

—Espero que sepas lo que haces.

Galván estaba incómodo, aunque pretendía esconderlo. El siguiente paso era reaccionar con Rodrigo Lagar aparentando que todo iba bien, y hacerle ver que no era buena idea escarbar demasiado.

—Está bien, déjame que hable con él y consiga que se cierre el caso sin hacer ruido. Sé que Lagar está esperando lo mismo. A nadie le gusta tener que investigar a compañeros de profesión.

—Ha venido solo —le informó Ituarte.

—Más razón para que entiendas que no tiene pensado complicarse demasiado. Quiere irse a casa con un informe que no le cree problemas. Me han hablado de él y no es de los que van a por compañeros. Que lo hayan elegido significa que nadie quiere levantar ampollas.

—Espero que sea como dices.

Ituarte salió del despacho e invitó a Lagar a que se reuniera con su jefe.

37
Llamad de inmediato

La sensación que había dejado ese mensaje era muy distinta a la que esperaban. ¿Había dado un nuevo paso en su hoja de ruta? Hasta el momento, el asesino había dejado los mensajes en las cajas de sus víctimas. Unos mensajes que copiaban al que habían encontrado en la caja de Rubén Pineda. En esta cajita no había ningún número de placa. Tan sólo dos frases, y esperaban que fueran fáciles de interpretar. Decía: *Los actos nunca quedan enterrados. El tiempo se paga con la vida.*

Gonzalo comenzó a analizarlo.

—Suelto lo mío y luego me decís si veis algo diferente. Creo que está haciendo un símil entre su intento de asesinato y las consecuencias que conlleva. La verdad siempre sale a la luz y sólo se puede enterrar por un tiempo. La segunda frase nos dice que el tiempo perdido se lo ha cobrado matando. ¿Lo veis así?

Carla fue la siguiente en exponer.

—¿Crees que sería tan obvio? Tiene que haber algo más. No necesita decirnos todo eso en una caja en miniatura para que captemos el mensaje de lo que ha hecho. ¿Por qué no mata esta vez?

—Porque no ha ido Ituarte —añadió Bruno—. Porque sabía que no iba a ir. No tenía pensado matarlo. Tan sólo preparaba algo, como he dicho antes.

Carla le dio la razón.

—Todos sabíamos que no iba a producirse ese encuentro. Ha mandado un mensajero —prosiguió—. Sabía que Ituarte no iba a ser tan inocente porque todos sabemos cómo es. La cuestión es descubrir la razón para toda esta parafernalia. No creo que su única intención sea divertirse a nuestra costa.

Gonzalo escuchaba atentamente, mientras mezclaba cada una de las opiniones.

—Carla tiene razón. Es un mensaje demasiado sencillo como para que no haya algo oculto tras esa carta. La cajita puede que sea su forma de reírse de nosotros, pero debe haber algo que no estamos sabiendo interpretar.

Se hizo el silencio, mientras intentaban hacer funcionar las cabezas. Carla se lo tomó como un escape room, en el que el objetivo es olvidarse de lo obvio y buscar lo que no son capaces de ver los ojos. Había que deshacerse de lo aparente para acceder a lo que ocultaba

detrás.

—Los actos se pagan —Carla fue la primera en retomar la discusión—. Lo ha hecho por algo, pero ¿qué puede ser?

—Y el tiempo se paga con la vida —continuó Gonzalo. No se miraban, pero parecía una conversación—. ¿A qué tiempo se refiere? ¿Al suyo?

—Al que ha perdido —añadió Bruno.

—Vale, ha perdido todo este tiempo. ¿Dónde ha estado? ¿Por qué ahora?

La reflexión de Gonzalo les llevó unos segundos y Carla tomó el relevo.

—Igual no se refiere a su tiempo.

—¿A qué se iba a referir sino? —preguntó Galván.

Bruno le respondió.

—Estamos centrándonos en lo que ha ocurrido y en el tiempo que ha estado fuera, pero cada paso debemos analizarlo por separado. ¿Qué puede significar en este mismo momento? Tiene que referirse a otra cosa.

—¡Joder! *Los actos nunca quedan enterrados. El tiempo se paga con la vida.* —Repitió Gonzalo—. Las dos frases deben estar relacionadas. Ya no sé quién ha dado en el clavo. No podemos interpretarlas como si hablara del pasado, pero es posible que no debamos separarlas. Una puede estar directamente relacionada con la otra y eso es lo que nos puede dar la respuesta. Tenemos que tratarlo como si fuera una única frase. Puede que nos esté diciendo que los actos deben ser pagados y estemos perdiendo el tiempo con…

Carla vio por dónde quería ir.

—Tiene sentido. Estamos perdiendo el tiempo en intentar descifrar el trasfondo y mientras tanto…

Las mentes de Carla y Gonzalo empezaban a funcionar como una sola, y esta vez fue Gonzalo quien acabo la frase de su compañera.

—¡Joder! Espero que no sea lo que estamos pensando. Ha montado todo esto para desviar nuestra atención y nos lo está diciendo. ¿Quién ha cometido un error y ha sido señalado? Los demás han pagado, pero hay alguien que todavía no lo ha hecho ¿Quién debía acudir a la cita? El asesino sabía que no iba a ir, pero también sabía que era imposible acceder a él. Sabía que le estábamos protegiendo y que sería más fácil si nos mantenía entretenidos.

De nuevo, Carla se metió en su cabeza.

—Nos íbamos a volver locos y es un tiempo que ha ganado para su verdadero objetivo. El tiempo que nosotros hemos perdido. Está bastante claro.

—¡Mierda!

Galván se levantó con la cara desencajada, entendiendo que, si lo

que decían era cierto, había sido una jugada maestra. Cogió de nuevo el teléfono para asegurarse de lo que había ocurrido. Según lo pensaba, esperaba que se estuvieran equivocando. Se sucedieron los tonos y sus mejillas adquirieron un tono rojizo. No paraba de resoplar. Volvió a marcar el número y, de nuevo, no obtuvo respuesta.

—La hemos cagado. No lo he visto con perspectiva y ha ocurrido lo que no podía pasar.

Llamó a otro de sus agentes y le informó de lo que estaba ocurriendo. Le dio órdenes concretas y se pusieron en marcha. Galván hizo lo mismo junto a Carla, Bruno y Gonzalo. Podían llegar en unos quince minutos, si iban rápido y no encontraban atasco. Pusieron el GPS para que les indicara la ruta más corta y salieron disparados.

Unos diez minutos después de que Ituarte hablara con Gonzalo, Jon se puso a pasear por la casa. Sabía que iba a ser una noche larga y era posible que no sacara nada en claro. Todas las noches se iba a dormir escuchando la radio y se dio cuenta de que era un buen momento para distraerse e intentar coger el sueño. Subió a su habitación y miró el reloj. Su mujer se había marchado a cenar con unas amigas y todavía le quedaba un buen rato para volver a casa. No quería molestarla.

Se metió en la cama y sintonizó la radio, pero se dio cuenta de que no era capaz de escuchar ni una sola palabra. Iba a ser muy difícil sacar de su cabeza las cábalas que hacía. Él mismo se dijo que no tenía sentido. No iba a ser capaz de dormir esa noche, y mucho menos tan pronto.

Se levantó de nuevo y bajó al salón. Encendió la televisión y comenzó a cambiar de canal impulsivamente, hasta que se cansó y dejó una película que había visto varias veces.

Cuando llevaba cinco minutos viendo la televisión, sonó el timbre. Le extrañó y miró por el respaldo del sofá hacia la puerta. A continuación, miró el reloj y volvió a pensar que no eran horas para que su mujer volviera. Sin embargo, su cara se iluminó. Quería verla y poder contarle lo que estaba ocurriendo. Había decidido comerse su vergüenza para explicarle toda la verdad. Era culpable de no haber hecho más, pero no había cometido ningún crimen. Según caminaba hacia la puerta, se dio cuenta de algo en lo que no había reparado. Su mujer nunca llamaba al timbre. Siempre utilizaba las llaves. Supuso que se las habría dejado en casa. Mientras caminaba a abrir, sonrió al pensar que serían los agentes que le brindaban protección para informarle de lo que había ocurrido.

Dejó el salón atrás y accedió por el espacio que separaba el salón del descansillo. Colocó su mano en el pomo de la puerta y lo giró, abriéndose lentamente.

Galván aceleraba cada vez más. La situación lo requería y Carla, Bruno y Gonzalo no pensaron en ningún momento en su seguridad. Los nervios les pasaba factura y tenían una sensación negativa que les hubiera gustado dejar atrás. Al margen de lo que sintieran, todavía seguía viva la esperanza.

Tres unidades iban comunicándose por radio y Galván volvió a preguntar.

—¿Habéis conseguido contactar?

—Nada. No contesta.

Gonzalo no entendía lo que había ocurrido. Su mente fabricaba una imagen clara de lo que les podía deparar y sabía que les podría costar caro. Galván sentía lo mismo. En su caso era consciente de que era el principal responsable.

Quedaban unos metros para llegar. Las luces de la casa se veían desde lejos. El salón estaba encendido.

Galván aceleró al máximo. Habían conseguido recorrer la distancia a la casa en tiempo récord. Lo único que esperaban es que no fuera demasiado tarde o que hubieran interpretado mal las dos frases que ya se sabían de memoria.

Se escuchó el rugido del motor en toda la calle. La gente comenzó a asomarse para ver lo que ocurría. Llegó a su destino y frenó en seco, derrapando hasta detenerse por completo. Salieron corriendo del coche y encontraron la puerta abierta. Galván había dado la orden de que todas las unidades acudieran al aparcamiento del restaurante donde Ituarte debía encontrarse con Rubén Pineda. Necesitaba a todos los efectivos posibles, a excepción de una patrulla, que debía quedarse en la puerta de Ituarte para realizar vigilancia. Antes de acudir a la casa, dirigieron la vista al coche de vigilancia y a Galván se le cayó el mundo al suelo al ver a sus dos compañeros sin vida en el interior del vehículo.

Avanzaron unos metros más y Carla se echó al suelo, de rodillas. Comenzó a llorar al ver a su jefe en el suelo, rodeado de sangre. Gonzalo se quedó helado, sin poder reaccionar. Permaneció parado unos segundos, antes de subir las escaleras. Reaccionó, por fin, y adoptó la postura de Carla para abrazarla.

Bruno no había sido capaz de separarse de la puerta trasera del vehículo de Galván. Su cuerpo había decidido dejar de moverse y fue incapaz de dar un paso. Veía desde el coche lo que le había ocurrido a su jefe y notó que su corazón latía a una velocidad exagerada.

Galván seguía con las manos en la cabeza y se acercó a Ituarte. Se encontraba boca arriba, con una entrada de bala en su cabeza. Esa noche había perdido a tres compañeros y sentía que debía haber

hecho mucho más para que no hubiera ocurrido. Volvió hacia atrás y se acercó a la carretera con la esperanza de ver a alguien, aunque sabía que había llegado demasiado tarde. Habían caído en la trampa y el tiempo se les había escapado entre los dedos. Gonzalo y Carla tenían razón. Aquellas dos frases habían cumplido su cometido. Jon Ituarte había muerto. *Los actos nunca quedan enterrados. El tiempo se paga con la vida.*

38
No puede salir de aquí

Levantaron el cadáver una hora más tarde. Cortaron la calle e hicieron que los vecinos volvieran a sus casas, mientras ponían lonas a su alrededor para que no pudieran realizar fotos.

Antes de que se llevaran a Ituarte, apareció su mujer con un visible estado de ansiedad. Gonzalo se acercó y le dio un abrazo para que no mirara hacia el cuerpo sin vida de su marido. No se revolvió. Sabía que no quería tener esa imagen grabada en su mente para el resto de su vida. Permaneció más de cinco minutos llorando en la camisa de Gonzalo, sin que hubiera más que lágrimas. Cuando se llevaron el cadáver, la mujer levantó la cabeza y vio la sangre en el suelo. Tres ambulancias introdujeron los cuerpos de Ituarte y de los dos compañeros de Galván que habían perdido la vida esa noche y se marcharon.

—¿Quién ha sido? —preguntó la mujer de Ituarte, sin apartar la vista de la mancha de sangre.

—Todavía estamos en ello. El asesino le envió un mensaje en el que decía que era Rubén Pineda.

Ella cerró los ojos con fuerza.

—Pero ¿está vivo? Jon me decía que no estabais seguros.

—Eso parece, pero no lo hemos visto. No puedo decirte mucho al respecto.

—¿Lo vais a coger? Tienes que hacerlo. Mi marido te admiraba.

El estado de ansiedad brotaba rápidamente, como si su respiración fuese a agotarse.

Gonzalo no estaba muy convencido del halago que acababa de escuchar, aunque no era el momento para rebatirlo.

—Yo también a él —es lo primero que le salió decir—. Lo vamos a coger, de eso puedes estar segura.

—Confío en ti. Por favor, llámame cuando eso pase.

Se volvió a dejar caer en el pecho de Gonzalo. Carla observaba la escena, sin poder acercarse para consolarla. No tenía nada que decir que pudiera ayudarla.

Tras un tiempo apoyado en el coche, Bruno se acercó. La mujer de Ituarte lo miró y volvió a ponerse a llorar. No le quedaban muchas lágrimas que derramar, pero ver a Bruno le hizo desmoronarse de nuevo.

—Lo siento mucho —le consoló Bruno—. Lo siento mucho —

repitió.

Abandonó el apoyo de Gonzalo y le dio un abrazo a Bruno. No se imaginaba lo que podía sentir ella sabiendo que ni él era capaz de asimilarlo.

Galván se marchó hacia su coche. Esperó dentro durante un rato, pensando en lo que había ocurrido. No podía creer que su amigo ya no estuviera. Quizá no le había demostrado lo suficiente lo que había significado para él, aunque ya era tarde.

No podía dejar pasar mucho tiempo. Corría en su contra, así que ordenó que se hiciera un examen urgente de las posibles pruebas que pudieran encontrar en el rellano de entrada a la casa de Ituarte. Lo primero que hicieron fue ver esas cámaras. Jon acudía a la puerta para abrir. Se le veía desde la cámara situada en la entrada, girando el pomo y cambiando la cara, como si hubiera visto un fantasma. No le dio tiempo a volver a cerrar y recibió un impacto de bala en la cabeza. Chocó con una barra de madera en la que colgaba los abrigos y cayó hacia delante, quedando postrado en el suelo del rellano.

Las imágenes fueron muy duras y no volvieron a verlas. Galván encargó a un agente que las visualizara de nuevo y buscara algún espejo en el que se pudiera rescatar alguna pista del hombre que lo mató. Tenían que buscar cualquier cosa que les permitiera poner una cara en el expediente.

Ya no había nada que hacer allí. Se prepararon para marcharse, con la esperanza de poder llegar al responsable. Los peores augurios se habían cumplido. No habían conseguido llegar a tiempo para salvar a Ituarte y a los agentes que le debían proporcionar seguridad. No conseguían articular palabra.

Gonzalo era un hombre frío, al igual que Galván. Sin embargo, la situación le había superado por completo. Sólo había una cosa que se pudiera hacer. Llorar a Jon y encontrar a su asesino. No conocía a los dos hombres de Galván, pero la imagen le afectó de igual manera.

Antes de marcharse, Gonzalo pronunció unas palabras.

—No puede salir de aquí que Ituarte ha muerto. No podemos darle ese placer hasta que le hayamos cogido.

Lo miraron sin entender nada y Carla colocó una mano en su espalda.

—Lo ha disparado en la cabeza. Tiene que saber que está muerto.

—No me importa —respondió, con una lágrima resbalando por su mejilla. Carla sabía que detrás de esa coraza había una gran persona, aunque no esperaba que le afectara tanto. Nunca habían sido grandes amigos—. Le haremos comerse la cabeza. No pudo estar mucho tiempo aquí como para estar totalmente seguro de que lo ha matado. Hemos llegado a tiempo y se lo ha llevado una ambulancia.

Siempre le quedará la duda.

Carla asintió, por el simple motivo de darle la razón en un momento tan complicado. Lo que no sabía es que esa decisión iba a ser importante en el futuro más cercano.

Gonzalo intuía que lo que acababa de decir Carla era del todo acertado, pero también se preguntaba si su asesino habría tenido el tiempo suficiente para permanecer allí nada más disparar. No perdía nada por mantenerlo en secreto y esperar a que se desarrollaran los acontecimientos.

39
¿Qué me va a pasar?

A la mañana siguiente, Gonzalo llamó al abogado de Carlos Neva. No había recibido su llamada y no podía esperar más. Galván había dado carta blanca a Gonzalo y a Carla para que pudieran ver al preso, pero preferían que su abogado estuviera al tanto para obtener la información y poder utilizarla.

Consiguieron la visita para las doce del mediodía. Esperaron a que Neva entrara en la sala en la que estaban esperando y Gonzalo se levantó nada más verlo.

—Carlos, siéntate. Es importante que nos dejemos de juegos y me cuentes todo.

Neva no sabía lo que había ocurrido y su expresión mostraba a las claras que no tenía ninguna intención de decir nada.

—No maté a Sebas. No sé cómo debo decíroslo.

—Lo sé —fue categórico y a Neva le pilló por sorpresa.

—No me fío de ti. No me fío de nadie. Intentaste manipular a mi abogado para que me sacara una información que no tengo.

—No me voy a andar por las ramas. Sé que no mataste a Sebas, porque la persona que suponemos que lo hizo la creías muerta, aunque parece que está vivito y coleando. ¿Te suena Rubén Pineda?

Aunque intentara disimular, su reacción le delató.

—¿Por qué dices, lo creía muerto? Rubén se largó sin decir nada y nunca he sabido nada más de él.

Hasta antes del asesinato de Ituarte, Gonzalo no tenía ninguna intención de contar a Neva que les habían grabado, pero había llegado el momento de ir con la verdad por delante para conseguir lo que estaba buscando.

—Álvaro Crespo y tú reconocisteis que lo habías enterrado en una caja, y cuando creíais que Sebas os estaba investigando por su aparente muerte, fuisteis a sacarlo de allí para que no hubiera opción de que lo descubrieran. Os tenemos grabados.

Neva parecía a punto de derrumbarse, pero contraatacó.

—Si tuvierais grabado algo así, yo ya estaría condenado. Estás mintiendo.

Gonzalo sacó el teléfono móvil y le hizo escuchar la reproducción de la grabación. Galván se las había facilitado. Lo normal es que no les creyera sin una prueba, y necesitaban ganar tiempo.

Carlos Neva miró a su abogado, por si se le ocurría algo que decir. Este lo intentó de la mejor manera que pudo.

—¿Está grabado legalmente? No podéis demostrar que sean ellos.

No era el momento de admitir que esa grabación no podría utilizarse en un juicio, así que Gonzalo mintió.

—Está autorizado por un juez. La suerte que tienes es que parece que Rubén Pineda está vivo y sólo se te podría acusar de intento de homicidio, aunque te pasarías unos años en la cárcel. La opción que te propongo es muy sencilla. Podemos hacer un trato para que estas grabaciones no se presenten en ningún juicio, pero me tienes que darnos algo a cambio.

Su abogado extendió la mano para que su cliente no hablara.

—No va a decir nada sin que todo esté redactado. No podemos basarnos en palabras ni en la buena fe.

—Déjame terminar y luego sueltas tu mierda de abogado —el hombre no supo qué responder—. Ituarte ha sido tiroteado por la misma persona que mató a Sebas y a Crespo —Neva se sobresaltó al escucharlo—. De ti depende que nos ayudes para que esto pare. Hay dos cosas que quiero. La primera, es que me des los nombres de todas las personas con las que colaborabas para hacer la vista gorda en la entrada de drogas en la ciudad. La segunda, es que me cuentes al detalle en qué medida estaba involucrado Rubén Pineda y si lo intentasteis matar para que se callara o su muerte fue ordenada por otra persona.

Había soltado todo de carrerilla y ahora esperaba comprobar si tenía algún efecto.

—Estás loco. Vais a hacer que me juegue mucho más. Cuando vea si esa grabación es legal, podremos seguir con esta conversación. Mientras tanto, veré con mi abogado si podéis demostrar que soy yo quien habla.

—¿Por qué crees que a ti no te mató Rubén Pineda? Quiso que te pudrieras en la cárcel. Puede que seas la persona que más odiaba y quiso castigarte aún más que al resto.

—No creo que haya peor castigo que la muerte —sonrió.

—Porque no sabes lo que es que te violen aquí dentro. Podemos hacer que eso sea fácil, tan sólo soltando un rumor de que eres un violador. O se me ocurre otra cosa. Podemos soltarte y comprobar si Pineda prefería que sufrieras en la cárcel, porque vas a estar mucho tiempo mirando a tu espalda. Si es que sobrevives unos días. No te vamos a proteger.

Neva comenzaba a verlo de otra manera. No respondió tan rápido como lo había hecho hasta ese momento.

—¿Me vais a soltar?

—Nadie sabe, por el momento, de esas grabaciones. Yo no lo descartaría, aunque me gustaría ver cómo te rompen el culo en la cárcel. Eso lo tenemos que pensar detenidamente. No me tomarás en serio, pero no estoy de farol. Ten huevos a comprobarlo o empieza a hablar. No voy a perder más tiempo contigo.

—Sal —ordenó Neva a su abogado.

—¡Estás loco! ¡No tienen nada y te están acojonando!

—He dicho que salgas. Es mejor que no estés delante y esta conversación nunca habrá existido.

El abogado salió de la sala a regañadientes. Gonzalo se quedó expectante por saber si su discurso había funcionado. Si estuviera en su lugar, estaría cagado de miedo.

—Parece que estoy jodido —aseguró Neva, mirando a Gonzalo —. ¿Por dónde queréis empezar?

—Cuéntanos lo que ocurrió con Rubén Pineda.

—Creo que ya lo sabéis.

—Eso lo veremos cuando nos cuentes tu versión.

—¿Qué me va a pasar?

—Ya te lo he dicho. No te puedo asegurar nada, pero si Rubén Pineda está vivo no te pueden acusar de asesinato. Sólo de tentativa.

Cogió aire y comenzó a contar su historia.

—Álvaro Crespo era un tío muy persuasivo, aunque luego se cagaba como el que más. Cometió el error de meterse donde no debía. Como bien sabéis, no se cobra mucho siendo policía. Es difícil renunciar a un sueldo extra. Él era mi compañero y yo observé cosas extrañas. Alguna vez, decía que iba a comprar algo y le veía hablando con un tío totalmente rapado, muy corpulento y barba muy poblada. Daba bastante miedo. Estaba un poco mosca y le pregunté qué estaba haciendo. Finalmente, me lo dijo y me ofreció participar. No había que hacer mucho. Al principio, sólo había que hacer la vista gorda con algunas entregas, pero más adelante, sin darnos cuenta, estábamos dándoles soplos de dónde iba a estar la Policía y los lugares a evitar. Por último, éramos sus confidentes. Hubo varias redadas que nos hicieron preparar ellos, con supuestos soplos, y lo hacían así para vender a la competencia y entregársela a la Policía. Chavales que se metían por su cuenta y que poco a poco les iban haciendo perder parte del pastel. Mataban dos pájaros de un tiro. Podían introducir la droga más fácilmente e iban sacando de la calle a quien les podía hacer sombra, por muy poco que fuera. Cuando entras en eso, no te das cuenta de dónde te estás metiendo, y cuando te das cuenta ya es demasiado tarde. Le dije a Álvaro que no quería seguir y que algún día acabaríamos en la cárcel. Ya tenía suficiente dinero como para no necesitar hacer eso. El problema es que no te lo ponen muy fácil. Estar dentro o estar muerto. No te dejan opciones y te ves abocado a seguir

jugándote el pellejo —Gonzalo y Carla escuchaban muy atentos—. Rubén era un tío muy sociable y Álvaro creyó que era mejor tenerlo cerca y aprovechar sus dotes con la gente. El chaval habló con Álvaro un día que este estaba borracho y bastante puesto. Se le soltó la lengua y Rubén se sintió incómodo. Él nunca había tomado nada, ni fumaba, ni nada de nada. Entonces comenzó a alejarse de nosotros. En realidad, no sabía nada en concreto, pero pudo intuir de qué se trataba. Álvaro intentó sonsacarle lo que sabía y le asustó aún más. Vimos que se acercaba a Sebas y creímos que podría ser un peligro. Luego, tuvo algún intento de reunirse con Galván y nos saltaron las alarmas. Como os he dicho, Álvaro no pensaba muy bien las cosas, pero cuando saltaban por los aires era la persona más insegura del mundo. Yo cometí un grave error y luego no pude salir por propia voluntad. Cuando eso pasa, sigues hacia adelante, cometiendo más errores. Éramos estúpidos.

Gonzalo interrumpió. Parecía que toda la culpa era de su compañero muerto y que él era una víctima.

—Pudiste elegir. Matar es algo muy diferente.

—Álvaro recibió la llamada habitual para informar de cómo estaban las cosas y les contó lo de Rubén. Ese fue el primer error. A esa gente no le gustan los cabos sueltos y le pidieron su nombre. Álvaro se lo dio y le contestaron que ya no tenía nada de qué preocuparse. Vino a contármelo y hablamos de lo que podíamos hacer. Lo iban a matar.

Gonzalo volvió a interferir. No se podía creer lo que estaba escuchando.

—¿No lo enterrasteis vosotros?

Neva agachó la cabeza.

—Espera, aún no he terminado. Volvieron a llamar a Álvaro y le preguntaron si sabía lo que era una caja de cristal. No teníamos ni idea. Eran las cajas donde transportaban la droga y donde acababa la gente a la que le querían dar el finiquito, como un ritual para demostrar quiénes eran. Sentimos que nos estaban amenazando. Después, le dijeron que había una manera de que nos ganáramos su confianza. Si éramos capaces de meterlo en una caja de esas, demostraríamos que haríamos cualquier cosa por ellos. De lo contrario, acabaríamos en una caja nosotros. Nos entró el miedo y nos negamos a hacerlo. De nuevo, nos llamaron para informarnos del sitio donde debía llevarse a cabo el asesinato y el día en el que debíamos cumplirlo. La tensión crecía cada minuto. En la comisaría, creíamos que Rubén iba a contarlo. Fue a entrar en el despacho de Galván, pero lo frenamos. Finalmente decidimos hacerlo. Ninguna opción era buena.

—Y entonces, lo enterrasteis y lo preparasteis todo para que

pareciera que se había largado.

—Así es. Le quitamos la cartera y se la entregamos a ese tío. Él se encargó de utilizar las tarjetas de crédito fuera de España, para que pareciera que se había cansado y se había marchado. Hace poco, nos enteramos de que el Moro había ido a trabajar con Ituarte y comprobamos que nos estaba siguiendo. Pensamos que lo sabía. No entendíamos cómo se había enterado, pero nos dio esa impresión. Ahí fue cuando decidimos ir a sacar el cadáver de la caja. Bueno, lo que quedara de él. Queríamos borrar todas las pruebas de esa caja, porque no podíamos jugarnos nuestra vida tantos años después. Lo increíble fue que el cadáver no estaba allí.

—Y entonces la limpiasteis para que no hubiera pruebas.

Neva se quedó extrañado con esa información.

—Nosotros no hicimos nada. Nos fuimos corriendo, cagados. No había ningún tipo de restos. Ya estaba limpia del todo.

—¿No limpiasteis la caja?

—Ya te he dicho que no. ¿Por qué te iba a engañar con eso?

—¿Quién coño iba a hacerlo?

—No lo sé. Te juro que no lo sé. Nadie sabía dónde estaba esa caja a excepción de nosotros.

—Y de la persona que os dijo dónde debíais hacerlo —dijo Carla.

—¿Por qué ellos iban a limpiar la caja? No tendría sentido.

Carla intervino en la conversación.

—¿Qué fue de esa persona? ¿Sólo teníais ese contacto?

—Sí. Nunca vimos a nadie más. Todo se hacía con él. Un día, desapareció del mapa. No sé si le ocurrió algo o decidieron cambiar de métodos y ya no les hacíamos falta. Llamamos a su número, pero estaba dado de baja. Fue muy extraño, ahí se acabó todo y comenzamos a vivir tranquilos. No al principio, pero con el tiempo, comprobamos que ya era historia.

Gonzalo pensó que Galván no iba a encontrar a las personas que provocaron la muerte de su hijo, pero tenía a los responsables más cercanos. Neva y Crespo fueron los que impidieron que pudieran detenerlos y con ello muriera gente o se volvieran dependientes. Recordó que, desde que había sacado a relucir la muerte de Ituarte, Neva no había hecho ninguna mención sobre él.

—Veo que no te importa, pero ¿qué pintaba Ituarte aquí? ¿Por qué mataron a Sebas?

—No hemos tenido nada que ver con eso. No somos asesinos — se dio cuenta de lo desacertado de su frase. Con todo lo que había contado, no podía decir que no lo fueran—. Hicimos algo horrible, pero no por placer. Merezco estar en la cárcel. Si pudiera volver atrás, lo haría. De verdad.

—Eso no sirve de mucho —Carla lo miraba con desprecio. Ser

cobarde no era una excusa para sentirse mejor.

—Lo sé.

No tenía nada que añadir para justificar lo que había hecho y sabía que no había cometido un error contándolo. Ya tenían suficiente para meterle entre rejas muchos años.

—¿Cómo podemos llegar a Rubén?

Neva reaccionó levantando los hombros ante la pregunta de Gonzalo.

—¿Cómo lo voy a saber?

—Tienes que pensar. Han muerto tres de tus compañeros.

Obvió decirle que eran cinco.

—Estoy hablando como no lo había hecho nunca. Si lo supiera os lo diría. Podéis creerme. No sé qué pasó con Rubén. No sé si salió de esa caja o le sacaron, pero nadie sabía dónde estaba enterrado. Sólo nuestro contacto.

Gonzalo intuía por su forma de hablar que le estaba diciendo la verdad.

—¿Tendría alguna razón para hacerlo? Me refiero a si ese hombre con el que os relacionabais podía verse perjudicado porque encontraran esa caja.

—Él no hizo nada. Nos amenazó para que lo matáramos y lo enterráramos nosotros. No tendríamos pruebas para cargarle el muerto, y no le afectaría en nada si alguien encontraba a Rubén. No pudimos matarlo y sólo lo metimos en esa caja.

Las respuestas que podía dar ya estaban sobre la mesa. No podía ayudarles a encontrar al asesino de Ituarte.

—Nos tenemos que marchar. Lo que pase contigo ya no depende de nosotros. No puedo decir que me des pena, a pesar de verte arrepentido. Más bien, ha sido una losa que te ha ido empujando hacia el fondo hasta que te ha dejado sin aire.

Se levantaron y se marcharon sin decirle una sola palabra más. Habían tenido suficiente, viendo cómo una persona normal podía convertirse en un monstruo. Las siguientes horas vendrían con una sorpresa que podía darle sentido a todo.

40
Error tras error

El resultado del encuentro con Carlos Neva fue como un jarro de agua fría para Galván. Soñaba, desde que perdió a su hijo, con atrapar a un fantasma. Neva había corroborado que ese hombre no tenía nombre y era muy posible que nunca más volvieran a saber de él. Al menos, sí podía nombrar a los responsables directos de que su hijo hubiera sufrido. Neva y Crespo habían sido sus subordinados y no se dio cuenta de lo que estaban haciendo. No hasta aquellas grabaciones. No percibió que eran los culpables de que ese hombre actuara con absoluta impunidad. Si hubiera sabido todo eso, no habría mentido por ellos a Rodrigo Lagar.

Ahora tenía otra cosa más importante que hacer. Coger al hombre que mató a su sobrino, a su amigo y a sus compañeros. Seguía dándole vueltas a algo que pudiera unir esos asesinatos con el de Álvaro Crespo. Sebas e Ituarte no habían estado involucrados en el intento de asesinato de Rubén Pineda. Nada cuadraba, a no ser que el asesino creyera que sí lo estaban. Por el momento, no podía responder a esa pregunta.

Tuvieron que esperar más de veinticuatro horas para obtener los resultados de la Científica. No estaban preocupados por el resultado de la autopsia de Ituarte, al tener muy claro lo que había ocurrido. Galván los reunió para contarles los detalles.

—Como esperábamos, ni una sola huella en la caja. Como temas relevantes, no han conseguido ninguna imagen que pueda poner cara a ese tipo, ni en espejos, ni reflejos, ni nada.

—Lo que esperábamos —dijo Gonzalo.

Galván tenía cara de querer decir algo más.

—¿Qué pasa? —preguntó Carla.

—Sabemos cómo entró. Nos engañó de una manera que nos deja como idiotas y han puerto por mi culpa. No lo vieron venir, como es normal.

No tenía sentido que el asesino concertara esa cita, pero eso no quería decir que Galván fuera el único responsable. Gonzalo también se fustigaba por no haber sido capaz de verlo.

—Fue inteligente —continuó Galván—. Sabía que Ituarte tenía protección y supo jugar sus cartas para que nos olvidáramos de él por un rato y fuésemos como hienas a buscarlo, dejando una patrulla. Pensé que sería suficiente, pero no esperaba que hiciera lo que hizo —

lo miraban sin entender lo que decía—. No es momento para culpabilizarnos, aunque ninguno de nosotros fue muy inteligente que digamos. Lo importante es que sabemos cómo lo hizo. No nos dimos cuenta con todo el barullo. La urbanización de Ituarte tiene vigilancia veinticuatro horas. Al llegar allí la otra noche, no vimos al guarda de seguridad y pensamos que se habría marchado a casa, pero le hemos preguntado al guarda esta mañana y nos ha dicho que él entró en el turno de las dos de la madrugada.

Gonzalo intentaba entender lo que le estaba diciendo.

—¿Debería haber habido un guarda a esa hora? —se llevó una mano al mentón—. Tiene todo el sentido.

—Así es. Nos pasó a nosotros y a los vecinos. Ninguno reparó en ello y esta mañana nos ha dicho que él debía hacer el relevo a su compañero, pero este no estaba.

Gonzalo explotó.

—¡Somos gilipollas! ¿Cómo nadie se ha dado cuenta de algo tan obvio?

—Porque estábamos pensando en otra cosa —le explicó Galván —. Llevamos error tras error, aunque lo cierto es que no habría cambiado nada. No me importaba un guarda cualquiera. Estaba tranquilo con mis hombres.

Tenía razón y Carla intervino para no dejar escapar más tiempo del que ya habían perdido.

—No nos castiguemos. Sigamos adelante.

Consiguió que se calmaran y le hicieran caso.

—De acuerdo —Gonzalo sabía que estaba en lo cierto—. ¿Quién es ese tío?

—¿El guarda?

Gonzalo miró a Galván como si la pregunta fuera cristalina.

—Claro. ¿Le habéis preguntado por qué no estuvo?

—Nos hemos enterado hace un rato. Han ido a buscarlo a su casa. En pocos minutos, lo llevarán a la comisaría para que podamos interrogarlo. No quiero que nadie entre aquí.

—De acuerdo. ¿Habéis visto las cámaras de la urbanización?

Galván miró a Gonzalo y le indicó con las manos que aún no había terminado.

—A eso iba. Hemos visto las cámaras. Al principio, nos hemos centrado en las zonas que pudieran ser vulnerables, aunque no había ninguna. Hay cámaras en todo el perímetro del recinto, excepto en el interior. En las calles no graban por intimidad de los vecinos. Pero a la urbanización no hay opción de entrar sin que te graben. Estábamos viendo al guarda y seguíamos buscando la zona por la que podría haber entrado el asesino, sin darnos cuenta de que podría ser el mismo guarda.

Carla se llevó una mano a la cara.

—¿Cómo? ¿Ha sido el guarda?

—No lo sabemos. En las imágenes se ve que ese hombre sale de la caseta de seguridad y va hacia el interior de la urbanización. Lo hace un poco después de que una de las unidades que protegían a Ituarte fueran al encuentro con el hombre que le mandó el mensaje. Vuelve a aparecer en la imagen un tiempo después y se marcha. También han encontrado el teléfono móvil con el que mandó el wasap a Ituarte. Estaba en la caseta. Lo malo es que es de prepago y sólo se ha utilizado esa vez. No hay manera de saber quién lo compró y nunca estuvo encendido hasta ese momento. No hay localización que podamos rastrear ni nada de nada. Lo tenía todo perfectamente planeado. Lo normal es que mis hombres no pudieran reaccionar al ver que se trataba del guarda. Es la única posibilidad que veo para que los sorprendieran. Eran excepcionales.

—¿Cómo se nos ha podido pasar esto por alto?

—Gonzalo, estoy igual de enfadado que tú. Tenemos que hablar con el guarda para que nos explique lo que ha podido pasar. Luego, veremos si está implicado, aunque no veo otra opción en este momento.

—A ver qué nos dice.

Gonzalo se dio un par de golpes en la cabeza para escenificar que tendría que ser idiota para dejarse coger.

—No es él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no estaría en su casa. Porque, si fuera nuestro hombre, no habría sido tan estúpido de dejarse coger. Porque el supuesto Pineda es más listo que el hambre y lo habrá arreglado todo para que pareciera ese tío. Nos la está jugando desde hace un tiempo y seguimos cayendo como estúpidos.

Galván cogió las llaves del coche y les hizo un gesto para que se marcharan a comisaría a hablar con él.

Llevaban unos veinte minutos esperando, con los nervios a flor de piel, cuando entraron dos policías con un hombre delgado, pelo largo por debajo de los hombros y unos cincuenta y cinco años. Lo miraron de arriba abajo y lo hicieron sentarse.

—¿Es usted el guarda que tenía el turno de ayer por la tarde hasta las dos de la madrugada en la urbanización Los Álamos?

El hombre respondió afirmativamente con la cabeza a la pregunta de Galván.

—¿Por qué no estuvo trabajando?

—Me dijeron que no fuera.

—Le dijeron que no fuera —Galván repitió sus palabras, tratándole de tonto—. ¿Quién se lo dijo?

—Me mandaron un correo electrónico.

—¿Quién lo hizo?

—Mi empresa, ¿quién va a ser?

Galván se levantó de la silla y se acercó a ese hombre con cara amenazante.

—Vamos a mantener el respeto intacto o de lo contrario tendré que empezar a faltarlo yo. ¿Estamos?

Bruno vio reflejado a Gonzalo y pensó en que no eran muy distintos en sus métodos. El guarda se arrugó.

—Perdone. No quería ofenderlo.

—Así que te mandaron un correo electrónico. ¿Es lo habitual?

—No suelen pedirme que cambie turnos.

—Pero no se le ocurrió llamar para preguntar.

—Respondí al correo diciendo que de acuerdo.

—Tampoco se le ocurrió preguntarse la razón, claro está.

—Me lo ponía en el correo. Ese día iban a hacer un cambio de turno.

—Pero no era lo habitual.

—No, señor.

—Por favor, enséñeme el correo.

Sacó su teléfono móvil y trasteó hasta que le mostró el mensaje en la pantalla.

—Aquí lo tiene.

Galván cogió el teléfono y comenzó a leerlo. Venía con el nombre de su empresa.

—¿Ha recibido muchos correos de su empresa?

—Alguno.

—¿Son iguales a este?

—Sí. Todo es igual.

Galván se lo enseñó a Carla y a Bruno, que estaban sentados al lado, y después a Gonzalo. Nada más verlo, se dieron cuenta de que era similar a los que solían recibir como spam en su correo electrónico. Una forma de conseguir tus datos para estafarte. No debía ser demasiado complicado.

—Le han engañado —aseguró Gonzalo—. Igual que a todos. ¿Tienes las imágenes del hombre que le suplantó?

Galván cogió su ordenador y las puso.

Gonzalo se fijó en que iba vestido igual y que debió ponerse una peluca para parecerse más a él. También se fijó en la altura.

—Ese hombre es más alto que el guarda. ¿Cuánto podrá medir?

—Es difícil de saber —respondió Carla—, pero hay una forma de comprobarlo. Si os fijáis, pasa al lado de la cornisa de la caseta. Sólo

hay que medirla y restar la altura de las botas.

Galván abrió un programa informático e introdujo la imagen.

—No es necesario. Esto nos lo dirá en diez segundos.

—Este juguetito no lo tengo yo en casa —a Gonzalo le gustaban ese tipo de cosas y lo apuntó en su mente para hacerse con uno.

—Mide un metro ochenta y dos. Eso quitándole las botas.

—¡Vale! —Carla continuó, con la alegría de saber que no perderían más tiempo con eso—. Mide metro ochenta y dos. ¿Cuánto medía Rubén Pineda?

Bruno accedió a la base de datos de la Policía. Allí estaba la ficha de Pineda, con todos sus datos personales y el reconocimiento médico. Buscó el último que le hicieron antes de desaparecer.

—¡Qué raro!

Carla miró el expediente y puso la misma cara que acababa de poner Bruno.

—¿Qué pasa? —preguntó Gonzalo, mientras se acercaba a la pantalla—. No es él.

Carla negó con la cabeza.

—Un metro ochenta y seis y calzaba un cuarenta y cinco. Este tío no parece que tenga esa talla de pie. Si fuera al revés, podríamos pensar que se ha puesto unos zapatos más grandes, pero no puede ser él. Con el abrigo y la peluca no tenemos opciones de saber su edad, y aunque entonces Pineda fuera un chico espigado, podría haber ensanchado en estos años.

—¿Quién ha podido utilizar su nombre para cometer este asesinato? —reflexionó Gonzalo—. Alguien que lo sabía todo. Tiene que ser la persona que lo desenterró.

Galván pidió calma con las manos. Mientras discutían, el guarda miraba sin saber de qué estaban hablando.

—No sabemos si Rubén Pineda está muerto. Nos estamos precipitando.

Galván no quería sacar conclusiones demasiado rápido. Miró a uno de los policías que habían traído al vigilante y le dijo con la mirada que lo sacara de allí.

—Llevamos un tiempo pensando la razón por la que Rubén Pineda no ha aparecido durante estos años —Gonzalo expresaba sus propias ideas—. La razón es que está muerto y alguien lo sacó de la caja para montar todo este tinglado. Les metió el miedo en el cuerpo a la gente que lo enterró y…

Galván volvió a interrumpirlo.

—Ituarte y Sebas no tuvieron nada que ver con que lo metieran en esa caja. Tiene que haber otro tipo de relación para que fuera a por él. Estamos dando por hecho que en los tres casos es el mismo asesino, pero puede que no sea así.

Gonzalo se llevó la mano a la cara.

—¿De verdad me estás diciendo esto? Alguien se venga de la muerte de Pineda matando a Sebas y luego alguien se venga de la muerte de Sebas matando a Crespo y metiendo en la cárcel a Neva. Es un poco enrevesado. Supongo que Ituarte pasaba por allí y dijeron, ¡venga, vamos a cargárnoslo también! Es bastante absurdo. Sólo puede haber un nexo de unión en todos los asesinatos y es más sencillo de lo que lo queremos pintar. Mataron a Rubén Pineda y Sebas confió en alguien que no debía. No olvidemos que el número de placa que había grabado en la tapa de la caja de Rubén Pineda era el de uno de los dos que le mataron. No el de Sebas. Rubén hizo lo único que podía hacer e intentó que, si alguna vez alguien accedía a la caja donde se encontraba, se pudiera saber la persona que lo mató. Puede haber alguien más que coincida con la altura y el pie del cabrón que ha matado a Ituarte. ¿Se os ocurre alguna posibilidad?

—Sebas sólo habló, que sepamos —Carla continuó con la teoría que estaba exponiendo—, con el policía que llevó el caso y con Jaime Peña. El único compañero al que no le ha pasado nada.

Gonzalo captó la intención de las palabras de Carla.

—Los dos fueron agentes, tanto Rodrigo Lagar como Jaime Peña —miró a Galván para que volviera a utilizar su juguetito—. Podemos saber si alguno coincide en pocos segundos. No sabemos si lo que nos contó Jaime Peña es cierto o nos dijo lo que le convenía. Tampoco sabemos si Rodrigo Lagar pudo hacer lo mismo. Tienen edades distintas y, con la ropa que llevaba el asesino cuando mató a Ituarte, sería imposible distinguir a uno del otro.

Galván volvió a entrar en la base de datos de la Policía. Primero, entró en el expediente de Jaime Peña. A priori, era la opción más plausible, al haber estado trabajando en la misma comisaría, pero no descartaban ninguna de las opciones. Giró la pantalla y les mostró sus datos.

Gonzalo comenzó a leer.

—Jaime Peña Miralles. Nació en Burgos. Sólo trabajó en tu comisaría —señaló a Galván—. Es hijo de Marcelo Peña y de Dolores Miralles. Llevaban la ferretería en la que Jaime trabaja ahora.

—Al lío —dijo Bruno, pensando en que esos datos no importaban en ese momento.

—Perdona, pero quiero saber todo de él —su cara cambió y soltó un ruidito de decepción—. Metro setenta y dos y su talla de pie es un cuarenta. No es nuestro hombre.

Todavía les quedaba otra posibilidad.

Galván buscó la información, con la tensión normal del momento.

—Rodrigo Lagar Benito —Galván no perdió el tiempo y fue

directo a lo que buscaban. Su cara se iluminó como un faro—. Metro ochenta y dos.

Gonzalo dio un golpe en la mesa y se levantó como una exhalación.

—Es nuestra mejor opción.

—Espera —Galván no quería ilusionarse tan rápido—. Eso no nos dice que sea él. ¿Cómo vas a demostrarlo?

—Presionándolo.

—¿Y si no cae? ¿Y si no es él?

—¿Quién más puede ser? ¿Quién más puede tener motivos y coincidir en todo eso?

—¿Qué motivos tenía? Yo no veo ninguno.

—Estuvo involucrado en el caso y fue la persona, al margen de Jaime Peña, que habló con Sebas. Este le pudo contar más de lo que sabemos y por eso supo dónde estaba enterrado Rubén Pineda.

—Sigo sin ver los motivos —insistió Galván.

—Tendremos que averiguarlos. No sé qué decirte. ¿Ves alguna otra posibilidad?

—No lo sé. Creo que no vamos a poder demostrar nada.

—Podemos rastrear su teléfono y ver dónde estuvo en esos momentos —dijo Bruno.

—Nos pasó lo mismo con Carlos Neva —le respondió Gonzalo—. Alguien dejó pruebas para incriminarlo y no pudimos demostrar que no estuviera en su casa, pero supusimos que lo había dejado adrede para que pareciera que estaba allí.

—No perdemos nada por intentarlo.

Carla intentaba pensar mientras discutían. Los dos tenían razón. Era la opción más lógica, aunque no cuadraba con los motivos, como decía Galván.

—¿Vas a ir y decirle que sabemos que fue él? ¿Quieres contarle esta conversación y darle detalles, como su altura o la talla de su pie? ¿Qué crees que te va a decir? Opino como Galván. ¿Qué motivos podía tener? No conocía a ninguno de los policías que han muerto. No de la manera que nos hace falta para ver un móvil claro.

Gonzalo entendía lo que querían decir. No había un motivo consistente por el que fuera lógico que lo hubiera hecho. Eso no quería decir que no lo hiciera.

—Nuestro trabajo es descartar a la gente. De lo contrario, sabríamos todo desde el primer momento y nunca habría caso. ¿No creéis? A veces, la gente que parece tener menos motivos es la que acaba siendo culpable. Habéis dicho que le pinchasteis el teléfono a Rodrigo Lagar y que no habíais conseguido nada. ¿Le habéis seguido a todos los lados?

Galván negó con la mirada.

—No era nuestro sospechoso. No habría tenido sentido seguirle todo el tiempo.

—Entonces, no puedes decir que no haya sido él.

—No, pero no tiene motivos.

La explicación era lo suficientemente convincente como para cuestionarla y no pudieron hacer otra cosa que callarse.

Iba a ser difícil demostrar que tuvieran a su asesino.

Momentos antes a la muerte de Ituarte

Una de las unidades que habían estado protegiendo a Ituarte salió a toda velocidad hacia el lugar donde le había citado el supuesto asesino. La otra unidad permaneció en la puerta de la casa del comisario. Introducían en el sistema cada matrícula que entraba, para asegurarse de quién se trataba.

El ruido de los motores era ensordecedor y el guarda salió de la caseta para ver lo que estaba ocurriendo. Se quedó mirándolos hasta que se hubieron alejado.

Volvió la calma. Ituarte no paraba de caminar por el salón. Había bajado de su habitación y tenía las cortinas abiertas. Desde el exterior se le veía ir de un lado a otro, hasta que se dejó caer en el sofá. No esperaba lo que iba a ocurrir. Nadie pensó ni por un instante en que el plan que había trazado el asesino se fuera a producir.

Había llegado el momento. El guarda abandonó la zona de la caseta y se dirigió hacia la casa de Ituarte. Pasó por el lado izquierdo del coche de seguridad de los hombres de Galván y los saludó. Hizo un gesto para que bajaran la ventanilla y comprobó que no dudaban de él al verla bajar lentamente. Antes de se dieran cuenta, disparó al conductor en la cabeza con un arma que llevaba incorporado un silenciador. Al segundo agente no le dio tiempo a reaccionar y corrió la misma suerte. Se quedó observando a Ituarte desde el otro lado de la calle, escondido tras unos matorrales. Estaba disfrutando, pensando en cada paso que había dado. Cuando comenzó, no era tan optimista como para creer que podría salir bien, aunque tampoco le importaba en exceso Había corrido muchos riesgos, pero merecía la pena. El primer paso era acceder a la urbanización. No había sido difícil conseguir que el guarda de turno se quedara en casa y hubiera podido quedarse él en el turno completo. Nadie se dio cuenta de que no se trataba de la persona que trabajaba allí todos los días. Se limitó a abrir la barrera a todos los coches que abandonaban la urbanización y no exponerse mucho saliendo de la caseta.

Siguió observando.

Cuando lo descubrieran, sería demasiado tarde. Sólo podrían lamentarse. Se le pasó por la cabeza lo que pensarían cuando vieran cómo había entrado y se flagelaran por no haber podido hacer nada.

El corazón le latía a toda velocidad. Una vez superada la primera prueba, venía el paso más difícil. Deshacerse de los policías había sido más sencillo de lo que cabría esperar.

Había tenido tiempo para prepararlo todo, mandar ese wasap a Ituarte y comprobar que al menos un coche de vigilancia se marchaba en su busca. Pensó que iba a ser complicado matar a cuatro agentes y se lo habían facilitado. Cabía la posibilidad de que no tuviera opción y habría tenido que abortar la operación. El riesgo de entrar era mucho mayor que el de la salida y era consciente de que había conseguido lo más difícil.

Todo estaba funcionando según lo previsto. Cruzó la calle lo más rápido que pudo. No había nadie. El único peligro era que algún vecino lo viera por la ventana. Antes de salir de los matorrales, había escrutado cada ventana para estar seguro. Pasó por la derecha de la vivienda, cruzando el césped encharcado y notó que le costaba dar los pasos. Ya estaba en la puerta. Presionó el timbre y esperó a que abriera la puerta. La cara de Ituarte le aseguró que aún le reconocía, tras diez años sin verlo. Quería que, antes de morir, fuera lo último que vieran sus ojos. Al comisario no le dio tiempo a reaccionar y antes de intentar cerrar la puerta recibió un disparo en la cabeza. Apenas sonó un silbido. El silenciador conseguía que fuera una muerte como un susurro en el viento. El impacto le hizo retroceder. Ituarte se había puesto de lado al intentar huir y chocó con una obra de arte que utilizaba para colgar los abrigos. Una madera gruesa que le hizo volver hacia adelante y caer sobre el rellano. No pudo ver que, mientras él yacía en el suelo, su asesino no dejaba de mirarlo con cara de satisfacción. Este volvió sobre sus pasos y caminó lentamente hacia la garita. Nadie había escuchado nada y nadie le iba a detener. Aunque algún vecino se asomara por la ventana, tan sólo vería al guarda dando un paseo por la urbanización. Ituarte permanecía en el rellano de su puerta, tapado por la entrada.

Cruzó la barrera y caminó unos metros hasta el pinar que rodeaba el recinto. Se perdió en él y se cambió de ropa, metiéndola en una bolsa negra. La introdujo en una mochila que había dejado colgada en un árbol y cruzó el pinar en menos de veinte minutos. Al otro lado, le esperaba su Clío rojo para volver a casa. Había cumplido su objetivo.

41
No tiene motivos

El equipo de Galván se quedó trabajando en el piso. Antes de marcharse de comisaría, les dio las gracias a Carla y a Gonzalo por todo lo que estaban haciendo y les dijo que se marcharan, él les llamaría con cualquier avance. Les pidió que ellos hicieran lo mismo. Bruno volvió a sentir que Galván no le metía en el mismo saco.

Carla se marchó a casa. Se dio cuenta de que llevaba unos días sin saber nada de Guillermo. Tenía la sensación de que su relación no iba a prosperar en el tiempo. Había cosas más importantes en su vida como para sentir que le faltaba algo en ese momento. Suponía que él lo habría intuido y estaría cansado de esperarla. Lo preocupante era que no le afectaba en exceso.

Entró en su apartamento y se echó al sofá. Estaba muy cansada, no sólo físicamente. Su cabeza echaba humo y el silencio de su piso le hizo sentir que no quería estar allí. Llevaba muchos días yendo únicamente para dormir, pero tenía la sensación de que hacía meses que no aparecía.

No le apetecía, pero debía hacer esa llamada. Los tonos se repetían y Guillermo no contestaba. Lo volvió a intentar, sin respuesta. Se tumbó en el sillón y echó una cabezadita.

Veinte minutos después, se despertó con el sonido del teléfono.

—Hola.

El tono de voz de Guillermo fue muy seco y se limitó a saludar.

Carla pensó que a él le habría costado realizar esa llamada e intentó ser lo más cariñosa posible.

—Siento no haberte llamado antes. Están siendo días muy intensos.

Guillermo tardó en volver a hablar.

—Es lo que hay. Supongo que la vida es cuestión de prioridades.

—Entiendo que lo pienses. A veces las cosas no son tan fáciles como nos gustaría.

—Es lo que hay —volvió a repetir.

Carla pensó que en ningún momento le había preguntado por el caso. Guillermo conocía a Sebas, aunque fuera a cuentagotas, y sabía que no le gustaba demasiado. Aun así, le habría gustado que mostrara cierto interés.

—¿Sabes de lo que me acabo de dar cuenta?

—No —las respuestas eran secas.

No tenía intención de hablar y a ella le gustaba poder decir lo que pensaba sin tapujos. Guillermo era diferente y se guardaba todo para él. Era la impresión que tenía ella, a pesar de no llevar el tiempo suficiente como para conocerlo del todo.

—Veo que no te interesa lo que pueda decirte, pero lo voy a hacer igualmente. No tenemos nada en común. Eso no es malo del todo, si se sabe entender a la otra persona. Creo que nosotros no nos entendemos.

Guillermo no tenía una decisión tomada y esa frase le recorrió el cuerpo en forma de escalofrío.

—¿Qué quieres decir? ¿Estás cortando conmigo?

—Creo que ya lo hemos hecho. Los dos.

—Habla por ti. Que yo sepa, no he tenido ninguna opción de decidir en esto.

—Puede que tengas razón. Lo siento. A veces las cosas se dan como se dan y no tenemos opción de hacer nada. Mi trabajo es importante. No lo voy a negar. Lo que no has entendido es que no sólo se trata de mi trabajo. Se trata de un compañero al que tenía cariño y le han matado. Necesito hacer esto. Sólo quería que lo entendieras. Lo demás se podía arreglar.

—Claro que lo entiendo.

—Creo que no. Nunca me habría enfadado contigo por algo así. Te habría apoyado y habría intentado hablarlo y darte tiempo si lo necesitabas. No te lo estoy criticando. Lo único que digo es que no estamos hechos para estar juntos y espero que algún día podamos ser amigos. Lo siento mucho.

A Guillermo le salió una risa sorda. Algo irónica.

—Nunca han cortado conmigo de forma tan elegante. Queda todo claro. Espero que encuentres lo que buscas. Lo de ser amigos tendrá que esperar. No creo que lo llevara muy bien.

—Lo entiendo —dijo Carla, con voz suave—. Espero que todo te vaya bien.

—Sí, lo mismo para ti.

Había llegado el momento de poner fin a la conversación. Sabía que había hecho lo correcto. No sentía que estuviera tirando a la basura una relación que pudiera tener futuro.

—Adiós.

En ese momento, ninguno de los dos interpretó ese adiós de la manera correcta. El tiempo les explicaría el fondo de esa palabra.

Gonzalo se encontraba en su sótano, intentando encontrar cualquier pista. Galván le había hecho una invitación a que se marchara y le dejó preocupado. No entendía que no les diera la oportunidad de

seguir investigando con ellos. Puede que no hubiera querido sacarles del todo, pero tampoco veía que sus caminos fueran de la mano. En realidad, creía que les había vuelto a apartar. Lo había hecho con elegancia, como si les agradeciera la ayuda y les dijera que, por ahora, no tenían mucho más que hacer. En el momento en el que más cerca estaban.

Hizo un rápido repaso de todos los implicados, para intentar unir las piezas. Tan sólo había un detalle que le rondaba la cabeza y que no debía pasar por alto. El propio Galván trabajó con ellos y no podía dejarlo fuera de la ecuación. Su hijo había muerto por aquello. No estaba directamente relacionado, sin embargo, tenía motivos personales para estar involucrado de alguna manera.

Se levantó de la silla y caminó en círculos. De pronto, miró en su ordenador las cámaras que tenía instaladas en el salón y vio un coche al otro lado de la ventana. Era Carla. Subió y abrió la puerta antes de que llamara.

—¿Qué haces aquí?

—He cortado con Guillermo.

No la veía muy afectada. La dio un abrazo de igual forma.

—¿Todo bien?

Giró la cabeza, como un perrito.

—Creo que sí. Estaba pensando y me gustaría hablar contigo de algo.

Gonzalo sonrió. No sólo no estaba afectada, sino que ni siquiera estaba pensando en ello.

—Pasa. Estaba dándole vueltas.

Bajaron al sótano por la trampilla y tomaron asiento frente a las pantallas.

—Creo que tengo algo que nos puede ser útil —Gonzalo extendió la mano para que continuara—. Seguro que estabas poniendo encima de la mesa todos los nombres que tenemos y yo he hecho lo mismo.

—No te cabrá la duda de que voy a llegar hasta el final.

—Lo sé. He estado pensando en lo que dijiste. No podemos centrarnos en lo obvio. Es lo que quiere. Creo que nos está confundiendo y que todo lo que ha hecho ha sido con un fin claro. ¿Por qué crees que mató de esa manera a Ituarte?

Aunque no hubieran tenido una relación muy cercana, seguía doliendo hablar de él.

—Porque sabía que, de esa forma, nos dejaría claro que tiene el control.

—No me refiero a eso. El asesino sabía que había cámaras y que íbamos a intentar buscar similitudes, como hemos hecho. Nos ha llevado a Rodrigo Lagar deliberadamente.

—¿Por qué crees eso?

—Te repito que no tiene motivos para asesinar. No tenía relación con nadie como para que fuera algo personal.

—Sí, eso ya lo habías dicho. No podemos descartar a nadie porque creamos que no tiene motivos. Puede haberlos y que no sean visibles.

—De acuerdo. Mi propuesta es ir a verle. No para acusarle, sino para tantearle.

—También me dijiste que no podíamos ir a hablar con él. ¿Qué ha cambiado?

—Nada ha cambiado. Ese es el problema. No tenemos ningún otro sitio al que ir.

—¿Quieres hacerlo sin Galván? —la pregunta llevaba implícita toda la intención.

—Te conozco, Gonzalo. No te fías de Galván. No te gusta que nos haya mandado a casa y crees que lo ha hecho por alguna razón.

Se quedó sorprendido. Le había leído la mente. En realidad, no hacía falta. Él era transparente para ella.

—¿Sabes una cosa? —ella movió la cabeza de derecha a izquierda dos veces—. Alguien me dijo que no te daba el protagonismo que te mereces. Que yo eclipsaba a todos los que están a mi alrededor con mi forma de ser. Creo que no lo decía de forma positiva. Tengo unos cuantos años más que tú y creo que has acelerado tu aprendizaje de una manera meteórica. No consiste en que pueda ser mejor que tú, sino en los años de experiencia que tengo a mis espaldas. A tu edad, no me enteraba de nada y ahora te veo a ti y sé que serás la mejor policía que habré visto en mi vida.

Carla se ruborizó.

—¡Venga ya! Deja de decir tonterías.

—¿Cuándo me has escuchado halagar a alguien?

Colocó una mano en su barbilla.

—Nunca.

—Así es. Tampoco lo estoy haciendo ahora. Es la pura verdad. Creo que hay veces en las que piensas que no estás a la altura, y tampoco eres de esas personas que necesitan airear sus logros a los cuatro vientos. Quiero que sepas que está cerca el día en que te sientas protagonista y dejes a todo el mundo con la boca abierta. Es posible que yo te haya hecho sentir de esa manera y que me haya apropiado de tus méritos, aunque sin ser consciente de ello. Se acabó. Por hoy ya te he dicho demasiado.

—Es duro para ti. Lo entiendo —Carla disfrutaba del momento. No sólo por escuchar algo tan bonito del hombre más frío del mundo. No era la primera vez que la ponía por las nubes, sino por verle sentirse incómodo cada vez que lo hacía, que eran pocas—. Volviendo al tema. Me cuesta creer que no hayas rastreado el teléfono de Lagar

la noche del asesinato de Ituarte.

—Se lo he pedido a Bruno.

—¿Te ha dicho algo?

—Es el comisario en funciones. Ahora tiene muchas cosas que hacer hasta ver qué pasa. Espero que pueda tenerlo pronto.

—Vamos a llamar —Carla estaba impaciente.

Gonzalo pudo comprobar que lo que acababa de decir era la realidad. En lugar de haber seguido escuchando halagos, se centró en lo que le importaba. Acabar de una vez.

Puso el manos libres y Bruno contestó tras un par de tonos.

—Hola, Gonzalo.

—Hola —saludó Carla—. Estoy aquí.

—Entonces, hola a los dos.

—¿Has podido ver algo? —le preguntó Gonzalo, sabiendo que no había tenido mucho tiempo.

—No vamos a sacar nada por su localización. Esa noche estaba en su casa, o al menos es lo que dicen los datos.

Le sorprendió la rapidez.

—¿Alguna cosa rara sobre los días anteriores?

—Todo normal. No ha coincidido en ningún lugar que nos diga que tiene algo que ver. Lo siento.

—Ya no está Jon —Gonzalo hizo un silencio antes de hacer la pregunta—. ¿Te dijo él algo sobre Galván?

—Ya hemos hablado de esto. Todo lo que sé os lo he contado.

—Te tuvo que decir en algún momento lo que pensaba de él. Cualquier cosa.

—Siempre confió en Galván. ¿Qué estás pensando?

—No lo sé. Busco explicaciones. Busco culpables. Descartamos a Crespo por motivos obvios. No se puede matar desde la tumba. Tampoco puede ser Neva. Desde la cárcel es igual de difícil. Ituarte no era una opción, aunque eso ya no importa. Rodrigo Lagar no lo parece, aunque coincide en ciertos detalles que no podemos pasar por alto. Nos quedan dos personas con posibles motivos.

Bruno dio un nombre.

—Jaime Peña. ¿No estarás diciendo que…?

—Alejandro Galván —acabo la frase de Bruno—. ¿Por qué está descartado?

—Venga, Gonzalo. Estabas con él cuando asesinaron a Jon. No puede ser él. Aunque estuviera en su casa, sería demasiado enrevesado, incluso para ti.

—¿Qué quieres decir con eso? —no le gustaron las palabras que había utilizado.

—No me he expresado bien. Siempre buscas más allá de la lógica, y eso es bueno, pero no creo que en esta ocasión sea acertado.

Había una disculpa disfrazada y Gonzalo lo dio por cerrado.

—No estoy diciendo que lo hiciera en persona. Es el que más motivos tiene, aunque es cierto que Ituarte y Sebas no cuadran con ninguna venganza. Los dos trabajaban para él.

—Te estás respondiendo solito.

Carla decidió dar su punto de vista.

—No creo que sea ninguno de los que estáis diciendo. Tiene que ser una persona que tenga algo en contra de todas las demás. Si hubiera una por la que tuviera que decantarme, sería Jaime Peña. Es el único que dejó la Policía al desparecer Rubén Pineda. Sebas le visitó antes de que lo mataran. ¿Por qué iba a verle tantos años después?

Ya habían tenido en cuenta esa posibilidad y Gonzalo la veía con poco peso.

—Es cierto que podría tener razones para hacerlo, pero ni el perfil ni las circunstancias nos llevan a pensar que lo hizo. No cuadra con la descripción que nos han dado las cámaras. No tiene la altura ni la talla de pie. Lo único que tenemos es que habló con Sebas, pero Rodrigo Lagar también lo hizo y cuadra con esa descripción.

Cada uno ponía encima de la mesa su punto de vista. Había cambiado todo con las cámaras de la caseta del guarda de la urbanización de Ituarte. Algo se les estaba escapando y a Gonzalo le atormentaba.

—Podemos seguir hablando o empezar a indagar en las vidas de cada uno —dio por terminada la charla con Bruno y comenzó a teclear en su ordenador—. Te llamo en cuanto sepa algo. Haz lo mismo.

—Claro.

Gonzalo colgó y, uno a uno, fue buscando más información de la que tenían. Carla estaba a su lado, viendo la pantalla. Cualquier dato podría ser relevante y sentían que estaban cerca. Sólo faltaba un poco de suerte. En realidad, no era lo que necesitaban. Estaba delante de sus ojos y no hacía falta nada más que interpretar los datos con frialdad, apartarse de la lógica y conseguir el que les diera la clave. Gonzalo no tenía ninguna duda de que estaba ahí. No lo habían sabido ver hasta el momento y sólo era cuestión de tiempo. Se lo había dicho a Carla hacía pocos minutos. Era una policía excepcional y eso le daba mayor confianza para sentirse arropado. Sabía que, entre los dos, conseguirían acertar.

Transcurrieron horas repasando una y otra vez todos los detalles de cada uno de ellos. Carla colocó su mano sobre la de Gonzalo y este la miró, intrigado. Se apartó y Carla cogió el ratón con su mano derecha. Pulsó dos veces seguidas para que destacara en azul la información que quería señalar. A continuación, le mostró un segundo dato que le daba la certeza de que no podía tratarse de una casualidad.

Gonzalo reaccionó dando un golpecito en su espalda.

—¡Joder! ¿Lo recuerdas? A mí ya se me había olvidado.

Carla respondió con una frase típica de Gonzalo.

—¡Por favor! Lo recuerdo todo. Ese pueblo es la clave. Estuvo allí para prepararlo todo. Por otro lado, también cuadra el sedante que inyectó a Sebas y a Crespo. Nos faltaban estos dos datos para que todo tuviera sentido.

Gonzalo se dio cuenta de que habían encontrado la pista que les faltaba. Supuso que Sebas había tenido sus dudas y le habría dado la información necesaria para que actuara. Carla había conseguido llegar al dato que les iba a acercar al culpable. Seguía sacando uno tras otro como si fuera un ordenador. Todos les conducía al mismo sitio.

—Eres genial.

Su cara desprendía una luz comparable a un momento de claridad. Gonzalo estaba orgulloso de ella. Echaba de menos trabajar con la única compañera con la que se había sentido cómodo en su vida. Con la única persona con la que congeniaba de tal manera que sabía que habían nacido para permanecer cerca. Nunca había sentido nada parecido por nadie y al mismo tiempo, nunca había saltado una chispa entre ellos. Era de su familia. Era la persona que le había cambiado la vida tiempo atrás y ahora volvían a estar juntos. La madre de su hijo lo sabía. Ella lo sabía.

—Somos un equipo —respondió Carla—. Lo tenemos.

Los dos se retroalimentaban hasta el punto de conseguir la simbiosis perfecta. Habían conseguido descifrar el enigma, Carla lo había conseguido, y se fundió en un abrazo con su compañero. Las caras de felicidad mostraban la satisfacción por darles justicia a Ituarte y a Sebas. Sobre todo, a ellos. Los únicos a los que la inocencia no les había salvado, a excepción de los dos agentes.

Gonzalo intentó calmar la euforia.

—Creo que lo tenemos. Ahora vamos a ver cómo podemos demostrarlo.

—Sé cómo hacerlo —dijo ella, muy convencida. Estaba en racha y creía tener la fórmula para utilizar esa información a su favor.

—¿Cómo?

—¿Recuerdas que dijiste que era mejor no decir que Ituarte había muerto? Con esa decisión, conseguiste darnos una ventaja.

A Gonzalo se le iluminó la cara. Había captado la intención de Carla.

—Podemos utilizarlo para coger al asesino.

—Así es. Lo tenemos todo para hacer que se destape él solo.

—Eres genial, ¿no te lo había dicho hoy?

—No lo suficiente. Puedes decirlo todas las veces que quieras.

Sus caras transmitían felicidad. No era el momento para sentirse

tristes por Ituarte. Habría tiempo para darle un buen homenaje. El mejor regalo era coger a ese hombre y hacerle justicia.

Gonzalo comenzó a darle vueltas a la cabeza.

—Tenemos que filtrarlo a la prensa. Decir que Jon ha sido tiroteado, pero que sigue con vida. Es la única forma de ponerle la caña.

—Hay que ver lo que decimos y a quién lo decimos. Que no sea evidente lo que estamos intentando.

—Creo que cuanto más bombo se le dé, más opciones tendremos. Querrá remediar que hable.

Carla estuvo de acuerdo.

—Manos a la obra.

42
La gente te sorprende

Sabían que sus opciones pasaban por trabajar de la mano con Galván. Carla había tenido un plan y Gonzalo le había dado forma, pero no podían dejar de lado a Alejandro. Era la única forma de hacerlo.

Nada más recibir la llamada, Galván les hizo acudir al piso. No perdieron el tiempo y se dirigieron hasta allí para reunirse cuanto antes.

Cuando llegaron, no había nadie. Les sorprendió que fuera así y Gonzalo no dudó en preguntar.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Vamos a estar los tres solos?

—Quiero escuchar lo que tengáis que decir y luego informaré al resto.

Carla tomó el mando. Al fin y al cabo, había sido su idea. Le expuso la situación y los datos que habían recabado. Galván no intervino en ningún momento, hasta que terminó de exponerlo. A Gonzalo le dio una buena impresión. Sabía cuándo debía hablar y cuándo debía mantenerse a la escucha. Algo poco habitual entre los jefes que había tenido. Era cierto que, en este caso, no se trataba de su jefe, sin embargo, toda la operación dependía de él y de los medios que pudiera proporcionarles.

Carla terminó y los dos se quedaron mirando a Galván, esperando a que diera su opinión.

—Parece bastante sólido. ¿Cómo tenéis pensado proceder?

Gonzalo se llevaba sorpresa tras sorpresa. No sólo los había escuchado atentamente, sino que les daba la posibilidad de llevar a cabo el plan. No lo esperaban.

Carla le respondió.

—¿Te gusta pescar?

—Nunca lo he hecho —por el momento, no entendía que se trataba de una metáfora.

—Para pescar, primero hay que tirar la caña al agua y antes has de preparar el anzuelo adecuado.

Ahora empezaba a entender por dónde iba ella.

—Está bien. ¿Cuál es el anzuelo?

Carla y Gonzalo se miraron con la sonrisa en la cara.

—El anzuelo es más sencillo de lo que podríamos pensar. ¿Intentarías matar a alguien que puede sacar a la luz que eres un asesino?

—¿Cómo? —se le veía sorprendido con su respuesta.

Gonzalo lo expresó a su manera.

—Ahora que entendemos todo, tú eres la única pieza del ajedrez que queda por derribar. Puede que no te interese descubrir si estás jugando la partida.

Galván no podía decir que no lo hubiera pensado. Era el jefe de todos ellos. Habían ido cayendo uno a uno y lo lógico era que, en algún momento, fuera él la próxima presa. La más grande de todas.

—¿Cómo puedo evitar ser el cebo? —sonrió—. No me gustaría ponerme en peligro de forma gratuita. Le doy mucho valor a mi vida.

—No correrás peligro —le explicó Gonzalo—. Le vamos a devolver su estrategia. Le vamos a hacer que pague con la misma moneda.

—No parece que haya sido ningún estúpido. Cualquier error y perderemos nuestra oportunidad. No me gustaría que se nos escapara por tener demasiada prisa.

—No te preocupes. Lo hemos estudiado bien. No habrá errores. ¡Eso espero!

Galván miró a Gonzalo, sin estar del todo convencido. Ituarte le había hablado mucho de Gonzalo y también de Carla. Sabía que eran de total confianza.

—Sea lo que sea, ¿creéis que caerá? Parecía una mosquita muerta cuando trabajó para mí. Nunca pensé que podría ser capaz de hacer algo así.

—La gente te sorprende —Gonzalo enfatizó la frase con la mirada—. Sólo hay dos personas que no han pagado hasta el momento, y ahora te puedo decir que he dudado de ti desde el principio.

Eso no lo esperaba, aunque era comprensible. No sabían nada de él hasta el momento. Galván no le dio mayor importancia. Todo lo contrario. Le gustaba la gente como Gonzalo que nunca daba nada por sentado.

—Gracias por decírmelo. Vamos a por ese cabrón. Contadme el plan.

—El plan comienza por ti. Tienes que decir que Ituarte sigue vivo. Que está en un hospital en concreto y que está a punto de despertar. Lo más importante es que esa información debe filtrarse a la prensa.

—¿A la prensa? ¿Estáis locos?

—No queremos ser demasiado ilusos y no podemos soltar todo esto con la intención de que lo escuche. Sería demasiado obvio. Sin embargo, es lógico que la prensa se haga eco de un intento de asesinato del comisario de la Comisaría Central de Burgos. Es una noticia a la que nadie puede resistirse.

Carla quiso dar importancia a su compañero.

—Gonzalo nos dio la oportunidad de que Ituarte siguiera vivo al ocultar su muerte en su momento, y eso ahora podemos aprovecharlo. El asesino intentará deshacerse de él para que no hable y podremos demostrar quién fue.

La explicación tenía sentido y Galván la veía con buenos ojos. Estaba asombrado con la inteligencia de los dos. Sabía cómo era Gonzalo por lo que le había contado Ituarte, pero comenzaba a descubrir que Carla era igual de importante. Formaban un buen equipo.

—De acuerdo. Me pongo a ello.

Al día siguiente de las escuchas

No podía creer lo que estaba pasando. Sebastián llevaba tiempo detrás de Crespo y Neva para conseguir demostrar que habían estado implicados en la entrada masiva de droga a Burgos, pero no esperaba escuchar que también habían participado en la desaparición de Rubén Pineda. Hasta ese momento, ni siquiera era una posibilidad que estuviera encima de la mesa.

Había quedado con Galván para darle el detalle de las escuchas, pero antes debía obtener más datos. La primera visita de la mañana la hizo a la vivienda del policía encargado del caso. No lo había vuelto a ver desde que se cerró la investigación de Pineda.

Tardó unos minutos en tomar la decisión de llamar al telefonillo. Incluso se echó atrás en una ocasión, hasta el punto de arrancar el coche. Volvió a sacar la llave del contacto y se armó de valor para hacerlo.

Rodrigo Lagar le invitó a pasar con gesto de sorpresa. Se le quedó mirando, intentando recordar su nombre.

—Sebastián Morales. Nos vimos por última vez hace unos diez años.

Rodrigo recordaba quién era y cuando se presentó, asintió con la cabeza.

—Hace mucho de aquello. ¿En qué puedo ayudarte?

—Es un tema algo delicado. Tiene que ver con Rubén Pineda.

Hacía mucho tiempo que no escuchaba a nadie pronunciar su nombre y cambió la sonrisa inicial por un gesto serio.

—¿Con Rubén Pineda? No lo entiendo.

—Quería que me hablaras de esos días. De cuando lo investigaste hace años.

—Sigo sin entender lo que estás buscando.

Sebastián no sabía cómo empezar y le estaba costando encontrar las palabras.

—Sé que recibiste presiones para cerrar el caso. Ahora es el momento de que me cuentes lo que ocurrió. La verdad.

—La verdad es que desapareció. Había suficientes indicios como para cerrar el expediente. No sé de qué presiones hablas.

—No pretendo juzgarte ni ponerte en una situación difícil. Tan sólo quiero saber lo que ocurrió. Hablaste con Galván y con cada uno de nosotros. Sé que no se dijeron muchas verdades sobre Pineda, porque alguno no quería que saliera algo a la luz. Ninguno tomamos

buenas decisiones.

—A mí nadie me dijo nada. Hablé con todos y las conclusiones fueron claras. No había dónde rascar.

—Pero te dijeron que no trascendiera.

—Es normal. Ocurre en los casos en los que están implicados agentes. Sabes que hay actuaciones que pueden quedar en un expediente para siempre.

—¿Qué quieres decir?

—Al menos yo lo entendí así. Si el caso hubiera estado abierto mucho tiempo, hubiese habido una investigación interna. Es el protocolo. Todos tenemos cosas que pudimos hacer de otra manera. Esa vez, además, faltaba dinero de una incautación. Lo habrían investigado y nadie podría haber demostrado que se lo hubiera llevado Rubén Pineda. Eso habría hecho que miraran todo con lupa y pusiera en peligro el puesto al que aspiraba Galván.

Sebastián comenzaba a comprender muchas cosas. Galván nunca habría apoyado el hecho de que Rubén Pineda se pudo llevar el dinero sin tener una buena razón. Rubén Pineda se había marchado y sus agentes habían mentido sobre él. Galván lo utilizó para cerrar cuanto antes el caso.

—Entiendo que sabías que Rubén no se había llevado ese dinero.

—¿Por qué dices eso?

—Por la explicación que me acabas de dar.

—Es lo que entendí. Galván no me lo dijo así. Si hubiera creído que podría haberle pasado algo a Pineda no habría cerrado el caso.

Lo que acababa de escuchar le dejaba más inquieto. Dudaba lo que sabía Galván. En ese momento, dudaba de todo.

Continuaron hablando durante un rato, pero Sebas ya había conseguido lo que estaba buscando. Creyó que debía indagar en otro sitio.

Fue directo a la segunda visita del día. Había alguien con el que no había hablado desde que comenzó a investigar. Jaime Peña sonrió al verle tras el cristal de la fachada de la ferretería.

—¿Moro? ¡Cuánto tiempo! Ya no me llamas.

—He estado ocupado. Lo siento.

Se dieron un abrazo.

—¿Qué tal te va?

—Tirando.

Su gesto le hizo preguntar de nuevo.

—¿Todo bien? Te veo raro.

—Hace un tiempo que no hablamos porque he estado liado con algo. He venido a verte porque eras amigo de Rubén y necesito que

hablemos.

Jaime intentaba seguirlo, aunque todavía no lo tenía claro.

—¿Qué tiene que ver Rubén tanto tiempo después?

—No puedo decirte mucho por el momento. Acabo de hablar con Rodrigo Lagar. ¿Lo recuerdas?

—Claro. ¡Cómo no iba a hacerlo! ¡Hijo de puta!

—¿Cómo? —a Sebas le sorprendió su reacción—. ¿Por qué dices eso?

—Él sabía que ocurría algo raro y no quiso hacer nada.

—Me ha dicho que Galván fue quien le hizo cerrar la investigación, por lo que pudiera ocurrir si descubrían que faltaba el dinero de la incautación. ¿Lo recuerdas?

—Sí. Les vino bien cargarle el muerto a Rubén.

—Yo no lo sabía.

—La gente no te contaba mucho. Podías decírselo a Galván. Sé que no era justo, pero era así. ¿A qué viene todo esto ahora? Ha pasado mucho tiempo.

Sebas no podía decirle que había descubierto que Rubén despareció por culpa de dos de sus compañeros e intentaba llevar la conversación sin que ese detalle saliera a la luz.

—Ya te he dicho que estoy con algo importante. Sabes que en la comisaría pasaba algo.

—¿A qué te refieres?

—Nos daban información falsa con las redadas para que estuviéramos entretenidos, mientras la droga fluía sin problemas por Burgos.

—Eso se dijo alguna vez, pero no te sigo.

—Tengo sospechas de que Neva y Crespo estuvieron metidos. Las tenía desde hace tiempo, pero entonces no hice nada.

—¿No jodas? ¿Y por qué piensas eso?

—Estoy investigándolos. No puede salir de aquí —cerró los ojos, pensando que había sido un error contarlo—. Te lo pido por favor. Desde el día en que desapareció Rubén, tú y yo hemos tenido muy buena relación y eres la única persona en la que confío. Además, también eras amigo de Rubén.

—Me llegan señales de que no es lo único que me quieres contar.

—De acuerdo. Me tienes que ayudar con esto. Quiero saberlo todo antes de hablar con Galván. Sobre todo, después de lo que me ha dicho Rodrigo Lagar.

—¿Desconfías de Galván? Es tu tío.

—No lo sé. Me ha dejado inquieto que cerrara el caso para que no saliera a la luz lo del dinero de la incautación.

—Sigue.

Jaime sabía que quería contarle algo importante y que le estaba

costando hacerlo. Le sorprendió que estuviera dudando de su tío y que se lo estuviera confiando a él.

—Necesito que vuelvas a hablar con Neva.

—¿Qué? Ya no tengo relación con él.

—Yo no puedo hacerlo. Quiero saber lo que te cuente sobre…

Mientras hablaba, se daba cuenta de que no era buena idea, pero ya no había vuelta atrás. En realidad, no sabía lo que estaba haciendo. Había cometido suficientes errores y quería arreglarlo a su manera. De nuevo la forma equivocada.

—¿Qué quieres que le diga?

—Creo que fueron ellos los que mataron a Rubén.

A Jaime se le abrieron los ojos de par en par.

—¿Está muerto?

—Creo que sí.

Jaime se llevó las manos a la cara. No esperaba, con tanto tiempo de por medio, que siguiera con vida, pero escucharlo le hizo derrumbarse.

—¿Cómo lo sabes?

—Por favor. No puede salir de aquí. Te necesito para que puedas hablar con Neva y ver cómo reacciona. Tengo que hacer esto antes de seguir haciendo lo que me diga Galván. Sólo puedo confiar en ti.

Jaime sonrió al escucharlo.

—Gracias, pero, ¿Cómo reacciona a qué?

—Tenemos pruebas de que fueron Crespo y Neva. Hablé ayer por la noche con Galván, pero por el momento, no quiere hacer nada. Estamos investigándolos porque creemos que estuvieron implicados de alguna manera en un caso de corrupción y no quiere echar la investigación a perder por esto.

—¿Y tú qué opinas?

—Estoy de acuerdo, por el momento. Ya no podemos hacer nada por Rubén. Por eso quiero que me ayudes. Quiero a alguien que pueda hablar con ellos y me dé una visión distinta. A mí no me contarían nada. No me interesa que se inculpen, sino que me den nombres de las personas que estaban por encima de ellos. Puedes decirles que van a ir a por ellos y que la única forma de que no sea así, sea que den esos nombres.

—¿Cómo quieres que haga eso? A mí no me van a decir nada. En todo caso, quieres que hable tranquilamente con los responsables de que Rubén perdiera la vida. ¿te estás escuchando?

—Lo pensaremos detenidamente. Necesito que me ayudes en esto. Ahora mismo me siento en tierra de nadie.

Nunca había sabido tomar buenas decisiones y estaba cometiendo una estupidez, pero a pesar de ser consciente, se convencía de que esta vez saldría bien.

—¿Qué tenéis sobre Rubén?

—Lo enterraron en una caja. Tenemos escuchas en las que lo reconocen. Están nerviosos y van a ir a desenterrar lo que quede de Rubén, pero antes necesito que nos den esos nombres, porque si los detienen antes no sabremos nunca de quién se trata.

A Jaime no le estaba gustando lo que escuchaba.

—¡Vamos! Que os la suda Rubén. Sólo queréis lo que le interesa a Galván. Como siempre.

—Todo a su tiempo. Podemos hacer las cosas de una en una, aunque no tenemos mucho tiempo. ¿Me vas a ayudar?

Jaime no respondió y se quedó mirándolo con enfado.

—¿Dónde lo enterraron?

43
Estable, dentro de la gravedad

Las últimas cuarenta y ocho horas habían sido una preparación detallada del plan. En ningún momento podía filtrarse que Jon Ituarte había muerto.

El primer paso fue decirle a la mujer de Ituarte que el cuerpo de su marido permanecería en el depósito hasta que pudieran llevar a cabo su plan. No supuso un problema, debido a que ella era la primera interesada en que pudieran encerrar a ese hombre. Todavía no le habían dicho que tenían sospechas fundadas de quién era. Faltaba confirmarlo y cabía la remota posibilidad de estar equivocados.

Temían que saliera a la luz que Ituarte no continuaba con vida, o peor aún, que el asesino fuera consciente de que eso era imposible y no cayera en la trampa. Le había visto caer al suelo con un disparo en la cabeza, aunque eso no quería decir que hubiera perdido la vida. La duda podría hacerle actuar. Ese problema lo había despejado Carla con mucha inteligencia y Gonzalo la había captado desde el primer momento. En el hospital había una habitación con un hombre, y en su ficha médica ponía Jon Ituarte. Sólo faltaba que la prensa hiciera su trabajo. No había duda de que ningún medio iba a poner en cuestión esa información y tampoco intentarían corroborarlo si venía directa de fuentes policiales.

El siguiente paso era asegurarse de que la idea de que Ituarte estuviera vivo le hiciera, a su asesino, darle vueltas a la cabeza de si podría ser cierto. Que no pudiera dormir, agobiado, pensando en que pudieran cogerlo.

La primera noticia en salir a la palestra fue de un medio local de televisión.

Última hora. Fuentes cercanas nos han confirmado que el comisario de Policía perteneciente a la Comisaría Central de Burgos, Jon Ituarte, fue tiroteado en su propia casa hace tres días. En este momento, se encuentra ingresado en el Hospital Universitario de Burgos, luchando por su vida. Desconocemos los hechos y al presunto asesino. Recibió un disparo en la cabeza y hasta ahora no han trascendido más detalles. Seguiremos informando.

Se hicieron eco de la noticia todos los medios de comunicación a lo largo del día. El próximo paso estaba dado. Lo más inteligente era dar

la información sobre el tiroteo, generando incertidumbre sobre su estado de salud.

La espera iba a ser difícil de llevar y lo sabían. No importaba alargarlo en el tiempo, si con ello conseguían resultados. Cada día que pasaba, dudaban si estaban haciendo las cosas bien y si estaban apuntando hacia el lado correcto. En realidad, sólo tenían muchos datos que parecían fiables, aunque sin demostrarlos, no les valdría de nada.

Tras seis días sin realizar ningún movimiento, decidieron poner en marcha la siguiente acción. No era la última. De nuevo, Galván filtró nuevos detalles.

Llevamos seis días sin conocer el estado de salud del comisario de Policía Jon Ituarte, nos han llegado nuevas informaciones y podemos asegurar que el comisario se encontraba solo en su casa en el momento del suceso. Un hombre no identificado disparó contra él en la puerta de su casa. Recibió un disparo en la cabeza que, aparentemente, no causó daños irreparables. Según nos informan nuestras fuentes, el comisario está estable, dentro de la gravedad y se cree que no corre peligro su vida.

La segunda noticia había sido lanzada. Ahora sólo quedaba esperar a que se produjera algún movimiento. En ella no se mencionaba que Ituarte pudiera salir de aquello, ni que su mente pudiera estar lúcida como para poder contar quién era el responsable. Esa información debía llegar en una tercera tanda, para hacerlo lo más creíble posible.

No habían calculado cómo iba a transcurrir la situación y Gonzalo recibió una llamada inesperada. Ya no recordaba que le dejó la tarjeta de visita a Jaime Peña y que tenía su teléfono. Aun así, le extrañó que se hubiera puesto en contacto con él. Respiró hondo antes de responder.

—Diga.

Tenía su número grabado en la memoria, aunque Gonzalo no podía demostrar que sabía quién lo estaba llamando.

—¿Gonzalo? Hola, soy Jaime Peña.

—¿Quién? —dudó, intentando hacerle creer que le costaba recordar su nombre.

—Estuvimos hablando hace unos días. Trabajé con Sebastián. El de la ferretería.

—¡Claro! —exclamó, como si acabara de caer en la cuenta—. Perdona. No tengo la cabeza en mi sitio últimamente.

—No importa. He escuchado lo de Ituarte en las noticias. Pensé en llamarte antes para interesarme por él. Siento no haberlo hecho.

—No te preocupes. Entiendo que no tenemos la relación suficiente como para que me llames. Te agradezco que lo hayas hecho.

Se sentía como si fuera un actor y le estaba gustando. No pensaba que se le diera muy bien, aunque por el momento había sabido reaccionar. Lo más probable era que, si lo hubiera preparado, no le hubiera salido así.

—Me he llevado una alegría al ver que Ituarte parece que va a salir adelante. Pensé en llamarte, como he dicho antes, porque no tengo relación con nadie más. Lo malo es que no me sentía cómodo molestándote cuando escuché que estaba en estado crítico. Hoy he visto las noticias y me he sentido genial al saber que tiene buena pinta. ¿Es así?

—Gracias —nunca había sido tan amable con nadie. La situación lo requería—. Sí, parece que va a salir de esta. Ituarte está hecho a prueba de bombas.

En ese momento, supo que no iba a hacer falta activar la tercera parte del plan. Tenían pensado anunciar en la prensa que iba a despertar y la solución le cayó del cielo.

Jaime Peña continuó.

—Espero que le des un abrazo de mi parte cuando despierte y le digas que me alegro mucho por él.

—Es mejor que lo hagas tú mismo. Seguro que lo va a agradecer —tenía la sensación de que quería terminar la llamada y quería tentarlo—. En momentos así, no hay nada mejor que la gente te demuestre su cariño.

Si Peña hubiera conocido mejor a Gonzalo, sabría que pasaba algo extraño. Agradecía que no fuera así.

—Está bien. Cuando despierte, me podrías avisar y esperaré unos días para no molestarle.

Apretó el puño bien fuerte. Había llegado el momento de hacerle reaccionar.

—Lo haré. Los médicos han dicho que van a despertarlo en un par de días. Parece que ha bajado la presión en el cerebro y que podrán hacerlo pronto. Lo hemos pasado mal, pero ha tenido suerte. No ha tocado nada que no debiera y el tiro fue limpio. Casi lo perdemos por la pérdida de sangre. Los milagros existen.

Esperaba que le preguntara algo más. Si estuviera en su situación, él lo haría por el miedo a que Ituarte recuperara el habla. Le había dejado claro que existía la posibilidad de que no hubiera perdido la capacidad de comunicarse.

—Me alegro mucho —repitió—. Crucemos los dedos.

—Lo bueno es que, cuando despierte, podremos saber quién fue el hombre que lo intentó matar. No veo el momento de capturarle.

A Gonzalo le faltaba poco para entrar en éxtasis. Nunca hubiera

podido planearlo mejor.

—Eso espero. Ha tenido suerte de sobrevivir a un disparo a bocajarro. Llámame, por favor.

—Dalo por hecho.

Se despidieron y Gonzalo volvió a apretar el puño, como si hubiera ganado el partido de su vida. Ya estaba hecho. Pensó en la cara que habría puesto Jaime Peña al escuchar que Ituarte iba a despertar y que era muy probable que recuperara el habla.

No perdió el tiempo y llamó a Carla.

—Hola, Gonzalo. ¿Qué tal?

—¿Que qué tal? Maravilloso.

La reacción le sorprendió y apartó el teléfono de su oreja para no quedarse sorda por el grito que había pegado.

—Te veo exultante. ¿Qué pasa?

—No vamos a tener que poner en marcha la tercera parte del plan. Al menos, no por ahora.

—¿De qué estás hablando?

—Me ha llamado Jaime Peña.

Era lo último que podía esperar y se puso nerviosa.

—¡No fastidies! ¿Qué te ha dicho?

—Quería hablar conmigo para decirme que se alegraba mucho de que Ituarte no hubiera muerto. Se lo ha tragado.

—Cuéntame.

—Le he dicho que un par de días le van a despertar y que no tenía daños cerebrales. Ahora hay que esperar a que intente deshacerse de él.

—¿Y si no lo hace?

—¿Tenemos otra opción? Estaremos jodidos.

—Puede que le dé miedo acercarse y no haya sido buena idea.

—Estás con la negación normal que aparece cuando ves que el final está cerca y tienes miedo a que no salga como esperabas.

Carla hizo un breve silencio, confirmándole que tenía razón.

—¿Ha sido un buen plan? ¿Estás seguro?

—¡Y dale perico al torno! Me recuerdas a una película que me gustaba mucho de pequeño. ¿Has visto Hatari?

—¿Qué es eso?

Gonzalo sonrió.

—Eres muy joven, aunque he de decir que yo la vi muchos años después de que saliera. Ni había nacido yo. Hay un personaje que me encantaba y que se llamaba Pockets. Planeó una forma de cazar a los monos. La película transcurre en África y se dedicaban a capturar animales para llevarlos a un zoo. Pockets tuvo una idea y desplegaron una red enorme con unos cohetes para que cayera encima de un árbol gigante que estaba repleto de monos. El plan funcionó y ni él mismo

se lo creía. Después de aquello, estuvo toda la noche pidiéndole a su jefe, que era John Wayne, que le contara una y otra vez cómo había ocurrido. Creo que te va a pasar lo mismo cuando lo consigas.

Carla sonrió, recuperando la confianza, aunque sólo fuera por un momento.

—Sólo podemos mirar hacia adelante. Ahora hay que prepararse para lo que viene. Tenemos que llamar a Galván para que intensifique la vigilancia en el hospital.

Gonzalo asintió para sí mismo y añadió:

—Pondremos una unidad vigilando su coche en todo momento para que lo siga a donde vaya, por si no va al hospital.

—Está bien —suspiró—. Estoy nerviosa.

—Estamos tardando. Paso a buscarte.

Las horas pasaban y no había ocurrido nada. Tampoco esperaban que se produjera de inmediato. Gonzalo pensó que se había equivocado. No debió decir que en dos días le iban a despertar. Tenía que haber ampliado el plazo, para darle tiempo a prepararse. Cabía la posibilidad de que la premura con la que tenía que actuar le penalizara y cometiera errores, pero, por otro lado, al tener poco tiempo podría no hacer nada por el miedo a ser descubierto. En ese caso, lo perderían para siempre.

Los riesgos estaban tomados y no había otra opción que esperar y continuar con el plan trazado.

Amanecía sin nuevas noticias. Si iba a ocurrir algo, debía ser ese día. Durante toda la mañana estuvieron mirando las cámaras. Habían colocado cuatro en la habitación donde seguía un hombre con la cabeza vendada y una vía en el brazo. En el pasillo estaban instaladas otras dos. Galván se había unido a ellos, con la esperanza de que fuera el momento en el que el plan diera sus frutos.

Gonzalo sintió un pinchazo en el estómago. Algo no le cuadraba y comenzó a repasar mentalmente las últimas horas. Se le cortó la respiración al recordar la última frase que le había dicho Jaime Peña.

—¡Mierda!

—¿Qué te pasa? —le preguntó Carla.

—No va a venir.

—¿Por qué dices eso? Estabas muy convencido.

—Acabo de recordar que Jaime Peña me dijo antes de despedirnos que Ituarte había tenido suerte al sobrevivir a un disparo a bocajarro. No interpreté lo que me estaba diciendo.

—No te entiendo. ¿Con qué tono lo dijo?

—Ese es el problema. Si le hubiera visto la cara, lo habría sabido al momento. En las noticias dijeron que recibió un disparo en la

cabeza. No hablaron de un disparo a bocajarro.

Carla pensó que estaba hilando muy fino.

—¿Qué estás pensando? ¿Crees que se dio cuenta?

—Creo que sabía que estaba muerto. Tu plan fue muy bueno, pero quien la cagó fui yo, aunque…

Carla le empujó con la mirada a que continuara.

—¿Qué piensas?

—Galván, llama a tus agentes y que te digan dónde está su coche y si ha salido de casa. Tendría que estar en el trabajo.

Galván cogió el teléfono y permaneció hablando durante veinte segundos. Luego miró a Gonzalo, esperando a que le informaran de la situación. Volvía a dar golpecitos en la mesa por los nervios del momento y se quedó quieto al ver que volvían a hablar por el otro lado de la línea.

Colgó.

—Sigue en su casa.

A Gonzalo no le cuadraba.

—¿Están seguros?

—Eso me han dicho. Su coche sigue en la entrada.

Carla dijo en voz alta lo que Gonzalo estaba pensando.

—¿Qué coche?

—El suyo. Un Toyota negro.

Carla ladeó la cabeza al mismo tiempo que Gonzalo.

—Se ha ido.

Galván la escuchaba sin entenderla.

—Te digo que sigue su coche en la puerta.

—Cuando fuimos a verle, tenía aparcado en la parte trasera un Clío rojo.

Gonzalo le explicó la situación.

—Se ha dado cuenta de que Ituarte no está vivo y, mientras le esperábamos en el hospital, se ha ido a destruir pruebas. De nuevo, ha jugado con nosotros.

Galván cogió el teléfono otra vez.

—Manteneos en la puerta de la vivienda sin moveros. Quiero que vigiléis toda la zona, por si hay alguna salida por la parte trasera. Se os ha escapado.

Uno de los agentes preguntó.

—¿Entramos?

—No. Primero tenemos que conseguir la orden y no tenemos suficiente para que la autoricen. Lo que quiero es que no entre nadie, aunque si había pruebas en su casa, ya no las vamos a encontrar.

Colgó de nuevo y miró a ambos para que propusieran cómo continuar.

—¿Crees que ha ido allí? —preguntó Gonzalo.

—¿Ves otro sitio mejor?

—¿De dónde habláis? —Galván seguía sus miradas y se daba cuenta de que sabían dónde debían buscar.

—No veo otra opción —continuó Gonzalo—. Hay que ir a ese pueblo —miró el trayecto en su teléfono—. Son dos horas y media. ¿Cuánto tiempo nos llevará de ventaja?

—¡A saber! —respondió Carla.

—Mierda, la hemos cagado de nuevo. Sólo tenían que vigilarlo y se les ha escapado —Miró a Galván—. Se están dando demasiadas cagadas. Yo que tú renovaría a mi equipo.

Carla le hizo un gesto.

—En marcha.

44
En la cabaña del lobo

Se desplazaron cuatro unidades, con dos agentes por coche. En el vehículo de Gonzalo viajaban Carla, Galván y Bruno.

No dejaban de mirar el reloj, haciéndose la pregunta que había puesto Gonzalo encima de la mesa. ¿Cuánto tiempo los podía llevar de ventaja? No sabían el momento en el que había salido de la casa y cuándo habría cogido su Clío rojo, pero tenían la sensación de que podrían haber perdido la oportunidad de llegar a tiempo para obtener pruebas.

El trayecto lo hicieron en menos de dos horas. Habían recortado treinta minutos. Gonzalo redujo la velocidad al ver el desvío al pueblo, para no llamar la atención. Eran poco más de las ocho de la tarde y ya había oscurecido. No se veía un alma en la calle.

Llegaron a la casa. Aparcaron a cien metros y continuaron andando. Galván ordenó que el resto de las unidades se mantuviera en las inmediaciones del pueblo, para pasar desapercibidos. Se acercaron a la puerta de una construcción individual de una planta, que lindaba con otra casa de pueblo. No había ninguna luz encendida y se miraron con gesto de preocupación ante la posibilidad de que no se encontrara allí.

—¿Qué hacemos? —preguntó Galván—. ¿Entramos?

—No tenemos una orden —le recordó Gonzalo—. Si entramos y no hay nada, la vamos a joder.

—Me temo que la hemos fastidiado —se recriminó Carla—. La he fastidiado yo.

—No pienses eso —susurró Gonzalo—. Lo has hecho perfecto y yo creo que no lo hice bien con Peña. Se dio cuenta de que Jon no podía seguir con vida.

—Eso ya no importa —zanjó Bruno—. Lo importante es lo que podamos hacer ahora.

Carla dirigió la mirada hacia la casa de al lado.

—¿Preguntamos si ha estado aquí?

Ninguno respondió y Gonzalo fue directo a llamar. Un hombre de unos ochenta años abrió la puerta.

—Hola —se limitó a decir. Era probable que estuviera sorprendido al ver a cuatro personas que no conocía de nada en su rellano.

—¿Está en casa? —Gonzalo señaló a la vivienda de al lado.

—Ha pasado por aquí hace un rato. He escuchado su coche, aunque le he oído marcharse al poco tiempo de entrar.

—¿Un Clío rojo? —quiso ratificar.

—Sí. Me ha parecido raro. Siempre viene con el trasto ese grande.

—¿Ha hablado con él?

—No. Lo he visto desde la ventana.

La siguiente pregunta que hizo Carla la llevaba pensando durante el trayecto.

—¿Sabe si viene de forma habitual?

—No suele venir mucho, pero sí lo ha hecho frecuentemente las últimas semanas. ¿Ocurre algo?

Carla quiso tranquilizarlo.

—No ocurre nada. Le queremos dar una sorpresa. ¿Sabe dónde puede estar?

Se llevó una mano a la cara y arrugó el labio.

—Si no está en casa, tiene que estar en su cabaña en el campo.

—¿Su cabaña?

A Carla se le iluminó la cara.

—A las afueras tiene unos terrenos que le vienen de sus padres. Allí tiene una pequeña casa, como un cobertizo, para guardar herramientas y sus cosas.

Los cuatro se miraron al mismo tiempo, comprendiendo que debía ser el lugar donde trabajó su plan. No querían perder más tiempo.

—Gracias —le dijo Gonzalo—. ¿Nos puede indicar cómo se llega hasta allí?

El hombre les dio tres datos rápidos.

—Que pase una buena noche —Bruno le hizo una pequeña reverencia para mostrarle amabilidad.

—Igualmente.

Cerró la puerta y salieron disparados hacia el coche. Calculaban que en menos de cinco minutos podrían estar allí.

Aparcaron a doscientos metros y apagaron las luces. Tenían que llegar sin que reparara en su presencia.

Desde allí, había un camino de tierra y al fondo se vislumbraban las luces encendidas de la cabaña. Dieron un rodeo para llegar por la parte trasera. Gonzalo les hizo un gesto para que Bruno y Galván se acercaran por la derecha y Carla le acompañara por la izquierda. Galván no solía inmiscuirse en acciones de campo, pero en este caso era algo personal y no quiso que interviniera ninguna de las unidades.

La cabaña tendría una extensión de unos cuarenta metros cuadrados y estaba construida con robustos troncos de madera. A un lado, le acompañaba un roble enorme que extendía sus ramas por

encima del tejado, proporcionándole un techo natural.

En la parte derecha, encontraron una pequeña puerta de madera. Galván iba el primero, pegado a la pared exterior y Bruno le seguía. La noche era muy oscura y el roble impedía apreciar el cielo estrellado.

Sólo había una ventana a la izquierda de la puerta, con cortinas que dejaban que traspasara la luz y, sin embargo, no les permitía ver el interior. Se agacharon para pasar por debajo de ella y Galván abrió la puerta con cuidado. Le hizo un gesto a Bruno para que estuviera alerta y entró muy despacio, con la pistola en la mano y el alma encogida. Antes de darse cuenta, notó el cañón de una escopeta apoyada en su nuca y supo que había cometido un error. Les estaba esperando.

—Tira el arma, Galván —dijo la voz.

La dejó caer al suelo y el hombre la apartó con el pie.

—Estás rodeado. No hagas tonterías y acaba con todo esto de una vez.

Galván dijo lo primero que se le ocurrió, sabiendo que no estaba en posición de darle consejos. Se escuchó una carcajada y el asesino cerró la puerta, colocando una viga de madera que se encajaba en dos apliques de hierro a los extremos y que la hacía inaccesible.

Con su respuesta, le dejó helado.

—No vas a salir de aquí. Quiero que lo sepas.

Bruno volvió hacia atrás y dio la vuelta a la casa para reunirse con Carla y Gonzalo.

—Le tiene —su tono era de ansiedad—. Ha cerrado la puerta y tiene a Galván dentro.

—¡No me jodas! —exclamó Gonzalo—. ¿Por qué no has hecho nada?

—No me ha dado tiempo. Le habría matado.

Gonzalo suspiró con fuerza al ver que la situación se había complicado y se recriminó haber dejado que Galván los acompañara. Le habían dado justo lo que quería.

La casa tenía dos ventanas a los lados y dos puertas. Una en la cara principal y la otra en la parte izquierda, por donde había entrado Galván. Este veía desde dentro que todas estaban aseguradas por vigas de madera y las ventanas tenían barrotes de hierro verticales. Las cortinas no eran opacas, pero no había visibilidad como para que intentaran un disparo limpio y comenzó a sentir que no tendría muchas opciones.

El hombre se alejó de él y cogió la pistola del suelo. Le hizo tumbarse y le ató las manos y los pies. Después, lo colocó en una

esquina, sentado en el suelo.

—¿Qué es lo que quieres? —Galván comenzaba a interpretar el fondo de todo y lo miró a los ojos.

—A ti —señaló a una caja similar a las que había visto en los anteriores asesinatos—. No había pensado que fuera a ser así, pero cuando me enteré de que queríais hacerme creer que Ituarte estaba vivo, supe que era una trampa. Una trampa muy inteligente. Me puse en vuestro lugar e interpreté lo que le contasteis a Jaime. Por cierto, él no sabe lo que he hecho. Puede intuirlo, pero no es culpable de nada. Sólo me dijo lo que había pasado cuando El Moro le hizo la visita y le contó que Rubén estaba muerto —negó con la cabeza repetidamente.

—¿Me quieres hacer creer que Jaime no sabía nada? ¿No te contó que había hablado con Gonzalo para comprobar si Ituarte seguía vivo?

—Lo hizo, pero en ningún momento supo por mí lo que yo había hecho.

—Un detalle protegerlo. De una manera o de otra ha sido cómplice de tus actos.

—A lo que iba. Vi morir a Ituarte, pero a él le dijisteis que estaba vivo y en mi hospital, porque pensabais que, al tratarse de mi trabajo, tendría opciones de llegar al supuesto Ituarte y matarlo para que no hablara. Con lo que no contabais es con que no me importa. Sólo quería vengar a Rubén de todo lo que le hicisteis. El siguiente paso era obvio. Cuando notarais que no había ido a trabajar y que no me encontraba en mi casa, vendríais a buscarme. Supe que los dos que están ahí fuera —se refirió a Gonzalo y a Carla—, debieron llegar al fondo de todo cuando entendieron que Almaraz de Duero era la clave. Até cabos y no había otra posibilidad. Además, ese paripé con Jaime me dio a entender que ya sabíais que tanto los abuelos de Jaime como los de Rubén era de Almaraz de Duero. Habían pasado muchos veranos juntos y Jaime y Rubén se conocían desde hacía muchos años. En algún momento teníais que caer en ello. En el momento en que fuera así, las inyecciones que administré a esos cabrones os daría la seguridad de que era yo, al tener acceso a ellas en el hospital. Ahí fue cuando todo comenzó a cuadrar para vosotros. No había otro vínculo que os pudiera acercar. Esperaba que llegarais a descubrirlo algo más tarde, pero me quedó claro que mi tiempo había terminado.

—¿Cómo sabías que iba a venir yo?

—No lo sabía. Se había acabado el juego. Eras la traca final, pero no me dio tiempo. Si piensas que planeaba salir con vida de esto, estás muy equivocado. No vamos a salir vivos ninguno de los dos. Que hayas abierto tú la puerta, para mí, ha sido un regalo —volvió a mirar a la caja.

A Galván le temblaban las piernas. Ese hombre no tenía ningún

inconveniente en reunirse con su hijo Rubén aquella noche. Lo único que podía hacer él era ganar tiempo.

Galván miró al padre de Rubén Pineda a los ojos y le inquietó que le aguantara la mirada con esa entereza. No era un loco, pero tampoco era un hombre al que le hubiera superado la situación. Estaba donde quería estar y tenía claro lo que iba a hacer.

—¿Cómo lo hiciste, José Antonio? ¿Cómo te llevaste el cadáver de tu hijo?

—Jaime me dijo dónde estaba. El Moro se lo contó, y le dijo que no ibais a hacer nada. Que sabíais dónde estaba enterrado Rubén y que lo único que queríais era llegar a los tipos con los que se relacionaron sus compañeros. Se llenaron los bolsillos con ello y mataron a Rubén para que no hablara. Todos habéis sido cómplices de lo que ocurrió. Tú, el primero, por culpar a mi hijo de llevarse dinero de una incautación para cubrirte las espaldas. El Moro, por intuir lo que había ocurrido y dejar que se pudriera. Crespo y Neva por matarlo, e Ituarte por seguirte siempre y hacer la vista gorda. Todos teníais que pagar por haber dejado que un chico inocente, que tenía toda la vida por delante, la perdiera de esa forma. El Moro no sabía quién era realmente Jaime, y eligió a la persona equivocada para que yo tuviera toda esa información.

—Has dicho que Jaime no está implicado, pero tienes tanto rencor dentro, que nos lo estás dando en bandeja.

—Te repito que no ha participado en nada. Sólo me ha dicho lo que necesitaba oír.

—¿Y los números de placa? ¿Cómo ibas a saber el número de placa de todos los implicados?

—Vas a morir —sonrió—. Por eso te estoy contando todo esto. Veo que no has captado lo que te va a ocurrir. Cuando fui a rescatar los restos de mi hijo, vi los números de la tapa. Sabía que los hizo para que alguien llegara a su asesino. Jaime es quien me dio la clave.

—Y le pediste el número de placa del resto —aseguró.

—Ojo por ojo.

Galván notaba el odio impregnado en cada palabra que salía de su boca y sabía que eso era lo que más debía temer.

Quiso recordarle su situación y las diferencias que había entre ellos.

—Mi hijo murió por esas drogas, y no por eso voy matando a la gente.

—Eres policía. Tienes todas las opciones del mundo. Yo tengo esto.

Galván seguía ganando tiempo, por si ocurría un milagro.

—Y cuando fuiste al lugar donde lo enterraron, limpiaste todo para que pareciera que seguía vivo —aseguró.

—Quería que temieran a mi hijo. La mejor venganza era que creyeran que seguía con vida y sufrieran pensando en lo que les podía hacer. Le di la oportunidad de vengarse. Me hubiera encantado disfrutar de cada momento en el que todos ellos temían por su vida. Fue una satisfacción enorme ver la cara de Ituarte al abrir la puerta de su casa. No le dio tiempo a reaccionar al verme la cara.

El exterior de la cabaña se llenaba de policías mientras hablaban en el interior de esta. Gonzalo, Carla y Bruno debatían sobre la mejor forma de actuar sin que Galván tuviera que morir.

—No te vas a reunir con tu hijo —recalcó Galván—. Dices que Rubén era una buena persona y lo pude comprobar. Nunca irás donde esté él.

José Antonio Pineda volvió a reír, aunque con un matiz de tristeza.

—Mi mujer creía en que se encontrarían. Yo sólo creo en que todos seremos abono para la tierra. No creo que vaya al infierno, si es a lo que te refieres.

Levantó la escopeta y apuntó a Galván. Los dos se quedaron callados. José Antonio Pineda, con la mirada perdida. Sabía que le quedaba poco tiempo de vida y no le importaba. Galván sentía un miedo que no había experimentado antes. Los dos habían perdido a sus hijos y los dos se irían en pocos segundos. Cerró los ojos, esperando a que presionara el gatillo, y se puso en pie para irse con dignidad. Le temblaban las piernas y se mantuvo erguido con dificultad. Quería que lo último que le pasara por la cabeza fuera la imagen de su hijo. Pasaron a toda velocidad todas las etapas de su vida desde que era un crío y le cogía la mano mientras le dedicaba una mirada que desprendía un amor incondicional. Una mirada que sólo había sentido de su niño. En su mente no apareció su última etapa, cuando había dejado de ser él. No tenía intención de llevarse esa imagen a donde quiera que fuera. El miedo se transformó en un estado de paz con el que cualquiera habría soñado antes de morir. Sonó un disparo y el cuerpo cayó al suelo, provocando un estruendo en la madera.

Carla cerró los ojos al escucharlo y se echó a los brazos de Bruno, que estaba a su derecha sin poder reaccionar. Los agentes que tenían a su alrededor se acercaron a la puerta principal y comenzaron a golpearla, con la intención de derribarla. No conseguían quebrar la viga del interior que bloqueaba la puerta y lo seguían intentando una y otra vez.

Gonzalo apareció por detrás de la cabaña y se acercó a Carla y a

Bruno, que seguían en la misma posición. Lo vieron llegar y se separaron. No decían una palabra, pero sus caras expresaban que habían fracasado.

Gonzalo entendió que no sabían lo que había ocurrido.

—Se acabó, Pockets. José Antonio Pineda está muerto.

En el interior, Galván abrió los ojos y vio el cuerpo sin vida del padre de Rubén con un tiro en la cabeza. Se sucedían los golpes en la puerta y dirigió la mirada para ver que estaban cediendo los apliques de hierro.

Bruno estaba en estado de shock.

—¿Qué? —preguntó, sin comprender nada. Todavía intentaba entender lo que acababa de ocurrir.

Carla comprendió que Gonzalo le había salvado la vida a Galván.

—¿Lo has matado?

Gonzalo asintió, con gesto triste. Intentaba aparentar que no le había afectado, pero Carla sabía que le perseguiría para siempre.

—Lo malo es que mi plan no ha funcionado —guiñó un ojo. Fue lo único que se le ocurrió para rescatar una sonrisa.

—No siempre funcionan, pero lo importante es tener las ideas y esta ha sido muy buena. La próxima vez, tendrás que ponerla en marcha tú misma para que sea perfecta.

Bruno elevó las cejas.

—¿Cómo lo has hecho?

—Me he subido al tejado trepando por el roble. Arriba hay un pequeño recoveco por donde se escapaba la luz. Tendría que cuidar un poco más las goteras. Por los pelos.

Dos agentes consiguieron derribar la puerta y desataron a Galván. Seguía sin creer lo que había ocurrido. Salió de la cabaña con el temblor en las piernas, se acercó a Gonzalo con la cara desencajada y le dedicó una sonrisa amarga.

—Me has salvado la vida. Gracias.

Gonzalo se mordió el labio.

—No hay por qué darlas. Te ha faltado un Petit-suisse para acompañarlo…

Todavía se le notaba el mal momento que estaba pasando por haber matado a una persona.

—Me he metido sólo en la cabaña del lobo —dijo Galván. Gonzalo sonrió, al ver que todavía le quedaba sentido del humor. De hecho, según lo pensaba, era la primera vez que le escuchaba bromear.

Se miraron mutuamente.

—Siento que no hayas podido pillar a…

Galván entendió lo que le quería decir.

—Nunca recuperaré a mi hijo y los responsables están muertos o en la cárcel. Dejémoslo así. Siento que hayas tenido que hacer esto. Te estaré agradecido siempre, pero entiendo que habrá sido duro tener que apretar el gatillo. Quiero que sepas que mi puerta siempre estará abierta para ti —miró a Carla y a Bruno después de hablarle a Gonzalo —. Para todos vosotros.

Gonzalo había tenido suficiente y quiso dar por zanjado el turno de agradecimientos.

—Está bien. Ha llegado la hora de volver a casa.

Estrechó la mano de Galván y este se le quedó mirando mientras caminaba hacia su coche. Gonzalo dirigió una mirada de reojo a Carla y le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

Ella se acercó.

—¿Te vas a ir solo o me llevas a casa? ¿No te despides?

Gonzalo comenzó a girar el llavero entre sus dedos.

—Ha sido un placer volver a trabajar contigo. Me gustaría que hubiera acabado de otra forma, pero contigo todo se hace más fácil.

Carla recordó la primera vez que se vieron. Gonzalo le dijo entonces que veía que iba a encajar con él. Ella le respondió más tarde que él iba a encajar con ella. Fuera como fuese, el tiempo había pasado y habían encajado perfectamente el uno con el otro. Ahora, le contestó recordando el pasado, aunque esta vez las circunstancias fueran diferentes.

—Para nada. Ha sido para mí un placer volver a trabajar contigo. Espero que te vaya bien por Madrid —quiso interpretar su reacción al escucharlo, pero Gonzalo no hizo nada—. Porque vas a volver, ¿verdad?

Él seguía sin responder y a Carla se le pusieron los ojos vidriosos. Se dio la vuelta para que no la viera llorar.

Gonzalo tardó en reaccionar. La vio caminar hacia la cabaña y gritó.

—¡Ehhh! ¿Volvemos a Burgos y nos tomamos la penúltima?

Epílogo

Al día siguiente…

Gonzalo se levantó sobre las diez de la mañana, con la sensación de haber dormido mejor que en toda su vida a pesar de haber vuelto pasadas las tres de la madrugada. Sabía que había llegado el momento de volver a casa y se llevaba con él la noche que había pasado con sus dos grandes amigos. Bruno esperaba saber si iba a ser el próximo comisario y Carla no pensaba en otra cosa que no fuera el éxito que había conseguido. En realidad, no fue así. No dejaron de hablar durante toda la noche de Ituarte. Gonzalo tenía pensado volver a Burgos en siete días para hacerle el homenaje que se merecía y poder despedirse de su mujer.

Comenzó a hacer la maleta y decidió parar por unos segundos. Adoraba esa casa y la vida allí. Agitó la cabeza para volver a la realidad y continuó colocando la ropa.

Se disponía a salir por la puerta, cuando sonó el timbre. Había escuchado el coche y abrió con la sonrisa en la cara. Se llevó una sorpresa al ver que no se trataba de Carla.

—¿Qué haces aquí?

Galván entró sin que le invitara y se sentó en el sofá.

—Quería hablar contigo antes de que te marcharas.

—Tú dirás —no entendía lo que podía querer de él.

—Quería darte las gracias de nuevo e informarte de cómo ha terminado todo.

—Estuve allí. No hace falta que me expliques nada.

—Lo sé —sonrió—. Me refiero a que debes saber lo que ha aparecido en la cabaña de José Antonio Pineda.

—No hacía falta que encontraran nada. Con la caja era suficiente.

—Así es, pero también estaban los materiales con los que construyó las cajas. Su mujer está enterrada en el cementerio del pueblo y suponemos que estarán allí los restos de su hijo. Había varias dosis del sedante y esa caja que me tenía preparada, aunque no creo que lo hubiera podido hacer. Ya había acabado su juego, como dijo él mismo.

Gonzalo entendió la razón de la visita.

—Debes darle las gracias a Carla. Ella cambió todo. Sin eso,

puede que te hubiera matado de otra manera y no estuviéramos cerca para evitarlo. Ella fue quien supo unir las historias de Jaime y Rubén. Ella descubrió la relación con ese pueblo.

—Creo que ha sido más bien un trabajo de equipo. Gracias a los dos. Por cierto, han detenido a Jaime Peña. Otra cosa es que podamos demostrar que le dio la información, aunque temblaba como un flan y espero que podamos conseguir que confiese.

—Os deseo suerte.

—No sé si recuerdas que te dije que cuando acabara todo te contaría a lo que me dedico.

—¿A lo que te dedicas? —no recordaba esa conversación.

—Desde hace bastante tiempo, se ha ido creando una unidad, digamos, especial. Ituarte lo sabía. Me fui de aquí para trabajar en ello en Madrid. En él, están los mejores. Es un trabajo difícil, en el que la experiencia lo es todo y está formándose para poder llevar los casos más complicados.

—Pensaba que eso ya lo hacía alguien.

—Y seguirán haciéndolo. Esto es para casos especiales, como te decía.

—Me imaginaba que no estarías trabajando en una hamburguesería—dijo, en tono jocoso.

—Tengo una plaza vacante. Me estaba costando encontrar a la persona adecuada, pero creo que la he encontrado.

Gonzalo vio por dónde iba y quiso darle un toque de humor.

—Me alegro por ti. Ya me lo presentarás.

Galván rio al ver que seguía siendo tan irónico, hasta en momentos como el que habían vivido la noche anterior.

—Me gustaría que te unieras a mi equipo.

—Pensaba que no te caía bien. Yo me lo pensaría. ¿Ituarte no te habló de mí?

—Así es.

—Entonces, ¿por qué quieres que trabaje contigo? No voy a ser un empleado modelo.

—No quiero un empleado modelo. Quiero a un buen policía. Quiero a alguien que piense diferente y que tenga las narices que tienes tú. Quiero a una persona que haga lo que sea necesario y que se adelante a los demás. ¿Crees que puedes ser esa persona?

—Soy un padre con una excedencia en una comisaría de Burgos. Creo que te equivocas de hombre.

—Estoy seguro de que no eres lo que dices ser, pero te diré más. No eres eso que quieres ser. Sé que te gusta la acción y aquí la tendrás.

—Aunque estuviera interesado, hay una cosa que no cuadraría.

—Te escucho.

—Desde que trabajé con Carla, no soy capaz de trabajar con otra persona.

Galván se quedó callado, mirándolo. Tardó unos segundos en responder.

—Mi oferta se ha multiplicado por dos. Si es tu deseo que sea parte de nuestro equipo…

—Creía que me lo ofrecías sólo a mí.

—Acaba de extenderse a Carla. En realidad, quería ver si me lo preguntarías. También la quiero conmigo. Sé que vuestro éxito radica en el trabajo que realizáis juntos. Así tengo dos por el precio de uno.

—Ahí es donde te equivocas —Gonzalo no iba a dar una respuesta sin una negociación.

—Era una forma de hablar. Te aseguro que no habrás cobrado tanto en tu vida.

Gonzalo rio al ver que no entendía que el dinero a él no le preocupaba en absoluto.

—No estoy hablando de mí. Te vas a tener que rascar el bolsillo con Carla.

—Está hecho. Tengo aprobado el presupuesto. ¿Qué me dices?

Dos horas más tarde, Gonzalo llamó al telefonillo de Carla. Esta le abrió sin responder y se encontró la puerta de la casa abierta.

—Pensaba que te ibas —dijo Carla.

—He venido a despedirme.

—Ya lo hiciste ayer. ¿Te has olvidado de algo? Me da a mí que acabaste un poco tocado. Menos mal que pillaste un taxi.

—Así es. Me he olvidado de ti.

Carla pensó que le estaba tomando el pelo.

—¡Anda, lárgate ya! Sabes que no me gustan las despedidas y que voy a estar mucho tiempo sin saber nada de ti. No me lo pongas más difícil.

—Eso depende de ti.

Se echó para atrás y elevó los brazos.

—¿Qué es lo que te pasa? Estás muy raro.

Gonzalo la miró muy serio y ella comprendió que no estaba de broma.

—Me han hecho una oferta.

Puso cara de sorprendida.

—¿Quién? ¡Qué rapidez!

—Galván. Para trabajar en una especie de “cuerpo de élite” —entrecomilló—. No sé muy bien a qué se ha referido, pero eso es lo que hace. Ya lo sabemos. Es para trabajar en Madrid.

—¡Qué bien! Así estarás cerca de tu hijo.

—Parece que esto va a ir en serio. No es como una comisaría. Serían casos muy peligrosos.

—Después de estos dos años, no creo que me sorprendiera nada. Puedes hacer lo que sea.

—Por eso le he dicho que somos un equipo. Si tú vas, yo voy. Depende de ti.

Carla se quedó con los ojos como platos. No esperaba escuchar algo así.

—No quiero ir porque sea la condición que tú pones. Te lo han ofrecido a ti y es tu oportunidad, si es lo que piensas.

—No es así. Galván sabe lo que has hecho y sabe que eres una gran policía. ¿Crees que si no fuera así te lo ofrecería?

—No me ha ofrecido nada. Te lo repito.

—Siento decírtelo así, pero ya no tienes novio. Tu familia vive en Salamanca y no hay nada que te ate aquí. Es la ocasión de hacer algo grande y volver a trabajar juntos. Me ha dicho que te quiere allí y que somos un equipo. Sabes que es la realidad y que, además de ser una policía excepcional, que lo eres, no me imagino trabajando sin ti. Lo digo en serio. Si vienes, me apunto. Está esperando nuestra respuesta.

Carla no podía creer lo que estaba escuchando. Seguía mirándolo fijamente, intentando convencerse de que era real.

Le sonrió y le hizo sentarse a su lado.

—¿Quieres volver a trabajar? ¿Y tu hijo?

—Lo podré tener todo. ¿Hay algo mejor que tener tu vida y tu trabajo en el mismo sitio? Lo que quiero saber es si a ti te pasaría lo mismo. ¿Soy parte de tu vida?

Carla apretó su mano con fuerza y los ojos se le pusieron vidriosos.

—¿Me ayudas a hacer la maleta?

Agradecimientos

Como siempre, gracias a todos los lectores que me dais la oportunidad de compartir parte de vuestro tiempo. Espero que haya sido un tiempo que os haya hecho pasar un buen rato.

Con esta cuarta novela, después de “Las líneas prohibidas”, “Cuando la noche es más oscura” y “La muerte en un lienzo”, espero seguir sintiendo el apoyo con vuestras reseñas en Amazon (es el momento de poder responderos, ya que no tengo la oportunidad de hacerlo personalmente en la plataforma) y vuestros comentarios en redes sociales. También en los mensajes privados. No hay nada mejor que una felicitación de alguien que no conoces y que te dé las gracias por escribir. Siempre estaré agradecido.

Gracias a mis editores, Carol y Antonio, por vuestras críticas feroces (como no puede ser de otra manera), y por conseguir que el resultado final supere con creces lo que esperaba. Nunca me siento solo con vosotros.

Gracias a mi familia, por el apoyo incondicional que me dais en todo lo que hago. No hay recompensa sin esfuerzo, pero tampoco sin nadie que te levante cuando te caes.

Gracias a los blogs literarios *Sofá, Manta y Libro* y *Anika entre libros*. Sin conocernos, me habéis dado voz en vuestros blogs con todas mis novelas y me habéis ayudado a crecer con vuestras críticas.

Gracias, en definitiva, a todos lo que hacéis posible que siga viviendo un sueño. Comenzó hace poco más de tres años, con la única expectativa de escribir una novela y he publicado la cuarta. “La caja de cristal”.

Espero poder veros pronto.

Web oficial: juan-yubero.com
Correo electrónico: info@juan-yubero.com
Facebook: juanyuberobooks

Twitter: @yubero_juan
Instagram: juan_yubero

Sobre el autor

Juan Yubero (Madrid, 1979) estudió periodismo y trabajó en diversos medios de comunicación antes de dedicarse profesionalmente al sector financiero, compaginando esta actividad con sus participaciones como actor de doblaje en algunas series de televisión.
Antes de publicar su primera novela se dedicó durante dos años al mundo del vino. Una de sus pasiones.
En 2020 comenzó una nueva aventura como escritor sin la intención de que viera la luz. Las críticas fueron muy positivas y decidió publicarlo en Amazon, obteniendo una gran acogida con «Las líneas prohibidas». Consiguió entrar en el top 100 de novela negra.
En 2021 publicó su segunda novela, «Cuando la noche es más oscura» y posteriormente «La muerte en un lienzo». Las tres alcanzaron el top 100 de todos los libros, y «La muerte en un lienzo» se situó en el número 1 en Thriller Psicológico.
Tras más de 15.000 copias vendidas, publica su cuarta novela, «LA CAJA DE CRISTAL». Un Thriller de Gonzalo Ulloa y Carla Torre. Los protagonistas de «La muerte en un lienzo».